

se

ALMUDENA DE ARTEAGA

POR AMOR AL EMPERADOR

HABLAN LAS MUJERES QUE QUISIERON A CARLOS V



Lectulandia

Una novela apasionante de las 15 mujeres que quisieron a Carlos V. En esta novela hablan por primera vez y en primera persona algunas de las mujeres que amaron al emperador Carlos V: su madre Juana de Castilla, sus tías Margarita de Austria y Catalina de Aragón; sus hermanas Leonor, Isabel, María y Catalina; su mujer Isabel de Portugal; sus amantes Germana de Foix, Bárbara Blomberg y Johanna van der Gheyst; sus hijas María y Juana; su bastarda Margarita de Parma y sus sobrinas Cristina y Dorotea.

El hombre más poderoso del mundo, también gobernó la vida de estas mujeres que se entregaron en cuerpo y alma a su servicio, al de la casa de Austria y al del imperio. Carlos las amó, las respetó e incluso delegó en ellas el gobierno de sus vastas tierras, pero la historia ha guardado escaso recuerdo de sus vidas y de sus logros... Hasta ahora, en que Almudena de Arteaga, con su maestría y originalidad habituales, les da voz para que ellas mismas desvelen cómo fueron sus vidas, sus íntimos pensamientos, sus pasiones y su relación con el hombre que rigió sus destinos.

Lectulandia

Almudena de Arteaga

Por amor al Emperador

ePub r1.0
Titivillus 10.11.17

Título original: *Por amor al Emperador*

Almudena de Arteaga, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi recién nacido nieto Íñigo

Prólogo



Aquí estamos hermanas, madre, tía, legítima mujer, amantes, hijas y bastardas unidas y dispuestas, aun pecando de vanidad, a contar nuestra historia junto al emperador.

Tan solo seguimos el ejemplo del hombre que dirigió nuestras vidas haciéndolas suyas sin intención de ofender a nadie. Desnudaremos nuestros sentimientos sin tapujos despojándonos de aquel silencio impuesto que tantas veces nos hizo atragantarnos con palabras, que, queriendo brotar de entre nuestros labios como un indigesto vómito, tuvimos que esconder.

¿Y por qué?, se preguntarán. Quizá porque no se esperaba aquello de señoras de nuestra calidad, o bien porque simplemente fuera lo mejor, pues la insurrección no casaba con nuestra condición de mujeres.

Las reinas no lloran o gritan al parir. Jamás ríen descaradamente, enarbolan un arma o tratan de emular a un varón. Las reinas... deben ser inteligentes y apasionadas para entregarse en cuerpo y alma a su razón de ser, la de alguien que ha de perpetuar una dinastía sobre todas las cosas. En definitiva, que las mujeres de Carlos siempre tuvimos que tragarnos discretamente nuestros desacuerdos como contenidos bostezos que al luchar para escapar casi nos hicieron estallar los tímpanos y las narices.

Ma bonne tante



Habla Margarita de Austria, tía de Carlos

Puerto de Midelburgo, 8 de enero de 1506

Asida a las diminutas manos de sus hijos temía el momento del adiós. Sabía lo que harían los niños y cómo se despediría mi hermano de ellos, pero la incógnita de cómo reaccionaría Juana sobrevolaba sobre nuestras cabezas ya que su inestabilidad emocional cada vez la hacían más imprevisible.

Podríamos haberlos despedido en Malinas, donde yo, como su nueva custodia, había determinado establecer nuestra corte. Eso hubiese sido lo más lógico para no alterar sus infantiles costumbres, pero un extraño sentimiento de inseguridad me atenazaba desde hacía días. ¿Y si no regresaban? Una galerna, la visita de una muerte tan inoportuna como la de la reina Isabel de Castilla, que ahora les obligaba a dejarnos para sucederla o cualquier otro contratiempo, muy bien podría privarles durante muchos años de la presencia de sus padres. Quizá, y Dios no lo quisiese, ese tiempo se hiciese eterno. Entonces, el recuerdo del último efímero instante a su lado se convertiría en imborrable. Definitivamente, no había nada que perder.

Ellos, acostumbrados como estaban a sus prolongadas ausencias, ahora podrían no entenderlo, pero tan segura estaba de no equivocarme en mi decisión como de que pasado el tiempo, cuando abandonasen su párvula edad, algún día me lo agradecerían.

A pesar de que intentaba mantenerme impertérrita, una garra invisible me estrangulaba privándome del aire y la fortaleza necesaria para afrontar tamaña responsabilidad: la de cuidar a esos cuatro niños como a hijos propios.

Y así, agarrando de una mano a Leonor, de la otra a Carlos, y manteniendo el equilibrio para que Isabel no me desestabilizara enganchada como estaba a mi sayo, recordé mi última discusión con Juana la noche anterior cuando, ya empaquetado

todo, la acució para que retrasara el viaje con la secreta esperanza de que antes de partir demostrase algo más de humanidad a la hora de dejar atrás a sus pequeños. Hasta ahora ni siquiera se había tomado la molestia de sentarse con ellos a explicárselo.

—Pensadlo, Juana. Los capitanes de las naves no están tranquilos. Dicen que en esta época lo más normal es topar con una tormenta en pleno canal de la Mancha. Yo al ir a Castilla viví una y no se lo recomiendo a nadie. La impotencia de sentirse a merced de un Neptuno enfurecido es indescriptible. Entre vuestros nuevos débitos para con Castilla está el de intentar salvaguardar vuestra vida. Al menos hasta que Carlos crezca y sea un hombre capaz de sucederos. ¿Y si morís ahogada junto a Felipe? ¿Habéis pensado en las consecuencias que eso traería para vuestros reinos?

Mirándose en el reflejo de una bandeja de plata, se colocó la diadema antes de sonreír con aire de mofa.

—¿Morir ahogada? —me contestó ufana—. No sé de ningún rey que lo haya hecho hasta ahora, así que lo considero altamente improbable. Os aseguro, Margarita, que preferiría sufrir mil galernas antes de verme de nuevo abandonada por vuestro hermano. Es más, podría deciros que las deseo más que a nada en el mundo si estas consiguen mantenerle por más tiempo a mi lado sin posibilidad de huida. —Pensativa, dejó que su mirada se perdiera entre las llamas de la chimenea. Estas se reflejaron en sus pupilas de un modo que la hicieron aún más temible. Después de un momento de silencio, susurró—: Sí, definitivamente sería lo mejor que nos podría pasar. Lo mejor para privar a Felipe de esa libertad que tanto ansía. Sería una manera sutil de esposarle a mi lado.

Después de aquello la dejó a solas con sus despropósitos. Ni una sola vez en todo el día anterior a su partida había preguntado por sus hijos, y estaba claro que no lo haría entonces.

Cuanto más se obcecaba ella en eludir el más mínimo instinto maternal, en mí ese sentimiento se acrecentaba. Sin duda ayudaba el hecho de que a mis veinticinco años hubiese corrido demasiado en la vida en busca de un hijo que Dios no me había querido brindar. O quizá fuese por mi férrea voluntad de protección. Quizá, porque en el fondo de mis recuerdos, albergaba la desesperanza de no haber despedido a mi padre cuando a los tres años me mandaron a vivir a la corte francesa prometida con el Delfín de Francia y no quería que eso mismo les sucediese a mis sobrinos. Entonces era una inocente niña rendida a lo que para mí se estipulaba y me hice a esos designios con la esperanza de verme un día coronada reina de Francia. El primer espaldarazo lo sufrí cuando, ya hecha a sus gentes y costumbres y cumplidos los trece años a punto de matrimoniar, mi prometido decidió repudiarme para casarse con Ana de Bretaña, y así regresé a Flandes de donde nunca debí salir.

Pasó el tiempo, cuatro años exactos, y como no hay mal que por bien no venga, a los diecisiete me casaron con el príncipe Juan, el hijo de los Reyes Católicos y hermano de Juana, mi cuñada, y creo poder asegurar que durante los seis meses que

duró mi matrimonio conocí al fin la felicidad. Un sentimiento que hubiese sido mejor desconocer para así no poder echarlo en falta cuando *a posteriori* Juan murió prematuramente. Tanto nos queríamos que fueron muchos los galenos que achacaron a los excesos del amor su muerte. ¿Se puede morir de amor dejando al ser querido en esta tierra? Intenté consolarme pensando que una parte de su ser crecía en mis entrañas, pero la tristeza era tanta que acabé malpariendo a una niña muerta. Aquella que, habiendo podido ser la póstuma heredera de las coronas de Castilla y Aragón, nunca llegó a serlo. La misma que provocó que el mundo entero me apodase la Desafortunada.

Tres años después y aún sin haberme recuperado de mi pérdida, cumpliendo con mi débito como archiduquesa, me casaron de nuevo con Filiberto II, el joven duque de Saboya. Tuve entonces la esperanza de que Dios me permitiese entonces cubrir el hueco que mi hija dejó en mis entrañas, pero el destino tampoco quiso agraciarme con semejante alegría y Filiberto murió dejándome viuda y huera por segunda vez.

Como una monja de una vocación clara, supe que no estaba en la voluntad de Dios el verme madre o desposada de nuevo, y acorde con ello me negué a aceptar otro matrimonio a la espera de sus designios. De eso hacía poco más de un año y ahora había puesto en mi camino a esos cuatro niños que con tanto amor a mí se aferraban en ese momento y que, sin saberlo siquiera, con su mera presencia, poco a poco me estaban sacando de aquel oscuro pozo de maternidad frustrada en el que hasta entonces me ahogaba.

Y así, liberada de aquel estrangulamiento, no pude evitar pensar en aquel reino al que ahora se dirigían Felipe y Juana. El rosario de muertes que sufrió en apenas unos años la sucesión a la corona de Castilla parecía provenir de una verdadera condena. Una de aquellas en las que la regeneración de una estirpe asemejaba estar maldita.

Miré a Carlos con el silencioso anhelo de que fuese él y nadie más que él quien lograra terminar con aquel mal de ojo. Primero falleció Juan, mi marido; luego mi hija; después Isabel, su hermana; más tarde su hijo Miguel, y ahora la que un día fue mi suegra Isabel, la reina más querida de los castellanos, moría con la firme convicción de haber dejado todo bien atado para su sucesora. Esa cuñada mía que ni siquiera sabía poner en orden los valores más importantes de la vida.

Para nuestro desconsuelo, Juana, como heredera de su madre, ya no podía demorar más su partida. Castilla necesitaba a su reina, y Felipe, harto de que Fernando de Aragón se inmiscuyese en un reino que ahora consideraba propio aun siendo consorte, estaba deseando echar al cardenal Cisneros como el hombre clave impuesto por su suegro en la regencia de Castilla.

No quiso ni oír hablar de limar asperezas con Fernando, y es que en el pasado los celos entre suegro y yerno se habían enquistado tanto que ya se hacían imposibles de soslayar.

Como a Juana, antes de partir, a él también intenté advertirle de que actuase con cautela a la hora de imponerse a los castellanos. Le recordé que siempre le verían

como a un extranjero consorte y de que él, sin Juana, para ellos no sería nadie, pero me ignoró porque en el fondo sabía que con el mínimo esfuerzo por su parte manejaría a Juana a su libre albedrío.

Al empezar a sonar la música que acompañaría el paseo de Juana y Felipe desde el estrado al portalón, Leonor, la mayor de mis sobrinos, me apretó la mano. La acaricié para tranquilizarla, pues era la única de los cuatro hermanos que a sus ocho años parecía ser consciente de lo que verdaderamente acontecía. Carlos e Isabel solo acudían al acto como si de otro evento lúdico se tratase. Faltaba la pequeña María. Al mirar atrás para localizarla la hallé apaciblemente dormida en el regazo de su ama de cría, por lo que no consideré oportuno despertarla. Al fin y al cabo, tampoco se enteraría de mucho a sus cuatro meses de edad.

Y aun sin conocerlo por la similitud de las circunstancias que ahora acontecían, no pude dejar de pensar en el quinto hijo de Juana y Felipe. Aquel que dejó abandonado en Castilla con la misma edad que María tenía ahora. Sorprendía cómo apenas lo mencionaba. ¿Pasaría lo mismo con María? ¿Se olvidaría de ella de tan ignominiosa manera? Del pequeño castellano solo sabíamos, y no por ella, que lo había parido en Alcalá de Henares un 10 de marzo de 1503 cuando fue allí para ser jurada heredera del trono y que le habían bautizado Fernando, como a su abuelo.

Si era cierto que lo tuvo que dejar atrás por imposición de la ya fallecida reina Isabel, también debió de serlo que Juana no debió de poner demasiados reparos en ello. Andaba por aquel entonces tan obsesionada con venir junto a Felipe que decían las malas lenguas que apenas lo miró al nacer. Con frecuencia y en sus desvaríos culpaba a Fernandito de haber sido el principal motivo de que ella por su preñez no hubiese podido regresar antes a Gante junto a su esposo.

Intenté arrancar de mí los malos pensamientos hacia ella. La parte alegre de todo aquello sería que Felipe conocería por fin a su segundo hijo varón. Aquel al que, como en tiempos antiguos y a punto de cumplir los tres años de edad, ni siquiera había tenido la oportunidad de coger entre sus brazos al nacer para reconocerlo como suyo.

Al pensar en él no pude dejar de dirigir mi mirada de nuevo hacia la pequeña. ¡Si al menos se hubiese detenido a besarla fugazmente en la frente como al resto de sus hermanos...! Pero no. Quisiera haberla excusado pensando en que quizá aquella frialdad era su manera de defenderse contra la tristeza que la embriagaba, pero sabía que no era verdad. Desgraciadamente, la conocía demasiado bien, y por mucho que intenté vislumbrar un leve quiebro en su sentir, ni una ligera mueca de dolor se dibujó en su semblante. Lo único que le preocupaba de verdad era no dejar ni a sol ni a sombra a Felipe. Hablaba de su esposo como si fuese algo material de su propiedad, su obsesión por él la estaba matando.

Ya hacía mucho tiempo que le intenté hacer ver que sus celos lo único que provocaban en mi hermano eran aversión hacia su persona. Que, de seguir así, tan solo conseguiría apartarse cada vez más de él, pero tampoco me escuchó. Ni siquiera

le importaba saber que Felipe embarcaba a su lado única y exclusivamente por el interés que tenía de verse jurado en Cortes rey de Castilla.

Leonor disipó mis pensamientos.

—¡Sigámoslos hasta no poder más! Si vamos a la entrada del canal, podríamos subir a uno de los castilletes que lo protegen y así verles alejarse en la mar. — Consciente de que ahora era yo la que decidía me dirigió una mirada de súplica—. Por favor.

—No puedes negárnoslo, *ma bonne tante* —insistió Carlos.

A pesar de que sabía que apenas lograrían ver nada, no pude resistirme. Con lo pequeño que era sabía que llamándome así lo lograba casi todo.

Subidos a la carroza seguimos el camino de la vereda hasta la costa. La mayor parte del sendero estaba flanqueado por humildes casas de campesinos y pescadores donde sus mujeres, sentadas frente a las puertas, se entretenían cosiendo redes y llenando sus cestos de pescado, huevos y hortalizas para llevarlos a vender a la plaza del mercado.

Me entretuve tanto explicándoles sus quehaceres que, para cuando nos asomamos entre las almenas defensivas del castillete de la costa, la barcaza de sus padres ya había cruzado la bocana.

En lontananza todo estaba preparado. Las sombras entre los bancos de niebla de los cuarenta barcos que fondeados formaban la escuadra aparecían y desaparecían entre las brumas como fantasmagóricos gigantes anclados en la mar.

Aunque lejanos, los gritos de los dos mil hombres que en ellos aguardaban para zarpar se oían muy cercanos. Destacaba el galeón *La Julien*, al que como la capitana que era todos deberían de seguir y donde debían de haber embarcado ya Felipe y Juana.

Sumida en mis pensamientos repentinamente vi a Felipe asomarse por la borda para dirigirnos su último adiós. Al indicárselo a los niños estos se soltaron de mi mano para responderle con euforia justo antes de que otro espeso banco de niebla lo escondiese para siempre. La mar, arropada por un manto de calma, se me hizo infinita.

Después de unos instantes intentando vislumbrar algo más, Carlos me apretó la mano.

—¿Vendrán para celebrar mi sexto cumpleaños?

Bendita ingenuidad que no entendía de tiempos, espacios y ausencias.

Leonor como la hermana mayor sabelotodo contestó por mí:

—¡Pero Carlos! Cómo van a estar aquí dentro de... —Contó con los dedos—. Dieciocho días. Lo siento por vos, pero es evidente que no estarán.

No pude evitar sonreír al comprobar que Leonor aprovechaba al máximo las clases de sus maestros. Carlos resopló con cara de desesperación ante tanta prepotencia. Le acaricié.

—No os preocupéis por eso. Dentro de cuatro días yo también cumpliré, así que

si queréis buscamos una fecha intermedia y lo celebramos juntos. ¿Qué os apetecería hacer?

Pensativo, miró al cielo.

—Podríamos irnos al campo, cabalgar, cazar, bailar y jugar a justas hasta que se haga de noche y entonces dormir en una tienda de campaña. ¡Sueño con dormir en campamentos como los de los caballeros que iban a las Cruzadas! Y... ¡También podríamos dar un paseo en barco como ahora lo hacen nuestros padres! Claro que... tendría que ser por el río, pero no me importa.

—Será como vuestra iniciación. Una primera lección, ya que, en un futuro, quiera Dios que lejano, vos seréis el rey de aquí y de allí y, como tal, recorreréis estos y otros muchos mares hasta cansaros.

Asintió contento y soñador. Aunque los gritos rítmicos de los marineros dando vueltas a la polea que llevaba anclas se oían de forma clara, ellos no se mostraron nostálgicos. Probablemente porque en realidad se habían criado sin tenerles demasiado presentes.

A mi mente vino aquel 24 de enero de madrugada en que Juana, en pleno baile de una fiesta que celebrábamos en el Prinsenhof, la casa del príncipe, se retiró sola para parirle en un retrete. Quizá su nacimiento, que tanto difería de lo que debería haber sido el parto de un príncipe heredero, fuese la primera impronta que dejaba en su historia un niño tan singular. Juana quería haberle puesto Juan, recordando a mi difunto marido y su hermano fallecido hacía menos de tres años, pero Felipe pudo más y al final le bautizaron Carlos, en honor a mi abuelo Carlos el Temerario.

Ahora ese niño era duque de Luxemburgo y de su cuello pendía, como debía ser, el vellocino de oro del Toisón. Le gustaba tanto aquel collar que, a pesar de incordiarle en ocasiones, no se lo quitaba ni para dormir. Rubicundo, con grandes ojos almendrados y un mentón prominente, no podía negar que era de los nuestros. Lo mejor de todo era que estaba sano como un roble y la mezcla de nuestras sangres le hacía aún más vital e inteligente que muchos de los niños de los que a su alrededor jugaban. Algo me decía que estaba predestinado a ser uno de los hombres más importantes de nuestros tiempos y como tal lo educaría.

Diez días después y ya en Malinas, nos llegó la noticia de que la escuadra que llevaba a Felipe y a Juana, como temí, había sido presa de una fuerte galerna. Se perdieron parte de las pertenencias que transportaban en los barcos que naufragaron, pero, gracias a Dios, *La Julien*, a pesar de haberse incendiado, se mantuvo a flote y pudo llegar al resguardo de las costas inglesas.

Pensé que Juana quizá hubiese aprovechado para ver a su hermana Catalina, quien, viuda del Príncipe de Gales, esperaba desde hacía tiempo a que su padre dispusiese algo para ella. Posiblemente la princesa viuda de Gales, tan desasistida como estaba, incluso podría pensar en aprovechar el viaje de Juana para regresar junto a ella a Castilla, pero desgraciadamente para sus expectativas no fue así y ni siquiera se encontraron.

Lo cierto era que mi cuñada, según sus perturbadas expectativas iniciales y aun involuntariamente, consiguió entre unas y otras cosas demorar su llegada a Castilla más de tres meses, pudiendo así disfrutar a sus anchas de Felipe. Una compañía que, para su desconsuelo, se vería truncada nada más pisar tierra castellana por las constantes idas y venidas de Felipe que, como era de esperar, actuaba por sí solo y sin contar para nada con su mujer, a la que encerró prácticamente aislada en el castillo de Mucientes mientras él se entrevistaba con su suegro en Puebla de Sanabria.

¡Qué error! ¿Es que no comprendía aún que su mejor carta de presentación sería llevarla prendida de su brazo? De seguir así, nadie confiaría en él. Lo único que esperaba es que aquella reunión de verdad fuese, como le aconsejé, para limar asperezas con Fernando.

La noticia de que los dos habían firmado una concordia en la que Fernando renunciaba a intervenir en el gobierno de Castilla y además reconocía a Juana como incapaz me extrañó sumamente. ¡Qué desvarío! ¿Y qué decían los nobles castellanos al respecto?

Si algo aprendí durante los seis meses que estuve viviendo allí era que no eran hombres fáciles de doblegar y que seguramente, antes de admitir a un extranjero como rey relegando a segundo plano a Juana, preferirían encumbrar a cualquiera de sus hijos. Por otro lado, Felipe tenía que tener cuidado. Mi intuición me decía que Fernando, odiándole como le odiaba, debía de esconder algo bajo la manga. ¿Y si su último fin fuese favorecer a mi sobrino Fernando en vez de a Carlos para la sucesión en su reino? Todo era posible, ya que aquel niño, como su abuela Isabel quiso, al contrario que el resto de mis sobrinos, se estaba criando según su idioma y costumbres mientras Carlos no parecía para nada castellano. Algo que yo me empeñaría en solventar. Fue el almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, el primero que le exigió la presencia de Juana presidiendo las Cortes de Castilla, ya que ninguno se creía que ella estuviese mal de la sesera.

Mientras temblaban los cimientos de ese reinado, en Malinas la vida seguía apaciblemente. Los niños con frecuencia me pedían que los llevase a la plaza a ver trabajar a las encajeras en sus puestecillos del mercado, a la campiña a coger flores, cazar, tocar algún instrumento o incluso tumbarse a leer bajo la sombra de un árbol *Le chevalier délibéré*, el libro que Felipe le había dejado a Carlos como su preferido.

Carlos y Leonor, al ser los más cercanos en edad, siempre andaban juntos, y quizá por eso Leonor muy pronto se convirtió en la hermana preferida de Carlos. Aquella con la que siempre quería estar.

Yo no era, ni mucho menos, su primera tutora. La tercera mujer de mi abuelo Carlos, Margarita de York, y posteriormente, por ser esta muy anciana, Ana de Borgoña me habían precedido en el primer viaje que sus padres hicieron a las Españas. Pero lo cierto era que entonces los niños eran mucho más pequeños, y aparte de preocuparse por su salud y bienestar, no habían tenido mucho más que hacer. A mí me tocaba empezar a aleccionarlos en otras muchas materias. Aquellas

que contribuyesen a su crecimiento intelectual y moral.

Y así fue como, sin pretenderlo, me convertí en la sombra de Carlos. Una protección que al ser mujer tuve que compartir con su gentilhombre de cámara, Guillermo de Croy.

Entre nosotros hablábamos en francés. A mí me resultaba más cómodo, aunque era consciente de que, si quería darle la misma educación que a su hermano Fernando, aquel que en un futuro podría suponer un impedimento para él, tendría que aprender a hablar correctamente castellano, latín, como el idioma diplomático que era, y flamenco.

Todo aquello podría resultar demasiado para un niño tan pequeño, pero cuanto antes empezásemos, mejor, y me puse manos a la obra con ello muy a su pesar. Sabía que le costaba concentrarse, por lo que decidí que Leonor le acompañase en sus primeras lecciones, pues siendo mucho más aplicada que él sin duda le serviría de acicate.

Aún recuerdo el primer día en que entré en la biblioteca para vigilar qué hacían sin ser vista. Sentados en una gran mesa repleta de libros abiertos, uno de sus maestros borgoñones se afanaba en captar su atención.

Leonor le escuchaba atenta mientras que Carlos, medio tumbado sobre la mesa, miraba a través del cristal, ausente. No pude resistirlo y me dirigí a ellos. Al sentir mis pasos se alegró, seguro de que mi presencia pondría fin a su aburrimiento, y se extrañó cuando al levantarse junto al maestro les obligué a tomar asiento de nuevo. Procuré no demostrar mi enojo.

—A ver, Carlos, ¿cómo diríais buenos días, mi buena tía, en flamenco?

Su cara de sorpresa fue todo un panorama. Leonor, aunque dubitativa, consiguió hilvanar esas pocas palabras. La halagué sin demasiado entusiasmo para no herir a su hermano que, incómodo, resopló.

—No sé, tía, ¿por qué tenemos que aprender esta lengua endemoniada que solo hablan los del vulgo?

No pude dejar de fruncir el ceño.

—Parece mentira que ni siquiera lo chapurreéis habiendo nacido en Gante. ¿Quizá porque un día seréis su emperador y a la fuerza deberíais entenderlos? Cómo si no pretendéis gobernar.

Se enderezó en el asiento.

—¿Con la ayuda de un traductor?

Negué, poniéndole en una tesitura.

—Y si os engaña, ¿cómo lo sabréis?

—¿Por qué habría de engañarme?

—Esa es una lección difícil de enseñaros aún, ya que demuestra una debilidad parecida a la que hoy os embarga. ¿O es que la pereza es menos engaño que la infidelidad? —A veces olvidaba que eran tan niños y me dejaba llevar por máximas que con toda seguridad no entendían. Su expresión de ignorancia lo dijo todo. Intenté

explicarme—: Carlos, te he dicho mil veces que quiero lo mejor para vosotros y esto es lo mejor. El flamenco es solo el segundo idioma que aprenderás. Porque, mal que os pese, también tendréis que hablar en latín y castellano. O nunca podréis comunicaros libremente con vuestros futuros súbditos, con otros reyes e incluso con el papa.

—No sé cómo voy a aprender dos idiomas más que jamás he oído si no puedo con este que tan cerca nos toca... —refunfuñó.

Tomando asiento a su lado le obligué a mirarme a los ojos.

—Escuchadme. La desidia es algo que vos jamás os podréis permitir. Ya veréis cómo, si aprendéis esos idiomas más adelante, me lo agradecéis. Antes que con el latín empezareis con el castellano. Vuestro abuelo Fernando ha mandado a un nuevo profesor. Él procurará iniciaros en esta lengua. Es la de vuestra madre, así que espero que os resulte fácil.

Hice entonces una señal para que entrase. Aquel regordete obispo avanzó lentamente hasta llegar a nuestro punto. Con solo detenerme a ver cómo saludaba a los niños sin ápice de gracia supe que no debían de dársele demasiado bien.

—Os presento a don Luis Cabeza de Vaca. Aprovechad sus lecciones porque ha venido desde muy lejos.

Salí de aquella estancia con la firme convicción de que aquel hombre conseguiría muy poco, y desgraciadamente no me equivoqué. ¡Lo que tuve que luchar por aquel tiempo con el niño y el maestro! Pero ninguno de los dos dio su brazo a torcer y a pesar del hincapié que puso aquel obispo en enseñarle algo de su tierra natal, a Carlos aquello no podía interesarle menos. Y es que a él lo que aquellas gentes tan lejanas hacían en su día a día le traía sin cuidado en ese tiempo. Después del fracaso de don Luis, intenté que Anchieta y Juan de Vera tuviesen mayor éxito, pero tampoco lo lograron. ¡Cómo echaría de menos en un futuro no haber aprovechado las clases!

Madre por adopción



Sigue hablando Margarita de Austria, tía de Carlos

Malinas, 25 de septiembre de 1506

Procuré darles todo ese cariño que no recibían de una madre que apenas escribía interesándose por ellos a la vez que les educaba en la más estricta disciplina. Cuanto antes fuesen conscientes de que, al igual que podían vivir con todo el lujo en la corte de Malinas, también deberían aprender a afrontar los sacrificios venideros, mejor.

Pensaba con frecuencia en cómo mi hermano Felipe debía de estar haciéndolo después de que su suegro dejase en sus manos el gobierno de Castilla. Felipe debió de disfrutar el día en que por fin fue jurado rey junto a Juana en las Cortes de Valladolid porque, a pesar de que sus súbditos no quisieron reconocer la incapacidad de Juana, él sabía cómo anularla sutilmente de tal manera que en nada le entorpeciese.

Sentada en la sala de música escuchaba atenta la última pieza que Leonor tocaba en el órgano mientras Carlos le acompañaba con la espineta. Isabel bailaba en medio de la estancia dejándose llevar por los sonos, cuando Croy me hizo una señal para que saliese. Lo hice tan silenciosamente que apenas se dieron cuenta de mi ausencia.

Al entrar tuve que detener el concierto sin poder disimular mi consternación. Con solo mirarme a la cara supieron que algo grave acontecía. Temblorosa, tomé asiento, senté a María en mi regazo y les pedí a los mayores que me prestaran atención. Leonor se levantó de inmediato del banco para ponerse frente a mí y Carlos dejó a un lado la espineta para imitarla.

Leonor fue la que, al limpiarme una traicionera lágrima que me recorría la mejilla con la punta de mi toca, me preguntó:

—¿Qué sucede, *ma bonne tante*?

Negué sin saber muy bien cómo empezar.

—¿Os acordáis lo que os dije cuando fuimos a despedir a vuestros padres al puerto? —El silencio reinó por un eterno instante. No me lo ponían fácil. Tragué saliva—. Me empeñé en hacer ese viaje para que os despidieseis de ellos porque no sabríamos cuándo los volveríamos a ver y la ocasión bien merecía un esfuerzo.

Asintieron y el crujir del funesto billete que tenía estrujado en mi mano les llamó la atención. Aproveché para desplegarlo a pesar de estar sumamente arrugado bajo la garra de mi dolor y la sospecha de que quizá lo hubiesen envenenado.

—Son noticias malas de Castilla. Dicen que vuestro padre el pasado 24 de septiembre fue a jugar un partido de pelota en Burgos. Que hacía calor y que al regresar a la Casa del Cordón donde se hospedaba pidió que le dieran a beber el agua más fría que encontrasen. Se la tomó de un trago y apenas un instante después se sintió indispuerto, febril y...

Carlos me quitó la palabra de la boca:

—¿Murió?

Me sorprendió la tranquilidad con que pronunció la palabra muerte para lo pequeño que era. Quizá porque como aquel día en que les despedimos hacía poco más de nueve meses, ahora tampoco era consciente de lo que realmente significaba aquello y de que nunca más lo volvería ver. Ajeno al odio que su progenitor causaba entre muchos castellanos ni siquiera puso en duda la extraña precipitación de los acontecimientos.

Dejé a María a un lado para sentarle sobre mis rodillas.

—¿Sabéis lo que significa eso?

—¿Que madre regresará?

Me extrañó que tan de repente se acordase de ella, porque el olvido que ella les profería ya hacía tiempo que se hacía recíproco. Tomé aire para recuperar la solemnidad que los siguientes dictámenes requerían.

—No, Carlos. Eso significa que ahora vos tendréis que suceder en todo a vuestro padre. Seréis el próximo duque de Borgoña, Brabante, Limburgo y Luxemburgo y conde de Flandes, Habsburgo, Henao, Holanda y Zelanda, Tirol y Artois, además de señor de Amberes y Malinas, entre otras muchas ciudades. Con mucha probabilidad presidiréis los capítulos de la Orden del Toisón de Oro cuando el abuelo Maximiliano no esté y nombraréis a los nuevos caballeros. Además cuando él, como vuestro padre, falte, le sucederéis en todos sus cargos incluso en el de emperador del Sacro Romano Imperio, si como espero sois elegido por los príncipes electos.

Se sintió apabullado.

—¿Todo eso además de las clases?

Recordé que, como sucesor de Juana estando como estaba y habiendo muerto Felipe, también heredaría el lejano reino de Castilla y yo misma me acongojé al ver en un cuerpo tan pequeño tanta grandeza. Inspiré para tranquilizarme e intenté afrontar el momento con una forzada sonrisa.

—Todo eso y más, mi pequeño. Pero no os preocupéis porque aquí está vuestra

tía Margarita para ayudarlos. Ahora tendremos que ir a cambiarnos para asistir a los funerales por papá, y luego os explicaré qué es exactamente lo que tendréis que hacer para presentaros ante los Estados Generales. Este será vuestro primer acto oficial como el conde de Flandes que hoy sois y tendréis que cumplir como un hombre con la solemnidad precisa.

—¿Y cuándo será? —resopló con hartazgo.

—El día 17, y no tenemos tiempo que perder. Piensa que estaréis rodeado por todos los príncipes palatinos, los caballeros del Toisón de Oro, los ministros y los consejeros.

—Me sentiré más enano que nunca —bromeó.

—No es un asunto para tomarse a risa, Carlos. Lo primero será encargarnos un jubón que os haga parecer adulto para que os vean como el hombre hecho y derecho que aún no sois, pero que vuestra tía se va a encargar de forjar. Así no les costará juraros la lealtad debida como su señor que a partir de ahora sois, a pesar de que por vuestra edad el abuelo Maximiliano sea vuestro regente.

Me miró confuso.

—¿Y por qué no vos? Al abuelo apenas lo conozco.

Sonreí, susurrándole al oído para que nadie más me escuchase:

—Aún no es público, pero delegará en mí en ese y en casi todos los asuntos que a vuestra persona y las de las hermanas tocan. Pero todo requiere de trámites que desgraciadamente son lentos y aún no podemos decir nada a nadie. Será nuestro secreto.

Acariciándome la mejilla, me guiñó un ojo asintiendo. El simple hecho de que le hiciese confidente de algo aún ignorado por todos le satisfizo, a pesar de seguir apesadumbrado. Suspiró profundamente.

—Y pensar que todo esto es debido a la muerte de papá. Si no se hubiese ido nunca, seguro que tampoco habría muerto.

Jugué con la pluma de su sombrero.

—Ahora no es tiempo de detenerse en esas cosas. Piensa en él si quieres tomándole como el ejemplo a seguir. Imagínate cómo lo haría en tu lugar e intenta imitarlo.

Un atisbo de inseguridad se reflejó en su semblante.

—Prometeme al menos que estaréis cerca.

No pude evitar demostrarle mi pasión abrazándole fuertemente contra mi pecho.

—Seré vuestra madre, padre y sombra protectora. Recordad siempre que, si es necesario, daría mi vida por vos y vuestras hermanas porque es mi más ferviente deseo y así lo ha querido Dios. Si alguna vez os sentís solo o no sabéis qué hacer, mirad a vuestra derecha porque allí siempre estará vuestra tía Margarita dispuesta a protegeros de todo mal.

Apretando el abrazo me besó en la mejilla. Por fin había conseguido disipar cualquier atisbo de inseguridad en aquel pequeño niño que ahora me sonreía. Leonor

interpretó aquel abrazo como el que echaba de menos en su desconsuelo de orfandad y corrió a unirse a nosotros.

Abrí mis brazos para acogerla con el mismo cariño que a su hermano otorgaba pensando en que mi sobrina mayor, como yo en otros tiempos, al ser la siguiente en la sucesión, con frecuencia debía de sentirse privada de ese tipo de querer tan necesario para una niña de su edad en favor de su hermano pequeño. Un cariño que me propuse que ella nunca echara de menos para no sufrir lo que yo padecí cuando me mandaron a vivir a Francia. Un amor al que siempre se podría asir en un futuro cuando le tocase partir de nuestro lado para cumplir con su deber de archiduquesa.

Y después de los funerales y aquellas muestras de afecto a las que tan poco estábamos acostumbrados, pasamos los días inmersos en un ajeteo inusual que apenas les dejó un segundo para recordar a Felipe.

El acto de la jura de Carlos fue un verdadero éxito. Como le dije en su momento, mi padre, pasados unos meses, delegó como regente del gobierno de los Países Bajos y ángel custodio de mis sobrinos.

Tomé así posesión de estos cargos ante los Estados Generales en Lovaina, deseando regresar a la rutina apacible de nuestro Malinas y rogando a Dios que intercediese por mí para poder gobernar con la sabiduría y prudencia que ansiaba. Y así, uno de mis primeros cometidos fue negociar un tratado con Inglaterra que favoreciese nuestro comercio de ropas y encajes; como también me tocó lidiar en la Liga de Cambray, siempre alternando los asuntos de Estado con la educación de los niños.

Según crecían, les cambié varias veces de maestros, intentando siempre que estos estuviesen a la altura de sus capacidades y necesidades.

Carlos, distraído, travieso y en ocasiones demasiado perezoso para afrontar el grueso de los temarios, me preocupó hasta que, cumplidos los nueve años, por fin di con un maestro que en verdad encajaba con él. Era el deán de Lovaina. Un hombre bondadoso, docto y pausado que, a diferencia de sus antecesores, supo hacerse con el pequeño desde el primer momento que se encontraron frente a frente. Precisamente por eso, decidí nombrarle su tutor y principal mentor.

No fue este el único en su adoctrinamiento, el señor de Chièvres, Guillermo de Croy, dormía en su cámara velando por su seguridad, mientras que Mercurino Gattinara y Erasmo de Rotterdam se encargaban de aclararle cualquier duda intelectual y espiritual que le pudiese surgir. Todos a una le adoctrinaron como mejor supieron para que algún día pudiese, según las expectativas, suceder a su abuelo Maximiliano, mi padre, proclamado emperador electo del Sacro Imperio, con la autorización del papa Julio II.

Y pasaron diez años durante los cuales Carlos, Leonor, Isabel y María crecieron al albergue de mi sayo cumpliendo con todas y cada una de mis demandas.

Fueron tiempos en los que, entregada al afán de educar a un hombre y a varias mujeres ejemplares, olvidé los sinsabores del pasado para afrontar con todos mis bríos los sacrificios de un futuro inmediato. Y es que aquellos niños, criados prácticamente entre mis pechos, mal que me pesase, algún día tendrían que dejarme para cumplir de la mejor manera posible con las alianzas que nuestros reinos les demandasen. De hecho, Isabel fue la primera en encabezar este doloroso cometido al partir, a sus catorce años, para casarse con el rey de Dinamarca. Solo esperaba que los tres restantes tardasen un poco más en abandonar mi nido.

Pasó el tiempo y la sombra de aquel temido día llegó con la noticia de otra muerte. La de Fernando de Aragón, el abuelo de mis pequeños. El mismo que hasta entonces había sabido cubrir el hueco que dejó mi hermano Felipe al morir y Juana al enclaustrarse en Tordesillas nombrando al cardenal Cisneros regente de Castilla.

Hacía una década que el cardenal era el verdadero rey de Castilla en funciones. Diez años durante los cuales Carlos se hizo aquel hombre capaz ya de suplir la dejadez en la que su madre estaba sumida sin necesidad de regentes de por medio, lo que le obligaría a partir de inmediato.

Y así, al morir Fernando y ante el temor de que alguien quisiese usurpar los derechos sucesorios a Carlos, muy a mi pesar, decidí adelantar la mayoría de edad de mi querido sobrino para que así pudiera cumplir como era menester con sus débitos de rey de Castilla y Aragón. Aún no había cumplido los dieciséis.

El peso de dos coronas a la vez caía contumazmente sobre sus hombros sin darme tiempo siquiera a susurrarle los mil consejos que a mi mente acudieron. Me hubiese gustado poder guiarle según la práctica que adquirí como gobernadora durante su minoría de edad, enseñarle a discernir entre el bien y el mal sin temor a errar y mostrarle cómo elegir en quién confiar sin dejarse jamás embaucar por las lisonjas; pero el destino me lo arrancaba del regazo sin darme tiempo a reaccionar.

Un sentimiento de vacío parecido al que tuve al abortar a mi única hija me sobrecogió, con el agravante de que esta vez la pérdida de este hijo mío provenía de la mano de un hombre.

Muy ciega tenía que ser para no darme cuenta de que Guillermo de Croy hacía mucho tiempo que lo quería para él solo. Pero... ¿qué intenciones tendría el ambicioso señor de Chièvres? Desconfiaba y temía por la influencia que este podría ejercer en él con una u otra artimaña.

Para separarlo de mí, le mantenía siempre ocupado y con frecuencia le obligaba a leerse todos los despachos antes de acudir a los consejos. Ni siquiera me dejaba estar a solas con él en sus propios aposentos. Poco a poco se convirtió en la propia sombra de mi sobrino.

Había pasado más de año y medio desde que murió Fernando y a pesar de la insistencia de algunos miembros de las Cortes castellanas para que el nuevo rey viniese, Carlos seguía en Flandes.

Aunque apartada de su lado, sabía que no era por desidia, sino por el temor que

tenía a dejar los Países Bajos a merced de una probable invasión francesa, y es que Carlos, si de alguien desconfiaba, era del jovencísimo Francisco I. Aquel rey de Francia que, a sus veinte años y recién heredado el trono, soñaba con engrandecer sus reinos o eso era lo que Guillermo de Croy temía. Carlos, en un intento de asegurar la paz, mandó a sus mejores diplomáticos a la corte vecina y ya solucionadas las diferencias con Francia no tuvo más motivo para demorar su partida.

Sabía que me quedaba poco tiempo junto a él y al no dejarme su consejero demasiadas oportunidades para hablarle a solas, aproveché un día en que este se encontraba indispuesto para buscar ese momento de intimidad que tanto ansiaba.

Llamé a la puerta y sin esperar su respuesta entré para sentarme frente a él. Alzando levemente la mirada del papel que leía, al oír mis pasos, masculló:

—Ahora estoy ocupado, si queréis podemos almorzar juntos.

Me senté como si no le hubiese escuchado, segura de que ese almuerzo, como en otras ocasiones, también sería cancelado poco antes de producirse.

—Sea lo que sea, quizá pueda esperar tanto o más de lo que yo llevo haciéndolo.

Metiendo la pluma en el tintero sin llegar a firmar el documento, suspiró cansino. Me miró contrariado.

—Hoy no me voy sin deciros todo lo que nos queda pendiente. Sí, Carlos. No sé si os habéis percatado, pero llevo quince días intentando veros, y cada vez que se lo digo a Guillermo me viene con una y otra excusa para impedírmelo. ¡Y eso viviendo bajo el mismo techo! No quiero ni pensar a qué se reducirá nuestra comunicación cuando os vayáis a Castilla. No os miento. Es como si ese hombre quisiese aislaros de nosotras. ¡A ver si ahora tu *bonne tante* va a tener que pedir audiencia como cualquier otro!

Me conocía tanto como yo a él, y sabía que, colmada mi paciencia, no dejaría esa estancia sin antes haberme despachado a fondo. Hizo entonces una señal al escribano que tenía aguardando en la esquina a la espera de un dictado para que se marchasen. Suavicé entonces mi tono de voz.

—No os miento si os digo que estoy preocupada. Últimamente parecéis haber olvidado el juramento que hicisteis al Consejo cuando os nombraron mayor de edad. Aquel día prometisteis ser un buen príncipe para vuestros leales súbditos y, temerosa de que a los castellanos no les consideréis como tales, solo os vengo a prevenir.

Dejó definitivamente el papel sobre la mesa.

—No recuerdo haberos pedido vuestro consejo.

—Quizá muera de vieja si espero a que lo hagáis —suspiré—. Desgraciadamente, hace más de un año que no contáis conmigo para nada y me duele. Creo con sinceridad que no debéis de actuar bajo los dictámenes de un consejero nada más y, entre otras cosas, vengo a alertaros del grave error a que esto puede llevar. Y si no me creéis, escribid a Adriano y veréis cómo corrobora mi consejo. —Cabizbajo, no me lo

negó porque algo de verdad había en ello—. ¡Si hasta vuestras hermanas os echan de menos! ¿Os habéis detenido siquiera a mirar desde lejos a Leonor? Anda como un alma en pena buscándoos de aquí para allá, sin comprender aún cómo en apenas un mes pasó de ser vuestra más fiel confidente a alguien a la que saludáis raudo cada mañana al cruzaros por los corredores. Yo sí he hablado con ella y aunque no lo reconozca se siente como un perro sin amo. Bastantes obligaciones nos separan en esta vida de los que queremos como para que solos las acrecentemos más, ahora que a punto estáis de partir y no sabemos cuándo nos volveremos a ver. ¿O es que ya habéis olvidado el día en que despedimos a vuestro padre? Si entonces hubiésemos sabido lo que el destino le deparaba, lo hubiésemos hecho de otro modo. ¿O no? — Por primera vez bajó la mirada sin musitar palabra—. Está bien que os dediquéis por entero a lo que al gobierno concierne, pero hacedme un favor y nunca desconfíes de nosotras porque somos las únicas que siempre procuraremos lo mejor para vos sin esperar prebendas a cambio.

No hizo falta que pronunciase una sola palabra para leerle el pensamiento al taladrarme con la mirada. Estaba cansado de tanto dictamen sin haberlo solicitado y lo peor de todo es que creía no necesitarlo. Me desesperé.

—Escuchadme. Hay mil cosas que os encontrareis en Castilla y que Guillermo no sabe que existen. Yo en cambio las conozco. Dejadme por mi experiencia que al menos os ponga en antecedentes antes de partir, y así no cometeréis para con ellos los mismos errores que vuestro padre.

Rendido a mi insistencia se levantó. Se sirvió vino y tomó asiento frente a la chimenea. A pesar de su aparente desgana, le seguí, satisfecha de haber conseguido que me prestase algo de atención.

—Si es cierto que en Castilla y Aragón son muchos los que recelan de vos, también lo es que otros muchos os jurarán fidelidad sin dudarlos. Convenced a los disidentes escuchándolos, respetándolos y haciéndoos respetar, y pronto cambiarán de parecer. Eso si no queréis enfrentaros a una amenaza de muerte como la de vuestro padre. —Me miró sorprendido—. Hay cosas que ignoráis. Hubo muchos que a pesar de conocer bien a vuestra madre nunca reconocieron a vuestro padre como su rey, prefiriendo antes de verle gobernar a solas a un grupo de notables regentes. Por eso al morir tan repentinamente dudamos de si su fallecimiento en realidad habría sido provocado.

Mirando al fuego, negó.

—Razón de más para llegar demostrando nuestra fuerza. ¿Y cómo no me lo dijisteis entonces?

Suspiré.

—Carlos, no habíais cumplido los siete. ¿Creéis que lo hubieseis entendido?

—Podríais haberlo intentado.

Preferí no contradecirle.

—El resto sí lo sabéis. Vuestra madre enloqueció al quedarse viuda y decidió

encerrarse en Tordesillas para parir a vuestra hermana Catalina mientras Fernando consolidaba la regencia de Castilla en la figura del cardenal Cisneros, que lleva muchos años ejerciéndola a pesar de su proveya edad. Aragón es diferente, vuestro abuelo al morir dejó de regente de su reino al arzobispo de Zaragoza, don Alonso de Aragón, porque, como su hijo bastardo que era, confiaba en él. Quizá los dos regentes os pongan reparos porque nunca es plato de buen gusto ceder el poder, pero creo que con astucia y temple podréis consolidaros.

Abrió los ojos exagerando su sorpresa.

—¿Y me lo decís vos que aquí me tenéis como si siguieseis siendo mi tutora?

—No os confundáis, sobrino —negué—, que hoy no estoy aquí como gobernadora sino como una tía que os quiere, como la madre que no tuvisteis, por eso estoy preocupada. Quiero que al llegar allí tengáis claro que, aunque seáis el rey en funciones, dada la incapacidad para gobernar de vuestra madre, muchos no os aceptarán como tal. A la hora de firmar los documentos oficiales probablemente os pedirán que vuestro nombre conste junto al de vuestra madre, pero aun así creo que ella ni siquiera se molestará en ello.

—¿Es eso todo lo que me queráis decir? —suspiró, aburrido—. Sinceramente, creo que empezáis a divagar antecediendo acontecimientos.

—Dejadme solo daros un último consejo con respecto a vuestra madre. Haced como vuestro abuelo Fernando y procurad mantenerla alejada del gobierno. Si, por algún capricho de esos que la asaltan repentinamente, decidiese abandonar su clausura, bastará con que la obliguéis a escuchar misa y confesarse como la reina católica que ha de ser porque eso es algo que suele sacarla de sus casillas.

—¿Tanto mal le deseáis?

—No me malinterpretéis —repliqué—. Os lo digo por vuestro bien y por el de ella misma, porque creo que si alguna vez sale de Tordesillas solo conseguirá haceros un gran mal a vos y a Castilla.

—¿Tan incapaz la consideráis? —preguntó, mirándome de reojo.

No pude mentir.

—Desde que la conozco jamás ha hecho otra cosa que desbarajustes. Es increíble que tal madre os haya parido. ¡Sois tan diferentes! Sobre todo Leonor, que tan cabal y pausada sería tu mejor consejera. Por eso he pensado que quizá... te podría acompañar.

Levantándose, se mostró suspicaz.

—¿Por qué? ¿Acaso no me creéis capaz de pensar por mí mismo?

Intenté calmarle.

—Por supuesto, Carlos, pero, como os dije al principio, ella se entregará a vuestra voluntad sin pedir nada a cambio. Mal que os pese, necesitareis otro tipo de amor que nada tenga que ver con el que vuestros consejeros os propinan. Quizá sea porque no quiero que sintáis la misma soledad que yo padecí al llegar a Castilla con vuestra misma edad. El temor a lo desconocido, la inseguridad o la tristeza no son

sentimientos dignos de comentar con cualquiera, por eso quiero que esté ella a vuestro lado para que podáis los dos juntos compartir los mil desvelos que os asaltarán sin temor a ser traicionados. Además... es ella la que me lo ha pedido encarecidamente. —Ante su duda insistí—: Por Dios, Carlos. Ella jamás ha antepuesto sus intereses a los vuestros, y eso es algo que nunca os podrán garantizar los que no son de vuestra sangre.

—Qué idiotez. ¡De mi sangre es mi madre y nunca se ha preocupado por lo que necesitábamos!

—No comparéis. ¿Cómo va una mujer que ni siquiera se ocupa de sí misma a preocuparse de los suyos?

Carlos asintió sin demasiada convicción.

—Hacedme un favor, tía Margarita, y dejadme equivocarme, aunque sea por una vez. Ahora, mal que os pese, soy yo el que toma ciertas decisiones.

—¡Solo tenéis diecisiete años! —me desesperé.

—Los suficientes. ¿Sabéis lo que creo? Creo que queréis que me acompañe Leonor para tener una confidente cerca de mí que os mantenga informada de todos mis movimientos.

—Me defraudáis errando de lleno en quien ponéis vuestra confianza. Si quiero que Leonor os acompañe, solo es para que no os sintáis desasistido. Además... ¿habéis pensado en que quizá la necesitéis para sellar alguna alianza provechosa? Ella ya tiene diecinueve años y está en edad de desposarse.

—Habláis de ella como de un tesoro más de los que me llevo.

—Y lo es, no lo dudéis. Quizá el más preciado.

Se dirigió a la puerta pensativo.

—¡De acuerdo! Pero solo con una condición. —Esperé a que lo dijese antes de salir por la puerta—. Que me prometáis que ella jamás me taladrará las orejas como vos ahora.

La puerta se abrió inesperadamente y ella misma le contestó sonriente:

—Lo procuraré, hermano, al igual que cumpliré con todo lo que demandéis de mi persona.

Carlos simplemente asintió antes de apartarla del quicio de la puerta para salir.

No pude evitar alegrarme por ella, a pesar de lo distante que Carlos se había mostrado conmigo en aquella última conversación a solas que mantuvimos.

III

Por primera vez Castilla



Habla Leonor de Austria, hermana de Carlos

Flesinga, 8 de septiembre de 1517

El viaje no fue un paseo de rosas. El nerviosismo que teníamos los dos era evidente. Apenas disfrutamos de aquel verano que arrancó cuando Carlos en Gante explicaba a los representantes de los Estados Generales las principales razones que le impulsaban a viajar a Castilla. Después de pasar por Brujas y hacer otras breves paradas, llegamos a Midelburgo despidiéndonos de todo el que a nuestro paso aparecía. La flota nos esperaba en Flesinga.

Carlos, siempre al lado de Chièvres, actuaba como si en apenas unos meses fuese a regresar. Yo, en cambio, procuraba estar siempre al lado del obispo de la Mota que, como buen castellano, disfrutaba deleitándome con viejas historias de Castilla, de nuestros antepasados y de las costumbres que allí diferían de las nuestras.

Por nada del mundo queríamos que nos sucediese lo que a mis padres, así que decidimos no embarcar hasta que los vientos nos fuesen propicios. Aquello no sucedió hasta el 8 de septiembre.

Esperábamos en el puerto a que nos hiciesen la señal para embarcar. Los estibadores, ya cansados de varios días faenando, terminaban de encastrar las últimas piezas de aquel mosaico hecho de mil y un enseres de lo más variopintos, e imaginé las bodegas repletas de alimentos, arcones y animales. Muy probablemente habrían tenido que hacinar las cosas alrededor de los cañones porque la línea de flotación de algunos de los barcos de la escuadra parecía haberse sobrepasado en mucho.

Las tripulaciones formadas en cubierta esperaban nuestra llegada. Una idea se me pasó fugazmente por la cabeza. ¿Y si nunca más regresábamos? Guardar todo lo que en nuestra vida nos acompañó hasta ese momento se me hizo imposible, por muy

jóvenes que fuésemos.

Aquella escena no era nueva para mí. Recordé, como si hubiese sido ayer, el día en que nuestros padres zarparon la última vez. De eso hacía más de diez años. Fue una despedida demasiado fría como para olvidarla, sobre todo teniendo en cuenta que jamás volveríamos a ver a nuestro padre. De haberlo sabido, me hubiese aferrado a él como una lapa a su roca para guardar en lo más profundo de mis recuerdos su aroma. Pero el destino es así. La fría muerte le sorprendió sin darle tiempo ni siquiera a intuir su presencia arrebatándonoslo en lo mejor de su vida. Con esa imagen adherida a mis pensamientos oí a la banda tocar. Era la señal.

Carlos me tomó del brazo para guiarme hacia la barcaza que nos llevaría al galeón. Me fue imposible contener mi impulso y rechazando su brazo me di la vuelta para de nuevo abrazar a mi tía Margarita y a mi hermana pequeña. Nos habíamos despedido cien veces, pero aquella fue para mí la más efusiva. Tanto, que temí espachurrarla en mi abrazo.

María apenas entendía nada mientras la nítida mirada de mi tía Margarita parecía comprenderlo todo. Quizá por la experiencia que la vida le dio en el pasado. ¿Cuándo la volvería a ver? Aquella era una incógnita que solo Dios podría resolver, independientemente de mi voluntad y actos. Fuera como fuese, después de la experiencia vivida con mi padre, lo único que sabía era que nunca más me arrepentiría de haber despedido someramente a un ser querido.

La travesía, si todo iba bien, no duraría más de seis días. El suave balanceo del galeón meció mis ajetreados pensamientos hasta relajarlos por completo al anochecer.

La oscuridad de la inmensa mar me obligó a centrar mi atención en aquel hermoso cielo estrellado hasta que el sueño me venció y me retiré a mi camarote. Perdida la noción del tiempo entre sueños y recuerdos desperté repentinamente cuando algo cayó bruscamente junto a mi lecho. Me tuve que agarrar al asidero de aquel estrecho catre para levantarme desafiando el equilibrio.

Una vez de pie, a punto estuve de ponerme a gatas para evitar una caída segura ante la inestabilidad del suelo que pisaba. Entre bandazo y bandazo, una de mis damas intentaba arrancar con cabos todo lo que se pudiese mover de su sitio. Solo entonces fui consciente de que navegábamos en brazos de una tempestad.

Los gritos de la marinería en cubierta eran estremecedores. Torpemente, conseguí subir para descubrir que entre aquel muro de tenebroso oleaje había algo que refulgía. Era uno de nuestros galeones que ardía como una tea. Calada ya hasta los huesos por las olas que nos sobrepasaban, busqué preocupada a Carlos. Me gritaba desde el castillete de popa, pero no lograba oírle hasta que uno de los oficiales vino a transmitirme lo que él me intentaba decir. Me ordenaba que bajase de inmediato a mi camarote hasta que regresase la calma.

Al señalarle el barco en llamas simplemente negó cabizbajo. Estaba claro que lo daban por perdido. Antes de bajar no pude evitar mirar atrás. La mar engullía aquel galeón con las ciento sesenta vidas que este albergaba. Solo pude santiguarme y rezar

a Dios para que acogiese sus almas.

A cada bandazo, una catarata de agua se colaba por la escalera. ¿Sería aquello un mal augurio de lo que nos esperaba? El abrazo de Carlos por detrás me sacó de mi estremecedor ensimismamiento.

Sin musitar palabra, me llevó a su propio camarote y al no poder encender el candil por el peligro que entrañaba, así, a oscuras, y tal y como hacíamos de niños en las noches de tormenta, nos acostamos el uno junto al otro. Incapaces de conciliar el sueño permanecimos durante dos eternas horas empapados y abrazados sobre su catre hasta que los truenos enmudecieron y las aguas se amansaron.

Fue entonces cuando me di cuenta de que los papeles en nuestra relación fraternal habían cambiado por completo. Ya no era yo la que velaba por él, sino él por mí. Sus fornidos brazos y su envergadura ya no eran los del joven imberbe que yo pretendía proteger por consejo de la tía Margarita. Buscamos un entretenimiento que nos hiciese olvidar a ciegas y sin movernos demasiado del sitio lo que pasaba y terminamos pasando aquellas eternas horas repasando algunas frases hechas de las que yo ya había aprendido en castellano y que, a pesar de aburrirle soberanamente, accedió a aprender.

Al amanecer, el sol suspendido en el nítido cielo se reflejaba sobre la mar en calma. La suave brisa nos trajo el grito del marinero que, colgado de la cofa de una nave, cercana avistó tierra.

Las treinta y nueve naves de nuestra escuadra la seguimos hasta un puerto de pescadores desierto. Esperábamos una gran comitiva, pero allí, excepto un perro ladrando, no se veía un alma, algo extraño ya que las chimeneas de las casas aún humeaban.

Al poco tiempo supimos que aquello no era Laredo donde nos esperaban, sino un pueblo llamado Tazones, de donde los lugareños huyeron pensando que éramos piratas que les veníamos a saquear.

Durante los tres días tuvimos que esperar en Villaviciosa a que terminasen de cargar todos nuestros enseres en las carretas, y después de otros tres mal durmiendo y comiendo, reiniciamos nuestro viaje por aquellos senderos embarrados entre montes y valles donde los campesinos con cara de no haber visto en su vida un cortejo nos recibían como mejor sabían.

Ya llegando al convento de Abrojo, donde esperaríamos a que todo estuviese dispuesto para nuestra entrada en Valladolid, temí que, según estaban las cosas, no fuese tan fácil y, entre los traqueteos de la carroza, aproveché un momento que Carlos dejó a Chièvres cabalgando para descansar a mi lado para hacerle partícipe de mis temores.

Venía jadeando. Tomé del arcón que tenía bajo mi bancada una botella de vino y le tendí una copa. Se la bebió de un sorbo.

—Estoy cansado, Leonor. Todos me alertan sobre lo que me encontraré en Valladolid. Opinan sobre cómo he de comportarme para ganarme a los castellanos y

de qué sería lo mejor para convencerles de que puedo reinar junto a nuestra madre sin querer aceptar aún que ella es incapaz. Y por más que pregunto, nadie me dice cómo está ella en realidad. Es como si un tupido velo silenciase todo lo que a su estado concierne. A la espera estoy de que Cisneros me aclare muchas cosas, pero no son pocos los que también me ponen en guardia sobre el regente.

Me lo puso en bandeja.

—Precisamente por eso pienso que antes de ir a Valladolid deberíamos de pasar por Tordesillas. Así veremos con nuestros propios ojos a nuestra madre. ¿No tenéis ganas de conocer a nuestra hermana pequeña? Además, siempre habéis dicho que echabais de menos no haber podido estar en el entierro de nuestro padre. Creo que aún yace insepulto en el convento de Santa Clara. Quizá también podríamos aprovechar para darle sepultura, que bien se lo merece después de tanto tiempo muerto.

Se quedó pensativo.

—Dios sabe que me gustaría, pero Chièvres no querrá. Está preocupado con todas las demandas que en la corte de Valladolid me harán jurar antes de ser jurado. He sabido que desde enero andan reunidos en el convento de San Pablo barruntando. Si solo pretendiesen aconsejarme sobre el gobierno de Castilla, se podría aceptar, pero no... también intentan manejar los negocios más privados de mi vida. Dirigir mi voluntad en cómo he de respetar y tratar a nuestra madre reconociéndola siempre como la señora principal de estos reinos, casándome pronto sabe Dios con quién me propondrán. Insisten en que no he de dar oficios, dignidades ni gobiernos a los consejeros que hoy nos acompañan por considerarlos extranjeros. ¡Figuraos que planean que solo admita a castellanos a mi servicio!

Ante su aparente angustia no pude más que intentar quitar hierro al asunto con una chanza.

—¿Y cómo pretenden que os entiendan?

—No bromeéis con estas cosas y dejadme de dar la lata con los idiomas. De verdad que estoy preocupado porque no pierden una oportunidad para demostrarme entre líneas que no me quieren. Por un lado, no dejan de repetir que jamás he de permitir que nuestro hermano Fernando salga de Castilla y, por el otro, que ha de quedar claro que nunca saldrá oro ni plata de este reino para llevarlo a otro...

Sonreí.

—Es lógico que recelen de vos ya que aún no os conocen. Ya veréis cómo poco a poco nos iremos ganando su confianza.

—¿Poco a poco? —bufó—. Decid lo que queráis para consolarme, pero si algo tengo claro es que son gente de poco conformar. Os lo puedo demostrar leyéndoos las ochenta y ocho peticiones que me han hecho. Porque..., Leonor, solo os he contado las que más me enervan para no aburrirlos. Sinceramente, a veces pienso que lo que más desean es vilipendiarme antes de reconocermelo como su rey que soy.

—Para empezar, deberíais de dejar de hablar de ellos como si no os tocasen en

nada o fuesen nuestros enemigos —procuré tranquilizarlo—. Si queremos ganárnoslos, tenemos que empezar a sentirnos tan castellanos o más que ellos o siempre seguirán considerando a nuestra madre mucho más cercana. Lo raro sería que nos acogiesen con los brazos abiertos. Pensad que, después de padre, no es la primera vez que viene a Castilla a reinar alguien a quien estiman extranjero y se agarran a un hierro ardiendo. Además, que yo sepa, jamás han reinado dos reyes a la vez, y estando viva nuestra madre es lo que les pedimos. Temen que al tener otros reinos que heredar, a este lo consideréis en un futuro un reino menor.

—Estoy cansado.

—Pues ya podéis descansar porque os he dicho la manera de amansar sus denuecos.

Incrédulo, frunció el ceño y avanzó su maxilar inferior haciendo aún más prominente su barbilla. Conocía aquella expresión de desconcierto y no pude más que reírme.

—Sí, Carlos. Todo es fruto de una tremenda desconfianza hacia nosotros, y podríamos limarla demostrándoles que, a pesar de no haber visto a nuestra madre en once años, la seguimos queriendo y no hay nada más importante para nosotros en este momento que volver a abrazarla.

—¿Y Fernando? —dudó—. Está claro que él es el preferido de toda esta gente por haberse criado aquí y aún no le conocemos. Según me han dicho, nos espera en Valladolid.

Negué, convencida de no equivocarme.

—Acordaos de que nuestra madre, esté como esté, para ellos es la actual reina y por lo tanto la primera en nuestras intenciones. Fernando puede esperar, y si no quiere, que venga a Tordesillas. Así nuestra madre podrá disfrutar de cuatro de sus hijos a un mismo tiempo. No lo dudes más. Definitivamente, antes de entrar en Valladolid deberíamos de ir a verla.

—Se lo haré saber a mis consejeros —asintió—, pero me pedirán premura.

—Pues les diréis que no es menester. Negádsela. Si queremos hacerlo bien, a ellos también tenemos que hacerles ver que el amor que sentís por nuestra madre está sobre cualquier otro interés. Y precisamente por eso no podrá ser una visita rápida pues tenemos mil afectos que compartir con la reina Juana. —Pensé un segundo—. Quizá si involucraseis a Chièvres en este propósito... Convertidle en una pieza principal de este juego y no os pondrá impedimentos. El secreto del verdadero estado mental de nuestra madre en la actualidad es tanto que ni siquiera nosotros mismos sabemos a ciencia cierta cómo se encuentra. Si es él el primero que la ve, nos pondrá sobre aviso. Nuestra madre le conoce bien. Por eso mismo podría adelantársenos. Ver si le reconoce, y si es así, aprovechar para hablarle de nosotros, de cómo hemos madurado y hacerle ver que, como el hombre formado que ya sois, ya puede delegar en vos sus regias funciones liberándose así de ese yugo que tanto le cuesta acarrear. Aceptará, ya lo veréis. —Su expresión empezó a relajarse—. Si lo conseguimos, a los

pocos días entraréis en Valladolid con la cabeza bien alta y sin miedo a que nadie os acuse de hijo desagradecido o irrespetuoso. Eso tendréis ganado.

Solo de imaginar la escena se le iluminó la cara. Apartándome la toca me besó en la mejilla, bajó de la carroza, montó en su caballo y salió galopando al encuentro de Chièvres.

Atisbando tras el ventanuco los observé en la lejanía. Carlos, eufórico, le explicaba a su consejero las razones que yo le había expuesto como una idea propia y Guillermo asentía. Cuando llegamos a Abrojos la decisión era firme. Descansaríamos un día antes de ponernos de nuevo en camino rumbo a Tordesillas.

Todo se hizo según lo estipulado. Durante un buen rato, esperamos impacientes la señal de Chièvres para subir desde el patio. Apenas obtuvo su beneplácito, el consejero en persona se asomó al pórtico superior para llamarnos. Su expresión de satisfacción lo decía todo. Incapaces de esperar un segundo más, subimos las escaleras de dos en dos peldaños hasta encontrarnos frente a su puerta. Allí nos detuvimos en seco los dos hermanos para mirarnos a los ojos con gran duda y temor. Teníamos muchas ganas de verla, a pesar de no tener demasiados recuerdos de nuestra infancia junto a ella a los que asirnos.

—No es tiempo de dilaciones, hermano —le susurré a Carlos—. Olvida el pasado y afronta el presente como el rey que a punto estáis de ser.

Abrí la puerta sin darle tiempo a contestar. No había envejecido tanto como esperaba. Aún conservaba esa hermosura que yo recordaba la última vez que la vi de niña. Su toca de viuda y sayos negros resaltaban aún más el albor de sus mejillas. Me sorprendió la austeridad en la que vivía. La fría estancia carecía totalmente de tapices y tan solo unas espartanas esteras alfombraban el suelo.

Al fondo de la estancia, sentada sobre unos almohadones, una pequeña tarareaba algo concentrada en su quehacer. Tendría la misma edad que yo cuando despedí a mi madre la última vez. No pude dejar de observarla. Rubicunda, de ojos almendrados y semblante dulce podría haber sido yo misma, aunque un poco más gruesa.

Vestida con un humilde sayo de rafia parda, un chalequillo de cuero desgastado y una basta toca blanca aparentaba ser cualquiera menos una infanta de Castilla. Aprovechando la luz que se filtraba por el alabastro de un pequeño ventanuco bordaba un pañuelo con flores, ajena a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Sin duda era Catalina, aquella hija póstuma de mi padre que desde recién nacida se había criado por el egoísmo de mi madre enclaustrada entre esos muros a su lado sin apenas poder disfrutar de otra infantil compañía.

Nuestra madre, ensimismada en sus pensamientos, estaba sentada en una silla frente a la chimenea. Chièvres tuvo que pegar un taconazo en el suelo para llamar su atención y que ella regresase a nuestro mundo percatándose de nuestra presencia. Se levantó, aceleró el paso hasta nuestra posición y, cuando ya casi nos podía tocar,

repentinamente se detuvo en seco para dedicarnos una dubitativa mirada.

—Pero... ¿En verdad sois mis hijos? —balbuceó.

Quise excusarla pensando que así como ella apenas había cambiado, nosotros lo habíamos hecho, y mucho. Miró a Chièvres que así se lo había asegurado y le bastó asentir para que ella, presa del arrebato más inesperado, se abalanzase a abrazarnos con inusitado ímpetu.

Fue como si de una sola vez quisiese darnos todo aquel cariño del que nos privó antaño por andar encandilada tras nuestro padre. La clausura la había hecho un poco más humana. Tanto que, a excepción de aquel quiebro inicial provocado con toda seguridad por no ver en nuestros cuerpos a esos niños que recordaba, aquel día apenas mostró un atisbo de locura en sus maneras.

Después de un buen rato hablando con ella de unas y otras cosas no pude evitar mirar a donde Catalina estaba sentada. Fue solo entonces cuando mi madre cayó en la cuenta de que todavía no nos la había presentado. La llamó. Ella dejó el bastidor del bordado sobre los almohadones del suelo y se acercó a nosotros dubitativa. La pobre no sabía bien cómo saludarnos. Fui yo misma la que me agaché para abrazarla, mirarla a los ojos y besarla en la frente. Ella, sorprendida por la inesperada efusión de cariño, dio un paso atrás desconcertada.

Pensé que quizá antes nadie le hubiese hablado de nosotros, pero fue una idea que descarté cuando, al notar cansada a nuestra madre, decidí retirarme a mis aposentos y al tenderle la mano para que me acompañase se aferró a ella con fuerza. Parecía azorada. Ya caminando por los corredores quiso darme una explicación.

—Leonor, os pido disculpas por mi hosquedad. No es porque no sea cordial. Lo soy de verdad, pero no estoy acostumbrada a más ternuras que las de madre y... — Bajó la mirada apesadumbrada—. No sería la primera vez que se enfada conmigo por dejarme acariciar por otras manos que no sean las suyas.

Me dio pena, una tristeza infinita, que aquella dulce hermana nuestra se estuviese criando de aquella manera tan desamparada, sin niños o hermanos con quien compartir sus párvulos juegos. La pobre se había convertido sin saberlo en la nueva víctima de los celos enfermizos de mi madre, y la compadecía. ¿Cómo explicarle que antes que ella había sido nuestro padre el gran sufridor de estos desmanes? ¿Hacerle entender que a nosotros en cambio apenas nos miró de niños porque él era el único objetivo de sus desvelos y que casi nos tenía abandonados? Después de pensarlo dos veces, decidí callarme porque, al fin y al cabo, eso quizá fuese lo mejor.

La observé detenidamente. Su blanca tez demostraba que apenas era rozada por el aire libre debido a esa clausura impuesta que a madre la tenía esposada y me enervé con nuestra predecesora. Como siempre, con madre no cabía el término medio. Mientras que a nosotros apenas nos había mirado a la cara durante nuestra párvula vida, a ella la había convertido en la diana perpetua de su observar. La compadecí.

Al llegar a mi cámara y libre ya de la vigilancia materna, no tardó en despojarse de esa timidez inicial y muy pronto empezó a ser la niña que nunca debería haber

dejado de ser lanzándose a tumba abierta a rebuscar en mis arcones. Maravillada con mis sayos, joyas y afeites, la dejé probarse todo lo que quisiera y fue solo entonces cuando al mirarse en el reflejo de una bandeja de plata la vi sonreír por primera vez.

—Leonor. Háblame de Flandes. De nuestras hermanas Isabel y María. Esas hermanas que sin conocer tantas veces a diario echo de menos. ¡Ojalá vengan algún día como vosotros hoy! Háblame de todo aquello de lo que madre jamás me habló.

No pude hacer otra cosa que sentarme a su lado y mirarla a los ojos intensamente. ¡Pobre niña presa de cuerpo y alma por capricho de su madre! Cuando empecé, me sorprendió lo poco que sabía de nosotros. De la tía Margarita apenas le habían hablado, y me escuchó con atención cuando le conté cómo ella había suplido todas las carencias a las que nuestra madre nos había sometido. A pesar de no hablar yo el castellano perfectamente y ella apenas chapurreaba el francés, nos entendimos perfectamente.

Cenamos juntas en sendas bandejas y me pidió quedarse a dormir a mi lado. No relajó su abrazo hasta caer rendida en los brazos de Morfeo. Y así, iluminada por una sola palmatoria, la miré con detenimiento mientras ella respiraba acompasadamente y con una bien dibujada sonrisa en los labios. Carlos debería de hacer algo al respecto de su condición en cuanto pudiese. Omitirlo sería como mantener en prisión a un reo sabiendo de su inocencia.

Fue una intensa semana en la cual platicamos con nuestra madre como jamás en nuestra vida habíamos hecho antes y a sabiendas del dantesco tratamiento que había tenido el cadáver de nuestro padre al no haber querido ella enterrarlo, aprovechamos para ir al convento de Santa Clara donde se encontraba aún insepulto para otorgarle el eterno descanso que todo hombre se merece y organizarle esos funerales regios, que por un motivo u otro, y a pesar de su largo transitar por los pueblos, campos y ciudades de Castilla, nunca llegó a tener de verdad.

En la iglesia apenas cabía un alfiler y es que los lugareños, según nos hicieron saber, nunca habían asistido a unos funerales tan solemnes. Fue allí donde realmente me di cuenta de otra cosa más, y es que la austeridad castellana distaba en mucho de la suntuosidad flamenca. Si no queríamos levantar más suspicacias, tendríamos que contenernos en todo lo que a la ostentación tocase.

Carlos demostró con creces que, al contrario de lo que muchos hubiesen deseado, no era ese hijo ingrato que en lo único que pensaba era en hacerse con la corona. Como pretendimos al principio, tan solo por sus actos y sin necesidad de juntas, juras y otros tantos negocios de por medio, consiguió llegar al corazón de muchos de sus súbditos.

Las aguas de los celos hacia nosotros se iban amansando según transitábamos por Castilla cuando el destino vino a enturbiar nuestros planes. Esperábamos que antes de partir se hubiese unido a nuestra comitiva la del cardenal Cisneros, pero un

billete nos trajo la fatídica noticia de que este, camino de Tordesillas, se había visto obligado a detenerse en Roa por encontrarse indispuerto.

A los pocos días y después de haber recibido varios billetes sobre su estado de salud, falleció. El regente de Castilla moría sin haber tenido la oportunidad de asesorar a Carlos en los manejos de su futuro gobierno.

Muchos achacaban la culpa de la precipitación de este desenlace al hecho de que Carlos le hubiese mandado una carta autorizándole a retirarse a su arzobispado dándole las gracias por los servicios prestados sin más y sin molestarse siquiera en convenir una cita previa con él para aprender de sus manejos.

No eran buenas noticias. De nada sirvió hacer correr el rumor de que andábamos apesadumbrados por no haber podido contar con su consejo. Pudo más la sospecha de que su fallecimiento nos venía de perlas al dejarnos libertad absoluta, y muchos aprovecharon el infortunio para sembrar la duda de que algo habíamos tenido que ver en aquel fallecimiento.

Las lenguas de los más viperinos se desataron sin remedio. Pero... ¿cómo nadie contaba con que Cisneros, a sus ochenta y un años, ya había sobrepasado con creces la media de vida? Daba igual. Estaba claro que hiciésemos lo que hiciésemos, nuestros enemigos se agarrarían a un clavo ardiendo para defenestrarnos.

Al saberlo, quise consultar con mi hermano.

—¿Qué hacemos, Carlos? La tía Margarita me dijo una vez que cabía la posibilidad de que alguien hubiese matado a nuestro padre porque su muerte no podía ser más oportuna para nuestro abuelo Fernando, que andaba ya muy cansado de lidiar con él. ¿Has pensado que quizá nos estén acusando del mismo delito?

Carlos se quedó pensativo.

—Si lo hacen, allá ellos con su conciencia, que acusar de asesinato a un inocente es como condenarse uno mismo a los fuegos del infierno. Es cierto que nunca sabremos con exactitud qué es lo que le pasó, pero el hecho es que le pasó y ya no podemos cambiar la historia. Estoy cansado de tanto reconcomio y no pienso alimentarlo avivando recuerdos del pasado porque, entre otras cosas, parecerá que nos estamos excusando de algo que no hemos hecho. Como en el caso de padre, Cisneros ha muerto, y, como entonces, todos deberán aceptar como buenos los motivos que han alegado los barberos y cirujanos.

—Pero... nuestro padre era joven y estaba sano. En cambio, Cisneros...

—No hay más que hablar —cortó de raíz.

Me mordí la lengua porque le conocía y sabía mejor que nadie que si seguía tensando la cuerda se cerraría en banda. Le observé en silencio. Dios le estaba ayudando a madurar a pasos agigantados, a pesar de que su joven físico aún no le acompañase.

Era como si cada legua recorrida adentrándonos en Castilla alimentase su seguridad. Como si la sucesión a unos derechos que eran suyos de por sí se estuviese tornando en una guerra. Como si, en tiempos de la Reconquista, tuviese que luchar

para rendir cada plaza y así hacer correr las fronteras de sus dominios.

Mal que me pesase, cada vez eran menos las ocasiones en que me pedía consejo y más en las que dejaba que Guillermo le susurrase al oído.

Camino de Valladolid supimos por Alonso de Aragón, el arzobispo de Zaragoza e hijo bastardo de nuestro abuelo Fernando, que vino a nuestro encuentro en el camino, que nuestro hermano Fernando nos esperaba en Mojados.

Conocerle y ver su completa disposición nos fue grato, dado que no encontramos en él la más mínima oposición, a pesar de que algunos nos habían advertido en su contra.

Como la suya, eran tantas las caras nuevas con las que topábamos a diario, que a veces temía no tener suficiente memoria para retenerlas todas. No fue el caso de Alonso, que, por ser hermanastro de mi madre y por su posición, era bien característico. Aquel decidió acompañarnos en el camino.

Estábamos deseando ver a Fernando. ¿Se parecería a nosotros? ¿Podríamos hablar con él distendidos o como con Catalina nuestro primer encuentro se vería dificultado por el problema de los idiomas?

Fuese como fuese, Carlos parecía nervioso. La última carta que le mandó desde Middelburg antes de que partiésemos no había sido del todo amistosa. En ella, aparte de anunciarle nuestra llegada, le pedía que antes de eso se deshiciese de los malos consejeros que le rodeaban porque le constaba que habían obrado en perjuicio de su persona. Se entreveraba en ella su preocupación porque aquellos estuviesen ensalzando a Fernando para su sucesión en la corona en vez de Carlos. ¿De verdad se habría deshecho del comendador mayor de Calatrava y el obispo de Astorga?

Mi alegría fue enorme al verlo por primera vez y comprobar que no los llevaba a su lado. No se parecía a Carlos, a sus catorce años aún era un poco más bajo y más oscuro de piel. Quizá por eso de haber nacido en una tierra con mucho más sol.

Al principio no comprendí el porqué de su demora en este encuentro, dado que bien podría haber venido a Tordesillas antes para ver a nuestra madre. Luego recordé que alguien me contó que ella, al parirlo, ni siquiera se molestó en cogerle en sus brazos. Contaban que por aquel entonces nuestros abuelos Isabel y Fernando la habían obligado contra su voluntad a quedarse en Castilla hasta el final de su avanzado embarazo sin permitirle viajar junto a nuestro padre hasta haber dado a luz, y aquello casi la había vuelto loca de remate. Al nacer Fernando ni lo miró. Le culpaba en su locura de haber sido el principal motivo de que ella viviese separada de mi padre. Raro sería que un hijo tan poco querido demostrase algún afecto por su madre sin apenas haberla conocido.

Allí estaba... Nada más vernos descabalgó y vino a reverenciar a Carlos para luego abrazarle con fraternal amor. No pude apreciar ni un atisbo de prevención en sus actitudes. Muy al contrario, fue como si ambos por fin hubiesen encontrado ese

hombro fiel y consanguíneo en el que apoyarse.

En el tono de voz de Carlos al presentármelo pude atisbar un viso de alegría. Criado por la tía Margarita y habiendo compartido confidencias y juegos siempre con nosotras sus hermanas, yo sabía que en más de una ocasión había echado de menos a un hermano.

Los cuatro años que se llevaban en nada se notaron porque Fernando parecía bien formado. Quizá tanto o más que Carlos, porque fue él, precisamente, el que, en cuanto tuvo la oportunidad, sacó a colación las posibles suspicacias sin temor. Quizá esa valentía la heredase de nuestro abuelo Fernando.

—Querido Carlos, albergo la esperanza de limar las asperezas que unos y otros han podido sembrar entre nosotros antes de entrar en Valladolid porque me gustaría hacerlo junto a vos para demostrar toda mi fiel lealtad hacia vuestra grandeza.

Fue una lisonja verdadera que para nada sonó a forzada.

Carlos se limitó a asentir sin negarlo.

Al darme cuenta de que aquella conversación no sería banal quise acompañarles en el paseo de Mojados a Valladolid. Fue en el único momento que les interrumpí antes de que montasen de nuevo para iniciar la marcha.

Si era cierto que iría más cómoda en la carroza, no me importó en absoluto cabalgar al lado de los dos únicos hombres que quedaban en la familia. Tuve la oportunidad de comprobar cómo mis hermanos se tendían la mano amorosamente. Y me regodeé en cada una de sus palabras libres de todo mal o enfrentamiento, como muchos alborotadores hubiesen deseado. ¡Si la tía Margarita los viese, cuán orgullosa estaría!

Fernando, desde el primer instante y con una sinceridad pasmosa, se ofreció al servicio de Carlos sin condiciones ni dudas.

—Como veis, he cumplido con la petición que me hicisteis. Me he deshecho de las malas influencias para acudir a vuestro servicio. —Carlos asintió satisfecho de su sinceridad. Fernando continuó—: Como sabéis soy castellano de pura cepa. Desde que nuestra madre me parió en Alcalá de Henares hace catorce años, más de una vez he soñado con ir a conoceros. Tener cinco hermanos y no conocer a ninguno no es plato de buen gusto, os lo aseguro. Aun así, he intentado cumplir con lo que de mí se esperaba y hoy, como veis, sigo haciéndolo sin miedo al sacrificio que ello me demande.

—¿Viajaríais a Flandes a pesar de que yo esté aquí? —le interrumpió Carlos.

—No es eso lo que muchos quieren, pero si con ello consigo apagar las brasas de una insurrección, sea —contestó Fernando sin dudar—. Me marcharé de inmediato.

—Comprendedlo, a mí me ven como a un extranjero —dijo Carlos, bajando el tono de voz—. Vos, en cambio, habláis su idioma, conocéis sus costumbres, nacisteis aquí. Yo por el contrario...

—Vos sois su rey —cortó Fernando—. El rey de las Españas junto a nuestra madre sin ninguna duda por mi parte.

Carlos soltó las riendas para asirle del brazo derecho en señal de gratitud.

—Fernando, vos también seréis rey porque en nadie he de confiar más que en vos para ayudarme a gobernar. No de estos lugares, pero sí de otros que me pertenecerán y ya se verán.

Chièvres, incapaz de mantenerse al margen, volvió a acortar las distancias. Carlos, al percatarse de ello, bajó el tono de voz.

—Ahora tan solo os pido que guardéis este secreto. Ya sabéis que las Cortes me piden la promesa de que no os iréis y es algo que tendré que solventar. —Fernando asintió mientras Carlos se dirigía a su consejero con amabilidad—: Guillermo, traednos algún collar del Toisón de Oro para don Fernando. Me gustaría que entrase en Valladolid con él puesto. Sé que es precipitado, por eso desearía convocar a capítulo lo antes posible. ¿Qué opináis?

—Que tardaremos, pero no os preocupéis. El décimo noveno capítulo de la orden será el primero que se celebrará en nuestra historia fuera de los dominios del duque de Borgoña, pero si en mi mano está, contará con las mismas dignidades. En cuanto lleguemos a casa del marqués de Astorga, donde definitivamente residiréis en Valladolid, lo dispongo todo para iniciar los trámites.

IV

Ahogada por la desconfianza



Sigue hablando Leonor, hermana de Carlos

Cortes de Valladolid, 9 de febrero de 1518

Al día siguiente llegamos al monasterio franciscano de Abrojos donde preparamos la entrada triunfal en Valladolid. Todo tenía que estar perfectamente pensado para que los castellanos aprendiesen a distinguir entre las diferentes jerarquías del reino.

Abriríamos el cortejo con las guardias de Espinosa, después irían la caballería real, los grandes de Castilla y tras ellos empezariamos a entrar por orden los tres hermanos. Fernando lo hizo el primero, escoltado por el cardenal Adriano y nuestro tío bastardo el arzobispo de Zaragoza.

La multitud estrechaba el pasillo abierto a nuestro paso. Las gentes colmaban los balcones y en los tejados no había sitio ni para un gato. Las calles de la capital castellana eran un verdadero hervidero. Querían vernos lo más cerca posible en este paseo que nosotros pretendíamos triunfal.

Si Carlos quería afianzarse en el trono, esta sería su primera oportunidad para demostrar el poder que de él emanaba. Las mujeres admiraban nuestras vestiduras, tocados, joyas y peinados; mientras que los hombres preferían centrar su atención en las armaduras de nuestros soldados.

El boato de nuestra pompa borgoñona les extrañaba. Nunca supe si para bien o para mal, pero lo que queríamos reflejar era grandiosidad para anular entre los expectantes cualquier pensamiento referido a nuestra juventud, inexperiencia, extranjería o intenciones. Hacerles ver que tan solo traíamos todo lo bueno que teníamos era nuestro principal cometido.

Tras Fernando y al hacer su entrada triunfal Carlos, se hizo el silencio. Mi hermano quedó a merced del escrutinio de todos sin dejar que un atisbo de

inseguridad le embargase. Por fin alguien vitoreó y otros tantos le secundaron. No fueron demasiados. Tan solo los suficientes como para que aquel frío inicial se templase, pero no nos importó. Lo cierto era que el rey de España, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y señor de las Indias occidentales estaba allí para quedarse.

Escoltándole iban el embajador de su santidad el papa y el del emperador, nuestro abuelo Maximiliano. Eché de menos un engalanado de la ciudad más rico. Los arcos triunfales bajo los que pasamos se me hicieron endeble y a punto de desmoronarse, pero no dejé que aquello alterase mi sentir porque indudablemente no estaban acostumbrados a semejantes tareas. El entorno daba igual. Mis hermanos irradiaban poder y eso era lo principal.

Cerré el cortejo junto a mis damas con esa ventaja que da ser el último para poder ver las expresiones y leer los labios del pueblo. Aquellos castellanos murmuraban fríos a nuestro paso y los susurros se enardecían al ver estos que el señor de Chièvres cabalgaba en la cola junto a los arqueros del rey.

Había corrido el rumor de que Carlos, no contento con humillar a la Iglesia nombrando al cardenal Adriano obispo de Tortosa y al jovencísimo Guillermo de Croy arzobispo de Toledo, quería ahora vilipendiar las arcas del Tesoro nombrando a Chièvres contador mayor de Castilla sin otro propósito que vaciarlas para llevarse todo a Flandes, y aquello no nos ayudaba en absoluto. Prueba de ello era que a muchos de los nuestros les costó encontrar aposento en la ciudad porque todos les daban con las puertas en las narices.

Lloviznaba aguanieve. El obispo de Mota sería el encargado de comenzar las sesiones de las Cortes como el presidente que era. Carlos intentó poner en su lugar a Sauvage, pero al ver las reticencias de la mayoría prefirió encomendárselo a un castellano.

El domingo, Carlos, en la iglesia de San Pablo, juró por fin, con la mano derecha posada sobre los Evangelios que sujetaba el cardenal Adriano, ser un buen rey para sus nuevos súbditos.

Después de misa y sentado en un trono frente al altar mayor nos dispusimos a reverenciarle de uno en uno. Los primeros que le besamos la mano en señal de fidelidad fuimos Fernando y yo. Lo hicimos con todo el cariño y amor que pudimos demostrar para servir de ejemplo a los que a la postre venían. Nos siguieron los nobles, el clero y los procuradores de las dieciocho ciudades con voz y voto en Cortes.

Como era de esperar, no fueron unas Cortes fáciles. A Carlos le pidieron todas aquellas cosas que él ya sabía que solicitarían y capeó como mejor supo el temporal comprometiéndose a elegir, acorde a los textos de la Biblia y siguiendo el ejemplo de nuestra abuela Isabel, a varones prudentes, temerosos de Dios y que aborreciesen la codicia para el gobierno.

Cada atardecer al llegar al palacio del marqués de Astorga, al calor de la lumbre me hablaba de las cuitas pasadas en las Cortes mientras yo intentaba calmarlo. Había un asunto en particular que me preocupaba sumamente desde que dejamos Tordesillas y decidí planteárselo de inmediato.

Nuestra pequeña Catalina me quitaba el sueño. Imaginarla encerrada entre las cuatro paredes de aquella casa pegada a nuestra madre y sin apenas distinguir las noches de los días me acongojaba. Aproveché el momento de la cena para decírselo, a pesar de que aquella noche andaba meditabundo y cansado.

—Carlos, algo tenemos que hacer con Catalina. He pensado en traerla lo antes posible aquí a Valladolid. Debe ser antes de que nos alejemos más o todo será más complicado. Podría vivir en mi casa.

Mirándome a los ojos, sonrió.

—Si todo ha ido como espero, a estas horas ya la han debido de sacar de Tordesillas. Preparad su aposento porque si no es esta misma noche, llegará mañana.

Sobraron las palabras de agradecimiento. Aquel hermano mío que tan distraído y esquivo aparentaba estar en algunas ocasiones para aquellos negocios que le importunaban, me demostró que desde que nos despedimos de nuestra madre también había tenido a la pequeña Catalina en su mente.

Le abrazaba fuertemente cuando los apresurados pasos de alguien acercándose por el corredor me hicieron sospechar lo mejor.

La puerta se abrió de golpe y como si de una gloriosa aparición se tratase, vi a Catalina de nuevo. Venía asida de la mano del señor de Trasiegues a un lado y de la señora de Chièvres al otro. Estaba hermosa, más que nunca, porque habían tenido tiempo de cambiarla y peinarla acorde con su condición. La señora de Beaumont le llevaba la cola. Soltándose de sus custodios y con una amplia sonrisa vino corriendo hacia la mesa. Reverenció a Carlos, me besó en la mejilla y sumamente nerviosa se sentó a nuestro lado sin aliento.

—Figuraos que querían acostarme sin haberos visto antes. ¡Qué locura! ¡Dormirme sin haber visto antes a mis queridos hermanos!

Solo en ese momento reparó en el tercer comensal. Fue entonces cuando comprendí que si conocía a nuestro hermano Fernando debía de hacer tanto tiempo que no lo reconoció.

—Catalina, te presento a nuestro hermano Fernando.

Los dos se saludaron con una leve y fría inclinación de cabeza. Como la primera vez que nos vio a nosotros, se mostró parca en afectos con un desconocido. Cumplida la educación del saludo cogió una manzana, le dio un mordisco y con la boca aún llena comenzó a hablar convulsivamente.

—No sabéis qué susto cuando en medio de la noche vi moverse el repostero de enfrente de mi cama. Así, casi petrificada, vi salir de detrás de él a nuestros amigos.

¡Menos mal que aún quedaba una miaja de vela prendida en la palmatoria y pude reconocerlos de inmediato, porque, de otro modo, quizá hubiese pegado un grito alertando a madre!

La carne se me quedó atorada entre el gáznate y el pensamiento.

—No será verdad que os sacaron sin el permiso de madre.

Siendo tan niña se sorprendió por mi ingenuidad.

—¿De verdad creéis que de haberle pedido permiso nos lo hubiese concedido?

Consciente de lo absurdo de mi pregunta, negué preocupada de cómo se lo tomaría al descubrirlo. Sacudiendo la cabeza para despegar de mi sesera los malos pensamientos, sonreí.

—Tenéis razón. Esperemos que no os eche demasiado de menos. Ahora nos toca a nosotros disfrutar de vuestra presencia y a vos ocupar el lugar que debéis como infanta de España y archiduquesa que sois.

Me tomó de la mano fuertemente.

—¿Podré dormir con vos como la última vez?

Sonreí.

—Tendréis vuestra propia cámara junto a la mía. Espero que os baste.

Asintió contenta. Aquella hermana nuestra de apenas diez años rezumaba alegría por sus cuatro costados. Según pasaban los días, ella sola se iba haciendo querer por todo el que la conocía, y aquella sombra de tristeza cautiva que la cubría fue despejándose para devolverle esa ingenuidad infantil que jamás debía haber perdido.

Todo para ella era digno de agradecimiento. Disfrutaba de cualquier cosa y gozaba de ellas como si prácticamente acabase de nacer. Sin quererlo, se había convertido en mi sombra y siempre me acompañaba a todos lados, rehusando en ocasiones los juegos con las jóvenes damas que, próximas a ella en edad, le busqué.

Hasta que un día vino Carlos con aire circunspecto. Quería hablar a solas conmigo y le pidió que se retirase. Ella disconforme, pero sin rechistar siquiera, accedió, convencida de que aquello no sería de su incumbencia. ¡Qué equivocada estaba! Apenas cerró la puerta soltó la oscura noticia a bocajarro. Desde la noche en que Catalina desapareció de Tordesillas nuestra madre había enloquecido de nuevo, apenas dormía, comía, se lavaba o escuchaba a las gentes que de ella se ocupaban. Tan solo abría la boca para gritar con desgarró que le habían robado a su hija, y su estado de locura era tal que ya empezaban a temer por su vida. Carlos, después de haberlo discutido con sus consejeros más cercanos, había decidido devolver a Catalina a Tordesillas por mucho que nos pasase.

No podía creérmelo. Consciente de que aquella decisión no tenía marcha atrás, solo pude sentarme para negar en silencio intentando contener las lágrimas.

—Sinceramente, hermano, no sé si merece la pena el sacrificio. Si olvidamos que estamos hablando de la reina, esto es como privar a una niña de una vida digna para entregársela a los caprichos de una madre trastornada.

Chistó.

—No dramaticéis —replicó, impasible—. Vos sois la que todos los días me recuerda que nuestra posición nos demanda vivir presos de nuestros deberes con sacrificio y eso es lo que tiene que aprender Catalina.

—¿Aprenderlo? Si es lo único que la pobre ha conocido desde que nació —musité, y alcé la vista para mirarle a los ojos—. Si llego a saber esto antes, jamás os hubiese pedido que la trajerais porque no hay nada peor que dar un caramelo a un niño para después, cuando apenas ha comenzado a saborearlo, arrebatárselo.

Sin querer aún hacerme a la idea, negué cabizbaja. Carlos se acercó a mí para tomarme de las manos.

—Seréis vos la que se lo diga.

Solo de pensarlo se me rompía el corazón.

—No me pidáis lo que no puedo hacer —volví a negar.

—Pues no me queda otra alternativa que ordenar que parta de inmediato evitándonos así la angustiada despedida —dijo, y su voz sonó más grave que nunca.

De nuevo le miré a los ojos negando. Y con aquel nudo en la garganta solo fui capaz de musitar:

—No. Si lo hacemos de tal modo, jamás nos lo perdonará. Dejádmelo a mí.

Asintiendo, salió de la estancia sin más. Allí quedé yo, pensativa. ¿Cómo lo haría?

Me intenté convencer a mí misma de que tampoco era tan grave. Al fin y al cabo, nosotros estábamos acostumbrados desde niños a esas dramáticas despedidas en las que nuestros seres queridos quedaban al otro lado de los mares sin esperar una fecha para el reencuentro.

Catalina, en cambio, a sus diez años, tan solo tendría que regresar a Tordesillas con nuestra madre, no sin antes haber recibido mi promesa de que un día saldría de allí para desposarse con un buen hombre y así nunca más volver. Dios sabía que yo intentaría su liberación matrimonial lo antes posible.

Y así, convencida de que aquello era el mejor argumento que le podía plantear, se lo dije.

Aquella pequeña estaba tan acostumbrada a vivir según los desmanes de nuestra madre que, al enterarse de su partida y los motivos, acató la orden si pronunciar una queja. Al despedirnos, por lo bajo y para sí misma, tan solo murmuró:

—Ya sabía yo que lo bueno apenas dura.

En nuestro último abrazo antes de montar al caballo noté cómo se aferraba a mí como a un clavo ardiendo y prometí no defraudarla.

La experta amante



Habla Germana de Foix, abuela de Carlos

Barcelona, 1519

Viuda de Fernando desde el 23 de enero de 1516 en Madrigalejo, esperaba ardientemente conocer al nieto de mi marido con la esperanza anclada en el corazón de que este cumpliera su palabra para con su abuelo.

Fernando había redactado la carta que le envió desde su lecho de muerte frente a mí a sabiendas de que, faltando él, Carlos no tardaría en venir desde los Países Bajos a tomar posesión de los reinos de Castilla y Aragón.

Fernando, preocupado por el estado en que quedaría yo después de su muerte, le pedía que no me olvidase. Aún recordaba sus palabras textualmente: «No le queda, después de Dios, para su remedio sino solo vos».

Si de verdad había heredado ese nieto suyo una sola gota de sangre de su abuelo, estaba segura de que cumpliría con esta su última voluntad, porque lo cierto era que no me quedaban más que las rentas del reino de Nápoles para subsistir, y aquello también dependía de su beneplácito.

Durante el viaje las preguntas se agolpaban en mi mente. ¿Cómo sería Leonor? Quizá en ella encontrase una amiga. ¿Y Carlos? Apenas sabía nada de ellos. ¿Sería aún mancebo? ¿Sería tan calculador como su abuelo aragonés? ¿Pío como su abuela castellana? ¿Más cabal que su madre? ¿O tan interesado como su padre?

De él se decían mil cosas a las que yo no quise dar crédito hasta comprobar su veracidad por mí misma. El infante don Fernando, al que conocía bien por haberse criado con nosotros durante largas temporadas de su infancia, fue quien se encargó de introducirme y me lo presentó. Desde el primer momento, los dos hermanos me recibieron con los brazos abiertos como si fuese una más de la familia.

Leonor fue correcta en su saludo. Carlos, aquel apuesto joven, mucho más que eso... El hecho de que todos hablásemos francés correctamente facilitó dicho encuentro.

Desde el primer momento en que nos vimos algo surgió entre los dos, y puedo asegurarles que no fue únicamente amor filial. Si es cierto que nuestra diferencia de edad era palpable, según transcurrían los días se nos olvidó por completo, tanto o más que el hecho de que Carlos fuese mi nieto putativo y es que su estremecedora mirada lograba borrar de mi entendimiento cualquier duda moral que me atenazase.

Solo con verle desde lejos fui consciente de mi cautiverio a manos de un pecaminoso deseo carnal, aquel que pensaba perdido desde la muerte de mi marido y su abuelo Fernando, aquel que en las mujeres desaparece al llegar a una edad y que yo, a tan solo un año de cumplir los treinta, daba por perdido.

Fue vernos, saludarnos y sentir cómo, al besarme las manos, un fuego enardecedor me consumía. Las dudas que pude tener con respecto a nuestras diferencias parentales y de edad se disiparon en cuanto comprobé que la atracción era mutua. ¡Qué podía esperar del hijo de Felipe el Hermoso y el nieto de Fernando de Aragón! Dos hombres viriles hasta la muerte.

Apenas tardamos un día en dar rienda suelta al mutuo impulso. Los dos sabíamos que demorar demasiado nuestro holgar solo serviría para convertir en evidente nuestro debido secreto.

Aún recuerdo el tacto de su joven piel, de sus músculos, de sus besos y del resto de sus inexpertos miembros que rendidos a mi experiencia aprendían vertiginosamente de mis consejos.

Las malas lenguas decían que su abuelo Fernando había muerto en mis brazos después de consumir una taza de hierbas milagrosas para preñarme de nuevo, y si aquello no fue cierto sí lo fue que yo intenté de todas las maneras posibles mantener su deseo incorrupto hasta el último de sus días.

Allí tumbada, me sentí de nuevo la dueña del mismísimo rey. Una mujer atractiva, deseada y joven de nuevo. Rendida a todos sus caprichos, intenté no solo saciar sus anhelos, sino además improvisar adelantándome a ellos sin darle tiempo ni siquiera a imaginarlos. Y era tanta esa atracción del uno por el otro, que, en público y a sabiendas de que quizá podríamos ser descubiertos, aprovechábamos la mínima oportunidad para rozarnos, aunque tan solo fuese un segundo.

Y, sin pretenderlo, me enamoré de él. Tanto que incluso en las noches que no venía a visitarme, llegué a pedir a Fernando en mis plegarias su intercesión para que aquel amor llegase a buen término. Necia de mí, soñar con desposarme con Carlos. Yo que a mis veintinueve años tan solo pude demostrar mi fertilidad al parir al pequeño Juan, aquel que murió a las pocas horas de haber nacido, para gran pesar de su padre.

Carlos, en su intento porque todo el mundo me admitiera, ordenó celebrar banquetes y torneos para darme la bienvenida. Al principio me aposentó, junto a

Leonor su hermana, en una casa enfrentada a la suya. No era mal lugar, pero según se fueron haciendo más frecuentes nuestros clandestinos encuentros, la calleja que nos separaba se nos hizo una frontera casi insoslayable. Sobre todo, por andar siempre al acecho de nuestros deseos.

Y aunque teníamos cuidado para que no nos descubriese, el día que Carlos ordenó que construyeran un puente de madera cubierto sobre la calle uniendo la ventana del segundo piso de su casa con la nuestra, saltó la liebre.

Al pedirle Leonor explicaciones fue incapaz de mentir. Lo hacía para que todos pudiesen visitarse en secreto y libres de los comentarios callejeros. Al comentarle ella que aquello le parecía absurdo, Carlos ni siquiera se molestó en rebatirla.

Y pasaron los días, y cuando Carlos decidió dejar Valladolid, yo fui con ellos a Zaragoza con la inmensa suerte de poder vivir a su lado efemérides cargadas de sentimientos de los que los cronistas apenas han dejado rastro.

Una de ellos fue la despedida de Fernando en Aranda del Duero. Allí estaba junto a los tres hermanos diciendo adiós a ese medio nieto que tuve adoptado mientras estuve casada con Fernando, y junto al que había vivido todo tipo de intrigas a su favor y en contra de Carlos para que heredase los tronos de Castilla y Aragón alegre por verlos, aun a pesar de tantos problemas, tan compenetrados.

El hermano pequeño de Carlos había demostrado gran madurez al haber ido separándose de aquellos que le desaconsejaban marchar tanto en cuanto Carlos no tuviese más sucesor que él mismo.

Ahora Fernando, dejándose aconsejar tan solo por su hermano mayor, por fin embarcaba rumbo a los Países Bajos. La flota le esperaba en Laredo. Sus partidarios habían intentado en varias ocasiones aplazar el viaje, pero este ya era ineludible, quizá porque el vínculo consanguíneo que unía a los hijos de Juana podía más que cualquier otra tentación. El día 23 de mayo zarpó para no regresar jamás.

Tres días antes, en Zaragoza Carlos estaba convencido de que el juramento a su fidelidad sería un paseo por el campo. Yo, que conocía a los aragoneses, le intenté prevenir sobre aquello, pero no me tomó en serio hasta que empezó a comprobarlo por sí mismo. Prometerles alianzas con Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra, Manuel de Portugal, el papa y el rey de Dinamarca, que estaba casado con su hermana Isabel, o el de Hungría, que ya estaba comprometido con María, no terminaba de convencerles. Y es que, en verdad, lo que más les importaba era que sus fueros y privilegios siguiesen siendo intocables. Al final y al igual que en Castilla después de muchos dimes y diretes, acabaron jurándole junto a su madre Juana y le concedieron doscientos mil ducados.

Fueron tiempos convulsos durante los cuales apenas me separé de él. Abrazados en la intimidad de las noches, me hizo confidente de todos sus desvelos. Conmigo se desquitaba en placeres de las preocupaciones que durante el día lo atenazaban.

Fui el consuelo que necesitó al enterrar a su querido consejero Sauvage, el asenso definitivo en sus dudas a la hora de nombrar a Mercurino Gattinara en su cargo

vacante de canciller, su muleta para convencer a Leonor de que Manuel de Portugal sería un buen marido para ella y su principal cobijo a la hora de asimilar lo que la muerte de su abuelo Maximiliano significaba para él.

Tan vinculada como estaba a los dos hermanos, acabé sabiendo más de sus íntimos sentimientos que muchos de sus consejeros y damas y, sin quererlo, me convertí, entre otras muchas cosas, en su paño de lágrimas.

Ejemplo de ello fue el que Leonor me revelara, una mañana después de casarse por poderes en Zaragoza, que marchaba a Portugal como un cordero al degolladero. Yo sabía por Carlos que lo que de verdad le hubiese gustado habría sido casarse con el conde palatino Federico del Rin, pero nuestros matrimonios nunca se hicieron por amor, y eso ella ya lo debería de saber.

Le inquietaba el hecho de que su marido le sacase casi treinta años y no comprendía que, habiendo estado ya Manuel casado con sus tías María e Isabel, ahora tuviese ella que continuar con este sacrificio. Procuré animarla en su desesperanza haciéndole ver que, dada la proveya edad del portugués, aquello tan solo sería una garantía para su pronta y tranquila viudedad. Me tenía a mí misma como ejemplo.

Por otro lado, Carlos, en la intimidad de nuestras fogosas noches, me confesó que temía la responsabilidad de ser elegido emperador de Alemania y rey de los romanos después de la muerte de su abuelo Maximiliano, y que había intentado que en su lugar metiesen en la terna como candidato a Fernando su hermano, empero su tía Margarita se negaba a aceptar semejante despropósito por considerarlo una gravísima afrenta.

Con suma delicadeza entre caricias y disimulados halagos le despojé de sus miedos y le devolví la confianza en sí mismo porque siendo el rey más poderoso de la cristiandad no podría fallar.

—¿Cómo hacerlo, Germana?

Me alegré de que una vez más confiase en mi experiencia.

—Seréis el nuevo Carlomagno, si extremáis la precaución en el buen gobierno de vuestros reinos, y eso solo se logra haciendo una sabia elección de vuestros ministros, una recta administración de la justicia, un buen orden en la hacienda y manteniendo un bien pagado, fiel y experto ejército que vele por los intereses de la cristiandad y vuestros territorios. Tampoco debéis olvidar nunca a vuestra madre y hermano, porque ellos son los más queridos en España entera y esas son cosas que, con una encerrada y el otro lejos, pueden ser olvidadas.

—Es fácil decirlo.

—No deis tantas vueltas a la cabeza y empezad paso a paso. Según las cosas vayan surgiendo. Para comenzar, deberíais deshaceros de algunos de los consejeros que trajisteis de Flandes quienes aquí tan solo se han granjeado enemistades. —Asintió, consciente de ello—. Si llegáis a emperador, pensad que cada uno de vuestros reinos se lo tomará de diferente manera. En las Alemanias lo celebrarán, porque los príncipes aprovecharán vuestras ausencias para poder seguir haciendo lo

que quieran. En los Países Bajos también, porque al sentirlos tan poderosos, se verán más protegidos en su eterna pugna con Francia, y aquí... Aquí, y siento reconocerlo, cundirá la inquietud. Apenas habéis tenido tiempo de consolidaros y eso no es algo que juegue una baza en vuestro favor. Ellos están acostumbrados a tener a sus reyes en casa y tenerlos lejos les hará desconfiar. Quizá si dejáis a gentes comprometidas al mando, el día que marchéis a tomar posesión todo estará controlado.

—¿Y así creéis que calmáis mi desasosiego? —exclamó, negando con la cabeza—. Son muchas cosas las que me apartan de cumplir con mi máxima ilusión, la de luchar contra los infieles en defensa de nuestra santa fe católica, como hicieron nuestros antepasados en las Cruzadas.

Me sorprendió que añadiese aún más quehaceres a los que ya le habían caído en gracia.

—Ya veréis cómo la extensa sombra del águila imperial os ayuda. Por otro lado, vuestra juventud os permitirá tener tiempo para eso y mucho más. —Le besé con pasión—. Si confiáis en mí es precisamente porque os soy sincera. No puedo mentiros, pero al igual que os digo que nada es fácil, también he de haceros ver que si todo va bien pasareis a los anales de la historia como el rey más grande jamás visto y eso es algo por lo que definitivamente merece la pena luchar. Os imagináis... Libros enteros de insignes cronistas hablando de vos, de vuestras hazañas, de lo grande que fuisteis y el bien que trajisteis a vuestros reinos.

Por primera vez sus ojos se iluminaron. Me abrazó con fuerza y me hizo el amor con más ímpetu si cabía que media hora antes. Creo que fue entonces cuando la fuerza de su ilusión me preparó para concebir.

A mediados de febrero del año siguiente entramos en Barcelona. Faltaba un día para que Leonor embarcase y la noté preocupada, por lo que le propuse una visita a la catedral. Admirábamos las obras de talla y pintura que los maestros artesanos estaban haciendo en los asientos del coro para las celebraciones del siguiente capítulo del Toisón de Oro cuando me sentí mal y me desmayé. Al recuperar la consciencia estaba tumbada en mi aposento frente a Leonor. Su semblante era el reflejo de malos augurios. Temí hacerle la pregunta.

—¿Qué me pasa?

Torció el gesto.

—Según como se mire, nada grave. Simplemente el barbero asegura que estáis embarazada de más de un mes.

Tenía que asimilar la noticia antes de enfrentarme a su escrutinio, por lo que fingí desvanecerme de nuevo. No me cabía la menor duda de que Leonor me preguntaría inmediatamente sobre el padre. Solo estaba segura de que se lo ocultaría al menos hasta haber hablado antes con Carlos.

Si para cualquier mujer en mis condiciones un embarazo podría haber sido una

desgracia, la verdad era que para mí traer al mundo a cualquier niño, independientemente de su bastardía, era una albricia. En mi fuero interno nada anhelaba más en este mundo que ser madre de nuevo, sobre todo estando tan convencida como lo estaba de que ya nunca más lo sería.

Sentí el aliento de alguien muy cercano frente a mi faz y al abrir los ojos topé de nuevo con Leonor, que preocupada por mi estado prácticamente se había echado sobre mí. Al verme entornar los párpados se separó con brusquedad de mi vera para mirarme inquisitorialmente desde el otro lado del dosel. Su sentencia no se hizo esperar.

—Tendréis que casaros de inmediato. Ya lo hemos hablado, y el marqués de Brandemburgo se ofrece voluntario.

—No es el padre —balbuceé.

Me sorprendió su respuesta.

—Lo sé, pero este niño necesita un padre, y dado que el verdadero no puede reconocerse como tal, Juan se ha ofrecido a ocupar su lugar en estos menesteres. Debéis estarle agradecida.

Aquello era lo que menos me importaba. Ya se habría ocupado Brandemburgo de obtener alguna prebenda a cambio. Pero... habiendo sido tan discretos como lo fuimos...

—¿Desde cuándo lo sabéis?

Sonrió.

—Desde la primera noche. Al principio me incomodaba solo pensarlo. Luego, Carlos me hizo ver que no debía preocuparme porque lo más importante lo tenía claro. Así que, pensándolo detenidamente, preferí hacerme la ingenua. Al fin y al cabo, Carlos, desde que llegamos, no ha hecho otra cosa que enfrentarse a mil y un problemas en estos reinos y una canita al aire no le venía mal. Necesitaba una espuela que le mantuviese contento, y vos habéis cumplido el cometido con creces.

—¿Eso creéis que soy? ¿Tan solo un acicate?

—No importa lo que yo crea. —Sacudió la cabeza—. El caso es que nuestro abuelo y vuestro difunto esposo confió en él para que os cuidase y... ¡bien que lo ha hecho! Ahora los tiempos de estos desmanes han pasado y debéis ateneros a las consecuencias. —Me extrañó que la dulce Leonor se mostrase tan inclemente—. Antes, desde luego, de que vuestro embarazo sea demasiado evidente. Nos quedan hilvanar un par de flecos con Brandemburgo y fijar una fecha para la boda.

Solo pude asentir. Mientras Leonor se levantaba para sacar un largo collar de perlas de su bolsa.

—Carlos me ha pedido que os entregue este collar. Son ciento treinta y tres perlas gruesas que quiere que conservéis en señal de su agradecimiento. Quién sabe, si es niña quizá algún día se lo podáis legar en vuestro testamento.

¿Es que no pensaban conocerla? ¿De agradecimiento? ¿Dónde estaba?

Me asusté.

—¿Por qué no me lo da él mismo?

Leonor fue tajante.

—Porque todos hemos convenido que, a partir de ahora, cuanto menos os vean juntos en la intimidad, mejor. Yo me marcho a cumplir con mi deber de reina de Portugal. Confío en vuestro buen hacer y os pido encarecidamente que en público mantengáis las distancias.

—¿Y si no fuera así? Me debe mucho más que amor, y lo sabéis.

Se irguió como nunca la vi hacerlo.

—Eso da igual. Nos estamos desviando del tema principal. Sinceramente, no creo que queráis convertirnos en un estorbo para él. Carlos, según están las cosas, ahora lo que menos necesita es estar en boca de todos de este modo. Si le queréis, sé que haréis lo que os pido porque es lo mejor para todos, incluido el hijo que esperáis al que, como bastardo real que será, nunca le faltará de nada si cumple con su deber de silencio. Hacedme caso y saldréis mejor parada. Pensad que, si no es así, yo ya no estaré aquí para interceder por vos.

Asentí, convenciéndome, una vez más, de que aquello no era más que otro sacrificio hacia la corona.

Lo que parecía inminente en mi porvenir por una causa u otra se fue demorando. Conocía a Carlos y sabía que, si no había buscado un solo momento de intimidad conmigo para despedirse como era debido desde la noticia de mi embarazo, no era por su propia voluntad.

Hacía ya tiempo que Leonor había partido para casarse con el rey de Portugal cuando, a mediados de junio, por fin me casé en Barcelona con el marqués de Brandemburgo. Él era, además, el hermano del príncipe electo Guillermo, cuyo voto necesitaba Carlos para consolidarse como el principal sucesor de su abuelo Maximiliano, y negarme a ese matrimonio quizá le hubiese perjudicado. Sabía que muchos aragoneses tacharían este segundo enlace mío de traición, pero aun así no me pude oponer.

Preñada de aproximadamente cinco meses, mi guardainfante no daba más de sí. La demora en la boda principalmente había sido causada por los tejemanejes que se traía mi futuro marido con su hermano para llevar a buen fin la elección de Carlos como soberano del Sacro Romano Imperio Germánico. Once días después de casarnos, Carlos de Gante consiguió postularse frente a otros poderosos opositores como era el caso de Francisco I de Francia.

El rey Carlos I de Castilla y Aragón ahora también se convertía en el emperador Carlos V de Alemania, y me regocijaba pensar que en mis entrañas moraba un importante legado de tan insigne hombre. En Barcelona acudí a las celebraciones que se erigieron en su honor, manteniendo siempre esa distancia prudencial a la que me comprometí con Leonor.

Isabel nació a los pocos meses, la dejé al cuidado de una noble familia castellana y marché junto a mi marido y Carlos al largo viaje de su coronación pasando antes por ciudades aragonesas y castellanas que no dejaron de demostrarle el enojo que sentían por su partida.

En la primavera 1520 por fin llegamos a Santiago de Compostela, donde a pesar de haber convocado Cortes no se presentaron ni los representantes de Toledo, ni los de Salamanca; lo que provocó que un tiempo después embarcásemos por fin rumbo a los Países Bajos un tanto preocupados.

De camino a Aquisgrán, paramos en Inglaterra para buscar la alianza de sus tíos Enrique VIII y Catalina, la hermana menor de la reina Juana, pero de aquello poco puedo decir ya que se reunieron íntimamente en Canterbury.

Lo único que pude saber es que estaban pensando en casar a la pequeña María, la hija de Enrique y Catalina, con Carlos. Tendrían que esperar tanto que yo sinceramente lo vi del todo improbable.

Conocí en Bruselas a su tía Margarita, la gobernadora regente de los Países Bajos en su ausencia, aquella de la que tanto Carlos como Leonor tanto me habían hablado con verdadera admiración, y nada de lo que me contaron me pareció exagerado.

El día de su coronación, postergada durante un mes por una epidemia de peste en Aquisgrán, realmente fui consciente de su fuerza y de la diferencia en la pompa y boato entre Castilla y aquellos reinos.

Abrimos el séquito los miembros de la familia Brandemburgo, nos seguían otros grandes de España y nobles flamencos, que poco a poco fui conociendo, y tras ellos tres mil soldados. Después, Carlos entró escoltado por los arzobispos de Colonia y Maguncia y la guardia regia.

La música de los timbales y los tambores que precedieron al tedeum me estremecieron, y cuando finalmente oí la voz segura de Carlos jurando como emperador sobre la Biblia, no pude evitar que una lágrima se escapase de mis ojos. Mi jovencísimo amor se comprometía a ser la espada que defendería a la Iglesia católica, el buen juez de los pueblos y el protector de los desvalidos, recordándome entonces aquellos consejos que un día le di en nuestro lecho cuando aún se sentía inseguro.

Tenerle tan cerca y lejos al mismo tiempo me consumía. Verle pertrechado con la espada de Carlomagno, el anillo imperial, el cetro, el mundo y la corona imperial sobre su testa me emocionó sobremanera. ¡Y pensar que un año antes hubiese deseado que su hermano Fernando estuviese sentado en ese trono en vez de él!

Me sentí celosa al ser testigo de cómo otras amantes, mucho más jóvenes que yo, ahora gozaban de todo aquello que yo le enseñé en nuestras noches de pasión. Tuve que soportar verle desaparecer más de una noche del brazo de una tal Ursulina della Penna, apodada en Bruselas como la Bella de Perugia, y de otras tantas que ni recuerdo sus nombres.

Aun así, me regocijé al pensar que mientras ellas habían sido tan solo el placer de

unos pocos días, yo en cambio lo fui durante meses.

La tal Perugia, como yo, también quedó preñada y existiendo la duda de que el niño fuese de Carlos o de su cornudo marido, la mandaron de inmediato de vuelta a Roma. Partió sola pues su esposo murió antes de dejar la corte, quizá víctima del disgusto.

Pasado el tiempo, supe que en Roma ella había bautizado a su niña Tadea, y como indiscreta amante contaba a todo el que quería oírlo que el padre era el emperador. Ingenua ella que nunca supo que su hija tan solo era la segunda de las bastardas imperiales. Mi hija Isabel siempre sería la mayor.

Seguimos a Carlos a la Dieta imperial de Worms para intentar poner remedio a la creciente popularidad de Lutero. Aquel hereje agustino que, descontento por todo lo que veía a su alrededor, pretendía terminar con el catolicismo en Alemania liderando él solo una profunda reforma del cristianismo.

Vi de nuevo a Fernando, su hermano. Aquel niño del que cuidé en más de una ocasión antes de enviudar de su abuelo Fernando de Aragón y que Carlos, al llegar a Castilla, temiéndole como el preferido de los españoles le mandó a Flandes; le había concedido los títulos de archiduque de Austria, Estiria, Carintia y Carniola, y viéndole este tan integrado en la que un día fue su corte y ya hecho un hombre y casado con Ana de Bohemia, pensaba ahora en engrandecerle aún más legándole sus posesiones del Tirol, la Alta Alsacia y el ducado de Gutenberg.

Pero... aquellos eran asuntos demasiado profundos para mí, sobre todo ahora que Carlos, habiéndose librado de la Perugia, aplacaba sus ardores en la carne de otros humildes sayos, pues después de investigar averigüé que la agraciada era nada menos que la hija de un tapicero o fabricante de alfombras. Se llamaba Johanna van der Gheynst, y, como la Perugia, apenas quedó preñada, desapareció de la corte.

Aquí dejé de contar, pues, que yo supiese, eran ya tres hijas las que tenía el emperador en su haber sin haberse desposado, y aquello me dolía. Era tanto el furor de Carlos en estos menesteres y yo andaba tan lejos ya de sus deseos que tuve que aprender a ignorarlos refugiándome en otros negocios que pudiesen afectarle.

En realidad, veía desesperada cómo perdíamos el tiempo sin regresar a las Españas para solucionar de una vez por todas los graves altercados que estaban propiciando las Comunidades en Castilla y las Germanías en Valencia en contra de Carlos.

El joven emperador confiaba ciegamente en el cardenal Adriano de Utrecht para que, como regente que era, aplacase el revolucionario movimiento, pero, a pesar de su buen hacer, este parecía estar enconándose.

VI

La perfecta pretendiente



Habla Isabel de Portugal, prima de Carlos

Lisboa, 7 de marzo de 1519

Incapaz de esperar a que Leonor de Austria se presentase formalmente ante la corte portuguesa, corrí a sus aposentos. Allí, un batallón de damas correteaban ajetreadas de un lado al otro. Una con afeites, otra con las tenazas calientes para peinarla, la siguiente con un cofre de joyas y la de más allá con los chapines. Hasta el hermoso sayo color carmesí que yacía lánguido sobre la cama parecía estar a punto de saltar para envolver su grácil cuerpo.

De elegante porte, dulce semblante y blanca tez, bien podría haber heredado el cabello castaño claro de nuestra común abuela Isabel. ¡Era el día de su boda! Probablemente el más importante para cualquier mujer. Debía mostrarse feliz, pero sin embargo, siendo ella el centro de atención de todo aquel bullicio, parecía estar a mil leguas de distancia. Era como si con la mirada perdida deseara desvanecerse entre las brumas de sus pensamientos.

Hacía meses que toda la familia la esperábamos con expectación. Saber que ocuparía el lugar de mi difunta madre en el trono de Portugal no era algo que me agradara, pero aquella candidata, al ser de nuestra misma sangre, no podría ser mala. Pensé que quizá simplemente temiera lo desconocido porque si era cierto que Leonor ya se había casado hacía meses por poderes con mi padre, también lo era que en apenas media hora aquel sacramento se haría realidad tangible al encontrarse frente a él.

Pensar en sus jóvenes manos entrelazadas con las arrugadas de mi padre me dolió pues un matrimonio no debería llevarse tantos años, pero ese era su impuesto destino, y aunque su matrimonio con mi hermano Juan, como se pensó en un primer

momento, hubiese sido lo más lógico, al quedar mi padre viudo la opción cambió y ya nada se podía hacer para impedirlo.

Una vez terminaron de empolvarle la cara y peinarla, con cierta desgana se levantó para que la vistieran con el rico sayo terciopelo rojo. Los dorados brocados resaltaban el albor de su escote. Sus pechos eran pequeños y su talle casi tan estrecho como el mío.

Ya un poco más cerca me sorprendí ante su prominente barbilla. ¡Demasiada a decir verdad! Aquello debía venir de los Austrias, ya que no recordaba a un solo pariente con semejante barboquejo.

Como sus damas andaban distrayéndola para prenderle perlas en el recogido, broches en la pechera, un collar y otros tantos engalanes, esperé a darme a conocer. Desde mi posición la pude observar con un descaro que rozaba la mala educación, pero sin temor a incomodarla.

Ella, mustia, se dejaba hacer. Tan solo abría la boca para musitar alguna orden en francés o castellano según a qué sirvienta se dirigiese. Le gustase a no, ahora también tendría que aprender portugués. Me habían dicho que era una mujer culta e inteligente, por lo que no debería de costarle. Esperé a que la tocasen con un fino velo sobre el recogido para acercarme por su espalda, asirla de los hombros y besarla en la mejilla. Andaba cabizbaja buscando algo en un pequeño cofre.

Al no poder voltear la cabeza, alzó la mirada para verme en el desvirtuado reflejo del espejo. A la espera de que terminasen de prenderle las peinas en el pelo y para no entorpecer la labor de las peluqueras me miró de reojo. Su sonrisa forzada y su mirada acuosa me inspiraron compasión. No era para menos, ya que siendo apenas cinco años mayor que yo la casaban con mi padre, el mismo que antes había estado casado con sus dos tías y le sacaba treinta años. Le susurré al oído:

—Soy Isabel, vuestra prima, y muy pronto vuestra hija.

Simplemente asintió al tiempo que me acariciaba la mano derecha claramente incómoda por verse obligada a mantener la quietud para el engalane.

—Me alegro de conoceros, Isabel. ¡Aquí está!

Del pequeño cofre que tenía sobre las rodillas sacó un broche del que pendía un diminuto vellocino de oro y ella misma se lo colgó de la pechera. Entre tanta joya y brocado el corderito casi pasaba desapercibido. Al ver mi expresión de desconcierto se vio en la obligación de darme una explicación.

—Es el Toisón de Oro, la máxima condecoración que tu primo Carlos otorga a los nobles que le sirven fielmente. Las mujeres no podemos tenerlo claro está, pero él regala esta simbólica réplica de la condecoración a todas las mujeres que más quiere.

Viendo la atracción sentimental que ella demostraba hacia esa pequeña figura, me acerqué para demostrar interés.

—Es hermoso. La viva muestra de la trascendencia de las cosas pequeñas. Y viendo la importancia que le dais, supongo que no se prodiga otorgando este regalo. ¿Cuántas lo tenéis?

La prima Leonor, olvidando por un segundo la boda, sonrió. Fue la primera vez que la vi hacerlo abiertamente.

—Casi le acaban de nombrar emperador, así que no ha tenido tiempo de repartir demasiados corderitos. Por ahora tan solo lo tengo yo y... —Se calló repentinamente para reconducir sus palabras—: Y ahora al llegar a Flandes posiblemente le habrá entregado otros similares a la tía Margarita y a las hermanas. Es con estos pequeños detalles con los que nos demuestra que realmente no es tan frío como parece.

—¡Curiosa manera de decir os quiero!

Leonor sonrió de nuevo. Pasado el tiempo supe que su silencio se debía a que su abuelastra, Germana de Foix, también poseía uno, y eso debía de ser algo que a ella no le gustaba demasiado.

Las trompetas y timbales empezaron a sonar en la lejanía para traerla de nuevo a la realidad trocando aquella sonrisa en una disimulada mueca de amargura.

A la señal de su principal dueña se levantó, dispuesta a cumplir sin titubeos con su obligación. Me pareció ver cómo tragaba saliva. Suspirando de nuevo, acarició la miniatura.

—Ahora he de cumplir con lo que este pequeño corderito me demanda.

Comprendiendo su sacrificio, decidí acompañarla hasta la iglesia para seguir distrayéndola. Aquella breve conversación con ella bastó para borrar de mi sesera las desconfianzas que la hija de un hombre puede tener hacia su nueva madrastra. Apenas cinco minutos a solas me bastaron para estar segura de que, en un futuro y dejando a un lado los parentescos filiales, seríamos buenas amigas y confidentes.

Ayudó sin duda a afianzar esta rápida intimidad el que se aferrase a mí para recorrer los pasillos que aún la separaban de su futuro marido. Aquella mujer era un regalo de Dios. Un presente que otorgaría al reino de Portugal la probabilidad de que nuestra familia contase con más herederos reales que perpetuasen nuestra estirpe, la de los Avis.

Y así, asida a mi brazo, intentó buscar un tema de conversación que llenase el silencio de sus inmediatos pasos.

—Isabel. Bello nombre.

—Muy de nuestra familia.

Aunque con aquella banal conversación trataba de agazapar su angustia, no me pudo engañar.

—Os llamáis como nuestra abuela, como nuestra tía, la primera mujer de vuestro padre que tan joven falleció de parto, incluso como mi hermana pequeña. —Asentí de nuevo—. Es un nombre muy de reinas.

Sonreí.

—No como el vuestro.

—¿Cómo podéis decir eso? ¿Olvidáis a vuestra Leonor de Castro o a nuestra Leonor de Guzmán? ¿Olvidáis a la Plantagenet, o a las Leonores de Aragón? ¿Y qué me decís de las de Castilla?

Me sobrecogí.

—Las dos primeras fueron amantes de reyes, aunque al final consiguiesen que sus hijos llegasen a heredar el trono. Dos hermosas historias que recuerdo bien. De las otras poco más sé. Perdonadme. Aunque me esfuerzo en memorizar lo que nuestros cronistas dejaron escrito, está claro que aún me queda mucho que aprender de nuestros antepasados.

Leonor quiso excusarme.

—Bueno, eso tiene fácil remedio. Yo os ayudaré.

Llegamos a la puerta del patio que daba a la iglesia y nos detuvimos a la espera de que los zaguanetes la abriesen. Antes de separarme de ella la apreté fuertemente de la mano. Era tal nuestra empatía que bastó ese gesto para expresarle, sin pronunciar una sola palabra, todo mi ánimo, y su mirada de agradecimiento quedó clavada en mi pupila antes de dejarla a solas como la protagonista que era de la inmediata ceremonia.

La luz del exterior iluminó la penumbra concentrándose en su figura mientras ella caminaba lenta y firmemente hacia el cumplimiento de su primordial mandato, el matrimonio. Mi padre la esperaba en el altar, le tendió la mano y se entrelazaron las dos.

Los siguientes meses fueron fantásticos a su lado. Ella cumplió como era menester con sus débitos conyugales y no tardó demasiado en quedar embarazada.

Pensar que aquella prima, madre y ahora amiga pronto me daría otro hermano no supuso ningún obstáculo para que la confianza entre las dos fuese creciendo por días. Compartimos el gusto por la música, la literatura, la historia y otras tantas materias que por ser en demasía evito ahora enumerar, no vaya a hacerse mi relato un tedio imposible de comprender.

Y así, pasando el tiempo. El 18 de agosto de 1520 nació el primero de mis hermanos habidos en Leonor. Un niño al que no pudo llamar de otro modo que como su hermano. Aquel que mentaba cada vez que tenía ocasión. Aquel que nunca olvidaba y del que apenas sabíamos prácticamente nada desde que embarcó en La Coruña hacia Flandes para luego ser coronado emperador. Aquel que admiraba con una pasión inusitada y con el que soñaba para mí como esposo.

Mi hermano Carlos nació fuerte como un roble. Se agarró al pecho de Leonor con fuerza desde su primer día y pronto comenzó a engordar. La leche de Leonor era tan buena que no necesitó de otras amas de cría ni las quiso.

Me confesó que quería hacerlo sin demandar ayuda de nadie precisamente porque desde niña, al ver cómo su madre paría a sus hermanas pequeñas y apenas las miró a la cara, se prometió a sí misma jamás seguir su ejemplo.

Solía aprovechar los momentos en que le amantaba para sentarme a su lado y hablar con ella de mil y un asuntos. Nos placieron tanto esos instantes de intimidad,

que no quisimos renunciar a ellos cuando, a los dos meses y medio de nacer el pequeño, a ella se le retiró la leche y de nuevo quedó embarazada y así contrató a un ama de cría extranjera para que, cumpliendo con su función con nosotras a su lado, no pudiese enterarse de nada de lo que hablábamos.

Aún recuerdo como una fría tarde de mediados de diciembre a la luz de la chimenea mientras ella acunaba al niño en su regazo recién comido me pidió que le leyera una carta que había llegado de su hermana Catalina. Me sorprendió su limpia caligrafía y la claridad con la que se expresaba a pesar de lo niña que aún era. Aquella madurez inusitada, quizá se debiese a que la pobre se hubiese criado siempre entre adultos.

Querida hermana:

Lo primero que quiero daros es la enhorabuena por ese hijo con que Dios os ha bendecido. Perdonadme por la tardanza porque ya debe de andar ese pequeño sobrino mío a punto de cumplir los cuatro meses, pero, por extrañó que os parezca, Tordesillas en estos tiempos ha estado de todo menos tranquila.

Os habrá extrañado el lacre de este billete porque no es mi sello, sino el de una de mis dueñas. Hay una buena razón para ello y es que el marqués de Denia y su mujer, desde que se han ido los comuneros, nos tienen mucho más estrechamente vigiladas que antes.

Será por el temor de Carlos a que madre se vuelva a desmandar. No lo sé. Lo cierto es que a mí la marquesa me trata como si fuese una de las meninas de sus propias hijas y a madre como si fuese incapaz de decidir por sí misma.

Leonor, nos vejan a diario, pero no me atrevo a comentárselo a Carlos ante el temor de que estos intercepten mi billete y se venguen por ello. No me dejan pasear por el corredor que da al río, y a nuestra madre hay días enteros que la tienen encerrada en su cámara sin apenas luz ni ventilación.

Lo cierto es que poseen el documento que les nombra nuestros custodios, y eso no hay quien lo cambie al menos hasta que nuestro hermano regrese de Flandes y pueda hablar con él sin necesidad de escribir.

Ahora nada más lejos de nuestro afán que darle un dolor de cabeza con nuestras cuitas, hermana, que ya sabes que estamos acostumbradas al desamparo y la austeridad y esto no nos altera en absoluto, aunque he de reconocer que demostrar quién soy, como me aconsejasteis en Valladolid, sin inseguridades ni complejos, es algo harto difícil estando bajo el influjo de los desaires de estos carceleros.

Dicho esto, os recuerdo que cuando me separé de vos para regresar a Tordesillas, ante la angustia de nuestra madre al no encontrarme a su lado, me dijisteis que os escribiese siempre que tuviese un problema, y en estos meses, aparte de los que ya conocéis, han surgido otros mucho más graves

que atentan contra Carlos, y es que sus enemigos han rondado por estos lares en busca de que nuestra madre les diese la razón y aún no sé si hasta el gobierno de su reino.

Vinieron tentándola con la fuerza de sus palabras y ella, en vez de echarles con destemplanzas, la primera vez que se entrevistó con Padilla, Bravo y Zapata, se mostró sumamente interesada en sus argumentos, les escuchó atenta y lo peor de todo es que creyó todas las falacias que de sus bocas salían.

¡Imaginaos! Osaron vilipendiar a Carlos acusándole nada menos de querer arrebatarle el poder para reinar en su lugar, y así poder llevarse todo el tesoro de la corona a otros de sus reinos. Se quejaron sin pudor de los abusos de sus consejeros flamencos y para tocarle el corazón intentaron convencerla de que Tordesillas no es otra cosa que su presidio. Un presidio que ya el abuelo Fernando inventó para relegarla del poder enterrándola en vida.

Ella tardó en tomar la palabra, y cuando al fin lo hizo, tan solo aseguró no haber sabido nada de todo aquello durante los once años que dura nuestro enclaustramiento y, no contenta con aquello, nombró a Padilla general de sus ejércitos para después pedirle que trajese aquí a la junta de Comunidades desde Ávila para reunirse con ellos e intentar solucionar sus problemas.

Me asusté, Leonor. ¡Cómo no hacerlo viéndome ya en sus manos! Como podéis suponer, los rebeldes marcharon triunfales dispuestos a dar al cardenal Adriano en las narices. Les importaba muy poco que fuese el regente nombrado por Carlos de estos reinos en su ausencia porque no le reconocían como tal.

Les despidió con estas palabras: «Sí, sí, estad aquí a mi servicio y avisadme de todo y castigad a los malos».

Esa misma noche y a solas hablé con madre para advertirle de que no creyese todo lo que de sus bocas manaba. Le hablé de la ambición que a muchos hombres corrompe y le recordé vuestra última visita reviviendo aquellos momentos en que le demostrasteis vuestro amor por ella.

Insistí en esa idea una y otra vez durante los diez días que los comuneros estuvieron ausentes. Madre me escuchaba, pero no asentía ni negaba, y cuál fue mi sorpresa cuando al presentarse estos de nuevo ante ella mudó su voluntad inicial, encerrándose como sabéis que lo suele hacer en sí misma.

Sus largos silencios, miradas ausentes y desidia ante lo que estos le contaban terminó por desesperarles de tal manera que empezaron todos a discutir entre ellos. En varias ocasiones le dieron papeles para firmar y en las mismas ella se negó rotundamente a hacerlo. De verdad parecía otra y no sé si fue por mis consejos o porque de nuevo sufre otro de sus asiduos ataques de melancolía.

Sea por lo que fuere, creo que ha sido lo mejor durante estos casi tres meses que los comuneros han estado en Tordesillas hasta que el ejército de Carlos ha conseguido echarlos de aquí. Gracias a Dios.

Ahora solo os recuerdo, querida hermana, vuestra promesa de liberarme de este cautiverio. Recordad que ya tengo catorce años y que, a excepción de los días que pasé a vuestro lado, siempre he vivido encerrada entre estas paredes. Hora es ya de salir pues la angustia me puede. Me disteis palabra de que me buscaríais un buen marido y lo espero con toda la ilusión que una joven, ya mujer, puede tener.

Si no es ahora, al menos dadme una esperanza para que así pueda soñar con un futuro luminoso. Sé que vos estáis en Lisboa y Carlos en Flandes, pero aun así escribidle para recordarle que existo y que espero con ansia sus designios.

Aprovecho ya para felicitaros las próximas Navidades y espero muy pronto saber de vos.

Vuestra hermana que os quiere,

CATALINA

Terminaba cuando una dueña vino a recoger a Carlos del regazo de Leonor para meterlo en su cuna. Leonor, silenciosa, se levantó para acariciarse los riñones después de tanto tiempo sin moverse. Su segundo embarazo ya se hacía ostensible. Por unos instantes se quedó pensativa mirando al fuego de la chimenea.

—Si la conocierais, Isabel. Es hermosa, dulce, alegre y tan dócil que contagia la ternura que de ella emana. Jamás se lamenta y lo que me desasosiega es que, si lo hace ahora, es sin duda porque a punto está de estallar. Intenté sacarla de esa cárcel, pero el egoísta capricho de mi madre nos obligó a esposarla a ella de nuevo. Quiero ayudarla y no sé bien cómo. ¡Algo tenemos que hacer!

El quiebro en su voz delató su desesperanza. Tan solo me atreví a musitar:

—Si se parece a vos, quién sabe. Quizá en un futuro, Dios quiera que lejano, también podría llegar a ser reina de Portugal.

Me miró, intentando interpretar mis palabras.

—¿Insinuáis que podría casarse con vuestro hermano?

Sonreí.

—¿Y por qué no? Solo es cuestión de proponérselo. Una doble alianza como la que nuestros católicos abuelos hicieron al casar a vuestro padre y vuestra tía Margarita con sus hijos Juan y Juana, solo que esta vez en vez de con Flandes será con Portugal. Yo me desposo con Carlos y Juan con vuestra hermana Catalina. Yo seré emperatriz y Catalina reina. Quizá así definitivamente logremos unir a todos los reinos de esta península ibérica. No es algo nuevo, Leonor. Nuestros abuelos los Reyes Católicos ya soñaron con ello. —Leonor de nuevo asintió. Una idea me vino a

la mente—. Quizá nos estemos precipitando, porque... ¿cuántas veces ha estado comprometido Carlos?

Alzó la cabeza pensando y acariciándose los anillos de los dedos comenzó a contar:

—La primera cuando apenas recién nacido lo prometieron con Claudia, la hija de Luis XII de Francia. La segunda cuando debía de andar por los ocho años y la tía Margarita pensó en María de Inglaterra, la hija de nuestra tía Catalina y Enrique VIII. La tercera a los quince años cuando señalaron a Renata, la segunda hija del rey de Francia y hermana de su primera prometida. La cuarta tan solo un año después, con Luisa de Francia, la hija de Francisco I. Un matrimonio este, que según están las cosas, después de haber sido elegido Carlos en vez de él emperador del Sacro Romano Imperio, creo que tampoco llegará a buen puerto.

—Así que yo sería la quinta candidata —resoplé.

Leonor me acarició la cabeza con ternura.

—En Castilla dicen que no hay quinta mala. Y dejando los dichos a un lado, os diré que no podría elegir mejor. ¿Sabéis, Isabel? Me alegro de saber que ya queréis a Carlos aun sin conocerlo. Hacéis bien, porque os aseguro que mis lisonjas fraternales se quedan cortas ante la realidad. Ya juzgareis vos el día que le conozcáis.

—Oyéndoos hablar de él con semejante pasión es difícil no enamorarse de ese hombre. Si todo sale como esperamos, os quiero en mi boda para enseñaros como una novia ha de presentarse sonriente y alegre en el altar a decir el sí quiero.

Sonrió.

—Vuestro padre es un buen hombre que aun con sus achaques se ha hecho querer. Perdonadme si con mi desgana os importuné el día de nuestra boda.

Aproveché que se había levantado para aflojarle un poco la cinta trasera del corpiño, que me pareció estar oprimiéndola.

—Es lógico, Leonor. Vuestra bondad y sentido del deber os ha llevado a quererle, pero lo cierto es que él era un viejo para vos, cosa que Carlos no lo será para mí.

—Vos con Carlos y Catalina con Juan —musitó, repitiendo mis palabras—. Creo que es la mejor idea que jamás hayamos tenido. Ahora solo cabe convencer desde la sombra a los reyes que han de mandarlo.

—Os digo que ya estoy enamorada de él, pero no es verdad —pensé en alta voz—. Lo verdaderamente cierto es que aún no sé qué es el amor. Habladme de lances de amor, Leonor.

Cabizbaja, pareció rememorar algo agri dulce.

—Hay gentes que nunca llegan a saberlo. Mujeres que viven sus vidas sujetas a imposiciones y deberes que nacen, maduran, procrean y mueren sin saber lo que fue querer realmente, pero ese, gracias a Dios, no fue mi caso porque tuve la suerte de conocer ese sentimiento una vez en mi vida y aunque no pudo ser, lo que nadie me podrá arrebatar nunca es su recuerdo.

Encandilada por su sincera narración, me dispuse a tomar asiento para recrearme

en su historia. Al hacerlo, ella me miró de reojo y consciente de que quizá estaba abriendo demasiado su corazón hacia mí, se calló de repente. Esperé a que continuase un par de segundos y ya ansiosa rompí el silencio.

—¿Y?

Aceleró, cambiando radicalmente el tono de voz, para seguir como si de una letanía se tratase:

—Se llamaba Federico. Era el conde palatino en la corte borgoñona. Carlos se enteró de nuestro amor. No lo consideró conveniente. Me separó de él. Le abrió un proceso y terminó expulsándole de la corte. No nos dejó ni siquiera despedirnos. Aquel día me prometí a mí misma jamás enamorarme de nuevo y puse mi persona al entero servicio de mi hermano y este corderito.

Se acarició el vellocino de oro que llevaba prendido esta vez de su bocamanga. Fue duro saber que nunca se enamoraría de mi padre. Y pensé entonces que lo mejor sería hacer de mi futuro marido, fuese Carlos o no lo fuese, mi amor verdadero. No hacerlo sería como soñar con dolientes utopías.

VII

Trazando imperiales destinos



Sigue hablando Isabel de Portugal, prometida de Carlos

Lisboa, abril de 1521

Leonor miraba a la cuna desesperada. Hacía días que mi hermano Carlitos andaba con calenturas. Los esfuerzos de los barberos por menguar el flujo de las mucosidades que se acumulaban en su diminuta nariz cortándole la respiración se hacían vanos y el pequeño se apagaba sin remisión.

Sabía lo que estaba sufriendo porque para mí aquello no era nada nuevo. Desgraciadamente, desde que mi madre, María de Aragón, murió hacía ya cuatro años al parir a mi hermano Antonio, que la siguió al cielo a los pocos días de nacer, yo misma había tenido que velar la enfermedad de Enrique y Eduardo, a los que mi madre dejó con tan solo dos y cinco años.

La práctica me había enseñado a medir la gravedad del mal y aquello no pintaba bien. Su desesperanzada mirada me recordó a mi madre cuando cuidaba a mi hermana María poco antes de morir con tan solo dos años.

Ella se refugió entonces en los siete hermanos que le quedábamos, pero que eso le pasara a Leonor, que aún no había parido al siguiente, era tremendamente cruel. Temí porque su tristeza, en el caso de perder a Carlos, acabase por tornar en aborto a la criatura que ahora albergaba en su abultado vientre.

Me angustié sobremanera. Dios sabe que intenté arrancarla de aquel aposento en más de una ocasión, pero su terquedad pudo más y no atendió a razones. Al final, no tuve más opción que terminar a su lado acompañándola en el padecimiento de sus desesperanzas. Una semana después enterramos al pequeño Carlos. Tan solo tenía ocho meses de edad y las frías corrientes de abril nos lo arrebataron de un simple resfriado.

Intenté entonces consolar a Leonor centrando nuestras conversaciones en el futuro y eludiendo mentar el pasado. Acallé sus silencios hablándole de la ilusión de su nuevo embarazo y de cómo tenía que convencerse de que seguro que no sería el último, dada la fecundidad con la que Dios nos había bendecido a todas las mujeres de la familia.

Importantes cosas para cualquier mujer que a ella le parecieron minucias hasta el día en que llegó la noticia de que los cabecillas comuneros Padilla, Bravo y Maldonado por fin habían sido ajusticiados por las tropas imperiales en Villalar. Se alegró de lo bien empleados que estuvieron los cincuenta mil ducados que mi padre, por las demandas de ella, le había mandado a su hermano Carlos para pagar los huestes, y celebrar que la amenaza en contra de Carlos estaba por fin disuelta fue lo único que la hizo recuperar la sonrisa. Una alegría que creció según su vientre se abultaba. Fue entonces cuando comprendí que para Leonor no había nada que le diese mayor felicidad que la ventura del emperador, mi futuro esposo, si todo iba según lo acordado.

La noche del 8 de junio nació María. Una hermosa niña a la que ella cogió en su regazo con mucha menos pasión que a su hermano Carlos, y es que días después me confesó que temía aferrarse demasiado a ella, no fuese a perderla también. En pocas palabras, miedo al sufrimiento.

María fue la hija número trece de mi padre, el rey Manuel de Portugal, apodado en la historia venidera como el Afortunado, entre otras muchas cosas, por haber sobrevivido a sus dos primeras mujeres y haber muerto casado de nuevo con mucha descendencia en su haber.

Mi padre murió apenas celebrados los seis meses de vida de la pequeña María. A Leonor le tocó enterrarlo como la reina viuda que era en el monasterio de los Jerónimos, que él mismo construyó, y junto a ella caminé en el cortejo.

Sí, definitivamente, aquel funesto 1521 no quiso despedirse de nosotros sin antes habernos mandado la visita de la negra muerte de nuevo a Lisboa. Esta vez disfrazada de plaga. Un azote tan dañino que tan solo tardó siete días en llevarse a mi padre desde que sintiese los primeros síntomas.

Tan solo tenía cincuenta y dos años. A Leonor, a sus veintitrés, sin duda le quedaba mucha vida por delante. Por primera vez podría elegir por sí misma cómo encauzarla. Terminados los funerales y como era menester, nos retiramos las dos a casa del duque de Braganza para rezar en su capilla por la salvación de su alma.

Las horas transcurrían lentas y tuvimos tiempo de nuevo para hablar de lo humano y de lo divino. Podríamos habernos ido a cualquier otro lugar, ya que a mí, como señora de Viseo y de la villa de Torres Vedras, no me faltaba fortuna, pero aquel palacio era precioso y acepté con gusto su ofrecimiento. Necesitaba un lugar tranquilo y alejado de la corte para convencer a Leonor de que lo mejor para ella sería quedarse en Lisboa para criar a María en la que era su corte, pero ella, sin atender a razones, insistía en que aquello no era indispensable, porque en un lado u otro ella

sabría cómo educarla. Era como si su sesera no albergase otro pensamiento que marcharse a donde fuese. Como si quisiese olvidar esos dos años que pasó a nuestro lado para correr de nuevo tras su hermano Carlos. El hombre del que oyéndola hablar me enamoré, convirtiéndole, aún sin conocerle, en el principal acicate de mis futuros sueños.

Apenas se quedó con nosotros. El tiempo justo para celebrar las Navidades, la noticia del nombramiento del Santo Padre hacia la persona del cardenal Adriano de Utrecht, el mismo que hasta aquel día había sido regente de España, y el casamiento de su hermana María con Luis, el rey de Hungría, Croacia y Bohemia, según ella para ayudar a Carlos en otra alianza contra el imperio otomano.

Apenas cumplió su hija María el año de edad y sabiendo ya con certeza que Carlos desembarcaría en Santander de regreso, dio la orden de empacar todos sus bienes.

Al saberlo, mi hermano Juan me pidió que la llevase a sus aposentos para cenar aquel día en la intimidad. Solo estaríamos él y nosotras dos. Nada más. La incógnita de qué podría ser lo que nos quería decir sobrevoló sobre nuestras cabezas hasta que llegado el momento tomamos asiento en una pequeña mesa que tenía en su antecámara.

Las dos estábamos convencidas de que con mucha probabilidad estuviese pensando en hablarnos de su desposorio con mi prima Catalina, y quizá del mío propio. Hacía tiempo que le habíamos hablado de ella y asumió la proposición con gusto. Ahora que Leonor se marchaba a Castilla quizá quisiese encargarle la consecución de los trámites pertinentes para cerrar definitivamente este enlace. Nuestra madrastra bullía de felicidad pensando en el momento en que por fin sacaría de Tordesillas a su hermana pequeña para no regresar jamás. Nada más lejos de la realidad.

Apenas no sentamos, tomó la palabra sin andarse por las ramas:

—Leonor, sabéis que os aprecio como hijo, y como rey que soy ahora de Portugal me gustaría que os quedaseis a nuestro lado como la reina viuda que sois. Huelga decir que Isabel os adora y que mi hermana y vuestra hija María os necesita.

La luz que traía Leonor tatuada en las pupilas se apagó repentinamente, el pelo se le erizó y el sonrojo de sus mejillas desapareció. Cabizbaja, negó sin dudarle un segundo.

—No me podéis pedir eso. Tengo apenas tres años más que vos y me queda mucho por entregar a mi hermano el emperador.

Juan, conocido ya por muchos como el Piadoso, esa vez no hizo alarde de su apodo.

—¿Y a Portugal? ¿Acaso no le debéis nada a vuestro reino?

—Claro está que en el momento en el que vuestro padre murió, dejó de ser este mi reino para ser el vuestro —replicó Leonor, negando de nuevo con la cabeza.

Juan dejó caer el cuchillo con estruendo, respiró profundamente e intentó

conservar la calma.

—No quiero que esto suene a imposición. Libre sois de partir si así lo queréis, pero María se quedará en esta corte como infanta que es de ella.

Asintió resignada, y acariciando de nuevo el corderito que esta vez pendía de su bocamanga, contestó:

—Supongo que ella, como todas nosotras desde el mismo momento de su nacimiento, está obligada a cumplir con su deber como una mujer de sangre real que es, así que no seré yo la que la estorbe en su devenir.

Se hizo el silencio en la mesa y todos quedamos sumidos en nuestros pensamientos. Yo no era madre, pero... ¿cómo podía apartarse de esa manera de su única hija? ¿Cómo podía cambiar un amor filial por el fraternal de semejante manera? ¿Qué secreta atracción poseía mi primo Carlos como para que le eligiese a él en vez de a su desvalida niña?

Apenas terminamos de cenar, nos retiramos y quise acompañarla a su cámara. Baúles, arcones y demás enseres se apilaban a un lado y al otro del cuarto esperando a cerrarse para su inmediata partida.

Se derrengó sobre la cama, cogió un almohadón, se lo puso sobre la cabeza y empezó a negar en silencio. Sin esperar su permiso me senté a su lado.

—De veras que siento que no fuera de Catalina de quien nos quería hablar.

Abrazó el almohadón entre sus pechos con fuerza para mirarme directamente a los ojos. En ellos me pareció vislumbrar un viso de lágrimas que contestaban a todas las preguntas que yo misma me hice en la cena. Con una mueca apretada que en nada se parecía a la sonrisa que pretendía ofrecerme, se encogió de hombros como aceptando sus designios con sumisión. Lo estaba pasando mal, necesitaba un tiempo de aceptación que sin llegar al del luto bien podría parecersele y quizá quisiese estar sola. Al hacer un amago para levantarme me cogió de la mano. Su quebradiza voz me heló el corazón.

—No me dejéis ahora, Isabel. Dormid conmigo esta noche y prometedme que cuidareis de mi pequeña como yo misma lo hubiese hecho.

Limpiándole la lágrima que traicioneramente se le escapó, la besé en la mejilla.

—Lo haré, pero recordad que en un futuro próximo y, si todo va como ambicionamos, un día no muy lejano, pretendo seguir vuestros pasos para casarme con Carlos. No dejéis que el cuidado de vuestra hija me lo impida.

Sonrió.

—Si de mí depende, así será; no lo dudéis.

De nuevo apretó el almohadón contra su pecho.

—¿Estáis segura de lo que vais a hacer? Escribid a Carlos, habladle de vuestra situación y hacedle ver que una vez viuda estáis disponible para contraer un nuevo matrimonio. Siempre podréis ganar tiempo y estar con María hasta que este se estipule.

Negó de nuevo.

—No, Isabel. Aquí solo he vivido dos años, con él diecinueve. No me preguntéis por qué, pero necesito regresar a su lado. —Perdió la mirada en el infinito—. Quizá para seguir susurrándole al oído los mil y un consejos que, aunque parece no escuchar, atiende. Esos consejos desinteresados de mujer que de niño le dio la tía Margarita y que desde que dejamos Flandes le brindó esta su eterna servidora.

Sabía que hablaba de Carlos sin mentarlo siquiera. Su amor se me hizo extraño. Demasiado cerrado y posesivo quizá como para ser el de una hermana hacia un hermano. La conocía y sabía que aquel sentimiento no era otra cosa sino veneración.

—Promesa por promesa. Yo os prometo cuidar de María siempre y cuando vos me prometáis dejarme un hueco cercano a su oído para poder susurrarle también el día que llegue a ser su esposa —bromeé.

Por fin se rio.

—Me costará. Como siempre os he dicho, mi felicidad es la suya y mal que me pese estoy segura de que al conoceros os preferiré a vos que a mí. Porque, Isabel, no creo que exista en el mundo entero una mujer mejor para él.

La abracé con fuerza para que no notase mi sonrojo, y así tumbadas las dos en su cama conversamos hasta conciliar el sueño.

Tres días después partió su comitiva. Con María en los brazos y la esperanza de verla más pronto que tarde, la despedí.

Quedé entonces a merced de mi destino. Esperé impaciente las noticias de Leonor sobre cómo iban los tratos de mi desposorio con Carlos, pero estas no llegaban, y cuál fue mi sorpresa cuando a los pocos meses nos vino a visitar el arzobispo de Toledo, Juan Tavera, para cerrar definitivamente la boda de Catalina con Juan. La mía con Carlos aún quedó por un tiempo en agua de borrajas.

Mi hermano Juan, cansado de luchar ante mi desesperación, cada vez que le hablaba del tema me contestaba con evasivas. ¡Era como si cansado de intentarlo estuviese dando mi causa por perdida! ¿Cómo podía ser? En mi fuero interno me enojé profundamente con Leonor. ¡Me lo había prometido! ¿Para qué entonces consiguió que me enamorase de un hombre al que ni siquiera conocía? Aún ofuscada no podía creer de verdad que la buena de Leonor quisiese para mí su misma vida sin amor.

Y así, sumida en la desesperanza, tuve que ver cómo Catalina se casaba con mi hermano Juan en Salamanca y, sin poder yo elegir el destino que me hubiese gustado, no tuve otra opción que vivir con ellos en el palacio de Almeirim.

Fue entonces cuando, armándome de valor, comuniqué a los recién casados que, si no era con Carlos, no me casaría con nadie. Catalina, viéndome en tal desasosiego, aprovechó que nos cruzábamos a solas por los corredores para musitarme:

—Tan solo dadme un poco más de tiempo y os prometo que haré todo lo que en mi mano esté para ayudaros.

Se trocaron las compasiones y ahora la reina de Portugal, aquella niña que yo tanto compadecí por andar durante muchos años presa en Tordesillas, era la que se

condolía por mí. No pude contener mi lengua:

—Lo mismo me dijo vuestra hermana Leonor antes de partir y aquí me tenéis.

Su voz, lejos de contestataria, sonó pausada.

—No le echéis la culpa a ella, porque no la tiene. Creedme, pues ella está haciendo todo lo posible en la sombra. Os aseguro que no pierde una oportunidad para susurrar al oído de Carlos que ya es tiempo de casarse y dar un heredero a la corona.

Catalina siguió caminando en dirección contraria a la mía rumbo a la capilla. Recordé nuestra última conversación la noche antes de partir y supe entonces que debía de ser cierto que no había cejado en su empeño. De eso ya hacía tres años. Quizá todo fuese cuestión de confiar en su tesón y tener un poco más de paciencia.

Por fin, el 17 de octubre de aquel año, Carlos firmó nuestro acuerdo matrimonial desistiendo del ofrecimiento que Inglaterra le había mandado para que se casase con nuestra pequeña prima María Tudor.

Aferrada a mi desconocido enamoramiento, preferí pensar que los buenos consejos de sus hermanas Catalina y Leonor a un lado y otro de la frontera habían podido más que las novecientas mil doblas de oro que yo aportaba a la dote. Carlos, por su parte, se comprometió a darme todas las rentas del señorío de Alcaraz de La Mancha, así como en calidad de arras trescientas mil doblas para lo cual tuvo que hipotecar las villas de Úbeda, Baeza y Andújar.

La espera se me hizo eterna después de aquel primero de noviembre en que celebramos nuestro matrimonio por poderes en Almeirim, pues para mí aquello no era nada sin tenerle a mi lado.

Aún tenía que esperar la dispensa papal del buen Adriano para poder hacerlo en persona y así poder consumir. Las certezas de que esta llegaría pronto disiparon cualquier sentimiento de incertidumbre para dejar su lugar a una nube de sueños que, hasta entonces amordazados, no me atrevía a tener, no fueran a frustrarse después.

Con la dispensa a buen recaudo, a finales de enero me dispuse a despedirme de todo lo que hasta aquel momento conocí, dispuesta a dejarme llevar ciegamente por la mano de Carlos. Dejaba a Catalina a punto de parir a su primer hijo y me despedí de ella deseándole un buen parto.

Cerraba un bello portón para abrir otro aún más hermoso. El miedo a lo desconocido no me abrumaba en absoluto, quizá porque Leonor me lo había descrito todo con tanta pasión que ya me parecía haber estado allí.

La semana de viaje hasta la frontera la pasé mecida por los traqueteos de la carroza mirando al infinito. Solo de vez en cuando regresaba a la realidad para leer una nota que guardaba en mi bolsa. Era la anotación de cómo un cronista describía al emperador. Así decía:

Es de estatura mediana, mas no muy grande, ni pequeño, blanco, de color más bien pálido que rubicundo; del cuerpo bien proporcionado, bellísima

pierna, buen brazo, la nariz un poco aguileña, pero poco; los ojos ávidos, el aspecto grave, pero no cruel ni severo; ni en él otra parte del cuerpo se puede inculpar, excepto el mentón y también toda su faz interior, la cual es tan ancha y tan larga, que no parece natural de aquel cuerpo; pero parece postiza, donde ocurre que no puede, cerrando la boca, unir los dientes inferiores con los superiores; pero los separa un espacio del grosor de un diente, donde en el hablar, máxime en el acabar de la cláusula, balbucea alguna palabra, la cual por eso no se entiende muy bien.

Sin saber por qué ya adoraba hasta sus defectos y así seguí, sumida en mi propio paraíso de ilusiones, hasta que un día oí la voz de mi hermano arrancándome de mis ensoñaciones. Ya estábamos entre Elvas y Badajoz y afuera me esperaban el arzobispo de Toledo, Alonso de Fonseca, el duque de Béjar, el de Calabria y otros muchos nobles españoles.

Recorrimos lentamente muchas villas hasta llegar al monasterio de San Jerónimo de Buena Vista, apenas a una legua de distancia. Casi no dormí aquella noche pensando en que Carlos estaría esperándome a las puertas de la antigua Hispalis.

A la mañana quise vestirme entera de raso blanco con brocados dorados para recibirle. Cuando crucé la puerta de la Macarena el corazón se me salía del pecho. Al bajar de mi litera para subir en una hermosa carroza le busqué con la mirada entre la multitud, pero no estaba. ¿Acaso no ardía en deseos de conocerme como yo a él? Disipé aquellos malos pensamientos escudándome en la idea de que sería por asuntos de protocolo.

La primera parada que hicimos fue en la catedral donde me esperaba el alto clero. Todas las campanas de la ciudad tañeron al unísono para darme la bienvenida. Arrodillada frente a su altar mayor recé con devoción para que todo fuese bien. Después y ya a pie, rodeada por el séquito, recorrí el breve trecho que separaba el templo de los alcázares donde me aposentaron en la torre del Aceite. Si era cierto que el pueblo sevillano volcado en la calle me había acogido con ese calor y alegría que les caracterizaba..., ¿dónde estaba Carlos?

VIII

La imperial boda



Habla Leonor de Austria, hermana de Carlos

Sevilla, 3 de marzo de 1526

Como ella había hecho a mi llegada a Portugal hacía ya siete años, corrí a su cámara para verla. Se aferró a mí con fuerza. ¡Había cambiado tanto! Estaba aún más hermosa que antes y sus ojos irradiaban felicidad. Me abrazó con tal ímpetu que casi me rompe el costillar.

—¡Os he echado tanto de menos! La impaciencia me devoraba y aun así hemos tardado casi un mes en llegar. En todos los pueblos se empeñaban en agasajarme y el numeroso séquito que me mandasteis ha contribuido a nuestro retraso. Al entrar en Sevilla vinieron otros tantos miembros del clero y la nobleza, pero no vi a Carlos. ¿Dónde está?

Sonreí con picardía.

—Conteneos, no vaya vuestro primer encuentro a parecerse al de mis padres que, incapaces de esperar, nada más conocerse, se casaron sin pompa alguna por la noche y de urgencia para poder retirarse de inmediato a sus aposentos.

Solo de imaginar la escena se sonrojó.

—¿Habría heredado él el brío de su padre en el holgar?

Fruncí el ceño.

—Recordad que también lo fue mío y le debemos un respeto. Muchas cosas se han dicho de Felipe el Hermoso. Él tenía sus defectos y sus virtudes, como todos. Yo que apenas lo recuerdo de niña particularmente prefiero acordarme de sus bondades.

—Lo vuestro es falso pudor porque, que yo sepa, el ardor de un hombre siempre ha sido una virtud.

—Depende de con quién lo gaste.

—Si es conmigo, será una virtud.

—Curiosa conversación hemos elegido nada más encontrarnos —repliqué, frunciendo el ceño—. ¿No tenemos nada más interesante de lo que parlamentar?

Negó rotundamente.

—Dado que a punto estoy de perder mi virginidad no hay nada que me atraiga más que hablar de cómo será.

Me sentí incómoda charlando de aquello.

—¿Pues cómo va a ser? Como siempre ha sido desde que Dios creó a Adán y Eva. Y además, si queréis saber algo más de lo que le gusta en la horizontal, tendríais que preguntar a otras. ¡Recordad que yo tan solo soy su hermana!

Esta vez fue ella la que frunció el ceño.

—¿A quiénes?

—¿No pensareis que Carlos a sus veinticinco años es tan virgen como vos? —me sorprendí.

—¡Qué tontería! —murmuró, rectificando—. No me refiero a eso, sino a si he de preocuparme por algún devaneo demasiado cercano. Vos lo tenéis que saber y no tengo a nadie de más confianza a quien recurrir.

Dudé un segundo si contárselo y viéndolo tan pasado como imposible de avivar lo hice.

—¿Recordáis a Germana de Foix? Probablemente la conocisteis junto al duque de Calabria cuando fueron a recibirlos a la frontera.

No daba crédito a sus oídos.

—¿La segunda mujer de nuestro abuelo? ¡Estáis bromeando! ¿Esa vieja gorda?

No salía de su asombro.

—Antes no lo era tanto, y cuando llegamos a Castilla por primera vez fue la que calentó el lecho de Carlos. Él le había prometido a nuestro abuelo antes de morir que la cuidaría, y ella aprovechó la oportunidad. Sea como fuere, todo terminó cuando ella quedó embarazada de una niña a la que llamó Isabel. Carlos la casó entonces con el duque de Brandemburgo y ahora, viuda por segunda vez, a punto está de casarse de nuevo con el duque de Calabria.

Se echó las manos a la cabeza.

—Pobre desdichado, el tal Fernando de Aragón.

—Lo cierto es que él mismo la define como una corpulenta vieja famosa por sus naufragios —bromeé—. Aunque digo yo que no debería de costarle tanto cuando antes de casarse Germana con nuestro abuelo estuvo a él prometida. Él dice que solo lo hace por mandato del emperador y supongo que porque además, al ser ella la virreina de Valencia, él se convertirá en su consorte. Algo que él desea profundamente al haber sido en el pasado uno de los que aplacaron la rebeldía de las Germanías. —Negaba una y otra vez como no queriendo creérselo aún. Intenté disipar su decepción—. Mirad la parte positiva. Carlos aprendió de ella muchas cosas que os placerán.

Una mueca de repulsión se dibujó en sus labios.

—Me dan arcadas tan solo de pensarlo.

—Pues será mejor que las vomitéis antes de vuestra boda porque él será vuestro padrino en ella, así como vos lo seréis de la suya dentro de dos meses. ¿A que ahora sois vos la que no quiere hablar de estos temas?

Isabel me miró desafiante.

—No. Seguid contándome. ¿Tiene más bastardos de los que deba saber?

Aunque temerosa de su reacción, preferí contarle toda la verdad.

—No la conozco, pero sé por los billetes de mis hermanas, que cuando ha estado en Flandes holgó con otra mujer. Johanna van der Gheynst creo que se llamaba. Una humilde mujer, hija de un tapicero de Audenarde, de la que no creo que tengáis que preocuparos más. Ha tenido otra niña con ella a la que han bautizado Margarita por haber quedado al cuidado de nuestra tía Margarita en Malinas.

—Y van dos. ¿Algún bastardo más del que preocuparme?

—También dicen que se dejó seducir muy ocasionalmente con una viuda llamada Ursulina della Penna, conocida como la Bella de Perugia —balbuceé—. Por una dama de mi hermana María que entabló amistad con ella sabemos que al regresar a Italia parió una niña que asegura ser de Carlos, a la que llamo Tadea. Pero podéis estar tranquila porque ya se ha casado de nuevo.

—Y van tres. Está claro que no ha perdido el tiempo. Lo que no entiendo es cómo lo ha tenido, tan ocupado como ha estado en los negocios de Estado.

—Comprendedlo. Es joven, varón y la sangre arde en sus venas —intenté excusarlo.

Abrió los ojos sin dar crédito a que pudiese existir alguien más.

—Sí, Isabel. También tuvo tratos con una joven clienta del conde de Nassau. De estos amoríos nació una niña que se llamaba Juana. Al contrario que a la anterior, Nassau las trajo a las dos de vuelta a España para dejarlas al cuidado de la madre priora del convento de Madrigal de las Altas Torres, María de Aragón.

Ya en otra ocasión habíamos hablado de los hijos habidos fuera del matrimonio de nuestros antepasados y lo recordó.

—¿La bastarda de nuestro abuelo Fernando?

Asentí.

—La casa donde nació nuestra abuela Isabel, desde que Carlos la donase a las monjas, parecía haberse convertido en el retiro de todas las bastardas reales. ¡Si la Reina Católica levantara la cabeza!

Torció el gesto.

—Y van cuatro. Espero que visto lo visto también sepa engendrar varones. Pero... ¿Por qué habláis en pasado?

—Porque según me ha contado Nassau, que se cartea con la superiora para saber de la madre y la hija, la pequeña Juana murió hace unos meses.

Isabel se santiguó.

—Dios la acoja en su seno. Aunque... lo que me asusta de todo esto realmente es cómo podré satisfacer a un hombre con tanta práctica en estas lides. Con mi inexperiencia seguro que lo defraudaré.

No pude evitar sonreír.

—Es eso precisamente lo que él espera de vos. Lo contrario sería extraño. Solo tenéis que dejaros llevar y todo irá bien. He sido sincera y por eso tenéis que creer que ahora, desbravado en estos menesteres como está, tan solo os espera a vos para haceros suya y ser tan solo vuestro.

Me miró con cariño y dando aquella conversación por zanjada, cambió de tercio.

—Y os doy la razón, Leonor. He estado demasiado tiempo esperando este momento como para ahora dejar que mi glorioso futuro se vea enturbiado por minucias pasajeras. Y ahora habladme de él. De vos. De qué habéis hecho desde que dejasteis Lisboa.

De repente no sabía muy bien por dónde empezar.

—¿Sabéis que ha muerto Isabel, nuestra hermana?

Asintió, y yo no pude dejar de recordarla.

—Sigo rezando por ella cada día, aunque no la haya visto desde que a los catorce años nos dejara para casarse con Cristián de Dinamarca. Dicen que fue una reina querida, a pesar de que no entró con buen pie en la corte, ya que su marido vivía prácticamente amancebado con una tal Dyveke. Gracias a Dios, al morir esta, las aguas se amansaron lo suficiente como para que pudiese dejar cuatro sucesores para su corona. Una corona que perdió a causa de la rebelión de un tío de su marido. Ha muerto cerca de Gante pidiendo a mi tía Margarita que ayude a su marido e hijos a recuperar su trono.

—Lo siento.

—Yo también, pero ya sabéis, Isabel, que las princesas partimos de nuestras casas a sabiendas de que probablemente nunca más volveremos a ver a los nuestros.

De repente mi pequeña María me vino a la mente. Le hubiese preguntado por ella, pero, protegiéndome del dolor, preferí callar eligiendo otro tema.

—Aparte de esta pérdida, ya sabéis que mi vida está vinculada a la de Carlos. Desde aquí no he hecho otra cosa que preocuparme por sus desvelos mientras esperaba a ver qué disponía para mí. Ahora, desgraciadamente, lo sé.

—No parecéis contenta.

—Cómo he de estarlo cuando en vez de una alianza lo que quiere es hacer de mí el grillete de su enemigo. —Su desconcierto me obligó a explicarme—: ¿Habréis oído hablar de la guerra que mantiene con Francisco de Francia? —Asintió—. ¿Y de cómo sus tropas lo cogieron preso en la batalla de Pavía? —Asintió de nuevo—. Seis meses lo tuvimos cautivo en la torre de los Lujanes hasta que cedió a la voluntad de Carlos firmando el Tratado de Madrid, en el que se comprometía a ceder sus derechos sobre el Milanesado, Génova, Borgoña, Nápoles, Artois, Tournai y Flandes. Aquello podría haber sido suficiente, pero como Carlos no se fiaba de su palabra, para más

garantizar el trato, le obligó, en primer lugar, a dejar en su lugar presos a sus dos hijos y, en segundo, a desposarse conmigo.

»Como era de esperar, no ha cumplido. Sus hijos están encerrados en Pedraza y yo aún sigo aquí a la espera de que cumpla con lo pactado. Por un lado, quiero que Carlos consiga sus propósitos, pero, por el otro, me duele enormemente pensar que tan solo me utiliza como una pieza más de su ajedrez.

—Ser reina de Francia no es un mal destino —me animó ella.

—Si os digo la verdad, me resignaré llegado el momento, siempre y cuando esta alianza con Francisco sirva para traer la paz entre nuestros reinos.

Con cariño me acarició. Sus damas habían terminado de cambiarla y ya en camisón se metió en la cama.

—Podéis estar segura de que rezaré por ello. Vos hacedlo porque Carlos llegue pronto.

Me alegró comprobar que toda aquella historia de amantes y bastardas no había mermado su ansia por conocerle. Aquella noche me dormí tranquila de conciencia sabiendo que no había un solo secreto de mi hermano que la futura emperatriz ignorase.

Y pasaron los días. Una semana en total durante la cual Isabel no hacía otra cosa que preguntarme por él. Por fin, el día 10 de aquel mes de marzo, bien entrada la tarde, llegó un billete avisando de su inminente llegada.

Entró en la ciudad a caballo y bajo palio. Cruzó los siete arcos que separaban la puerta de la Macarena de la catedral donde, como Isabel, rezó antes de contraer matrimonio.

Isabel, impaciente en sus aposentos, veía cómo iba anocheciendo y me pidió que investigara el porqué de su retraso. Le encontré aún postrado ante el altar mayor. Iba vestido entero de terciopelo con brocados y sostenía una rama de olivo entre sus dedos. Al regresar a la cámara de Isabel tan solo pude excusarle echando las culpas de su demora a la larga ceremonia que allí se estaba celebrando.

A las dos de la mañana por fin entró Carlos en la cámara de la futura emperatriz. Me separé de ella para dejar un espacio de intimidad a aquel importante momento.

Isabel se levantó, corrió a su encuentro y se arrodilló ante él cabizbaja. Su timidez era tanta que no se atrevía siquiera a mirarle directamente a los ojos.

Él, con ternura, se agachó para levantarle el rostro y mirándola intensamente a los ojos, la besó con pasión. Isabel cerró los párpados como queriendo hacer aún más profundo aquel tanto tiempo anhelado instante. Él, sonriendo, la tomó de la mano y así, asidos ya el uno al otro, caminaron hacia la estancia contigua donde el cardenal Salviati, como legado del papa que era, les esperaba para desposarlos.

Durante toda la ceremonia no desanclaron la mirada el uno de otro. Sin apenas haber intercambiado un par de palabras, parecían compartir en silencio toda una vida.

Una forma hermosa de declararse su amor.

Y entonces, cuando el cardenal debía de velarlos, todo se interrumpió. ¡Su eminencia dejaba la velación, indispensable para consumar, para el día siguiente por lo tarde que era! La expresión de sorpresa de los novios fue indescriptible. ¿Es que aquel hombre pretendía medir su capacidad de rechazo a la tentación sometiéndolos a una innecesaria abstinencia?

Sin apenas comprenderlo, todos los presentes procedimos a desalojar el salón de Embajadores sumamente desilusionados por el inesperado capricho del cardenal que sin duda en nada se acercaba a la voluntad de Dios.

Aunque sin casar por completo, supe que para mí había llegado el momento de retirarme discretamente, a no ser, claro estaba, que la propia Isabel, tan defraudada como debía de estar por no poder aún dormir con Carlos, me pidiese que la acompañase aquella noche.

Y lo hizo. Tan solo cinco minutos después vino una de sus dueñas a pedirme que fuese a su cámara. Esperando encontrármela nadando en un mar de lágrimas, mi sorpresa fue mayúscula porque en el mismo lugar donde horas antes habíamos estado vistiéndola, ahora se alzaba un altar de campaña.

Los novios, incapaces de someterse al capricho ilógico del legado del papa, habían recurrido al arzobispo de Toledo para que este cumplierse con lo que el anterior les había negado hacía un rato.

El duque de Calabria junto a la condesa de Faro harían de padrinos y solo un pequeño número de testigos, los más queridos por ellos, estaríamos presentes.

Como si estuviesen solos dejaron entonces que sus miradas y manos se fundiesen apasionadamente en una. Solo era un adelanto de lo que claramente y por pudor se guardaban el uno para el otro.

La historia se repetía porque, según me contaron, aquello se asemejaba en mucho a lo que debió de sucederles a mis padres el primer día que se vieron. Y rogué a Dios para que dotase a Isabel de la suficiente inteligencia como para saber dominar sus instintos y no dejar que su amor se tornase en obsesión.

Secretamente envidié a mi prima, la que fue mi hijastra y ahora cuñada, por poder ella gozar de aquello que yo, con mucha probabilidad, jamás conocería.

A la mañana siguiente se levantaron tarde, con sendas sonrisas y rubor dibujados en su semblante. No hizo falta que Isabel me revelase ningún secreto de alcoba porque la expresión de su rostro lo decía todo.

De su fajín pendía un pequeño vellocino de oro y nada más verme en público me miró acariciándoselo. Las dos sabíamos que aquel pequeño Toisón, sin tener demasiado valor económico, sí lo tenía sentimental al demostrar que ella ya era una de las mujeres más queridas de mi hermano.

Por otro lado, a Carlos se le veía rozagante. Al verme al día siguiente, por primera vez en su vida me dio las gracias por mis consejos. No recordaba que lo hubiese hecho nunca, más bien no perdía la oportunidad de echarme en cara mis abusos de

confianza, y me contentó su inusual gratitud.

La ciudad de Sevilla, ansiosa por dar comienzo a las justas, banquetes y fiestas que aquel evento se merecía, se ensombreció cuando Carlos estimó oportuno postergarlo unos días más ya que no hacía ni dos meses que nuestra hermana Isabel, la reina de Dinamarca, había fallecido.

Cuando arrancó abril se vieron recompensados y el agradable aroma de las fastuosas celebraciones se fundieron por unos días al del azahar y el jazmín que perfumaban la hermosa ciudad.

Catalina me escribió desde Lisboa para contarme que andaba hundida por la muerte de su primogénito Alfonso de tan solo dos meses de edad. Recordando la muerte de mi pequeño Carlitos, la comprendí sin poder hacer otra cosa que contestarle en un intento de consuelo.

Viendo a Isabel tan contenta preferí ocultárselo para no enturbiar aquel momento de felicidad.

IX

Larga luna de miel



Habla Isabel de Portugal, esposa de Carlos

Granada, 4 de julio de 1526

Cuando a mediados de mayo y recién terminados los fastos por nuestra boda empezó a apretar el calor, Carlos decidió que viajásemos a otros lugares más frescos. Me prometió que me llevaría al palacio más hermoso del mundo. Al último bastión musulmán, que después de siglos de Reconquista, hacía treinta y tres años que nuestra abuela Isabel recuperó para convertirlo por siempre al cristianismo.

Tras una parada en la fastuosa Córdoba, llegamos a Granada el 4 de julio. Cruzar sus puertas me recordó a las historias que mi difunta madre nos contaba de cuando ella era niña y estuvo viviendo durante meses allí mismo, primero en el campamento de Santa Fe a la espera de que la ciudad se rindiese a mis abuelos, los Reyes Católicos, y más tarde en el palacio de la Alhambra.

Las baldosas adheridas a un lado de la puerta representaban a Boabdil arrodillado frente a mis abuelos. Cabizbajo les tendía las llaves de la ciudad ante la ofuscada mirada de su madre. La leyenda de su inferior rezaba: «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre». Aquella pintura debía de doler a muchos de los granadinos que vi al cruzar la ciudad, pues, a pesar de en teoría estar bautizados, me parecieron moriscos poco convencidos de la nueva fe que ahora aseguraban abrazar.

Entrar en la Alhambra fue como hacerlo en el paraíso. Todas las salas estaban empedradas de un pavimento de mármol blanquísimo, los jardines plantados de naranjos y limoneros que olían de ensueño y el murmullo de las aguas fluyendo por pequeñas acequias eran lisonjas para los oídos.

Pasó el verano y comenzó el otoño, cayeron las hojas, las nieves tocaron las cumbres de Sierra Nevada de un albor sin igual. ¡Qué había hecho yo para merecer

tanta felicidad!

Aquella noche la luna llena parecía más grande que en ningún otro lugar y, aprovechando que Carlos estaba reunido con sus consejeros, decidí salir a pasear bien abrigada en compañía de Leonor.

Estaba deseando decirle algo importante y enseñarle el último regalo que Carlos me había hecho. Una flor roja como la púrpura que jamás había visto antes y que por ser la primera que entraba en Castilla procedente de Asia merecía ser solamente mía. La llamamos clavel.

Esperé a estar sentadas sobre el murete de nuestro estanque preferido, uno que, sostenido por doce pequeños leones que echaban agua por la boca, marcaba el centro del patio para darle la noticia. Después de decírselo a Carlos, quería que fuese ella la primera en conocer mi embarazo, aunque sabía que probablemente le recordaría a su pequeña María a la que añoraba con frecuencia. Le tendí un clavel. Al verla melancólica, acaricié sus pétalos.

—¿Sabéis que Carlos por hacer de lo efímero algo eterno ha mandado sembrar cientos de estos en los jardines?

—Ahora solo tendremos que esperar a que germinen —suspiró.

Me lo puso fácil. Inconscientemente, me puse la mano sobre el vientre.

—Si Dios quiere, no serán solo flores lo que nacerá la próxima primavera.

Sonriendo, pasó su mano sobre la mía.

—Enhorabuena, Isabel. Es el mejor presente que a todos nos podrías haber hecho. ¿Para cuándo?

—Según los cirujanos, para mayo.

Me besó las manos.

—Si para entonces no me he marchado a Francia, estaré en el parto junto a vos.

—Ojalá sigamos aquí —soñé.

Leonor torció el gesto.

—Ojalá, Isabel, pero hay muchas cosas que no van bien y algunos consejeros andan intentando convencer a Carlos de que deberíamos marchar. Parece que Francisco de Francia, aquel con el que aún pretenden casarme algún día, se está movilizando para conseguir aliados en su contra y el papa Clemente es el más importante con el que trata. ¡Os lo podéis creer! Eso jamás hubiese pasado con su antecesor, nuestro gran amigo Adriano, pero ya hace cuatro años que murió, y eso sí que no tiene remedio. —Se echó la mano a la frente—. Figuraos, ¡el mismo papa en contra de Carlos! No es por defraudaros, pero creo que si no se amansan los denuedos que han avivado las guerras en algunos de sus reinos europeos, en menos de dos meses tendremos que partir. Probablemente hacia Valladolid. Al menos eso creo porque a María mi hermana la llevan allí y no hay otra cosa en su mente después de viuda que reencontrarse con nosotros.

No quise creerla.

—Lo dudo. Carlos quiere hacer aquí su propio palacio y ya le ha encargado los

planos al arquitecto Pedro Machuca. ¿De verdad creéis que será capaz de salir de aquí sin haber puesto la primera piedra?

Se encogió de nuevo de hombros.

—No lo sé, Isabel. Lo cierto es que se le necesita en otros lugares y a ellos se debe. Sabéis tan bien como yo que, el pasado agosto, el ejército otomano mató en Mohács a nuestro cuñado Luis dejando viuda a nuestra hermana María y arrebatando sus derechos sucesorios a Ana, la mujer de nuestro hermano Fernando. Sus intereses son los nuestros, y Carlos no puede desentenderse de lo que en Hungría y Bohemia pasa, tendrá que movilizar las tropas imperiales para ayudarle.

Negué sin querer escucharla. Aquello me sonaba muy lejano. No conocía a Ana de Hungría y tampoco a sus hermanos Fernando y María. Tan solo pensaba entonces en ser feliz junto a Carlos y en darle un heredero sano. La mera idea de verlo partir me rompía el corazón.

—Tan solo espero que no susurréis a Carlos esos consejos.

Leonor se enfadó conmigo.

—Isabel, ¡no podéis ignorar los problemas que acucian al imperio! Pensad en mi hermana María, que ahora, a sus veintiún años, se ve viuda y al no haber tenido tiempo ni para engendrar un hijo ha decidido venir a esta corte para esperar como yo el designio de Carlos para con nosotras. —Desprendiendo su pequeño Toisón del imperdible lo puso junto al mío—. Llevar este cordero significa estar con Carlos incondicionalmente, y eso supone estar sometidas de por vida a sus intereses. ¿O es que no queréis dejar al hijo que lleváis en las entrañas lo que recibisteis acrecentado?

Estaba colorada como un clavel y empecé, sin quererlo, a levantar la voz:

—¿Acrecentado, Leonor? El imperio de Carlos es tan grande que me pierdo en los mapas. ¿De verdad creéis que seremos capaces de conservarlo todo?

Metiendo la mano en el estaque me salpicó por no pegarme un empujón.

—¡Escuchadme! No quiero volver a oíros dudar sobre nuestra capacidad. ¡Que se os meta una cosa en la cabeza! Ahora sois la emperatriz más grande del mundo y como tal habréis de comportaros.

Se levantó y me dejó sola. Allí, arropada con una gruesa mantilla e iluminada por la luna llena, fui consciente de mi egoísmo. Si quería ser su mujer y dejar el pabellón alto, debería despedirme de aquel paraíso que tan buenos momentos había cincelado en mi memoria. Claro ejemplo de este tipo de sacrificios los tenía en Leonor y en María, aquella hermana de Carlos a la que yo no conocía pero que muy pronto estaría a nuestro lado.

Seis meses permanecimos allí. Quizá los más felices de mi vida por haber podido gozar de mi esposo sin que prácticamente nada nos molestase. Allí concebí al que sería mi primer vástago y allí, con un clavel en las manos, le pedí a Dios que fuese varón para así regalar a Carlos lo que más ansiaba: un heredero para su corona.

Como Leonor predijo, el día 10 de diciembre salimos de mi querida Granada para no regresar jamás. El viaje fue duro. Todos tenían prisa y por eso, viendo a Carlos tan impaciente, le rogué para que se adelantase dejándome a mí detrás. Todo menos poner en peligro mi avanzado estado de gestación por las prisas.

Y así entré en Valladolid, donde el clamor popular nos vitoreaba en cada esquina y es que, así como en un principio muchos castellanos habían dudado de Carlos, ahora, después de haber terminado el Ejército imperial con los comuneros, todo hombre útil para la guerra, a sabiendas de su necesidad, se había ofrecido para formar parte de su Ejército allá a donde les quisiesen llevar.

Y llegó María pocos días después de haberlo hecho nosotros. La conocí a la hora de la cena. Carlos la había visto en su reciente visita a Flandes, Leonor, en cambio, se despidió de ella en Flandes cuando contaba con doce años y ahora era una mujer de veintiuno, que sin duda había sufrido en los últimos tiempos. Apenas le llevaba dos años y no tardé mucho en apreciarla como antes lo había hecho al conocer a Leonor y Catalina, sus hermanas. Las tocas de viuda le hacían parecer una anciana prematura de triste expresión.

Ya sentados a la mesa, dejé que los tres hermanos hablasen de unas cosas y otras. Recordaron su infancia todos juntos con su tía Margarita. Echaron de menos a Isabel, mi tocaya y su hermana, que hacía tan poco había muerto. Brindaron por ella y, cuando la emoción empezó a enturbiar sus miradas, María fue la que se levantó para brindar de nuevo.

—Ya he llorado demasiado. Tanto que no me quedan más lágrimas que derramar. Así que, después de haber brindado por nuestra hermana Isabel, hagámoslo ahora por la que del mismo nombre nació en julio y de la que al parecer no os han informado. —Sonriendo ante la expresión de sorpresa de Carlos y Leonor, prosiguió—: Por Isabel, la pequeña Isabel, archiduquesa de Austria e hija primera de nuestro hermano Fernando, que a punto estará por estas fechas de cumplir el medio año de edad.

—Y nadie nos dijo nada —musitó Leonor—. Será porque la gravedad de sus problemas le hicieron olvidar mentarlo. Mañana mismo le escribiré para darle la enhorabuena.

María miró a Carlos.

—Y si con ese billete le mandarais refuerzos y medios para batallar contra el turco, os lo agradecerá doblemente. Porque sabéis, después de haber sido cinco años reina de Hungría, que no hay nada que más desee que verle sentado en el trono que hoy ocupa su asesino.

Carlos fue determinante antes de sumirse en sus pensamientos.

—Os juro que lo estoy intentando, María, pero las cosas son lentas y aún creo que quizá Francisco de Francia pueda entrar en razones sin necesidad de derramar más sangre.

Abriendo los ojos, le miró directamente.

—¿De verdad, hermano, que seguís confiando en el hombre que tan vilmente ha

faltado a su palabra? ¿En el mismo que ha osado enarbolar una alianza cristiana en vuestra contra mirando solo hacia sus intereses terrenales al mismo tiempo que se aliaba con Solimán, el enemigo de la cruz por antonomasia? Decidme que no es así, porque de lo contrario no puedo otra cosa que llamaros confiado ingenuo.

Estrepitosamente arrojó el cuchillo sobre el plato. Carlos, cabizbajo, tan solo fue capaz de murmurar antes de sumirse en sus propios pensamientos:

—Dadme tiempo, María, y os juro que de un modo u otro pondré remedio.

Me extrañó que, siendo mujer y tan joven, osase retar así a su hermano mayor. Tanto como que Carlos no la llamase al orden. Quizá fuese porque él, acostumbrado como estaba desde niños a los consejos de las mujeres que más quería, en el fondo sospechaba que María podría tener razón. No lo sé, pero lo cierto es que me molestó sobremanera ver cómo aquella recién llegada, por muy hermana que fuese, tratase así a mi esposo.

María repentinamente cambió el tono.

—El hecho es que, como la tía Margarita después de quedar viuda del tío Juan, he decidido no volver a tomar estado nunca, aunque eso me prive para siempre de ser madre. Así podré ofreceros por entero mis servicios con indudable fidelidad por el vínculo sanguíneo que nos une. Quizá por eso me tomo estas licencias.

Sin duda estaban cambiando las cosas porque... ¿de qué otro modo podría servir una archiduquesa al emperador su hermano que contrayendo matrimonio con quien le ordenasen? Quizá el haber gobernado su tía Margarita tan acertadamente Flandes le había abierto la mente hacia otras expectativas que a mí se me escapaban.

María, al ver que él no levantaba la cabeza, le cogió amorosamente de la mano.

—Perdonadme de corazón, hermano, pero a veces me dejo llevar por el arrebató. Prefiero no pensar que pueda ser un legado de madre.

Carlos le devolvió el apretón.

—Y estoy seguro de que no lo es, María, porque no hay nadie más cabal que vos. Es lógico que, con lo que habéis sufrido este año, de vez en cuando perdáis los estribos.

—¿De camino a Valladolid pasasteis a verla? —les interrumpió Leonor.

María negó.

—La última vez que la vi no había cumplido los seis meses de edad, con lo cual no pretenderéis que ella me recuerde a mí ni yo a ella. Para mí no hay más madre que la tía Margarita. Aun así, iré a visitarla, pero me gustaría que alguno de vosotros me acompañaseis.

Leonor asintió. El resto de la velada fue apacible, Carlos se relajó y como siempre hacían al terminar se retiró a su cámara junto a mí. Fue allí donde me pidió que no me enfadara con mis hermanas porque para él esa sinceridad a veces enojada era la prueba más fuerte de que siempre estarían con él. Me dormí pensando en que aquella piña fraternal era envidiable y pedí a Dios para que en un futuro me ayudase a crear ese mismo vínculo inquebrantable entre todos los hijos con los que me bendijera.

Y el 21 de mayo llegó el momento más esperado por todos los que a mi lado estaban. De repente sentí cómo un surtidor caliente de aguas regaba mis piernas e inmediatamente me tumbaron para esperar el alumbramiento.

María y Leonor, discretamente sentadas en una esquina, rezaban para que todo fuese bien mientras los cirujanos, barberos y comadronas se afanaban en ello. Carlos entraba nervioso, comprobaba que todo andaba bien, me hacía la señal de la cruz en la frente y se retiraba de nuevo. Así hasta no recuerdo cuántos cientos de veces. Por una noche se había olvidado de los problemas de la guerra contra la Liga Clementina para pensar solo en nosotros.

A pesar de andar mi cámara atestada de gentes, conseguí conciliar el sueño hasta que los dolores se hicieron mucho más fuertes y constantes. Leonor, recordando que yo había asistido al parto de su hija María, al verme apretar los dientes se acercó para susurrarme al oído:

—Lleváis dieciséis horas así y ya casi se le ve la cabeza. Queda poco. Gritad, si eso os alivia.

¿Cómo podía aconsejarme aquello ella, que no permitió que un quejido manase de su boca como se espera de una reina? Aprovechando el intervalo entre el último aguijón y unas ganas incontrolables de empujar, le contesté tajante:

—Moriré, pero no gritaré.

A los cinco minutos vi a mi hijo. ¡Era varón y lloraba y pataleaba como un bendito! Carlos entró corriendo para cogerlo en sus brazos y luego cubrirme a mí el rostro de más y más besos hasta secarme el sudor de la frente con sus caricias. Al hacerlo sentí cómo la traicionera lágrima de su felicidad se colaba entre mis labios. Tuve que pegarme a su pecho para que nadie viera que a mí también se me escapaban. Creo que fue esa la primera y única vez en mi vida en que los dos lloramos de gozo.

Frente a mí, Carlos se sentó a dictar al escribano. En su carta comunicaba a todos sus reinos la albricia, y comenzaron los festejos para celebrar el nacimiento de Felipe, al que bautizamos a los pocos días en la iglesia de San Pablo de Valladolid.

Felipe vino al mundo repleto de buenas nuevas. Todo nos sonreía. Fernando, el hermano de Carlos, para felicidad de María, al fin parecía haber recuperado el reino de Hungría y Bohemia. Por otro lado, Francisco de Francia, después de esta derrota y la que sufrió en Milán a merced de nuestros tercios, parecía haberse calmado y como él los temibles turcos también parecían haber amansado sus denuedos.

Y así, sin tener ojos nada más que para mi hijo, fui enterándome de otras sesgadas noticias sin que jamás se me ocurriera preguntar adónde se habían dirigido nuestras tropas imperiales después de nuestras victorias.

En plena celebración del nacimiento de Felipe lo supe para quedarme helada. Nos llegó la noticia de que nuestras huestes, al no haber sido pagadas debidamente, habían obligado a sus generales al saqueo de Roma para cobrarse lo que les era debido. Lo

habían hecho poco antes de que naciese Felipe, pero desgraciadamente las noticias tardaban en llegar, y por aquel entonces debía de llevar ya el papa Clemente preso en el castillo de Sant'Angelo más de un mes. ¡Roma entera había sido víctima del saqueo más violento jamás recordado!

Violada por sus cuatro costados, aún quedaban incendios en palacios, iglesias y conventos por extinguir. ¡No respetaron ni los sagrarios! Y de todo ello Europa entera culparía a mi buen Carlos. ¡Al propio papa! Carlos tenía preso al Padre Santo, y, como yo, no lo supo hasta entonces.

La felicidad que nos había dado el nacimiento de Felipe se vio ensombrecida por esta sinrazón y es que, como Carlos, aunque no lo mentásemos, todos dudábamos cada vez más de la capacidad que tendríamos para dominar aquel vasto territorio que nos había tocado en gracia.

Carlos, vestido entero de luto por respeto a todas las víctimas de aquel saqueo, después de varios días mohíno y distante intentando asimilar semejante varapalo, reaccionó, y, para poner remedio al desmán, lo primero que hizo fue pensar en cómo justificarse ante toda la cristiandad en general y con el breve pontificio en particular. Los primeros en pedirle explicaciones habían sido mi hermano Juan y su hermana Catalina desde Portugal.

Les contestó mandándole un billete con las mismas palabras de excusa que al resto de los reyes cristianos. Siguiendo el consejo del humanista Alfonso de Valdés, les aseguraba en él que no había nadie en el mundo que deseara más la paz entre la cristiandad que él. Les dijo que, sin culpar en ningún momento al papa Clemente sino a sus asesores que por tan mal camino le habían llevado al declararle la guerra, lo cierto era que él era quien los venció y que probablemente lo consiguió gracias a la voluntad divina que así lo quiso, porque en Roma, desde hacía mucho tiempo, los que más reinaban eran el vicio y la ignominia.

Para nuestra sorpresa, aparte de nuestros enemigos, pocos dijeron nada. Supongo que porque Carlos sin quererlo ni pretenderlo se había ganado el temor del resto de los reyes. ¿Quién iba a enfrentarse ahora contra el hombre que en menos de tres años había tenido presos al rey de Francia y al papa?

Carlos, para desesperación de Fernando, su hermano, que los quería, devolvió parte de sus territorios a Sforza y mandó un emisario a pactar un acuerdo con el papa antes de dejarle libre. Accedió a cambio de cuatrocientos mil ducados y algunas de sus plazas. Quedó todo en cien mil ducados menos y las plazas de Civitavecchia y Ostia, y después de siete meses de cautiverio, el Santo Padre fue liberado. Así, Carlos finalmente pudo descansar su conciencia demostrando a toda la cristiandad su benevolencia.

Así llegó el estío. Un caluroso verano que, comparado con el frío invierno que hacía cuando llegamos a Valladolid, no fue nada. ¿Por qué esas temperaturas tan extremas

en Castilla? Acostumbrada al templado clima de Lisboa, me costó Dios y ayuda habituarme. Ni siquiera el constante afán de mis damas por mantener mojadas las esteras que reguardaban las ventanas del inclemente sol conseguían atenuar el bochorno. ¡Cómo echaba de menos Granada!

Por aquel entonces empezaba a recuperar la cintura, y a pesar de la insistencia de Leonor en que amamantase a Felipe, confié en un par de buenas amas de sangre hidalga para hacerlo en mi lugar, ya que nada ansiaba más que quedar de nuevo preñada.

Aquella mañana andaba yo vistiéndome en mi cámara junto a mi pequeño Felipe cuando irrumpió María en mi estancia sin ni siquiera anunciarse.

—¡Isabel, tenemos que partir de inmediato!

Me sorprendió la premura, sobre todo porque nadie me había dicho nada al respecto.

—Donde esté mi señor, estaremos nosotros —fui tajante.

No lo dudó.

—Nos vamos con él porque aquí ya no estamos seguros.

No pude ser más que sarcástica por su inusitada histeria.

—¿El emperador más poderoso de la cristiandad no está seguro en su reino? Calmaos, María, u os va a dar un ataque.

Cogiendo la carta que sobre mi tocador descansaba, la alcé, cambiando de tema.

—¿Sabéis que Fernando, vuestro hermano, ha tenido otro niño? Le llamarán Maximiliano en honor a su abuelo. Me place pensar que quizá un día Felipe y él, como buenos primos, quizá compartan destinos.

María tomó el billete y lo volvió a posar en la mesa.

—Miradme a los ojos, Isabel, porque no es tiempo de relajamientos. La negra peste asola Valladolid y ya son veinte los muertos. No creo que queráis quedaros para verlo.

Quedé callada sintiendo haberme mofado de su alarma, porque lo cierto era que aquel enemigo que no hacía distinciones en su ansia por matar convertido en el enemigo de más temer. Tan solo oír mentar su nombre me erizaba el vello de todo el cuerpo. Asentí al tiempo que sin dudarle dos veces me puse en marcha.

Aquella misma tarde partimos hacia Palencia donde apenas estuvimos veinte días para desde allí trasladarnos a Burgos, principalmente por los problemas que tuvo aquella ciudad para acogernos a toda la corte.

Carlos, después del saco de Roma, no pensaba en otra cosa que en hacer la paz con todos sus enemigos y así, calmo, como siempre demostró ser antes de alzarse en armas, intentó dialogar con Francisco de Francia, a pesar de que después de haber roto el Pacto de Madrid eran muy pocos los que ya confiaban en su palabra.

Mi buen esposo, haciendo de tripas corazón, le propuso su renuncia a la Borgoña y la inmediata devolución de sus dos hijos aún presos por él en Pedraza, a cambio tan solo de que nos pagase dos millones de ducados y procediese a retirar su ejército de

Italia.

El muy ladino contestó mandando a su heraldo a parlamentar con Carlos en Burgos. Junto a él me sorprendió ver al del rey Enrique VIII de Inglaterra, nuestro tío. Aquel necio, aparte de estar intentando anular su matrimonio con mi tía Catalina de Aragón, nos había dado la espalda aliándose con nuestro mayor enemigo.

Carlos, sentado en su estrado imperial, les recibió para que expusiesen sus condiciones. Después de hacerle las cinco reverencias que eran menester, le pidieron licencia para transmitir su oficio. Otorgada esta, ambos heraldos, sin andarse con más dilaciones, le desafiaron sin condiciones, a lo que Carlos no tuvo otra opción que aceptar.

Todos pensamos lo mismo. Aquella sería una guerra costosa y, aunque él había prometido no ha mucho a sus soldados que les pagaría su lucha sin más demoras para que los altercados de Roma jamás en la vida se repitiesen, aún no sabía bien cómo lo iría a costear.

Lo que más le quitaba el sueño era el problema de Nápoles. Aquel reino que, a pesar de ser nuestro, ninguno de los dos conocíamos. Allí se había dirigido el poderoso ejército de Lautrec después de haberse aliado con el almirante Andrea Doria y los barones de aquellos lugares para tomar la ciudad. Orange, cercado por mar y por tierra y con los hombres de que disponía, apenas podría hacer mucho más que aguantar defendiendo la plaza a la espera de que las huestes de nuestro hermano Fernando acudiesen en su ayuda.

Lo dábamos todo por perdido hasta que Dios nos ayudó guiando la voluntad de Andrea Doria que, cansado de las promesas incumplidas de Francisco, rompió su alianza con él para pactar con nuestro general, el marqués del Vasto, otra similar.

Con el valiente almirante de nuestro lado, indudablemente la victoria sobre Barbarroja y la pacificación de Italia serían mucho más fáciles de lograr. Eso, unido a que una epidemia de peste diezmó las huestes de Lautrec obligándole a desistir de su propósito, nos dio la victoria en Nápoles. Los barones de aquellos lugares por mucho que nos odiasen tuvieron que aceptar la derrota, y Nápoles permaneció bajo nuestro poder.

Y así, entre las noticias de las victorias y las derrotas, nos trasladamos a Madrid aquel gélido febrero de 1528 para convocar a Cortes. Apenas llegamos supe que otra criatura crecía en mis entrañas.

La soledad de la emperatriz



Sigue hablando Isabel de Portugal, esposa de Carlos

Madrid, 1528

María nació el día 21 de junio en este real alcázar. Las campanas de todas las iglesias de esta villa y corte anunciaron su alumbramiento, y yo, más que nunca, eché de menos a Carlos, quien andaba por aquel entonces en las Cortes de Monzón.

Leonor y María, mis cuñadas, intentaron con cariño cubrir su vacío. Hasta que al fin llegó, tomó a la pequeña en sus brazos amorosamente disipando en mí todos los temores que albergué durante los primeros días de su nacimiento al no haberle podido dar otro varón.

La llamé María porque, al morir mi señora madre, le prometí bautizar a mi primera hija con su nombre. Era hermosa, con genio y tan sana como su hermano. Cuando este la vio en la cuna la miró con extrañeza. A punto de andar e inteligente como ya demostraba ser, quizá temió que aquella pequeña fuese a robarle el protagonismo. ¡Cómo explicarle con tan solo un año recién cumplido que él y solo él sería el único heredero de su padre! Sin duda para él aquel día que las Cortes le juraron príncipe heredero no había sido otro diferente al anterior.

Dicen que un alumbramiento siempre viene de la mano de una albricia, y esta nos llegó con la noticia de que Enrique de Inglaterra, dándole espalda a Francisco, había decidido firmar una tregua con nosotros.

La buena tía Margarita fue la que se ofreció a convenir las cláusulas. Solo sería cuestión de tiempo que Carlos, con confianza, le escribiese para pedirle su desistimiento a la hora de anular su matrimonio de la tía Catalina. Francisco, con toda esa soberbia que le caracterizaba, de nuevo estaba solo.

Y así entre unas cosas y otras llegó el otoño y fue entonces cuando Carlos,

cansado de Madrid, estimó oportuno que marchásemos a Toledo prometiéndome que me gustaría si no tanto como Granada, casi igual. Y es que acostumbrada como estuve durante toda mi infancia a apenas moverme de Lisboa, ahora no terminaba de habituarme a la trashumancia de nuestra corte tan eternamente errante. Y no quise defraudarle porque si era verdad lo de su belleza, también lo fue que la encontré muy diferente. Las ensortijadas callejas que formaban su judería bullían de gentes cristianas que en muy poco se parecían a los moriscos de mi paraíso sureño.

Toledo, esa hermosa ciudad que durante tantos días me cobijó amorosamente junto a mis hijos en el palacio de Fuensalida y que a pesar de albergar a una verdadera multitud en ocasiones, no consiguió disipar mi soledad.

Aquella noche, Carlos había venido a verme a mi estancia. Al meterse en mi cama le rogué calma por la sospecha ya casi cierta de que otro hijo suyo estuviese creciendo en mi vientre. Así como en las ocasiones anteriores me cubrió de besos, esa vez me desconcertó. Levantándose tan solo con la camisola empezó con sus idas por la estancia. De los pies de la cama a la chimenea, desandando sus pasos hacia mí de nuevo y de nuevo otra vez. Me levanté para frenarle y mirarle fijamente a los ojos.

—Qué os sucede. ¿No os hace ilusión, Carlos?

Me besó en la frente.

—Cómo no ha de contentarme lo que más feliz ha de hacer a un hombre.

Le acaricié la barba.

—Prometedme que esta vez no faltareis el día que nazca. Porque será un varón y, como a Felipe, tendréis que cogerlo en vuestros brazos el primero, imitando a nuestros ancestros que así lo hacían para reconocer a sus hijos.

—Lo haré Isabel, pero quizá tenga que esperar —me contestó débilmente, bajando la cabeza.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¿Esperar? ¿Cuánto? ¿No puedo acompañaros? —Me eché la mano al vientre—. Si mi preñez fuese de más, pero es de poco y aún tengo la suerte de poder viajar sin problema.

Recogiéndome el pelo suelto hacia atrás, me besó en los labios antes de sentarme en la cama para que le escuchase detenidamente.

—Mi querida Isabel, y aun no estando preñada tampoco podríais acompañarme. El viaje va a ser largo, muy largo y todavía no sé cuánto durará. Meses... —Se le atragantó el final—. Quizá años, porque son demasiados los negocios a tratar y ya no pueden esperar.

—No, Carlos —repliqué cabizbaja—. ¿Y si os pasara algo? Y si nunca llegaseis a conocerlo. Pensad en vuestra hermana, la pobre Catalina que, póstuma como fue, nunca conoció a vuestro padre o... acordaos de vuestro hermano Fernando, al que parió vuestra madre aquí, en Castilla, estando vuestro padre en Flandes y no lo pudo conocer sino andando ya. No quiero que eso le ocurra a nuestro hijo. Ninguna mujer quiere eso para su hijo.

Me sonrió.

—Isabel, vos no sois cualquier mujer, lo sabéis. Yo no parto por capricho, os lo aseguro. Cuando me eligieron emperador, prometí muchas cosas que aún no he podido cumplir y ya es hora de calmar esos desvelos. Leyva me pide por primera vez que marche a Génova para así poder con mi cercana presencia dar más esperanza a sus huestes a la hora de doblegar de una vez por todas a Francisco. Os juro que nada me gustaría más que quedarme aquí junto a vos, pero el imperio me demanda otras cosas que ya es tiempo de acometer. Según muchos, mi sola presencia es la que lo podrá remediar.

»Me dirigiré a Roma para ser coronado por el mismo papa Clemente y así nuestra paz quizá contagie a todos aquellos lugares que en Italia tantos años llevan en guerra.

»Demostrar al mundo que ante todo soy un hombre de paz es lo que quiero. Deseo además terminar con la herejía luterana y por qué no la turca, que tanto mal nos está haciendo, y si para ello es necesario el consentimiento del Santo Padre para convocar un concilio, que así sea. Quiero, en definitiva, que todos allí me vean como un emperador apaciguador para que borren de sus seseras la mala idea que de mí tienen al suponerme un tirano.

Asentí, conteniendo la angustia.

—Quizá podríais venir todos conmigo, pero decidme de corazón, ¿creéis que sería prudente dejar estos mis reinos sin rey ni reina cuando hace tan poco que terminamos por extinguir las últimas brasas de la revolución comunera? —insistió—. Vuestra sola presencia y la de nuestros hijos aquí tranquilizará a cualquiera que dude de mis intenciones para con estos reinos. —Me cogió de la barbilla para alzar mi mirada—. Isabel, vos seréis mi regente porque en vos confío más que en nadie en este mundo. Y por ello, mañana mismo, he dispuesto vuestro nombramiento como la lugarteniente, gobernadora y administradora de estos reinos castellanos. Lo mismo haré cuando llegue a Zaragoza para que también lo seáis de Aragón. —El peso de la responsabilidad me hundió aún más. Leyendo mi pensamiento me acarició de nuevo—. Sí es cierto que a esta gran empresa me seguirán muchos nobles. No os preocupéis porque aquí dejaré a mis mejores consejeros para que os asistan. Y además... no es la primera vez que os cedo el cetro. Ya lo tomasteis el año pasado cuando me ausenté a Monzón y lo hicisteis bien.

La miré desesperada.

—No es lo mismo. Entonces teníais una fecha aproximada de regreso, ahora en cambio...

Chasqueó la lengua exasperado.

—Os vale mi promesa de que regresaré. Sabéis que si algo soy es un hombre de palabra. Mi intención es celebrar mi treinta cumpleaños al mismo tiempo que mi coronación. Después, si nada lo impide, intentaré regresar lo antes posible.

Viéndole tan embravecido y feliz, solo fui capaz de musitar:

—Eso es dentro de casi un año... Si es por consolarme os lo agradezco, pero no

juréis lo que no está en vuestras manos.

Consciente ya de mi sumisión, me besó de nuevo. No pude más que abrazarme a él con una garra asida a mis entrañas.

Una fornida zarpa que, aun apretándome cada día que pasaba todavía más, procuré disimular pues ni quería ponerle en más aprieto, ni deseaba que nadie en la corte me viese como una emperatriz débil y asustadiza.

Conservé la calma hasta que el día 8 de marzo llegó el temido día. Se despidió de Felipe y María primero y de mí después. A punto estuve de delatar mi pena cuando al final besó a sus hermanas Leonor y María encomendándoles amorosamente nuestro cuidado.

Era tan hondo intenso mi dolor que casi me pareció sentir cómo el pequeño nonato, aun teniendo por aquel entonces el tamaño de una habichuela, parecía revolverse en lo más profundo de mi ser.

En cuanto le vi desaparecer en el horizonte me vine abajo. Toda la tristeza que había escondido desde el preciso día en que me dijo que marchaba como una catarata de desconsuelo me invadió. Mis cuñadas, viéndome en tal estado, se preocuparon. Una y otra vez me aconsejaron dominar mi melancolía para que esta no afectase a la criatura de mi vientre, pero por mucho que lo intenté no supe cómo controlar semejante tristeza, y enfermé gravemente. Tanto que incluso llegué a testar temiendo por mi vida, pues no tenía fuerzas ni para escribir o contestar a los billetes que casi a diario me mandaba desde Aranjuez, Calatayud, La Almunia y finalmente Zaragoza hasta que finalmente a mediados de abril encaminó sus pasos a Barcelona. Allí esperó durante casi tres meses a que nuestro recién aliado Andrea Doria aparejase su armada para escoltarle debidamente hasta Génova. Por primera vez desde que nos casamos, un mar se interpondría entre nosotros.

Secretamente guardé la esperanza de que antes de embarcar algo truncase sus planes de tal modo que tuviese que regresar a nuestro lado. Recé para que Dios atendiese a mis ruegos y al final deseché aquellos egoístas pensamientos que en nada me ayudaron por consejo de mi confesor.

Poco antes de partir definitivamente de estos reinos me escribió. Estaba feliz por la nueva victoria de nuestro general Antonio de Leyva contra el ejército de Francisco al mando del señor de Saint-Pol en Milán. Contemplaba obligar a Francisco ahora que estaba desvalido a firmar la paz definitiva, pero andaba preocupado porque no sabía en quién podría delegar para acudir al encuentro. Fui yo misma la que en mi contestación le propuse que quizá su tía Margarita, estando tan cerca como estaba de Francia, podría encargarse de ello. Tan solo fue una propuesta que no supe si había tenido en cuenta hasta un tiempo después, y es que las noticias tardaban en llegar a Toledo.

Ahora solo faltaba que Fernando consiguiese echar a los turcos de Viena,

apaciguar los estados italianos y a los luteranos, coronarse emperador y volver. Pocas palabras en apenas dos líneas que quizá le ocupasen media vida.

A finales de noviembre me llegó la noticia de su llegada a principios de aquel mes a Bolonia. Su ilusión por verse coronado por el papa Clemente en Roma se había visto truncada por el asedio del turco en Viena y por la creciente herejía luterana por ello estimaron más propio cambiarla a Bolonia y así no bajar más hacia al sur.

Fue allí donde Carlos recibió una de mis más tiernas cartas. Después del parto de Fernando y con apenas fuerzas para ello, quise ser yo misma la que le escribiese de mi propio puño y letra para darle la dichosa albricia. Porque, aunque el parto no fue fácil, ¡Fernando había nacido fuerte y sano como un roble el día 22 de noviembre!

Convaleciente aún en la cama recibí la carta de contestación de Carlos desde la bella Bolonia. Aseguraba estar henchido de orgullo y felicidad y deseando volver pronto para estrecharle entre sus brazos.

Me contaba cómo allí le habían preparado sus aposentos en el piso alto del claustro del colegio de San Clemente de los Españoles, aquel que siglos antes fundó el cardenal Gil de Albornoz y que era conocido por albergar entre sus muros a nuestros más sabios licenciados.

Estaba contento porque se había podido reunir al fin con el general Leyva y muchos soldados del ejército imperial para darles su enhorabuena personalmente por sus victorias. Ahora solo pensaba en hacer lo mismo con su hermano Fernando, pues por fin había logrado librar a Viena de las tropas de Solimán.

En otras misivas posteriores me contaba cómo la fortuna parecía querer seguir sonriéndole por doquier, porque en los días previos a la coronación, con la ayuda del Santo Padre, había prácticamente logrado apaciguar los Estados más conflictivos de Italia con varios pactos. El más reciente con Francesco Sforza que fue el último en admitirle, y aunque le costó, al final accedió a firmar la paz al perdonarle Carlos por los ataques que antes le había propinado e incluso reintegrarle su ducado de Milán siempre y cuando respetase a los nuestros.

Además con todo lujo de detalles me narró su segunda y tercera coronación. La primera la había vivido diez años antes en Aquisgrán cuando le eligieron emperador. Ahora el Santo Padre posaría sobre su testa las coronas de Lombardía y la que a él más le importaba, aunque no lo manifestase, la imperial y por las fechas que habían barajado para las coronaciones, parecía posible que, como era su deseo, fuese el mismo día de su treinta cumpleaños.

Su cortejo se contaba por miles y la ciudad les daba albergue según sus posibilidades sin quejarse porque el júbilo se respiraba en cada recoveco. En la iglesia de San Petronilo el papa Clemente estaba rodeado por todo el colegio cardenalicio.

Aunque no pude estar allí, me sentí a su lado ayudándole desde Madrid a recaudar los cientos de miles de ducados que Carlos me pedía para costear su empresa. Puse al quite al clero, la nobleza, los banqueros y todo el que algo pudiese aportar a esta gran

empresa, y después de muchos dimes y diretes conseguí mandarle medio millón de ducados de los que Francisco pagó, para liberar a sus príncipes, ciento ochenta millones de maravedís concedidos por las Cortes, setenta mil ducados del virrey de Cataluña y otros cincuenta mil que nos prestó la duquesa de Medina Sidonia, y es que muchos nobles, además de los duques de Alba y de Béjar, querían aportar a la causa, si no armas, su peculio. A la hora de colaborar el más problemático fue el clero que, aunque el papa Clemente le había compelido a cumplir, se resistió tanto que acabé por darlo por imposible y eso que luchábamos por el bien de la cristiandad.

Me imaginé vestida con mis mejores galas cabalgando a su vera sobre aquel puente que llevaba a la iglesia rodeado del gentío, el mismo que él me dijo que se partió por el peso de la multitud sin, gracias a Dios, dañar a nadie.

Lo vi entre sueños emocionado jurar por siempre ser defensor de la Iglesia romana y la fe cristiana proponiéndose de corazón terminar con la herejía. Me pareció oler los santos óleos con que le ungieron y acariciar el cetro, la espada, el globo y la corona con que le engalanaron para consagrarle.

Sentí no haber formado parte de aquel único desfile, donde, a su salida de la iglesia de San Petronio, entre cientos de cabezas, se distinguían las dos supremas de la cristiandad. Carlos y Clemente, antes enemigos, ahora cabalgaban como amigos uno junto al otro al son de las salvas, vítores, el tañer de las campanas, las trompetas y la tamborrada, y a nadie en el mundo le podría pasar desapercibido.

En venganza y aprovechando que por mar estábamos desasistidos, el hereje Barbarroja me mandaba a Levante a Cachidiablo, un sanguinario pirata que violó, robó y quemó varias poblaciones del Levante haciendo incluso cautivos a los que no perdieron la vida defendiéndose. Aquel malnacido hasta se atrevió a penetrar tierra adentro para después, cometido tanto mal, retirarse a las costas de Formentera. Allí nuestro valeroso Portuondo con cinco galeras fue a darle su merecido, pero Dios no nos ayudó porque las galeras argelinas vinieron en su auxilio y los nuestros fracasaron en el intento. Así se lo hice saber a Carlos en mi congoja, y es que como regente vinieron a mí estos y mil asuntos de difícil solución sin que Carlos de una vez terminase por mandar a nuestra escuadra a Argel para darles su merecido. Era una decisión que aun tomada nunca llegaba a acometer por haber siempre otros fuegos que apagar más urgentes como los que a Alemania atenían con el dichoso Lutero predicando a diestro y siniestro en nuestra contra.

Ahora, después de haber sido coronado emperador, se dirigiría a Augsburgo donde había convocado una dieta imperial para tratar este y otros negocios. Entre las líneas de sus billetes se intuía alegría, por un lado, al regresar a estos sus dominios después de tanto tiempo, y una preocupación suma por el otro, que, aunque me intentaba ocultar, no podía, pues sus palabras le delataban.

El dedo gordo del pie le tenía sentado casi todo el día en una silla de manos impidiéndole montar y se lamentaba de que este ataque de gota, el segundo que padecía en su vida, le estuviese limitando en las duras y afanosas jornadas que a

través de los Alpes le llevaban a Innsbruck. Y algo de cierto debía de haber en sus palabras porque mi buen Gattinara murió en el trance de aquel viaje.

Y yo allí, tumbada en el lecho junto a mi pequeño Fernando y a todas horas con sus hermanos Felipe y María. Por diferentes motivos a lo largo de aquellos últimos meses, tuve que despedirme primero de la desdichada Leonor que, como cordero hacia el degolladero, partió a Francia para casarse con Francisco, según lo acordado por la tía Margarita en Cambrai, y luego de María por haberla llamado Carlos a que se reuniese con él y su hermano Fernando en Alemania para quizá llenar el hueco que la tía Margarita, su *bonne tante*, no tardaría en dejar como gobernadora de los Países Bajos dado su delicado estado de salud. Una mujer por otra, y María era la mejor candidata, puesto que había nacido allí.

Aquella decisión me tranquilizó dada la correspondencia que últimamente habíamos mantenido las dos, pues la tía Margarita, encomendándose a mis gracias, pretendía que le mandase lo antes posible a mi hijo Fernando para que ella misma le criase, fuese como su hijo y la caña de su vejez consolando la pena que ella decía tener cada día y procurando a la vez que los Países Bajos tuviesen un digno sucesor cuando ella faltase. ¡Es que no había tenido suficiente criando a Carlos y a sus hermanas de niños que ahora quería al mío!

¡A mi hijo Fernando! No quise contestarle por no levantar suspicacias, a pesar de que ella incluso llegó a insinuarme que Carlos en su día se lo había prometido, y que yo no podría negárselo. Dándolo por hecho me rogaba que no me alterase por ello porque tiempo tendría de tener más varones y que si andaba dudando, me consolase pensando en los antecedentes de Carlos y sus hermanos, que habiendo crecido separados seguían siendo una piña.

Sin decir nada a Carlos, le contesté dándole largas diplomáticamente porque, aunque no la conociese, sabía de su tozudo carácter y el tiempo corría a mi favor dada su proveya edad.

La archiduquesa Margarita, después de haber tramitado la alianza con Enrique VIII de Inglaterra y de haber firmado la Paz de las Damas con Francia, parecía creerse con derecho a todo.

XI

La Paz de las Damas



Habla Margarita de Austria, tía de Carlos

Cambrai, 5 de agosto de 1529

En los aposentos que a mí destinaron en el palacio de Cambrai a la espera de mi inminente entrevista con Luisa de Saboya, rompí el sello del lacre de Leonor, mi sobrina. Supuse aun antes de comenzar a leer que sería una carta desesperada.

Mi buena tía:

Sé que no es menester pedirte nada ahora que en tan importantes negocios os veis inmersa, pero aquí dicen que lo que se va a intentar es ratificar el Tratado de Madrid. Ese que ya hace cuatro años Francisco rompió con tan poco tino y que ahora se ve de nuevo obligado a ratificar.

Sé que nos educasteis para sacrificarnos por el bien del imperio, a aceptar con buena voluntad todo lo que de nosotras se esperase sin apenas rechistar, y como sabréis eso es precisamente lo que he hecho toda mi vida rindiendo por entero mi persona a lo que el emperador mi hermano esperase de mí por eso mismo me cuesta la misma vida pedir os lo que voy a solicitar.

Mi bonne tante, por favor, dejadme quedar como vos. Permitidme no tomar estado nunca más en mi vida y borrar de ese tratado por siempre mi desposorio. ¿Por qué no hacerlo? Sé que Carlos va a renunciar a sus pretensiones en la Borgoña, cosa a la que no estaba dispuesto antes. ¿Por qué si esto se cambia no se puede tornar mi desposorio por otra cosa? Sé que me diréis que Francisco a cambio ha renunciado a interferir nunca más en Milán, Nápoles, Génova y el señorío de Flandes y que yo no tengo tanto que ofrecer, pero seguro que algo podremos encontrar para darle que no cueste

mucho al imperio porque... por mucho que digan, Francisco sigue siendo un hombre de poco fiar, mujeriego y déspota donde los haya con todas las mujeres a excepción de su madre. La misma con la que a punto estáis de entrevistaros para firmar la paz. ¿De verdad queréis que pase mi vida junto a él?

Carlos siempre ha dicho que la unión de la familia es nuestra fuerza, y ahora me siento como si quisieseis echarme a una jaula de fieras para deshaceros de esta vuestra servidora.

Hablad con él os lo ruego porque yo no puedo. Decidle si es preciso que piense en Isabel la emperatriz y en como ella necesitará de fieles consejeras cuando Carlos tenga que partir. Decidle lo que sea, pero no me dejéis pasar por ese trance.

No quiero con esto desanimaros en vuestros tratos, soy consciente de que un matrimonio entre los dos reinos conseguiría sellar aún más fuertemente el acuerdo. Pero dado que tampoco Francisco parece demasiado interesado en este desposorio, no creo que este sirva para nada más que para traernos sufrimientos posteriores.

A mi edad, treinta y dos años, bien sabéis que las probabilidades de ser madre merman. Además, si llegara a serlo, mi hijo nunca llegaría a reinar en Francia al tener hermanos mayores como Francisco y Enrique. Esos mismos que tenemos aquí presos y que no ven el momento de que firméis y paguen los dos millones de escudos de su rescate para verse liberados.

Solo os pido humildemente que lo penséis detenidamente. Que esta sobrina, casi hija vuestra, a sabiendas de que vos, como esta servidora, también estáis sometida a los mandatos imperiales, intentéis como sea borrar mi nombre de dicho documento.

Sin más, atentamente se despide de vos,

*LEONOR,
archiduquesa de Austria y reina viuda de Portugal*

Doblé la carta segura de que tardaría en contestarla o quizá ni siquiera eso. Quizá fingiese no haberla recibido nunca. Desde que embarcó junto a Carlos hacía ya trece años rumbo a España para ayudar a su hermano a convencer a sus nuevos súbditos de su idoneidad como rey junto a Juana, no la había vuelto a ver. Excepto los cortos tres años que estuvo casada con el rey Manuel de Portugal siempre había estado muy apegada a Carlos y ahora le llegaba el momento de despegarse de él.

Triste por ella, porque estaba segura de que no podría hacer nada. Aquella cláusula era una de las más importantes, y jamás se podría borrar a no ser que propusiésemos a otra archiduquesa en su lugar, quizá su hermana María, pero hacerlo sería retroceder en los acuerdos previos y nos rezagaría demasiado. La paz debería de

firmarse cuanto antes mejor.

La puerta se abrió sacándome de mi ensimismamiento. Luisa me esperaba. Había memorizado todos y cada uno de los puntos de aquella paz y a pesar de los ruegos de Leonor no habría nada que yo plantease para entorpecer su firma. Sonreí para mis adentros. No dejaba de ser curioso que los dos hombres más poderosos de Europa hubiesen delegado en nosotras para tratar lo que durante tantos años les había tenido enzarzados en una pelea continua. Me pregunté por qué, habiendo sido yo tantos años gobernadora de los Países Bajos y habiendo tratado en otras ocasiones negocios con diversos heraldos franceses, ahora me mandaban a otra mujer para dialogar. Quizá fuese porque muchos me consideraban como la verdadera madre de Carlos haciendo de menos a Juana y por ello preferían que dialogase con mi homónima, la madre de Francisco.

Decían que Luisa era mujer inteligente, culta, conocedora de todos los entresijos de la corte y tremendamente ambiciosa. Y lo cierto era que ella, en realidad, había sido la verdadera artífice de que Francisco hubiese sucedido a su tío Luis XII al insistir en su matrimonio con Claudia, la heredera de Luis, y para mí la verdadera reina de Francia. ¡Y pensar que de niña estuvo prometida a Carlos!

Francisco nunca hubiese sido reconocido como heredero de la corona si no fuese por ella. Y ¿cómo se lo agradeció? Siéndole infiel hasta la saciedad, decían que porque Claudia contrajo una enfermedad que la dejó jorobada, coja y bizca. Aun así, como la buena mujer que fue, logró dar siete hijos a Francisco. ¡Pobre Claudia, que los veinticuatro años de su vida tuvo que vivir sometida a los caprichos de Francisco y de su suegra!

Y así, sumida en mis pensamientos llegué a la sala donde Luisa me esperaba de pie y ya con la pluma en la mano dispuesta a firmar.

Para ella aquel acto no era un plato de buen gusto y, como yo, estaba deseando que fuese lo más breve posible. Tomamos asiento las dos. Aunque la estancia estaba repleta de heraldos franceses e imperiales, no se oía volar una mosca.

—¿Algo más que alegar? —preguntó el escribano antes de comenzar a leer en voz alta los términos del documento.

Las dos negamos, adustas, y posando el documento sobre la mesa procedimos a firmarlo. Tan solo nos despedimos con una leve inclinación de cabeza. Ya saliendo de la estancia no pude más que detenerme y darme la vuelta para vomitar una pregunta que hasta entonces había estado amordazando.

—¿Sera esta vez duradera?

Luisa sonrió con sarcasmo.

—Eso solo Dios lo sabe.

Aquel 5 de agosto, yo que por tantos años había conseguido mantener la paz en Flandes aquella vez estampé mi firma en un documento en el que, Dios no lo quisiese, se me hacía efímero. Lo sentí por Leonor que muy a su pesar no tardaría en viajar a Francia junto a los hijos ya liberados de Francisco. Esa misma tarde partí de

nuevo hacia Malinas, pero me alegré por Carlos que, de una vez por todas, dejaba de ser vasallo de Francisco al haber renunciado este a ser el señor del conde de Flandes.

De vuelta mis huesos andaban cansados y la debilidad no tardó en acompañarme día y noche. Ansiaba ver a Carlos de nuevo después de tantos años separados y esperaba que tras su coronación en Bolonia viniese a visitar estos sus Estados.

XII

La muerte de un infante



Habla Isabel de Portugal, esposa de Carlos

Madrid, 12 de julio de 1530

Así como a principios de año la fortuna nos acompañaba, de repente, y quizá como Carlos dijo posteriormente por voluntad de Dios, las cosas se empezaron a torcer. No solo porque Carlos no terminase de conseguir todos y cada uno de sus propósitos, más hubiese querido yo, aunque eso le mantenía alejado de mí por más tiempo. No, lo peor que a una madre le puede suceder me atizó con fuerza, mucha más de la que nunca pude suponer y es que la negra muerte vino a visitarnos como casi siempre sin darme tiempo ni siquiera para prepararme a la hora de recibir su sepulcral golpe.

Todo empezó a principios de aquel caluroso julio. Una mañana, al ir a ver a los niños, me encontré al ama de cría descompuesta. Fernando ardía como una débil brasa a punto de extinguirse al fondo de la chimenea. Al tomarle entre mis brazos sentí su acelerada respiración y un manto de hielo me cubrió repentinamente el corazón.

Desesperada, llamé a todos los cirujanos y barberos de la corte para que le atendiesen. Desnudaron aquel pequeño cuerpo de inmediato para ver si alguna pústula podría ser la causante de tal mal. Nada, su suave piel estaba limpia y mi pequeño, a pesar de su alta temperatura, tiritaba como si lo hubiésemos enterrado en hielo.

Después de darle una pócima para beber a pequeños sorbos lo devolvieron a su cuna. La verdad es que no sabían qué era lo que en realidad le pasaba. Dejó de comer y en pocos días adelgazó tanto que su pequeño cuerpo que al nacer era fuerte y sano como un roble y del tamaño de un niño de casi tres meses ahora, después de siete, parecía el de un prematuro con el cráneo en su parte más alta tan hundido que podía

ver el palpar cada vez más lento de su tierna vida.

Ordené que trajesen a su cámara un altar y un reclinatorio para así muy cerca de él rogar a Dios por su mejoría. Y el lento mudar de los días con sus noches fueron arrebatándole el poco brío que le quedaba.

Insistieron muchas de mis damas en la necesidad de que descansase, pero me negué. No sabía cuánto tiempo me dejaría Dios disfrutar de su presencia y no iba a perder un solo segundo de aquella bendición durmiendo, a pesar de que mis párpados insistieran en cerrarse una y otra vez.

Aquel funesto 13 de julio, no sé por qué pedí que trajeran a Felipe y a María a ver a su hermano pequeño, aunque el médico insistía en que no lo hiciera por un peligro de contagio.

Felipe, a sus tres años, se asomó curioso a la cuna. Le tomó de la pequeña mano, se la besó y sin más corrió hacia mí para que le abrazara. María, mucho más pequeña y ajena a todo, tan solo se paseó patizamba por la estancia. Y esa fue su despedida; cuando se fueron de nuevo me acerqué a verlo y ya no estaba. Su cuerpo aún caliente había dejado de temblar para por fin refugiarse en el descanso eterno.

En un intento de lograr lo imposible lo cogí entre mis brazos, lo abracé contra mi pecho y rogué a Dios para que obrase el milagro de devolverle la vida transmitiéndole los latidos de mi corazón si fuese preciso. Y es que no me importaba morir. Perdí así, cubierta por un manto de injusta desesperanza, la noción del tiempo hasta que su ama de cría me lo arrancó de los brazos para llevárselo a enterrar.

Salí tras ella dispuesta a encerrarme en mi cámara y así en privado dar rienda suelta a mi dolor, pero una decena de cortesanos me esperaban con la intención de expresarme sus condolencias. De nada sirvió esquivarlos porque los más cercanos sin cejar en su intento me siguieron. Entre sollozos les supliqué que corriesen las cortinas de mi dosel para dejarme en la penumbra, a solas con mi dolor. Necesitaba tiempo para asimilar mi pérdida.

Después de pasar el resto de la noche presa de la amargura más inclemente, el sueño me venció. Perdida la medida del tiempo, sentí cómo repentinamente una diminuta mano me acariciaba el rostro. Aún sin abrir los ojos pude oler el aroma de mi pequeño. Apenas tuve fuerzas para entreabrir mis hinchados párpados para descubrir a Felipe sonriente trepar a mi cama para tumbarse a mi lado y abrazarme.

Su ayo, Pedro González de Mendoza, me lo traía con la esperanza de que su simple aparición consiguiese animarme, y el muy ladino lo consiguió. Tras él, María me miraba entre sorprendida y celosa. El mismo Pedro la ayudó a subir para colocarse al otro lado de la cama. Y así entre mis dos retoños conseguí recuperar levemente el sosiego.

No duró mucho el instante por la imposibilidad de estos de estar demasiado tiempo quietos, pero fue suficiente para que los oscuros pensamientos del día anterior, comenzaran a disiparse. Ellos, pasando los días y sin ser conscientes de ello, consiguieron de nuevo contagiarme su párvulo regocijo. Tiempo habría en un futuro

de darles más hermanos, siempre y cuando la tía Margarita no pretendiese llevárselos como había intentado con Fernando. Ella también lamentaría esta pérdida que no pensaba ser yo la que se lo comunicase. Hasta entonces debía concentrarme en ser una buena regente.

Y así, un buen día, por fin tuve fuerzas para sentarme en mi despacho a escribir a Carlos. Mi buen Carlos, aquel que por mucho que me quisiese nunca entendería hasta qué punto podía dolerme el corazón al no haber ni siquiera conocido al pequeño Fernando.

Al terminar la misiva me limpié mi rostro, llamé a mis damas para que recompusieran mi peinado y decidí si no olvidar, sí acorralar la tristeza que hasta entonces me embargó en el último recoveco de mi mente para siempre.

Las campanas aún tañían al difunto por los días que estipulé de luto en la corte cuando recibí su respuesta conminándome fríamente a lo que yo ya había hecho.

He sentido el fallecimiento de nuestro hijo el infante como era razón. Así como Dios nos lo dio, también lo quiso para sí, por lo que debemos conformarnos con su voluntad, aceptar sus designios, darle gracias y suplicarle para que deje conservar lo que nos queda. Y así os ruego, señora mía, que lo hagáis y lo olvidéis y quitéis de vos todo dolor y pena, consolándoos con la prudencia y el ánimo que a tal persona conviene.

¿Cómo esperar que sin haberlo ni siquiera conocido lo sintiese como yo? La misiva que me mandó su hermana María, mi cuñada, que ya debía de estar con él después de dejarnos, fue mucho más sentida y amorosa.

XIII

La segunda mujer gobernadora



Habla María de Austria, hermana de Carlos

Innsbruck, 30 de julio de 1530

El viaje fue largo, pero compensó. A mi llegada, Carlos y Fernando me esperaban para abrazarme. Un joven de unos once años estaba con ellos. Carlos me lo presentó como Juan, el hijo de nuestra hermana Isabel, que desde que murió había estado desasistido por su padre, quien con su conducta disoluta había conseguido perder hasta la corona de Dinamarca. Carlos, apiadándose del niño al saberlo, casi lo había adoptado y a sus hermanas las había mandado a Malinas para que la tía Margarita cuidase de ellas con tanto cariño como el que puso al criarnos a nosotros. Pensé que quizá lo hacía para llenar el hueco que había dejado el infante Fernando al morir.

Sabía que si Carlos me había hecho viajar a la corte dejando a Isabel en Castilla debía de ser por algo importante. La intriga me reconcomía. Los días se sucedían entre reuniones, banquetes y cacerías, y yo, desesperada, buscaba un momento de intimidad a su lado para que se sincerase. Dado que no lo hacía, lo forcé acompañándoles aquel día de cacería.

Habían salido temprano y les esperé a la sombra de unos árboles donde habían dispuesto una mesa para comer algo antes de continuar la caza y captura de la siguiente presa. Carlos, Fernando y Juan venían exhaustos. Los cobradores frente a nosotros habían dispuesto en una fila de a dos las piezas que aquella mañana habían matado para que, si les placía, las pudiesen ver más de cerca. La mejor era la de Carlos, un venado de diez puntas que aún tenía su flecha clavada en el corazón muy a pesar de Fernando, que aseguraba haberle herido antes aunque no tuviese otra herida. Mi enhorabuena a Carlos no le sentó bien. Aquel día no debía de estar de muy buen humor, así que intenté templar gaitas.

—Ahora, hermanos, sentémonos a comer algo. Es un momento de asueto, así que para que sea completo he pensado que lo mejor será que evitemos tocar los temas de conversación que más os tienen tan sorbido el seso que nunca dejan espacio para otros menesteres.

Carlos, dando un mordisco a una pata de cordero, me miró de reojo.

—¿Cómo?

Sonreí.

—¿Cómo a los que a mí me tocan?

Fernando, sabiendo a qué me refería y sin querer atajar el tema quizá por ansiar él suceder también a la gobernadora de los Países Bajos, me atacó con sarcasmo.

—Dejadme pensar, hermana. ¿Los que os tocan nos llevan por un casual a Malinas y a recordar la vejez de la tía Margarita? Y siendo así... ¿cuál es entonces el negocio que no os toca? La amenaza turca no puede ser, ya que no creo que exista en este mundo nadie con más deseos que vos de vengar la muerte de vuestro esposo, el rey de Hungría.

»Del reparto del gobierno en los territorios de Alemania tampoco hablo porque, con lo que nos queréis, es imposible que os resulte ajeno el problema al que nos enfrentamos a diario para poner de acuerdo a los príncipes católicos y luteranos. ¿O... es que a vos eso no os importa? Quizá sea eso, porque... ¿sabéis que se comenta que no los rechazáis del todo? Algunos de los herejes incluso os defienden frente a nosotros diciendo que guardáis como oro en paño ese libro de salmos que Martín Lutero os regaló.

Le miré indignada porque estaba desviando mi intención.

—¡Sabéis que no es cierto, y me lo regaló cuando aún era monje católico! ¡No sé a qué viene despachar vuestra ofuscación conmigo! ¡Dios sabe que no hay nada que más desee que Carlos consiga convencer al Santo Padre para que convoque urgentemente ese concilio que a todos nos traerá la paz! Pero no veo que los teólogos de un lado y otro terminen de ponerse de acuerdo. —Bajé la cabeza sin querer mirar directamente a Carlos—. Además, si os soy sincera, os veo demasiado confiados en la buena voluntad de los príncipes y la única verdad que yo desde fuera veo es que ninguno defiende como es menester su propósito. ¿Es que no veis, Carlos, que todos son unos tibios?

Soltando la carne sobre el plato, se quedó pensativo, tomó un sorbo de vino y musitó, a sabiendas de que solo nosotros le escucharíamos:

—Quizá sea por eso por lo que Clemente no termina de poner una fecha para iniciar ese tan necesario concilio. Quizá Dios le haya hecho ver que las razones de conciencia que alegan los luteranos nunca casarán con las que planteamos nosotros porque son irreconciliables. Tal vez debería pensar, mal que me pese, en poner orden aquí de otro modo que nada tiene que ver con la paz que ansío. Solo así podré terminar con la segregación que hoy vivimos.

Fernando saltó cómo si le hubiese picado un bicho.

—Eso es algo que tendríamos que pensar detenidamente porque yo no sé si podría ahora privar a Viena de mis soldados para mandaros refuerzos a Alemania, ya que como sabéis nuestra querida ciudad aún vive bajo la sombra de una nueva amenaza de Solimán para retomarla.

Carlos miraba el poso del vino en la copa.

—Lo sé, Fernando, por eso seguiré luchando para que ese concilio se convoque, aun a riesgo de que esto prolongue todavía más mi estancia aquí con lo que echo de menos a la emperatriz y a mis hijos. —Se sirvió de nuevo una copa. Bebió y me miró—. Gracias, María, por abrirme los ojos con sinceridad huyendo de fingidas lisonjas. Por esperar pacientemente a que toque lo que a vos os atañe. Por vuestro buen criterio, experiencia, sinceridad, fidelidad, porque... —Miró a Fernando de reojo—. De verdad sabemos que todos nuestros problemas son los vuestros y no dudo de vuestra verdadera fe y por eso quiero que partáis a ver a la tía Margarita presta.

El corazón me dio un vuelco. Carlos era así. De repente y sin esperarlo zanjaba mi anhelo.

No pude más que sonreír.

—Ella, siendo mujer, se ganó la confianza de nuestro abuelo Maximiliano primero y la mía después —continuó Carlos—. Como sabéis, María, jamás me ha defraudado. No solo ha sido nuestra madre, también ha sabido gobernar en los Países Bajos como la mejor. Ha mantenido la paz. Nos ha librado según ha podido del constante acoso de Francia, y ahora que nos ha reconciliado con Enrique y Francisco, se siente cansada. Tanto que su único desvelo está en quién la sucederá. Se apareja para morir y no quiere dejar cabos sueltos. Sé que intentó que mi hijo, el infante Fernando, la sucediese, pero no ha podido ser, así que hemos pensado en vos.

Fernando carraspeó como reclamando su atención. No hubo necesidad de palabras peticionarias. Carlos sin amedrentarse le contestó sin titubeos:

—Fernando, vos ya sois rey de Hungría y para vos reservo otra corona que aún no os puedo revelar. Además, aunque sé que os preocupa el nuevo acoso al que Solimán os tiene sometido, quizá necesite aquí, en Alemania, de vuestras huestes. Ya veremos si podemos dividir las. —Fernando ladeó la cabeza sin atreverse a negarle nada. Carlos continuó—: Nunca olvidaré cómo me apoyasteis al llegar a España dando la espalda a todos los que allí os querían rey en vez de a mí, y por eso os seguiré engrandeciendo. No pongáis en entredicho a María para ser gobernadora de los Países Bajos. Ella ha nacido allí y, al contrario que yo en las tierras que os vieron nacer, no tendrá problemas para ser reconocida como tal. —No pude hacer otra cosa que arrodillarme a sus pies y besarle las manos. Con cariño me levantó—. Habéis sufrido desde joven y os lo merecéis. Ahora solo os falta ganaros a la tía Margarita para que pueda morir en paz sabiendo que tendrá una digna sucesora.

—Yo tampoco os defraudaré —asentí, sumisa.

Sonrió, acariciándome la toca.

—Lo sé, y por eso os he de pedir una cosa más. —Incliné la cabeza—. Antes de

partir deshaceros de todos los asistentes que tengáis dudosos en nuestra fe.

Sabía a quiénes se refería y aunque a muchos les tenía cariño no pude hacer otra cosa que acceder, porque, como antes dije, no eran tiempos para demostrar tibiezas.

Esperé a que terminasen, contenta por poder al fin demostrar mi valía para el imperio. Ya de muy joven había quedado esporádicamente regente de los reinos de Luis en sus cortas ausencias. Aquello no era nada al lado de lo que ahora se me proponía. Al morir *ma bonne tante* yo y solo yo gobernaría sin tiempo ni plazo acordado.

Y así, intentando asimilar la responsabilidad con la que topaba, los vi armarse de nuevo de arco y flechas, montar y a galope desaparecer por el bosque rodeados por una reala de perros. Apenas dejé de oír sus ladridos, me marché corriendo a preparar el viaje a Malinas; mi ciudad de la infancia me esperaba.

Pocas cosas habían cambiado. La tía Margarita me recibió con los brazos abiertos. Desde la última vez que la había visto antes de partir hacia España había envejecido mucho. A pesar de ello parecía feliz rodeada de toda aquella juventud, y no era para menos, ya que, privada de la maternidad, el destino primero le otorgó la posibilidad de cuidarnos a Leonor, Carlos, Isabel y a mí misma como a hijos propios al partir nuestros padres hacia Castilla para suceder a la abuela Isabel, y ahora que todos éramos hombres y mujeres de buen hacer, de nuevo Dios quiso mandarle a tres niñas para que velase por ellas como si de verdaderas nietas se trataran.

Dorotea y Cristina, nada más verme, me preguntaron por su hermano Juan porque sabían que no hacía mucho que le había visto. A ambas les di un pequeño paquete que él les mandaba de regalo, y es que los tres hijos huérfanos de mi hermana Isabel apenas habían tenido tiempo de saberse hijos de los reyes de Dinamarca, Suecia y Noruega antes de que Cristián perdiese todas y cada una de sus coronas. La más dolorosa, la de Dinamarca, por haber caído esta a la fuerza en manos de su tío Federico obligándoles por aquel entonces a exiliarse en Malinas junto a la tía Margarita.

Privadas de madre, con apenas cinco y seis años, ahora también lo estaban de padre, ya que Cristián había sido apresado en Noruega y por las últimas noticias que de él teníamos estaba cautivo en Dinamarca en el palacio de Sondenburg.

La tía Margarita no parecía en absoluto pesarosa por eso. Muy al contrario, prefería disfrutar de aquellas benditas niñas sin que él anduviese por medio, porque en el fondo jamás pudo olvidar las cartas que mi hermana Isabel le mandaba cuando recién casada tuvo que soportar sus infidelidades constantes con Dyveke, una ambiciosa mujer que, lejos de conformarse con ser su amante, prácticamente quería gobernarle. Para bien de Isabel, murió repentinamente y Cristián por fin se fijó en ella.

Dorotea y Cristina venían con otra niña dulce y callada que me quisieron

presentar como a una de sus damas, pero que yo inmediatamente identifiqué. Era una de las tres hijas bastardas de Carlos. Una de las tres que tuvo en su visita anterior a Flandes, cuando aún era soltero y no conocía a Isabel. Margarita se llamaba. Debía de ser la hija de Johanna Maria van der Gheynst, aquella hija de un tapicero de Audenarde con la que Carlos se encaprichó y a la que posteriormente preñó. Carlos no solo había reconocido a la niña, también se había preocupado de dejar en buena posición a su joven amante otorgándole una pensión y buscándole un buen marido. Mientras la tía Margarita, a pesar de haber dado a su hija a los señores de Douwrin para que educasen a la bastarda, encariñada con esta la traía con frecuencia a Malinas para que jugase con sus primas como era menester.

¡Qué diferencia aquellos apasionados devaneos con los de ahora que, como el hombre íntegro que era, jamás rompía su promesa de fidelidad hacia Isabel aun llevando años sin verla!

Aquella mañana decidimos ir a visitar la tumba de Isabel en San Pedro de Gante. Allí arrodilladas frente al altar mayor, dejamos a Dorotea y a Cristina rezando con fervor por la salvación del alma de su madre allí enterrada y la pronta liberación de su padre para hablar de nuestras cosas.

La tía Margarita sospechaba que yo ya había hablado con Carlos con respecto a su sucesión y ahora quería ser ella la que lo compartiese conmigo.

—Mirad a las pequeñas. ¿Os dais cuenta de que hoy somos nada menos que cinco mujeres vinculadas a Carlos las que estamos reunidas entre los muros de esta iglesia? Ya veréis cómo ellas, aunque niñas aún, también sabrán cumplir con lo que sea menester y demande este vellocino. —Acariciándose el pequeño Toisoncillo que pendía de su pecho, suspiró—. Estoy cansada, María. Los tratados de paz con Enrique de Inglaterra que ahora tan empeñado anda en separarse de vuestra tía Catalina, la firma del Tratado de las Damas con Luisa de Saboya para afianzar la paz con Francia y el disgusto que he propinado a tu hermana Leonor al admitir que se casara en la abadía de Veien con Francisco me han dejado exhausta. Os lo digo a vos solo, aunque ya sabéis que no soy amiga de demostrar mis flaquezas en público.

Le acaricié la mano.

—De todo eso lo que más me preocupa es Leonor —continuó mi tía—. El viaje a Francia junto a sus hijastros no ha debido de ser precisamente un camino de rosas por no hablar de cómo la ha recibido Francisco. Ese mujeriego empedernido que tanto hizo sufrir a Claudia su mujer, debiéndole incluso la corona, no se merece tener tanta mujer buena a su lado. —Suspiró y, directa como siempre era ella, prosiguió—: Dios la guarde, pero ella como nosotras, mal que le pese, también tiene que cumplir con los mandatos de Carlos. Pronto haré testamento. Carlos será mi heredero y le pediré que os nombre mi sucesora. Nadie mejor que vos para serlo, pues conocéis estos lugares, habéis nacido en ellos y no tenéis ataduras que os reclamen allende de estas fronteras. Sé que tan solo tenéis veinticinco años. No me importa porque a mí me llegó el cargo aproximadamente a la misma edad y sé que lo haréis bien porque,

como yo, también habéis sufrido la carga de la viudedad sin hijos en los que refugiarnos. —La emoción embargó sus ojos y el resuello casi le faltó al continuar con sus dictámenes—: No os agobiéis por el peso de la responsabilidad que ello pueda demandar, porque gozaréis de tan buenos consejeros o mejores de los que yo he tenido. No puedo adivinar con qué escollos topareis, pero si hay un consejo que os puedo dar y es que intentéis siempre librar a los Países Bajos del asedio francés. Intentad por todos los medios mantener la paz con ellos y entre todos nosotros los Absburgo, porque en nuestra unión reside el poder, aunque a veces, y os lo digo por experiencia propia, os pueda resultar casi una quimera. Si para ello es menester guardaros el orgullo, hacedlo sin dudar.

Las manos le temblaban acompasadamente con la voz.

—Es para mí un honor, *ma bonne tante*.

Asintió apretando el cordero en su puño al tiempo que miraba al crucifijo del retablo con fervor.

—Espero que Dios os ayude, María, porque hoy más que nunca debe hacerlo para librarnos de esta herejía luterana que tiene a los hermanos, vecinos y parientes de estas tierras cada vez más divididos. Prometedme que, pase lo que pase, gobernareis con férrea disciplina católica sin titubear.

La sombra de aquel libro de salmos que un día me regaló Lutero de nuevo reaparecía. Fui contundente en mi respuesta:

—Así lo haré, tía Margarita. Por lo pronto, he prescindido de los servidores que tenía sospechosos de duda y buen cuidado tendré de no aceptar en la corte a quien no tenga clara su verdadera religión.

Posando su torcido dedo sobre mis labios, sonrió.

—No os excuséis. Confío en vos y sé que no me defraudareis. Siempre tan pasional, mi querida María. No es malo ese sentimiento, pero dominadlo, no sea que venga a desmadrarse como...

Se calló. Yo sabía que estaba pensando en mi madre que allí en Tordesillas seguía enclaustrada y ajena a casi todo. Mirándola a los ojos, apacigué sus desvelos sin pronunciar su nombre.

—No, tía Margarita. Os prometo que eso no sucederá porque yo no tengo miedo a la responsabilidad y hace tiempo que aprendí a dominar el dolor.

—Dios te oiga, hija mía, porque os guste o no, en ocasiones, sois la que más me recordáis a ella.

Así de rodillas la abracé con tal fuerza que casi rodamos las dos por los suelos con reclinatorio y todo. Al intentar despegarnos, mi pequeño vellocino, como por capricho de una casualidad se había enganchado al suyo. Los soltamos y una alegría inexplicable nos sobrecogió. Ella había calmado su alma pasándome el testigo del peso de su responsabilidad y yo lo había aceptado sin demostrar ningún miedo.

Fue entonces cuando decidí pasar los últimos meses de su vida a su lado. Con frecuencia hablábamos de los hermanos, me fue presentando a sus consejeros y a veces me dejaba estar presente en las audiencias del Consejo para, según ella, aprender. Hasta que llegó diciembre. Aquel año llovía más de lo acostumbrado y la humedad se le metió en los huesos. Enfermó y murió a los pocos días. Fue doloroso dar la noticia al resto de los hermanos, sobre todo a los que con ella nos habíamos criado y durante tantos años habíamos querido como esa madre que no tuvimos. La enterramos en su querido monasterio de Brou.

Nicolás Olahus fue mi mejor consejero durante el tiempo que estuve esperando las noticias de Carlos, porque, aunque sabía de sus intenciones, él había sido nombrado único y universal heredero de la tía Margarita y aún faltaba que me designase su sucesora.

Vendría en cuanto le fuese posible desde Aquisgrán, donde muy pronto coronaría a Fernando Rey de los Romanos. Carlos, a petición de los príncipes palatinos, dividía así su imperio. Ahora por fin, de una vez por todas, hacía público el regalo que para Fernando guardaba. No quiso darme más detalles al respecto, pero sabía que aquella decisión, aun debiéndole de haber costado, era necesaria.

Quizá fuese lo mejor. Fernando le había demostrado su incondicional lealtad en Castilla pudiendo haberle dado la espalda para aliarse con sus defensores, y él en compensación ahora, además de rey de Hungría, le hacía emperador.

Eso era lo que debía de estar pensando en darle aquel día de cacería que discutimos los dos por quién sucedería a la tía Margarita. Fue mi buen consejero Nicolás quien me hizo ver que para nuestro gobierno aquel nombramiento solo nos podía traer beneficios.

Así me senté aquel 11 de enero a escribir a Fernando para felicitarle. Me hubiese gustado acudir al banquete en Aquisgrán que Carlos organizó para celebrar su nombramiento, pero mi lugar desde ese preciso momento estaba en Bruselas, allí, al igual que la tía Margarita había establecido su corte en Malinas, yo constituiría la mía junto a mis sobrinas Dorotea y Cristina y Margarita, la pequeña bastarda de Carlos. La historia de madre adoptiva de *ma bonne tante* se repetía en mi persona, pues en mí recaía un Gobierno y la responsabilidad de velar por ellas como si de mis propias hijas se tratasen.

Dos semanas después me anunciaron la llegada de Carlos a Bruselas. Fernando había quedado atrás para organizar la defensa de Viena con el refuerzo de los cuarenta mil soldados y ocho mil caballos que los príncipes palatinos le habían otorgado al ser nombrado emperador porque sabían que los turcos amenazaban de nuevo con tomarla.

Me alegré de verle y quise retenerlo para la organización de su treinta y un cumpleaños al mes siguiente. Quizá en Gante, la misma ciudad que le vio nacer, aunque sabía positivamente que en Lovaina, Malinas y Amberes también lo recibirían con gusto.

Lo conseguí, no por mi propia voluntad, sino porque un día de cacería una desafortunada caída le aprisionó la pierna bajo el animal y no terminaba de curarse. De eso hacía casi seis meses.

Aquel julio fue caluroso, las verdes praderas refulgían, y Carlos, tan impedido como estaba, cada día se mostraba más irascible con los que íntimamente le rodeábamos.

Apenas dormía del tirón porque, además de los dolores, en lo más profundo de su ser tenía arraigada esa obligación que con tanto ahínco nos había inculcado la tía Margarita no solo de conservar el imperio, sino también de engrandecerlo en la medida de lo posible y cualquier amenaza de ruina o ataque a este le tenían en vilo.

Aquella noche entré en su cámara junto a su médico, que venía a ver cómo se encontraba. Lo hallamos escribiendo a la luz de un candil. Junto a él tenía las sobras de una carne roja y un vaso de vino.

Al vernos dejó la pluma junto al tintero, se limpió con un paño el dedo entintado y, no sin trabajo, cogió el bastón para apoyarse en él y dirigirse a la cama. Nada más posar el pie sobre la alfombra una mueca de dolor se dibujó en su rostro. Me apresuré a ayudarle.

Estaba de mal humor y rechazó mi brazo.

—Dejadme a mí solo, María, que no soy un anciano.

Al segundo paso se tambaleó y al tercero cayó sobre la cama. Desesperado por la impotencia lanzó la muleta por el aire. Escoriaza, su médico, se precipitó en su ayuda, pero a este también lo separó con desaire.

—¿Quién ha llenado de cristales el suelo?

Su médico, aun a riesgo de recibir una patada, se apresuró a descalzarlo y con sumo cuidado le quitó las calzas. El dedo gordo estaba hinchado y rojo como un inmenso rábano. Sin poder evitarlo, miró de reojo a la mesa con los restos de comida y bebida.

—No es sino otro ataque de gota. Su majestad debería cuidar la alimentación.

Incorporándose levemente se miró el pie.

—¡No puedo cazar y apenas andar! ¿Cómo pretendéis que renuncie al único placer que me queda?

—Solo lo dice por vuestro bien —intervine, al ver la turbación del médico.

Desesperado, suspiró y se dejó caer de nuevo sobre el lecho cuan largo era. El médico aprovechó el derrengue para mirarle más de cerca la pierna. Habló despacio y con tono pausado:

—La erisipela no cejará hasta que dejéis de rascaros.

Desde mi posición pude ver que en algunas partes casi se había desollado la piel.

Carlos apartó la pierna de él.

—Escoriaza, ¿y cómo queréis que calme estos escozores? ¡Pica como una endemoniada!

Alzando la vista al techo del dosel, el pobre medico parecía rogar a Dios su ayuda. Se levantó y rebuscando en su baulillo sacó un unguento y un vendaje.

—Otra vez no. ¡Me niego! —gruñó Carlos al verlo.

—Sabido es, César —casi susurró el pobre médico—, que las uñas emponzoñan las heridas y es menester intentar que esto no suceda.

Sin solicitar su permiso me senté a su lado.

—Cogedme fuertemente de la mano para aliviar el dolor de la cura y dejaos sanar. Os lo pide vuestra hermana que os quiere.

Abatido, acercó la pierna al médico para que pudiese hacer su trabajo.

Terminado este, Escoriaza, con una leve indicación de cabeza, se retiró sin más. Ya solos me acerqué al despacho. Carlos había dejado a medio escribir una carta dirigida a Isabel. Me miraba aún con el ceño fruncido, con un gesto de cabeza y la mano puesta sobre ella, le pedí su permiso para leerla. Tan solo asintió.

Estaba inconclusa. Sabía que la echaba de menos. Repentinamente se sosegó.

—Siento mi arrebató, María, pero echo de menos a la emperatriz y mis hijos, y sabe Dios que no hay nada en el mundo que anhele más que volver a su lado. Pero los asuntos de aquí me lo impiden y no sé cómo apremiarlos.

No pude resistirme.

—¿Qué os parece si empezáis nombrándome gobernadora? Hace meses que andáis por aquí y aunque tengo vuestra palabra aún no gozo del documento firmado.

Se quedó pensativo.

—La semana que viene, si os place, se hará.

—¿Placerme, Carlos? Sabéis que no anhele otra cosa desde que llegasteis hace ocho meses.

Se mostró displicente.

—Pues no se hable más. Llamad a Nicolás para que lo arregle todo. Aun cojo como ando intentaré nombraros con la solemnidad que os merecéis. Y así confiando en vos y en vuestro buen hacer podré partir a ayudar a nuestro hermano Fernando, ya que Solimán, como temíamos, ataca de nuevo y me he propuesto demostrarle que esta vez será la última. Os lo juro. Después de haber puesto orden en Viena y Alemania regresaré a España. La dieta que he convocado en Ratisbona seguro que nos da todo lo que necesitamos.

Le besé las manos.

—Y yo os juro, hermano, que os mandaré a mis mejores generales y soldados, y así flamencos, alemanes, españoles e italianos juntos podremos mejor combatir al hereje.

—Dios os oiga, hermana.

A la espera de su recuperación me nombró gobernadora y ya restablecido convocó a capítulo a los caballeros de la Orden del Toisón para despedir el año. El último capítulo había sido en la catedral de Barcelona hacía años, por lo que fue muy celebrado.

Salió hacia Viena dispuesto a vencer y con tal ímpetu lo hizo que lo consiguió después de librar varias batallas y el apoyo de una epidemia de peste que atacó a los enemigos un año después. En este trance recibí carta de Carlos comunicándome la muerte de Juan, el hermano de mis pupilas Dorotea y Cristina, y en sus palabras me pareció intuir aún más pesar que cuando murió su propio hijo, el infante don Fernando, y es que aquel niño de apenas doce años le había dado el afecto del que andaba privado con la separación de sus propios hijos.

Y ya prácticamente recuperado de sus dolores, antes de su regreso a España, pasó por Milán.

Desde allí me escribió una dolorosa misiva en la que me ordenaba mandar a mi pequeña Cristina a Milán para casarse con el viejo duque de Sforza. Me resistí a ello sin demasiada fortuna porque aquel despropósito sellaba otra alianza para el imperio. Y con harto dolor de mi corazón despedí a mi pequeña huérfana.

Carlos, por aquel entonces, ya debía de estar en Bolonia para entrevistarse con el Santo Padre y ratificar todos y cada uno de los acuerdos que en su día acordaron, dados los rumores que existían de que este podría estar de nuevo dialogando con Francisco y que incluso se podría estar hablando de casar al Delfín con Catalina de Médici, la sobrina de Clemente. A pesar de los recelos iniciales entre los dos, supe que habían llegado a un pacto secreto que dejaba las cosas como Carlos esperaba.

Y así, Carlos pudo por fin regresar a España, no sin antes haberme prohibido entrevistarme con nuestra hermana Leonor, porque, a pesar de que le prometiese no tratar con ella de asuntos políticos, Carlos seguían desconfiando de Francisco. Lo sentí, porque me hubiese gustado servir a mi hermana mayor de paño de lágrimas sabiendo a los desaires que el rey francés la tenía sometida desde que se casaron, y es que si aquel hombre nunca le demostró demasiado su respeto, aquella nefasta conducta se agravó cuando la madre de Francisco, María Luisa de Saboya, murió el año anterior.

XIV

El dulce reencuentro



Habla Isabel de Portugal, esposa de Carlos

Barcelona, 22 de abril de 1533

Cuatro eternos años estuve privada de mi señor. Un largo tiempo durante el cual intenté gobernar estos reinos como mejor supe con la ayuda de mis consejeros, luchando contra la herejía de Barbarroja que desde Argel había atacado nuestras costas, manteniendo la paz en los reinos y proporcionándole a Carlos todo el erario y hombres que necesitó en sus propósitos.

Cuatro años en los que intenté calmar mi soledad refugiada en el amparo de mis dos hijos, Felipe e Isabel, después de la muerte de mi pequeño Fernando, al que tuve que parir y enterrar sola porque él no estaba a mi lado.

Pero ya todo había terminado. Carlos regresaba al fin a nuestro lado y por sus palabras sabía que así lo anhelaba tanto o más que esta su servidora. Si todo había sido lento en el transcurrir de este perpetuo sinvivir, aun ahora que acariciaba la felicidad de nuestro cercano reencuentro, el tiempo parecía querer dilatarse inexorablemente.

Desde que pocos días después de su cumpleaños salió de Bolonia habían pasado más de tres meses. Se había detenido en Milán, en Módena, en Reggio e incluso en la fortaleza en la que tuvieron preso a Francisco después de prenderlo en Pavía y antes de mandarlo a Castilla. ¿Es que vanagloriarse de aquella pasada victoria era más importante que correr a mis brazos, que ver de nuevo a sus hijos? Felipe y María, si no fuese por cómo yo les hablaba constantemente de su padre, ya se habrían olvidado de él.

Cada vez que recibía una de sus cartas sabiendo que aún se demoraba más, la rabia me carcomía las entrañas, pero luego, al enterarme de que la siguiente venía de

un poco más cerca, la última desde Marsella donde hizo un alto en la travesía, inevitablemente se me pasaba el resquemor.

Llevaba un tiempo esperándole en Barcelona cuando un emisario llegó exhausto a darme la noticia de que por fin habían divisado su escuadra en la bahía de Rosas. ¿Por qué en Rosas?

Tavera, mi hombre de confianza, me explicaba que probablemente habría sido por haberse visto obligada la capitana a cambiar de rumbo por el mal tiempo.

—Comprendedlo. Sé que hubieseis deseado que viniese directamente a Barcelona, pero no es la primera vez que las inclemencias de los mares les hacen cambiar la derrota previamente establecida, y si no recordad cómo la primera vez que vino el emperador a España, en vez de a Santander donde lo esperaban, llegó al pequeño pueblo de pescadores de Tazones. Ya veréis cómo cuando menos os lo esperéis estará junto a vos.

Casi había olvidado durante todos aquellos años su tacto, sus caricias e incluso a veces en las noches de insomnio me parecía imposible dibujar en mi mente su rostro. ¿Sería el suyo como lo recordaba o habría envejecido?

El paso del tiempo y los sufrimientos padecidos en su ausencia también debían de haber hecho mella en mí. ¿Cómo me encontraría? Él, sin duda, habría cambiado mucho y yo... Sin haber sido vanidosa nunca en mi vida de repente pensé en que debía peinarme, untarme de afeites y perfumes y vestirme con mis mejores galas para recibirle como se merecía. Dispuesta a dejarme hacer por mis camareras, me dirigía a mi cámara cuando de repente unos apresurados pasos al fondo del corredor detuvieron los míos. Una extraña intuición me acarició la piel de todo mi cuerpo desde el dedo pequeño de mi pie hasta la nuca. No podía ser... esos tintineos de espuelas al taconear el suelo solo podían provenir de... Me fui girando con miedo porque habiéndome traicionado mis sueños una y mil veces no quería defraudarme de nuevo. ¿De verdad era posible que hubiese recorrido las veinte leguas que nos separaban de Rosas en tan poco tiempo? Pero... ese aroma inconfundible...

Al verle no pude más que gritar y correr a su encuentro. Nos abrazamos sin mentar palabra. El apresurado latir de su corazón le hinchaba el pecho una y otra vez como queriéndose incrustar en el mío. Su agitada respiración se coló en mi oído para cosquillearme y el salado sabor de su sudor en mis labios al besarme me invadió de alegría. Desde que parí a Felipe no había llorado de alegría nunca más.

Estando como estábamos tan cerca de mi cámara me llevó a ella en silencio. No hacían falta palabras porque de todo habíamos hablado en nuestras cartas. Despidió con un gesto a todos los que nos rodeaban y cerró la puerta tras de sí para quedarse a solas conmigo.

Ávidos el uno del otro forcejamos como animales hasta rasgar nuestras vestimentas, y, al hacerme suya, me sentí como cuando consumamos por primera vez en Sevilla. Aquella fue la prueba más limpia que me podía dar de su fidelidad y de una castidad tan digna o más de aquellos hombres que habiendo hecho sus votos

jamás se dejaron tentar por los poderosos pecados de la carne. Sus caricias fueron como un bálsamo mágico para mi piel. Un placentero unguento que me demostraba que sus manos no habían tocado otra piel de mujer sino la mía desde el día en que me despidió.

A la mañana siguiente, dispuestos a salir hacia la catedral para dar gracias a Dios por su feliz regreso, fuimos a recoger a los niños que, ya engalanados para la ocasión, le esperaban.

Los días siguientes fueron todo algarazas en los festejos por san Jorge y la Virgen de Montserrat. Dignos de exaltar fueron los juegos de cañas, los fuegos de pólvora, los tablados y los banquetes que se organizaron. Disfruté cada segundo a su lado como si fuese a ser el último porque temí no tener tiempo para recuperar el perdido. Ese día llegó cuando tuvo que partir a las Cortes de Monzón.

Me hubiese contentado acompañarle, pero un resfriado me obligó a guardar cama y con harto dolor de mi corazón tuve que despedirle de nuevo. La mejor medicina para empezar a mejorar debía de haber sido su promesa de que regresaría de inmediato si le necesitaba, pero no fue así. La melancolía me hirió de tal manera que aquel mal se fue enquistando en mi alma hasta producirme unas fiebres tan altas que aun poniendo voluntad en ello no me dejaban salir de mi postración.

Aquel día de finales de junio, al sentir su aroma cercano entre sueños, pensé que mi muerte no debía de estar lejana. Con las pocas fuerzas que me quedaban entorné los ojos para a la postre abrirlos como platos al ver su semblante ante mí. En efecto, debía de haber muerto y ascendido a los cielos.

Besándome las manos, sonrió.

—Aquí estoy, Isabel. Atrás he dejado las Cortes y, como os prometí, apenas he tardado dos días en cubrir las cuarenta leguas que os separaban de mí. No me preguntéis cuántos caballos me han servido porque creo que he agotado todos los de las paradas de postas. ¡Estaréis contenta!

Me hubiese gustado incorporarme sobre los almohadones, abrazarle y besarle, pero solo pude sonreír porque la debilidad me mataba. Él fue para mí mi mejor medicina y lo debía de saber porque no se separó de mi lecho hasta que estuve prácticamente recuperada para mi desgracia y egoísmo tan solo diez días después.

Sabía que lo había dejado todo a medias y temiendo nuestra despedida a punto estuve de fingir una recaída. El sentido del deber me lo impidió. Y me sorprendí a mí misma cuando aún con harto dolor de mi corazón, tuve que rogarle que partiese de una vez para terminar con todo aquello que en las Cortes de Monzón había dejado sin solucionar.

En cuanto los médicos me lo permitiesen, toda la familia nos reuniríamos con él porque, entre otras muchas cosas, no había nada que desease más que quedar de nuevo embarazada.

Un mes después, al reencontrarnos, lo hallé preocupado y mucho más distante. En sus manos sostenía la última misiva de su hermana María que había llegado de Bruselas. No debían de ser buenas noticias, pues su beso de bienvenida se redujo escasamente a un leve roce de nuestros labios un segundo antes de mirarme fijamente a los ojos para hacerme participe de sus desvelos.

—Isabel, como mujer que sois, decidme, ¿qué sentisteis cuando os dejé al mando del gobierno de Castilla?

No lo dudé.

—Una soledad infinita. Pero eso ya lo sabéis.

Pensativo se rascó la barba.

—Y la congoja a la que hacíais mención siempre, ¿a qué se debía?

Lo pensé un segundo para no repetirme.

—A la responsabilidad con la que me cargabais en vuestra ausencia.

Asintió mostrándome la carta.

—Eso mismo es lo que me dice mi hermana María que le está sucediendo por un lado y por el otro, algunos de sus consejeros me dicen que temen por su inestabilidad emocional. No lo mencionan, pero sé que la sombra de la posible herencia de la locura de nuestra madre sobrevuela sobre nuestras cabezas.

Ligeramente incómoda al principio por haber sido recibida con tanta frialdad, me relajé porque sabía que aquella precisamente había sido una de sus mayores obsesiones secretas. Demostrar a todos su cordura y buen tino para que nadie osase nunca compararle con su madre.

—No será para tanto —intenté calmarle—. Todos más o menos sufrimos en otoño y primavera cambios de humor. Si además tenemos en cuenta que las constantes lloviznas de este año en los Países Bajos apenas la han dejado ver el sol. Es algo normal que María se sienta mustia.

Abatido negaba una y otra vez.

—No es eso. Habiéndose criado en ese clima, no debería de sentir ese abatimiento tan pronunciado. Dice que está cansada y que se siente incapaz de gobernar como la tía Margarita lo hizo.

—Es cierto que vuestra tía dejó el pabellón muy alto y que las comparaciones son odiosas, pero hacédle ver que ahora es su tiempo, que no todos somos iguales y sobre todo que confiáis en ella más que en nadie para el cometido que la encomendasteis. Devolvedle, en una palabra, la seguridad en sí misma. —Suspiré recordando mi miedo el día que me dejó como regente de Castilla y Aragón—. ¿Quién no duda de uno mismo alguna vez en la vida? Ya veréis cómo esto es pasajero. No dejéis que la lobreguez de vuestra madre os ensombrezca.

Negó pensativo.

—Estos cambios de humor me preocupan sobremanera. Sé que desde el inicio de

su gobernación ha sufrido varios altercados, que las cosas no han sido fáciles porque ha tenido que calmar alborotos populares causados por la necesidad de muchos al ver arruinadas sus cosechas y negocios debido a las inundaciones provocadas por las lluvias del año pasado, pero eso no es nada al lado de a lo que yo me enfrento cada día. ¡Si la hubieseis visto cuando murió *ma bonne tante*! Ardía en deseos de ocupar su lugar. ¡Si hasta se enfadó con Fernando una vez que lo pretendió! No sé... quizá ha sido demasiada la presión, pero por mucho que pienso y me lo pida no tengo a otro que poner en su lugar.

Una idea me vino a la mente.

—¿Y no será porque queréis casar a vuestra sobrina Dorotea con el rey de Dinamarca? Pensad que probablemente la quiera como a la hija que nunca tuvo al igual que Margarita os quiso a vosotros y aún la ve demasiado niña para desposarse.

Negó, incapaz de aceptar aquel sentimiento tan femenino que jamás se plantearía como hombre.

—No sé... Le he transmitido todo mi apoyo, le he aconsejado que deje el gobierno por un tiempo en manos de sus consejeros que son hombres buenos y leales, pero ni siquiera eso parece estar sosegando su ánimo. Temo que haya heredado el mal de mi madre la reina Juana en su inestable ánimo, porque me dicen los de allí que hay días en que no quiere tomarse los remedios que los médicos le proporcionan, levantarse, asearse o rezar. Solo espero que mi *sumiller de corps*, el señor de Chaulx, actuando como lo hubiese hecho yo, consiga hacerle entrar en razón porque tan solo dice que se quiere morir.

—Escribidle de vuestra propia mano —insistí—. Que vea que os importa todo lo que a ella atiende. Usad las palabras como sabéis para transmitirle ánimos. Decidle que confiáis en ella como en nadie. Que la necesitáis como el agua para calmar la sed del sediento y que las cosas cuanto más difíciles de conseguir más placer proporcionan al lograrlas. Devolvedle esa seguridad que parece estar perdiendo y ya veréis cómo pronto cambia su estado. Más que nadie vos sabéis del poder de las palabras y su cura. Hacedlo porque os digo que, en vuestras ausencias, el solo hecho de recibir una misiva vuestra torna un día triste en otro con mucha más luz.

Asintiendo me besó e inmediatamente se sentó a contestarle. Nunca más volvió a hablarme de aquellos desvaríos de María, por lo que interpreté que aquella misiva debió de surtir el efecto deseado.

Pasados dos meses y debido a la dificultad que Monzón tenía para aposentarnos a todos, decidí marchar a Zaragoza a donde él vendría en cuanto las Cortes finalizasen.

Llegó Carlos justo a tiempo para celebrar el fin de año y el principio del venidero, descansar y salir a mi lado hacia Toledo. Los súbditos castellanos hacía mucho tiempo que no lo veían y Tavera aconsejó que no demorase más su visita, pues después de los altercados de las comunidades sería bueno que visitase todos aquellos

lugares que hacía tan poco se alzaron en su contra.

Pasados unos días en Toledo, continuó errante hacia Zamora, Ávila, Valladolid, Salamanca, Palencia y otros tantos lugares a los que yo decidí no seguirle dado que por fin había quedado de nuevo preñada, y no deseaba enfrentarme a la amenaza de la peste que asolaba algunas ciudades tan cercanas a su tránsito como Pisuerga.

Una amenaza, que, al menos, sirvió para su madre, doña Juana, saliese por primera vez de Tordesillas para encontrarse con él en Mojados. Yo aún no la conocía, pero me alegré de que Carlos hubiese hecho por verla de nuevo después de que ella fuese la que en gran medida había conseguido achantar a los comuneros en su intento de rebeldía.

A finales de junio hacía calor y mis pequeños decidieron darse un baño en la alberca del jardín para mitigarlo. Corría detrás de Felipe, que a sus siete años jugaba ya con María, cuando tropecé y fui a dar de bruces con un escalón que se me clavó en el vientre. Sentí el caliente líquido correr por mis piernas y una inmensa mancha de sangre me tiñó el jubón. Un pinchazo me obligó a postrarme y el hijo de mis entrañas se malogró sin dar tiempo a Carlos a estar a mi lado. Entre susurros después de mal parirlo oí a una de las parteras comentar que era un varón. Si hubiese aguantado dos meses más en mi vientre habría terminado de formarse. No quise verlo y acepté que no quisiesen enseñármelo porque, según mis damas, lo que no se conoce no se echa de menos. Como si aquello evitara el inmenso vacío de mi interior. Aunque sería lo mejor, ya que la imagen de mi pequeño Fernando poco antes de morir irremediabilmente irrumpió en mis pensamientos.

Cuando llegó Carlos a verme intenté hablar de lo que fuese antes de dedicar un doloroso recuerdo a lo recientemente acontecido. Mi mente, desechando el dolor, se refugiaba en algo que me tenía francamente alterada y es que Carlos me había guardado un secreto que sin quererlo me reveló mi cuñada Catalina por carta al darme la enhorabuena desde Lisboa, porque su marido y mi hermano, el rey de Portugal, acababa de ordenar el aprovisionamiento de veintiséis de sus naves, incluido el galeón más grande y pertrechado nunca visto, y dos mil hombres para colaborar con Carlos en lo que vino a denominar su Liga Santa contra Barbarroja. Quizá viese pronto a mi hermano Luis, ya que se había empeñado en embarcar junto al almirante Saldaña.

Aún convaleciente en la cama le recibí con los brazos abiertos, aunque ligeramente enfadada por haberme mantenido al margen de aquel grandioso proyecto. Apenas nos saludamos amorosamente, le tendí la carta. No se atrevió ni a mirarme directamente a los ojos.

—Lo siento, Isabel. Si no os dije nada, era por no preocuparos en vuestro estado. Dicen que a las preñadas hay que evitarles disgustos y solo eso hice mirando por vuestro bien.

Fruncí el ceño.

—Pues demostrado que de bien poco ha servido vuestra protección, contadme

qué es lo que os traéis entre manos. Al menos para no parecer una ingenua a la hora de contestar con congruencia a este y otros billetes que recibiré.

—Barbarroja sigue en sus trece aterrizando a medio Mediterráneo —comenzó, consciente de que su secreto para conmigo ya no lo era—. Como vuestro hermano Luis, yo también quiero embarcarme, Isabel, y participar directamente en una Cruzada así como nuestros abuelos Isabel y Fernando lo hicieron contra los musulmanes en el final de la Reconquista.

Abrí los ojos sorprendida.

—Mi hermano Luis es un infante de Portugal, vos en cambio el emperador. No es lo mismo. Además, vos no sois hombre de guerra, más bien de diplomacia y paz. Dejad pues, como en otras ocasiones, que vuestras huestes acaben con él —bromeé, aún sin creerle.

Negó, serio como nunca.

—Tengo una espina clavada en el corazón desde hace años por no haber estado presente en apresamiento de Francisco en Pavía y no me va a pasar lo mismo cuando hagamos cautivo a Barbarroja, os lo aseguro. Quiero vivirlo en primera persona porque ese día habré visto cumplido mi eterno sueño de celebrar el triunfo de la cristiandad contra la herejía musulmana.

Viéndole así de apasionado me costó disimular mi congoja.

—Os comprendo mejor que nadie porque durante los cuatro años que hemos vivido separados he tenido que soportar sus constantes envites y no hay nadie que más desee que vernos librados de esta constante amenaza. Pero... Carlos, quiero deciros que hoy más que nunca deseo de nuevo ser madre. —Llevándome la mano al vientre vacío le miré a los ojos—. Sé que no podré convencerlos de lo contrario, pero prometedme que esperareis a sembrar vuestra simiente de nuevo en mi vientre para embarcaros. O mejor incluso, esperad hasta que esa simiente nazca. Porque tres hijos he parido privada de vuestra presencia y a excepción de María a los otros dos nos los ha arrebatado la muerte antes incluso de que los conociésemos. —Le acaricié la barba—. Sea lo que sea lo que venga, dadle la oportunidad de que junto a la primera luz que atisbe esté vuestro rostro. Después de ello haced lo que os dicte la conciencia.

—Son cosas que solo en manos de Dios están —masculló cabizbajo—, y Él sabe cuánto me gustaría juraros que a vuestro lado estaré hasta ver cumplido vuestros anhelos que son los míos, pero, como hombre de palabra que soy, es algo a lo que no me puedo comprometer.

—Siendo así, rezaré para que los preparativos os ocupen más tiempo del debido —insistí.

—No alberguéis difíciles esperanzas porque he de deciros que, a mi petición de Liga Santa, son muchos los que ya se han unido.

Me enojó saber que quizá yo fuese la única ignorante de toda Europa que no supiese de sus intenciones.

—¿Aparte de mis hermanos, quién más os ha respondido?

A sabiendas de que mi enojo se acrecentaría por la multitud a la que haría referencia, dudó un segundo antes de contestarme. Me agarró ambas manos en un intento de transmitirme su pasión.

—Prácticamente todos los reinos cristianos, Isabel. Reviviremos a los caballeros templarios en su Cruzada camino a Jerusalén para el bien de la cristiandad y sin ningún otro interés. Todos se muestran complacientes en dar su vida a cambio de verse librados del asedio de la herejía de semejantes bárbaros, aunque aún no saben adónde van exactamente, tan solo que Cristo será su capitán y yo mismo el alférez de este. Es mi secreto.

Intenté posarle los pies en la tierra.

—Palabras de antiguo caballero que me preocupan. ¿Acaso os creéis el último cruzado?

Sumido en sus sueños de grandeza no me escuchaba.

—Menorca, Palma e Ibiza se beneficiarán de esta victoria tanto o más que Nápoles y Sicilia que, junto a Milán, ya se preparan para abastecerme de bastimentos, naves y soldados. El papa Clemente, aunque ya muy enfermo, también me manda a los caballeros de la Orden de San Juan.

»Andrea Doria navega hacia Barcelona con una escuadra de dieciséis galeras que nosotros costaremos y en cuya capitana tengo la intención de embarcar para unirme así a nuestra escuadra que comanda don Álvaro de Bazán y el marqués de Mondéjar y a la de vuestro hermano el rey de Portugal. Cuento con ocho mil soldados nuevos castellanos y otros ocho mil lansquenets que me ha mandado mi hermano Fernando de Alemania. Francisco, como es de suponer, es prácticamente el único que no ha respondido a las demandas de esta Liga Santa, por no hablar de Enrique de Inglaterra. Porque no merece la pena mentar a ese mal tío nuestro que hace de sus amantes sus mujeres, aunque para ello tenga que separarse del catolicismo. ¡Cada vez que pienso en nuestra pobre tía Catalina, repudiada de tan deshonesto manera por esa Ana Bolena! Pero no es de eso de lo que os vengo a hablar porque después de terminar con la herejía turca ya habrá tiempo de atajar la de otros. Por mí no has de temer, Isabel, porque ya son treinta mil hombres los que vendrán a dar caza al turco junto a los nobles aragoneses, flamencos, borgoñones, italianos, portugueses y castellanos. ¿Os imagináis? ¡Amigos y enemigos muchos hasta hace tan poco ahora unidos en un mismo afán!

—Muchos son, pero aun así la empresa será costosa —insistí, sintiendo aplacar su ímpetu y sueños de grandeza—. No creo que Castilla y Aragón quieran colaborar en las Cortes a sabiendas de que su rey de nuevo les dejará por no se sabe cuánto tiempo. ¿Y si os pasara algo? Felipe es aún muy niño y yo, con esta frágil salud que poseo, no sé si podré ejercer como gobernadora hasta su mayoría de edad en el caso de quedar viuda.

Me besó.

—Antes de partir lo dejaré todo dispuesto para que nada os pueda faltar.

—¿Y si alguno de vuestros enemigos aprovechase vuestra ausencia para atacarnos? Dejáis descubierta España y... ¿qué me decís de los países del norte?

—Os he dicho, Isabel, que aquí nada os faltará —replicó, empezando a enojarse—. Como tampoco a mi hermana María en los Países Bajos, pues cubierta queda por un tiempo con los ciento veinte mil ducados que le he enviado a fin de que vele por nuestras fronteras contra una probable incursión francesa.

—¿De dónde los sacasteis?

Sonrió.

—Nunca antes las naos provenientes de las Indias han llegado más cargadas de oro y plata. Es tanto lo que traen en sus bodegas que hasta mis monederos se pierden al trocar los millones de pesos en maravedíes o escudos. ¿Qué mejor disposición para ellos que gastarlos en el triunfo de la cristiandad sobre Túnez? —Quedó pensativo—. Aun así, necesitaré el beneplácito del resto de las Cortes, así que, apenas os recuperéis, marcharé a Madrid donde ya las he convocado.

—¿Y qué os dice Tavera?

—Ha intentado borrar de mi sesera semejantes intenciones. Como vos, alega que Felipe es aún muy niño; que no debería de exponer mi persona a semejante peligro; que no es conveniente después de mi anterior ausencia dejar de nuevo las Españas; que de triunfar, este logro será efímero porque las guerras de religión nunca tienen final y Barbarroja ahora es el almirante de los tenaces turcos que nunca dan nada por perdido. En fin, que todo son peros, pero este es mi sueño, Isabel. Un sueño que no requiere de intereses sino de integridad y lealtad a Dios. El mismo que tuvieron tantos de nuestros antepasados desde hace siglos y que hace movilizarse a los hombres sin otro interés que la salvación eterna de su alma. Unos valores que muchos tenían perdidos.

Aunque sintiendo su partida, no fui capaz de ponerle más excusas porque sus fines eran grandes y, siendo estos enderezados al servicio de Dios, no me quedó otra que rezar y poner a rezar a todos los reinos que quedaban a mi merced.

Y Dios me debió de escuchar porque no tardé en quedarme de nuevo preñada. El tiempo justo para despedirle en Madrid camino de Zaragoza y Barcelona. Andaba tan ansioso que ni siquiera la muerte del papa Clemente pareció aplacar su impulso porque sus expertos diplomáticos al poco tiempo llegaron con el beneplácito de su sucesor, Alejandro Farnesio, el nuevo papa Paulo III.

Al menos mi nuevo embarazo mitigaría mi congoja.

El 28 de abril se hacía a la mar después de haberse encomendado a la Virgen de Montserrat. La angustia que me producía el inminente ataque que se debía de estar dando al castillo de la Goleta, un recinto fuertemente fortificado y con fama de inexpugnable que le abriría las puertas a la conquista de Túnez a tan solo dos leguas de distancia, me atenazaba a diario.

Sabía que atacaban por tierra y mar y que el asedio no sería fácil, así que recé y recé por ellos reclinada en mi altar hasta que una noche al levantarme con las piernas

entumecidas rompí aguas.

Juana nació el día de San Juan en Madrid. Era una niña hermosa y sana, pero a mí, como en el resto de mis partos, me fue difícil recuperarme hasta que supe que el pan que traía bajo el brazo no era otro que la victoria de Carlos sobre la Goleta primero y sobre Túnez pocos días después.

Supe que Dios ayudó en el preciso momento porque los cautivos cristianos que tenía Barbarroja escaparon justo a tiempo para abrir las puertas de Túnez al ejército imperial que inmediatamente se hizo con la ciudad y la alcazaba. Tan solo a Carlos le quedaba para ver cumplido su sueño al completo cazar a Barbarroja que, al parecer, se había refugiado en Argel.

Me defraudé al saber que, en vez de eso, entre Andrea Doria y el príncipe de Salerno le había convencido para dejarlo para más tarde por no ser el verano una estación idónea para el ataque, por el cansancio de los soldados y porque carecían de bastimentos para semejante empresa.

Me pareció extraño que motivos que antes no le habrían hecho cejar en su propósito ahora pareciesen ser insalvables. Y así, sin más, pusieron rumbo a Nápoles y Sicilia porque, a mi modo de ver, tan solo deseaba ser reconocido públicamente como el glorioso Carolus Africanus en aquellas tierras donde celebrarían con mayor efusión su hazaña.

Dios me libró de expresarle mi padecer abiertamente, pero lo sentí porque, dejando las vanidades a un lado, Carlos, además de dejar la Santa Cruzada a medio hacer, tampoco decidió venir a conocer a nuestra hija Juana, que a principios de año ya había cumplido los seis meses. A este paso, mi pequeña andaría antes de poder catar sus brazos al estar su padre tan entretenido en otros menesteres.

De soledades y requiebros



Sigue hablando Isabel de Portugal, esposa de Carlos

Toledo, 2 de febrero de 1536

Dos meses faltaban para cumplirse el año desde que Carlos nos dejó, poco más de uno desde que el día de Reyes murió nuestra desdichada tía Catalina de Aragón, dejando a su hija María Tudor sola ante los desmanes de su padre Enrique que, sin ser viudo ante Dios, ya creía haberse casado dos veces más, cuando recibí una carta sumamente preocupante de mi hermana Beatriz, la duquesa de Saboya. ¡Francisco los atacaba menoscabando de nuevo los tratados suscritos y nadie parecía acudir en su ayuda!

¿Qué hacía Carlos? ¡Ya estaba bien de festejos, banquetes, justas, carnavales y lances amorosos con princesas italianas!

Esto último, para desaire de las damas que sibilamente susurrantes parecían empeñadas en aseverar, no era lo que más me preocupaba porque, a pesar de mi enojo para con él, en esos menesteres más podía mi confianza en el emperador que los dolorosos celos que a tantas de mi alrededor vi padecer emponzoñando sus matrimonios y sin apenas remediar nada.

Si algo me había enseñado la vida era que el imperio estaba sobre todo y se lo recordaría a mi despistado esposo, aun a sabiendas de que alguno de sus consejeros ya me había tomado la delantera topando con su tozudo proceder.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando leí su respuesta. Se disculpaba por no haber regresado todavía y sentía aún más tener que aplazar de nuevo su vuelta a causa de esta ruptura de paz por parte de Francia, que le llevaría a ayudar a mi hermana Beatriz.

No son menester aquí soledades ni requiebros. Os pido, señora, que ensanchéis vuestro corazón para lo que Dios nos ordenare...

Dejando a un lado los reproches, me alegré de su cambio de actitud. Volvía a ser él. Melancólico en esencia, sin alegrarse demasiado por la prosperidad ni deprimirse en las adversidades. Aquel que siempre fue, más reflexivo que idóneo, amigo de la soledad y del recogimiento y enemigo de reír en público.

En definitiva, de nuevo Carlos correspondía a quien le necesitaba y ahora se dirigía a Roma para hablar con el papa Paulo, que se había ofrecido a arbitrar una posible paz entre él y Francisco.

Aquella actitud, aunque lo reconducía por el buen camino, de nuevo me enfadó. ¿Es que no aprendían? ¡Qué majadería! Otra paz que el francés rompería en cuanto nos diésemos media vuelta. Ni Carlos ni esta su humilde servidora confiábamos en que aquello llegase a buen término, por lo que aconsejé a mi esposo que se cubriese las espaldas advirtiendo a Leyva para que tuviese todo dispuesto en el caso de que Francisco, después de Saboya, se viese tentado de recuperar el Milanesado.

Carlos por fin conocería Roma. Aquel sueño que se vio obligado a aplazar hacía seis años cuando Clemente estimó mejor opción coronarle en Bolonia ahora se vería realizado. El temor a cómo sería recibido por los romanos sobrevolaba sobre nuestras cabezas, pues no hacía ni diez años desde que su ejército procedió al saqueo de la ciudad osando incluso apresar a su santidad.

El Santo Padre se encargó de que el mensaje de que no había por qué temer a su invitado —porque lejos de ser una amenaza solo él, con su determinación y buen hacer, había conseguido aunar a toda la cristiandad en contra del turco— llegara hasta el último recoveco de la ciudad.

Todos le esperaban para vitorearle a su paso. Cruzó Roma cabalgando sobre su corcel blanco camino del Vaticano. Escoltado por la guardia imperial, los tercios españoles, lansquenets y nobles de media Europa, se dirigió a entrevistarse con su santidad.

Paulo III le esperaba en la plaza de San Pedro para tenderle la mano y así demostrar a todos el gran vínculo que les unía al entrar juntos a la basílica.

Los días siguientes, lejos de encerrarse como solía hacer, prefirió pasear por entre las ruinas de aquella prodigiosa ciudad donde tantos césares de la Antigüedad habían morado. El Jueves Santo lavó los pies a doce pobres demostrando su grandeza para con los más desfavorecidos.

Terminada la Semana Santa decidió reunirse con el Santo Padre y toda su curia para exponerles sus intenciones. Nunca había hablado tanto. En su discurso en español que duró más de sesenta minutos, denunció sin tapujos a Francisco de Francia por sacrílego y patrañero al haber pactado con el sarraceno Barbarroja y al haber incumplido de nuevo su palabra rompiendo con lo establecido en el Tratado de las Damas. Advertía así que, sin ser él el provocador y muy a su pesar, si Francisco

no devolvía de inmediato el ducado de Saboya, no le dejaría otra alternativa que, aun deseando ardientemente la paz, declararle otra dolorosa guerra. Pedía con ello al papa su apartamiento de la neutralidad y su aquiescencia para con él antes de partir hacia Lombardía para poner remedio a semejantes desmanes.

Su desafío al intentar hacer que el papa eligiese entre Francisco o él no hizo más que emponzoñar más a su santidad en su inicial decisión. Imaginé cómo Carlos sumamente defraudado tuvo que dejar Roma atrás sin haber conseguido sacar al papa de su error. No estaba acostumbrado a recibir un no por respuesta y supuse su cólera al hacerlo.

Su osado denuedo esta vez no le había servido de nada. Estaba cansado de los constantes desafíos de Francisco y resuelto a terminar de una vez por todas con él, ignoraba a los emisarios que el rey de Francia le mandaba fingiendo querer llegar a otro acuerdo. Falsos tanto o más que su señor. ¡Alguno incluso osó tentarle con dejar esa empresa para reanudar la inconclusa contra Barbarroja! Hizo bien, porque nadie en Europa confiaba ya en la palabra del francés que según el soplar caprichoso de los vientos hoy decía una cosa y mañana otra.

A María, a Fernando y a mí misma, cada uno desde nuestra posición, nos solicitó agilizar los preparativos para la guerra. No tardaron Leyva por tierra y Doria por mar en estar dispuestos para recibir la orden de ataque. Y yo, desde Valladolid, aparte de mandarle los recursos que conseguí reunir, no pude hacer otra cosa que temer de nuevo por su vida.

XVI

La bastarda más querida



Habla Margarita de Parma, la bastarda de Carlos, con su prima Cristina de Dinamarca

Bruselas, febrero de 1537

A mis catorce años, viajaba de Florencia a Bruselas sin derramar una sola lágrima. Las tocas de viuda me incomodaban y no veía el momento de arrancármelas. Lo haría en el primer baile que se diese en mi honor en el palacio de Gante.

Ya no era simplemente aquella hija bastarda del emperador que la gobernadora cuidaba, sino también la duquesa viuda de Florencia. Algo tenía que tener de bueno el haber cumplido diligentemente con mi impuesto destino. Ahora, libre ya de cargas matrimoniales, alegre me cobijaba de nuevo en el acogedor regazo de la tía María.

De las cuatro hermanas bastardas que me constaba que mi padre tuvo, tan solo a mí el César nuestro padre me había legitimado y brindado tantas grandezas.

De nada tenía queja porque si fue verdad que me privó de ser criada por mi propia madre Johanna van der Gheynst, también lo fue que posó mi cuna en el mejor lugar que él había conocido de niño y al amparo de mi tía abuela Margarita. Quién sabe si precisamente por ello quisieron bautizarme con su nombre. ¡Qué mejor lugar que la corte para medrar en la vida!

Sabía que mi madre al poco tiempo de tenerme se había casado con el señor de Zandvliet y que además gozaba de la buena pensión real que se le otorgó simplemente por haberme engendrado y por eso, a pesar de que la hubiesen separado de mí, jamás pude quejarme del trato que ella recibió.

Ya moza supe que ella, aunque en un principio me echó de menos, pronto tuvo muchos más hijos que llenaron el hueco que yo le dejé. Hermanos de madre con los que de niña alguna vez había coincidido, pero con los que jamás tuve demasiada

confianza.

El relevo en mi cuidado de la tía Margarita al morir lo tomó la tía María como gobernadora de los Países Bajos y tutora de esta que hoy les habla. Los años que convivimos juntas hasta mi matrimonio también me trató con sumo cariño, con el mismo ni más ni menos que entregó a sus huérfanas sobrinas porque desde que tuve uso de razón, compartí juegos y educación con mis primas Cristina y Dorotea, las hijas de la ya difunta tía Isabel, que un día fue reina de Dinamarca.

Con apenas cinco años me comprometieron con Alejandro de Médici, por ese afán de mi padre de pacificar de una vez por todas los Estados italianos. Como ellas, entraba en ese ajedrez donde las mujeres del emperador, independientemente del vínculo que nos uniese a él, éramos importantes fichas de ajedrez a merced de los movimientos e intereses del imperio.

Y así, sumida en mis pensamientos, llegué a las puertas de palacio. Cristina me esperaba con los brazos abiertos porque en cierto modo las dos habíamos vivido situaciones similares al haber quedado también ella viuda apenas desposada con el viejo duque de Milán. Los copos de nieve caían con fuerza y estaba aterida. Hacía frío, mucho más que en Florencia, y no pude evitar el castañear de mis dientes.

Cristina, al abrazarme, me frotó los hombros.

—Anda, sígueme. La tía María nos espera. ¡Tenemos tantas cosas de las que hablar!

Ya de camino por los corredores eché de menos a Dorotea y pregunté por ella.

—No ha mucho que marchó con su marido, el príncipe electo Federico II del Palatinado. Después de morir nuestro hermano Juan, la familia confía en que él la ayude a recuperar las coronas danesa y noruega que perdió nuestro padre.

—Otro movimiento de fichas a nuestra costa —admití pesarosa—. Pero... no voy a dejar, prima, que la melancolía enturbie este momento. ¿No es curioso cómo el destino se empeña en unirnos, aunque el deber quiera separarnos? —Asintió sin estar demasiado convencida de ello. Insistí—: A vos os mandaron a Milán para siempre y hoy aquí estáis de regreso. A mí a Florencia, y aquí estoy. Vos duquesa viuda de Milán y yo de Florencia. ¡Solo nos falta Dorotea para de nuevo estar las tres juntas! Quizá no sea la voluntad de Dios que nos separen.

—No seáis ingenua, jóvenes, viudas y sin haber engendrado hijos que nos aten a otros reinos somos presa fácil para las alianzas —susurró—. Fijaos si es así que hace nada que a punto he estado yo de verme otra vez en capilla. Solo será cuestión de tiempo que las dos partamos de nuevo sabe Dios dónde. —Ante mi sorpresa se explicó—: La buena tía María, como siempre, velando por lo mejor para nosotras, se ha tenido que oponer a la proposición que su hermana Leonor, la desdichada reina de Francia, le hizo, obligada por el mequetrefe de Francisco, para que yo me casase con uno de los hijos de su marido. Poco le importaba al susodicho que fuese con el duque de Orleans o con el de Angulema. Cualquiera cosa, siempre y cuando este desposorio le brindase la oportunidad de poner definitivamente su bota sobre el Milanésado.

—Pues de buena os librasteis ahora que mi padre el emperador les ha declarado abiertamente la guerra.

—Todos los días doy gracias a Dios por ello —asintió—, y pienso que, de no haber sido así, ahora me vería como la pobre tía Leonor que, a sabiendas de que la unión de nuestra familia lo es todo para el imperio, ha de cumplir como la mujer de nuestro mayor enemigo.

—Si Dios quisiera llamarlo a la otra vida como hizo con nuestros maridos, otro gallo cantaría —mascullé.

Cristina sonrió.

—Es de suponer que esta tía nuestra nos ha de envidiar porque apenas un año y medio he estado yo desposada y vos no habéis llegado a celebrar el primer aniversario. Pero..., por lo que oído, la muerte de vuestro marido no fue por voluntad de Dios sino de los hombres.

Sonreí con picardía.

—Él se lo ganó. Las intrigas y traiciones están a la orden del día en Florencia y de ellas le advirtió mi padre al visitarnos unos meses antes, pero él no hizo caso. ¡Y su ambicioso primo Lorenzino de buena me libró! ¡Qué gran regalo me hizo aquel día de Reyes! Ni siquiera pude ver su cuerpo porque por temor a una revuelta lo envolvieron en una alfombra y lo llevaron a enterrar con el máximo sigilo. Pero, si os soy sincera, tampoco me importó demasiado no despedirme de él.

Cristina me miró sorprendida.

—No es digno de vos esa inquina. ¿Acaso no fuisteis feliz a su lado? Él al menos tan solo os llevaba poco más de diez años. En cambio, Francisco Sforza a mí...

No pude evitar abrir los ojos.

—Casi veinticinco, lo sé. Pero hay otras cosas aparte de la diferencia de edad que hacen insufrible un matrimonio. Como encontrar el lecho conyugal ya ocupado o que vuestro esposo sea negro. —Esta vez fue ella la sorprendida—. Sí, habéis oído bien. Negro o casi negro porque, según supe después por el papa Clemente, su padre lo tuvo con una sirvienta bastante oscurita y eso es algo que no perdonaré a la tía María que me lo ocultase, si es que lo sabía. Si le hubieseis conocido, le apodaban el Moro. —Rememoré su semblante por un segundo mientras Cristina no salía de su asombro—. Lo que más delataba su raza eran esos carnosos labios que casi se le salían del rostro.

—¿Como la barbilla de vuestro padre o menos? —bromeó Cristina.

—Eso, mi querida prima, no es en esta familia un defecto sino una virtud —me enfadé.

Quedó pensativa un segundo.

—¿Y lo del lecho caliente?

Suspiré.

—Pensándolo bien, fue una bendición porque me libró de cumplir con el débito conyugal como hubiese sido menester, y es que cuando llegué me encontré

deambulando por palacio a una dama a la que todos trataban con tal respeto que más parecía ser ella la duquesa que yo. Estaba preñada del que sería el tercer hijo que tendría con Alejandro y se llamaba Tadea Malaspina. No sé lo que habrá sido de ella después de su muerte, pero, si os soy sincera, tampoco me importa demasiado.

La inesperada voz de la tía María tras nosotras me sobresaltó.

—Pues más que a nadie a vos os debería de preocupar porque... ¿qué culpa tienen esos niños de ser bastardos?

Corrí a reverenciarla.

—Ni más ni menos que la que yo tuve en su día. Perdonadme por mi falta de delicadeza, pero es que no son recuerdos felices lo que traigo de allí.

Con amor me levantó para besarme.

—Yo nunca os dije que lo serían, así que olvidad los reproches.

En un segundo intenté recordar todo lo que Cristina y yo habíamos hablado porque... ¿Desde cuándo andaba escuchando? ¿Había dicho algo inconveniente de lo que me tendría que arrepentir? Preferí no indagar. Al llegar frente a la chimenea me despojé de las pieles y guantes y me acerqué a la lumbre para frotarme las manos. Tan solo la calidez que emanaba de ella me hizo sentir de nuevo en casa.

—Sé que vuestro padre pasó por Florencia hace unos meses. ¿Cómo lo encontrasteis? —quiso saber la tía María.

—Defraudado por no haber conseguido el apoyo del papa en contra de Francisco, pero eso es algo que vos debéis de saber siendo como sois la que más le escribís. —Asintió—. Alejandro, de haber vivido, le hubiese apoyado incondicionalmente y sentía que su santidad no lo hubiese entendido así.

—Ya podía, pues a Carlos le debía el título de duque de Florencia. Como todos los que le debemos todo. Fernando le mandó lansquenets y yo lo que pude, pues aquí, en los Países Bajos, hubiésemos preferido ser neutrales teniendo la amenaza francesa tan cerca del condado de la Borgoña. Los nuestros, unidos a los tercios españoles e italianos, terminaron por conformar ese gran ejército con el que mi hermano soñó y que, después de mil y una vicisitudes, no le sirvió para terminar con Francisco en su propio reino. Grandes hombres perdieron la vida en esta gesta y vuestro padre tuvo que retirarse. Enterrados sus sueños regresó a España con la emperatriz, que ardía en deseos de que el César conociese a su hija Juana.

Curiosa manera de sintetizar aquella guerra que tantas bajas había producido. Su voz sonaba melancólica. Estaba claro que con su aparición Cristina y yo tendríamos que reprimir nuestros chismorreos para hablar de cosas más serias. Quería arrancarle de aquellos turbios pensamientos y no se me ocurrió mejor manera que imaginar su llegada.

—Me dijeron que las pasadas Navidades quisieron celebrarlas junto a vuestra madre en Tordesillas. ¿Sabéis si lo consiguieron? —Asintió—. Me alegro por ellos, porque mis últimas Navidades terminaron con el asesinato de Alejandro. ¡Pero..., si Dios quiere, me desquitaré en las venideras celebrándolas aquí junto a vosotras dos!

Repentinamente se hizo el silencio. Cristina parecía querer decirme algo con la mirada que yo no llegaba a entender. La tía María fue directa al grano.

—No lo creo, Margarita, porque para esa fecha ya no estaréis a nuestro lado.

Se me congeló la sangre. ¡Qué recibimiento era aquel! Si acababa de llegar, ¿en qué momento habían dispuesto de mi persona? ¿Durante el viaje? No daba crédito a las palabras que escuché. Enmudecí.

—Vuestro padre ha dispuesto que, viendo truncada esta alianza con Florencia, cumpláis con otra como es menester.

No me importaba con cuál. Simplemente supliqué.

—Dadme tiempo. Dejadme aprender a vuestro lado de vuestro gobierno durante un par de años como mínimo y después disponed de mí como gustéis.

Negó.

—Partiréis hacia Parma en cuanto sea posible para casaros con Octavio Farnesio, el nieto del papa. Es un año menor que vos, pero eso no ha de importaros. Pensad que así no tendréis el peligro anterior de veros despreciada por otra mujer. Con toda seguridad seréis prácticamente la primera.

Su dureza me indicaba que no había nada que hacer. Súplicas y sollozos no servirían para cambiar nada. La decisión estaba tomada.

Cristina me ayudó a asimilar la noticia. Al menos disfruté de su compañía los dos meses que permanecí en Bruselas antes de partir de nuevo. Solo Dios sabía si la volvería a ver. Lo único que pude hacer fue rezar para que mi futuro marido no tuviese nada en común con Alejandro de Médici. El tiempo me lo demostraría porque si algo me había enseñado la experiencia, con tan solo quince años, era que no valía la pena hacerse demasiadas ilusiones.

XVII

Una Navidad para la reina Juana



Habla Juana de Castilla, madre de Carlos

Tordesillas, 19 de diciembre de 1536

Por fin, después más de diez años, conocí a Isabel, la hija de mi hermana María de Portugal. Sin duda mi hijo Carlos había sido afortunado en su elección pues era hermosa, dulce e inteligente y, lo que es más importante, había tenido la dicha de conocer el amor a su lado como yo hacía una eternidad la tuve al lado de Felipe.

¡Y mis nietos! Qué decir de mis nietos. Su mera aparición llenaba mis tristes estancias de luz y júbilo. A la espera de que su padre llegase, cada mañana venían a visitarme Felipe y María. A sus nueve y ocho años demostraban su inteligencia al atender con diligencia a las historias que les contaba de las gestas de su abuelo Felipe mientras la diminuta Juana dormitaba en brazos de su ama de cría.

Aquellas Navidades serían las primeras que pasaría acompañada desde que mi pequeña Catalina partió para convertirse en la reina de Portugal. ¡Qué dureza demostró conmigo mi custodio el marqués de Denia al ignorar por completo mi dolor! Con toda la contundencia con la que un hombre puede golpear con la palabra me transmitió su partida sin permitirme ni siquiera despedirme de ella. De nada servirían en esta ocasión mis súplicas, sollozos o incluso dejarme morir de inanición porque nada, absolutamente nada esa vez, como la anterior, provocaría su regreso. Catalina tenía derecho a vivir afuera de estos muros y yo debía de respetar esta imposición de Carlos.

La reciente muerte de mi cruel custodio, el marqués de Denia, en nada me había importado. Verlo salir de mi casa después de tantos años sometida a su duro asedio camino de su sepulcro me produjo cierta satisfacción. A la espera de que Carlos nombrase otro nuevo alcaide en mi casa, su hijo se había hecho cargo de mí y aunque

un poco más benévolo que su padre, tampoco estaba demostrando tenerme el respeto que a mi persona correspondía. Nada extraño, dado el ejemplo que su propio padre le dio. Yo no lo pediría, pero esperaba que Carlos nombrase a alguien mejor para el cuidado de mi casa y así se lo decía a Isabel cuando sobre las cuatro de la tarde el ruido de los cascos irrumpió en el patio. Isabel, sin poderlo evitar, corrió a la ventana y al ver de quien se trataba salió apresurada por la puerta.

¡Era Carlos! Me pareció increíble porque desde que tuvimos noticia de su desembarco en Palamós tan solo habían pasado dos semanas. Si de verdad era él debía de haber atravesado todo Aragón y la mitad de Castilla a uña de caballo.

—¿De verdad que es mi hijo? —le pregunté al cardenal Tavera, sin poderlo aún creer.

Tavera asintió.

Vimos a Isabel correr a reverenciarle apenas se apeó del caballo. Él la levantó para abrazarla con todas sus fuerzas.

Sonreí al tenerle de nuevo junto a mí. La última vez que lo había visto fue cuando salí de Tordesillas para encontrarlo en Mojados, y de eso ya hacía no recordaba cuántos años. La guerra había borrado de su semblanza cualquier viso de juventud que le pudiese quedar entonces.

Sudoroso y desaliñado, alzó a la emperatriz en el aire en el preciso momento en que María corría a su encuentro de la mano de García de Loaysa.

A Felipe, muy a su pesar, su ayo, don Juan de Zúñiga, le había detenido al pie de la escalera obligándole a reprimir sus impulsos para hacerle más fuerte. Un absurdo, a mi modo de pensar, que nunca revelaría.

Estando la sala atestada hacía tan solo un momento ahora me encontraba prácticamente sola. Ni siquiera los había oído salir. Miré al rincón donde la pequeña Juana gateaba sobre una alfombra. Sin poderlo evitar, la tomé en mis brazos.

—Ha llegado el momento de que conozcáis a vuestro padre.

La niña me sonrió justo en el preciso instante en el que él entraba en mi cámara.

—Aquí tenéis a vuestra hija Juana.

Se la tendí. La tomó en brazos y besándola en la frente se la entregó a Isabel para luego solicitar a todos los que hasta allí le habían seguido que le dejaran a solas con nosotros.

Apenas se cerró la puerta, se relajó. Todos en círculo nos sentamos para que nos hablase de viva voz de todas aquellas hazañas que, aunque conocidas por todos, parecían más victoriosas relatadas de su propia garganta. Escuchándole miré a mi alrededor. Mi triste y lúgubre estancia como si de un milagro se tratase se embriagó de un perfume de alegría que hacía años que no percibía. Era el que de nosotros mismos manaba.

El regocijo de aquel reencuentro tan ansiado por todos no cabía en mi aposento. Isabel se sentó a su lado a la espera sin duda de un momento más íntimo para sentir su ardiente pasión. Ese amor del que tanto tiempo se había visto privada por la

guerra. El júbilo que las miradas de Felipe y María irradiaban era como la luz de una tea recién prendida. Y Felipe, ya más maduro, lo expresaba interrumpiendo a su padre con una y mil preguntas a las que él contestaba, orgulloso de poder al fin transmitir a su hijo y heredero su saber y sentir.

Incluso Juana, aun siendo demasiado párvula como para asimilar el momento, prefería gatear en círculos a su alrededor.

Yo, la reina de Castilla, por primera vez en décadas en silencio, me dejé contagiar por esa entrañable circunstancia. Callada, como tan acostumbrada la soledad me había enseñado a estar, preferí observar sin interferir para empaparme de aquel regocijo que emana de una familia unida. Ese, que yo de joven pude tener y sin embargo rehusé por preferir reconcentrar toda mi capacidad de amar en un solo ser. Por eso mi querido Felipe debió de dejarme tan destemplada al desaparecer. Alcé la mirada al cielo y como tantas veces hacía le hablé en pensamientos. Había aprendido a hacerlo en silencio para que nadie me tachase de loca.

«Ahí los tienes, Felipe, carne de nuestra carne».

Y así, juntos, permanecimos durante dos horas que se nos hicieron segundos. El lento tiempo repentinamente corrió tan raudo como un corcel desbocado.

Los muros de aquella estancia jamás vivieron momentos de tanto contentamiento hasta que el sueño empezó a vencer a Carlos. Le costó retirarse y solo cuando los párpados se le cerraban lo hizo junto a Isabel.

Al día siguiente me hubiese gustado repetir la experiencia, pero ni ese, ni los cinco siguientes que precedieron al de Navidad, pude disfrutar de ellos ya que, muy a mi pesar, aquella mi casa siempre vacía repentinamente se había convertido en el lugar donde docenas de gentes deambulaban a la espera de una audiencia con Carlos. Sin quejarme, le dejé despachar, consciente de que su larga ausencia así lo demandaba.

El día del nacimiento de Nuestro Señor amaneció nevado. Y me alegré, a sabiendas de que de seguir así muy pronto quedaríamos aislados. Poco me importaban los problemas de aprovisionamiento que aquello produciría porque si no conseguían llegar los carros con alimentos, tampoco vendrían más inoportunos visitantes y así nos dejarían solos hasta que mejorase el tiempo. No siendo demasiado amiga del rezo, o no tanto como lo eran mi madre o la dulce Isabel, aquella vez sí rogué a Dios para que así fuera.

Me escuchó cercando Tordesillas de un luminoso manto blanco. Nos regalaba así, por las celebraciones del nacimiento de Cristo su hijo, una pulcra alfombra sobre la cual las huellas de nuestras felices pisadas quedaron tatuadas por un tiempo.

Isabel, aunque no lo dijera, también debió dar gracias a Dios por aquel temporal que mantuvo a Carlos tan asido a su familia privándole de la posibilidad de otro abandono.

Lejos de preocuparnos, bromeábamos al ver desde las ventanas cómo los hombres a palados se afanaban en limpiar los caminos sin ningún éxito. Y así, mientras

nosotros sonreíamos, el resto de la corte no cabía en sí de la angustia. Aún recuerdo la sensación de paz que me produjo el gélido viento azotando mi tez, y aunque después de su marcha he intentado volver a revivir esas sensaciones, nunca más lo logré.

Con una tristeza infinita vi cómo mejoraba el tiempo, cómo la nieve se derretía y cómo con ella mi felicidad —al disponerse Carlos a partir acuciado por esos asuntos de estado, esos mismos de los que yo prefería no saber— se esfumaba.

Con el corazón embargado por la melancolía vi desaparecer en lontananza aquella procesión de cortesanos rumbo a Valladolid. Al acariciar la piedra del marco de mi ventana, sentí cómo de nuevo el hielo se incrustaba en ella.

Más de una vez, tentada estuve de ir a verles, pero mi frágil voluntad poco pudo luchar contra la férrea oposición de mi carcelero que incluso llegó a culparme de ingrata al no darme por satisfecha con su breve visita. Además de que, según él, mi presencia no haría más bien a Carlos que el de restarle la importancia debida en las Cortes. No hizo falta más para convencerme. El recuerdo del daño que le hice al recibir a los generales comuneros aún me asaltaba en los días más turbios.

Me conformé con las cartas que de Isabel recibía de vez en cuando. Embarazada de nuevo, se preocupa por el estado de melancolía en el que Carlos parecía estar sumido. Como yo la reina su madre, había mañanas en las que no quería oír ni hablar a sus consejeros de los acuciantes asuntos de Estado. Intentaba solapar su esquivo proceder con justas, torneos y corridas de toros, pero no lo lograba. Según mi querida nuera porque apenas se movía, la dichosa gota le trepanaba los pies obligándole a permanecer sentado mucho más tiempo del que le hubiese gustado. Y eso sin contar con que últimamente se estaba ensañando también con sus manos obligándole a depender ya casi siempre de un escribano. El no poder escribir por sí mismo le desesperaba.

Ella no lo mencionaba, pero yo sabía que aquel último viaje había cambiado el orden de valores de Carlos. Ahora la familia estaba sobre cualquier imperio y el haberme venido a ver las pasadas Navidades después de tantos tiempos de ausencias lo demostraba.

Para él, la victoria sobre Túnez había sido borrada por su desistimiento en la guerra contra Francia y eso nadie lo podía cambiar. Necesitaba tiempo para calmar su espíritu a pesar de que nadie pareciese querer otorgárselo porque de él y de sus resoluciones prácticamente todos dependían.

¡Pobre hijo mío! María, mi hija y su hermana, por un lado, le acuciaba pidiéndole ayuda para contraatacar a Francisco de Francia en el caso de que su ejército, ahora viéndose fortalecido, hiciese una incursión en alguno de los países que ella gobernaba. Basaba su angustiada demanda en la negativa que los usureros banqueros le daban a sus peticiones de más préstamos. Su hermano Fernando tampoco le escribía con buenas noticias y los italianos también le apesadumbraban con sus temores hacia el francés.

Carlos, como todo potaje, delegó en Tavera para lidiar con sus cansinas súplicas y le pidió que hiciese lo posible por mandarle ayuda. Tan solo le imploró que no tirase mucho del oro y la plata que llegaba de Perú por no enfadar a los castellanos usando sus dineros en guerras que a ellos no les atenían. Estaba claro que no quería ni oír hablar de nada más allá de los muros que le albergaban. Tanto o más que yo.

Abrí su carta. A pesar de estar escrita de otra mano la reconocí por su sello.

Madre:

Tan solo la compañía de un cosmógrafo sevillano, Alonso de Santa Cruz, me complace. Como este que a vuestra majestad os escribe, ha viajado, sufrido y padecido los sinsabores de una ilusión creada en sueños y después frustrada. Porque mi buen Alonso, además de fabricar artilugios para la Casa de Contratación, ha financiado expediciones al río de la Plata en las Indias. Como muchos de los que han cruzado los mares hacia las Indias, es un sabio en astrología, la esfera de los mundos y los movimientos celestiales. Y pasamos las veladas de las noches claras extasiados mirando al cielo estrellado para filosofar sobre su grandeza y lo diminutos que somos en este universo que nos acoge.

Quizá lo lleve conmigo cuando tenga que partir hacia Aragón y sus Cortes en Monzón. No así a mi señora la emperatriz porque su preñez ya está demasiado avanzada y su salud, como bien sabéis, no es buena. Ayer mismo sufrió un vahído acompañado de vómitos al enterarse de que de nuevo la dejaba. Aun así, es ella la que muy a su pesar ha decidido quedar aquí junto a mis hijos, pues dice que si este también se malogra jamás se lo perdonará y cualquier sacrificio es nada a fin de lograrlo evitar. A pesar de eso y aunque intente demostrar entereza, sé que ella pena por mi partida.

Sabiendo lo que os reconfortan nuestras visitas, de camino pararé en Tordesillas para veros.

Vuestro hijo que os quiere,

*CARLOS,
emperador*

El 4 de julio, después de descansar, vino a mis aposentos donde platicamos durante más de dos horas. Era curioso cómo durante años no se había acordado de mí y ahora, sin embargo, aprovechaba la mínima oportunidad para estar a mi lado.

Quizá fuese la enfermedad. Quizá el cansancio. Y mucho debía de ser el decaimiento ya que en menos de seis meses había acudido dos veces a mi regazo para transmitirme sus temores más íntimos. Por primera vez en su vida me preguntó sobre mi miedo a la responsabilidad de la corona.

Me hizo ver que a él también le costaba, y yo, viéndole tan necesitado de

sinceridad, le abrí mi corazón, aquel que desde hacía años mantuve encerrado bajo mil llaves. Le hice ver que lo comprendía mejor que nadie en esta tierra, pero también le pedí un juramento, el mismo que yo en su día le hice a mi madre la Reina Católica y que no obstante me había sido imposible cumplir.

Le hice prometer ante esta su madre la reina, que jamás cejaría en las responsabilidades que Dios había designado para él. Después de un largo silencio me lo prometió con una sola condición. Lo haría al menos hasta que su mente y cuerpo le permitiesen afrontar el cometido con la divina dignidad que la gloriosa empresa demandaba.

Me bastó. Después de aquello se despidió de mí y salió a cabalgar pensativo por la ribera del Duero. Al día siguiente lo vi de nuevo desaparecer entre las brumas matinales a sabiendas de que ni aquel ocaso ni otros tantos, sabía Dios cuántos, lo vería regresar.

XVIII

La impaciencia de la emperatriz



Habla Isabel de Portugal, esposa de Carlos

Valladolid, 19 de octubre de 1537

Rogaba a diario para que fuese un hijo varón. Ese que cubriría el hueco que dejaron sus dos hermanos anteriores, Fernando y aquel que no me dio tiempo ni siquiera de bautizar por haber corrido demasiado en el nacer muriendo en el intento.

Allí sola y acompañada tan solo por las cartas que Carlos me había mandado desde la Aljafería de Zaragoza y de Monzón, donde seguía mostrándose adusto y desalentado, pues, ante las negativas de los aragoneses, tan solo cazar le animaba; yo seguía pensando en un nombre para el pequeño en ciernes.

Definitivamente sería Juan, recordando a nuestro bisabuelo el gran Juan II de Castilla, a mi hermano, al tío Juan, aquel desafortunado príncipe que pudiendo haber sucedido a mis abuelos los Católicos murió de su amor por la tía Margarita sin lograrlo... ¿Y si por desgracia fuese otra niña? No quería ni pensarlo, pero de ser así aceptaría los designios de Dios llamándola como yo. No sería mala elección.

Repasaba la lista de nuestros ancestros que habían vivido con aquel nombre cuando se me encogieron las entrañas. Mi pequeño, como queriendo participar en la elección definitivamente, se abría paso en mis entrañas. Rápidamente mis asistentes me tumbaron y no tardó en llegar la partera.

Juan, al contrario que sus hermanos, vino tan rápido y dejándome tan exhausta que apenas tuve fuerzas para ordenar que avisasen al emperador antes de perder el sentido mecida por sus casi inaudibles llantos.

Cuando Carlos llegó después del parto, el pequeño Juan ya no estaba a mi lado. Dios, como antes hiciese con Fernando su hermano y aquel aborto que ni siquiera pude bautizar, también me lo arrebató para sí.

La profunda tristeza en la que me sumí quebrantó tan gravemente mi cuerpo que apenas quise levantarme hasta saber que Carlos había regresado. A los pocos días, viéndome un poco más recuperada y con el permiso de los médicos, pudo por fin dormir a mi lado. El calor de su cuerpo me reconfortó, aunque se mostraba esquivo. Sabía que algo me ocultaba y en mal momento le pregunté qué era lo que le mantenía en tal desasosiego. Tan solo tardó un segundo en sincerarse.

—He de partir de nuevo, Isabel.

Un puñal me atravesó el corazón a sabiendas, por la experiencia de las ocasiones anteriores, que de nada servirían mis súplicas. Se me ocurrió entonces, que quizá, estando tan cerca de las Navidades, podría tentarle para que demorase un poco más su partida.

—Esperad, os lo ruego. Al menos hasta que pase la Natividad de Nuestro Señor. Nuestros hijos recuerdan la anterior en Tordesillas con suma alegría y celebrarían que las venideras fuesen similares.

—Imposible —afirmó, torciendo el gesto—. Hay una empresa que debo acometer sin tardanza.

Estaba tan débil que ni siquiera quise saber el motivo.

—Solo serán unos días. ¿Qué son unos días comparados con vuestras largas ausencias? Quizá podríamos ir a visitar a vuestra madre de nuevo.

—Aún tengo asuntos por resolver, pues la paz con Francisco es endeble —negó con resolución.

¡Maldito francés! Siempre arrebatándomelo. Me desesperé.

—Y así será por siempre porque los dos sois igual de tozudos y así como él jamás devolverá Saboya por voluntad propia, vos tampoco le dejareis jamás poner su bota sobre el Milanésado.

—Pues sea como fuere, nuestro difícil acuerdo es menester si queremos todos los cristianos terminar de una vez por todas con el demonio turco.

—¿Y de verdad pensáis que Francisco hoy luchará junto a vos en contra del otomano cuando hace tan poco le tuvo como aliado? De nuevo tropezareis con la misma piedra y lo sabéis.

Su tono, hasta entonces taimado, comenzó a quebrarse.

—Me da igual que frunzáis el ceño. ¿No sois vos la que siempre ansiáis la paz?

—¿Solo yo? ¿Y qué me decís de todos vuestros súbditos? Habláis de paz por un lado y de utilizarla para hacer la guerra por el otro. ¡Sed congruente por Dios!

Se soltó de mi abrazo.

—¡Es por Dios precisamente por quien pretendo iniciar el asedio a Solimán! Y el mismo Santo Padre me apoya en la decisión. Tanto que él mismo se ha ofrecido para mediar de una vez por todas en nuestras cuitas, siempre y cuando los dos juntos nos reunamos a la vez y ante él.

Segura de que habría trampa en ello, se me atragantó la voz.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En Niza, probablemente. Cuándo, aún no lo sé, pero mis embajadores trabajan para que sea a la mayor brevedad posible. En Gerona se preparan para acoger a todos los que formarán mi cortejo. Media nobleza me acompañará porque quiero cegar al francés demostrándole nuestro poder. Visto este, no dudará en formar parte de la Liga Santa. Y así, unidos todos los reinos de la cristiandad, reiniciaremos la Cruzada.

No me dejé vencer por aquella mirada que, por tanto tiempo apagada, de repente empezaba a refulgir.

—¿Tan pronto habéis olvidado su nauseabundo proceder en Túnez cuando dándoos la espalda se alió con la herejía? Dejad a un lado vuestro prendamiento que no atiende a razones y os merma la capacidad de juzgar. Además... ¿Habéis pensado acaso en lo que esto costará? Castilla está cansada de financiar dichas empresas y sabéis como yo que no es menester tocar las arcas del Perú para estos lances. Y de Aragón ni os hablo... Necesitareis otra vez lo que no tenemos para pertrechar galeras y pagar a los soldados. Miradme, Carlos. Estoy cansada y enferma. No sé si seré capaz, una vez más, de lidiar con todos para que os sigan fiando. —Tan solo me miró de reojo sin atreverse a desdecirme. Desesperada le grité—: ¡Que las rentas reales están libradas hasta dentro de tres años y no solo de vuestra majestad es la obligación de medrar para la cristiandad!

Al verle apretar la sábana en un puño para contener su denuedo me arrepentí de mis últimas palabras. Cerrando los ojos hizo un esfuerzo por controlarse.

—No es cierto lo que oigo de vuestros labios, Isabel. No sois vos la que ahora habla, sino un diablillo. El mismo que os malogró el cuerpo después del último parto y que ahora hace mella en vuestra cordura.

Santiguándome le pedí a Dios perdón por lo dicho. Apagando la vela de la palmatoria di la conversación por terminada. Estaba claro que no habría nada que hacer. Intenté conciliar el sueño aquella noche a su lado sabiendo que quizá sería la última que pasaríamos juntos en mucho tiempo, pero no pude porque las lágrimas se me escapaban. Me fue imposible silenciar los hipidos que las acompañaron.

A medianoche se fue desesperado a su cámara. Una vez más, de nada sirvieron mis sollozos pues de nuevo el imperio pudo más que su propia familia. Esta vez aquel frío manto de tristeza me sorprendió con tanto ímpetu que ya no tuve más ganas de vestir de colores y hablando con mis costureras troqué mis galas por enlutados sayos. Así todos nada más verme sabrían de mi sentir.

La primavera comenzaba con su trinar cuando supe que Carlos había llegado a Villefranche, una población cercana a Villeneuve, donde Francisco ya hacía días que paraba. En medio estaba Niza. Su santidad esperaba recibirlos para la ansiada entrevista, pero para su frustración Francisco no terminó de aceptar su invitación. Tan solo mi cuñada Leonor se dignó a ir a ver Carlos, no como hermana, sino como un correo de su ambicioso marido.

Carlos la encontró triste, desmejorada y tan gorda que parecía una vaca. Era la voz de Francisco la que manaba de su garganta. ¡Ese ladino! No era la primera vez que se valía del amor fraternal que unía a los dos hermanos para sus tejemanejes personales. Antes lo había intentado con María y ahora lo repetía con Carlos. Como si la sola presencia de Leonor fuese a reblandecer sus férreas voluntades. Leonor podría aprender de Catalina, nuestra difunta tía, que tantas veces supo dirigir la voluntad de Enrique el rey de Inglaterra para que no se enfrentase abiertamente a Carlos.

Cuando tres meses después supe que había puesto pie en Barcelona de regreso, lo celebré. Como en otras ocasiones no tardó en llegar a Valladolid. Andaba ansiosa de que me contase todo lo acontecido en Francia con Francisco y no dudó en darme todo tipo de detalles.

—Leonor, al final, consiguió lo que el Santo Padre no pudo, convenciéndome de la necesaria reunión con Francisco.

—¿En dónde? —me sorprendí.

Sonrió.

—En Aigues-Mortes.

—¿Y no temisteis por vuestra seguridad?

—Lo hice, por eso le cité en la mar frente a las costas de su reino. Estando yo en mi galera le esperaba ver aparecer en otra similar, pero nos sorprendió haciéndolo en una pequeña barcaza junto al resto de los miembros de su cortejo. Era su mejor manera de demostrarme que si él no temía nada, yo tampoco debía de desconfiar. Se abarloadon a nuestra nave y subió amistosamente a la mía. Fue tan cordial que en su regreso al pueblo amurallado decidí acompañarle. Allí estaba Leonor esperándonos. A partir de entonces todo fueron algazaras, festejos y celebraciones. Tan solo rivalizábamos para ver quién demostraba una prueba de afecto mayor.

Alzó su dedo para enseñarme un anillo de brillantes que supuse su regalo.

—¿Y vos qué le disteis?

Se acarició el cuello.

—Un collar del Toisón de Oro a lo que me correspondió con el que él otorga de la Orden de San Andrés.

Acariciándome el pequeño corderito que siempre llevaba prendido, sonreí.

—Me alegro de esta paz, que sin duda vuestra hermana Leonor habrá celebrado más que nadie.

—Y lo hizo, Isabel —asintió, un poco cabizbajo—, pero no podéis suponer cómo la he encontrado de desmejorada.

Suspiré.

—No sé cómo el rey francés se habrá portado con ella en vuestra presencia, pero lo cierto es que dicen que siempre la trata con desdén, que le es infiel a diario y que rara vez se muestra afable con ella.

Carlos no se sorprendió.

—Lo sé y sabe Dios que me hubiese gustado recriminar a Francisco por ello, pero no era el momento. ¡Figuraos que aquel desalmado obligaba a Leonor en ocasiones a compartir mesa con su amante *madame* D'Étampes! ¡Una casquivana señora cuyo escote baja más de lo que el pudor recomienda y que me consta que no solamente con el rey comparte el lecho!

—Espero que solo fuesen collares lo único que intercambiasteis.

Se carcajeó al verme fruncir el ceño.

—No, Isabel. Me ofendéis si pensáis aún que soy de tan liviano proceder. Vuestro esposo nunca pisó los aposentos de semejante concubina, si es esa la sospecha que fuerza vuestro entrecejo. —Le creí, pues su fidelidad siempre me había sido demostrada, a pesar de haber vivido tanto tiempo separados. Continuó ufano—: Y así fue como ahora el que un día fue mi mayor enemigo se tornó mi amigo. Supongo que aquí arranca la paz definitiva. Esa paz que, de una vez por todas, reparará la tan vapuleada cristiandad.

No terminé de creerlo.

—¡Ingenuo! ¿Es que todavía no habéis aprendido que Francisco no ha hecho otra cosa en su vida que apuñalar a quien poco antes besó?

Sonrió.

—Sea lo que fuere, hoy me besa y pienso aprovechar la oportunidad. Ahora tan solo necesitaré que las Cortes me ayuden en la empresa.

—No lo conseguiréis, Carlos —objeté—. Os lo he escrito una y mil veces, y parecéis no entenderlo. La Iglesia quizá y por indicación del papa colabore, pero... la nobleza está cansada. Cansada de intentar ayudaros sirviéndoos en todas vuestras empresas sin encontrar después ninguna prebenda a cambio. Desean teneros residiendo en estos reinos y que de verdad trabajéis por la suspensión de las guerras que tanto desgastan las haciendas.

—Al final cederán, como siempre —replicó, negando con la cabeza.

—Como siempre no, porque ya están hastiados de la ruina en la que constantemente les sumís y de veros regresar cada vez más deteriorado de esas empresas extranjeras. ¡Si ni siquiera vuestros consejeros lo aprueban! Preguntad a Cobos. Desde el Consejo de Hacienda ha hecho las cuentas y no le cuadran. Os lo demostrará con precisión para convenceros de que iniciar otra guerra sería nuestra ruina. ¡Dieciocho años hace que estáis en guerra y ya es tiempo de descansar! Desistid de vuestro obstinado afán. Si no es por ellos, hacedlo por mí, por la herencia que a Felipe dejareis.

Le supliqué tanto o más de lo que todos sus súbditos juntos harían, incluidas sus hermanas María y Leonor. La primera, por estimar imposible la victoria, y, la segunda, porque en el fondo sabía que su marido no estaba dispuesto a participar en la Cruzada.

Tanto amaba la guerra que apenas me escuchó y pasados unos días salimos todos hacia las Cortes en Toledo.

De camino, y como ya empezábamos a acostumbrar, visitamos a la reina mi suegra en Tordesillas. Tan solo paramos una noche, pero bastó para contentarla tanto a ella como a Carlos, que aseguraba que verla le hacía mucho bien porque sus sabios consejos le daban suerte.

Al llegar a Toledo, como siempre, recibimos aposento en el palacio de los condes de Fuensalida mientras acometían las obras del alcázar que pronto nos serviría. Allí supe de mi sexta preñez, que según las cuentas de mi partera era de unos tres meses. Mi próximo hijo nacería con la caída de las primeras hojas otoñales.

El cansancio con frecuencia me sobrevenía obligándome a un postramiento difícil de aguantar. Tanto, que algunos días me esforzaba para poder estirar las piernas en un breve paseo que nunca llegaba más allá del zaguán de la entrada. Aquel nefasto 19 de abril no debí dejarme vencer por la tentación.

Subía la escalera que conectaba la casa con un lugar que denominaban el Taller de Moro cuando un pinchazo en las tripas me obligó sentarme en el frío peldaño. Temiendo lo peor, rogué a Dios que no fuese nada y cuando mi mirada topó con el artesonado perdí el sentido.

Al despertar de nuevo, lo único que vi fue la ya cansina tela de mi dosel. Me habían llevado en volandas a la cama sin ni siquiera sentirlo. A mi lado, Carlos sostenía mi mano con cariño mientras mi comadrona se afanaba en contener una caudalosa hemorragia que todo teñía de un terrorífico bermellón. Bajo mis nalgas sentí el calor que mi propia sangre derramada.

No pude evitar echarme la mano al vientre para ver si allí seguía mi niño. Carlos, que al saberlo había regresado de Madrid, me susurró al oído.

—Aún lo portáis, mi señora, en vuestras entrañas.

No pude evitar llorar.

—Me temo que por poco tiempo. —Miré a mi buena comadrona—. ¿Qué decís vos?

Al tener las manos ocupadas por trapos empapados se limpió la frente sudorosa con la bocamanga. Su acuosa mirada lo decía todo sin decir nada.

—Que a su majestad le vendría bien la ayuda de Villalobos o... quizá de Alfaro.

—Siendo los mejores médicos que tengo a mi servicio pues que sean los dos —le contestó Carlos.

Haciendo una señal, ordenó que los hiciesen llamar de inmediato, aun a sabiendas de que rivalizarían entre ellos como en otras ocasiones habían hecho, y es que Alfaro, como cristiano viejo que era, no podía soportar que lo comparasen con Villalobos, nieto de un judío converso. La comadrona suspiró aliviada.

—Solo ellos podrán poner remedio en este desaguisado.

Fue lo último que oí antes de perder la conciencia. Al despertar de nuevo ya había anochecido.

Carlos seguía a mi lado. Sonrió al verme despierta.

—Despegad de vos las pesadillas porque todo parece haber pasado.

Recordé mi último sueño.

—No es para menos, pues os vi embarcando hacia Constantinopla para de nuevo abandonarme. Ibais a bordo de la capitana como en la época de Túnez y en vuestros ojos tan solo la ilusión de ver derrocado definitivamente al turco se dibujaba.

Me besó las manos.

—Pues tranquilizaos, porque mis hombres ya deben de estar tomando el castillo de Castelnuovo, y yo no estoy a su lado. Después quizá..., cuando se dirijan a Constantinopla y vos os hayáis recuperado de este trance.

Suspiré, confiando en que tuviese razón, a pesar de no tener fuerzas ni para incorporarme sobre la almohada.

Y fueron pasando los días sin que la sangre llegase a dejar de manar en mayor o menor medida de mi entrepierna. La vida se me escapaba a raudales y la debilidad se fue apoderando de mí de tal manera que ya ni siquiera diferenciaba la noche del día. Amén de las fiebres tercianas que me sobrevinieron.

Una noche, entre escalofríos y sudores, me pareció oír el susurro de Villalobos aconsejándome que preparase mi alma para un eterno viaje. Así lo hice con el hilo de vida que me quedaba.

A la mañana siguiente testé, confesé y sentí cómo el cardenal Tavera deslizaba su pulgar por mi frente impregnándola de la cruz de los santos óleos. La extremaunción me abrigó con su sosiego.

El día 1 de mayo, día de la Virgen, al amanecer sentí cómo mi pequeño abandonaba su nido. De nada sirvió estarme quieta sin atreverme si quiera a parpadear porque Dios lo quiso para él como antes a sus hermanos y la Virgen me tendió la mano para acompañarles. Mi última mirada se la dediqué a mis tres pequeños. Esta vez era yo y no su padre el que los dejaba solos sin fecha de regreso. Servíos, Dios, para llevarme a vuestro lado.

XIX

El adiós de la emperatriz



Habla María de Austria, hija de Carlos

Palacio de Fuensalida, Toledo, 1 de mayo de 1539

Recuerdo cómo allí, junto a mis hermanos en la distancia, la miraba con un ansia clavada en el corazón. Mi hermano Felipe me cogió de la mano para apretármela. Era algo que siempre hacía cuando se presentía un desvalimiento. Nos habían dicho que madre estaba muy enferma pero no supimos cuánto hasta ese preciso momento. El embozo de sus sábanas subía y bajaba al son de las plegarias y rezos que mecían su último adiós.

Como Felipe, yo también presentía un desamparo difícil de describir. Repentinamente los ojos de madre se entornaron, nos miró tiernamente y una leve sonrisa se dibujó en sus labios antes de sumergirse en un dulce sueño eterno que no requería de párpados cerrados ni calmos pensamientos. Nadie me lo dijo. No hizo falta, porque hasta nuestros corazones cesaron en su movimiento por un leve instante.

Sin atreverme a parpadear siquiera, intenté retener su semblante en mi mente. Su mirada clavada en nosotros ahora se había tornado ausente. Tanto que parecía atravesarnos. El sudor de su frente se había secado, el fruncir de su ceño desapareció y su cuerpo entero parecía estar fundiéndose con el albor del lecho. Toda ella en sí rezumaba descanso y paz porque al fin había dejado de sufrir.

Los sollozos de las damas me arrancaron de mi ensimismamiento. El doctor se acercó a ella tan solo para certificar lo que todos ya intuíamos. La emperatriz había muerto. Fue el cardenal Tavera quien le cerró los ojos. Felipe apretó aún más su mano. Parecía enfadado. Intenté calmar su ofuscación como mejor Dios me dio a entender.

—Miradla, jamás vi en ella más serenidad. Fijaos bien porque nunca emanó

mayor dulzura de su rostro. Está bien, Felipe. Madre está mejor que todos nosotros y tenemos que estar contentos porque a partir de ahora velará por nosotros desde los cielos. —Le apreté la mano—. Tenemos que alegrarnos porque desde hoy contamos con un ángel custodio más.

—¿Cómo podéis estar tan segura?

Miré a una esquina de la estancia; allí estaba el marqués de Lombay de rodillas con la mirada al cielo implorando a Dios.

—Me lo dijo esta mañana Francisco de Borja, y en él confío.

Asintió cabizbajo, y deseoso de salir de allí, tiró de mí para que le acompañase fuera de la estancia. Lo hice con gusto. Ya nada nos retenía en aquel aposento porque ella ya no estaba a nuestro lado. Ninguno de los dos deseábamos escuchar a las plañideras.

Tras nosotros salió mi señor padre tan abatido que ni siquiera tuvo fuerzas para abrazarnos. En aquellos dolorosos instantes tan solo buscaba a la soledad como compañera. Le hubiésemos seguido con gusto, pero desde muy párvulos aprendimos a respetar su intimidad.

Al atardecer quise ir a despedirme de ella por última vez en la intimidad. Al entrar en sus aposentos topé con la marquesa de Lombay. Leonor de Castro, la mujer de nuestro querido Francisco de Borja, terminaba en ese instante de vestirla con el hábito franciscano. Ella, por pudor, había pedido expresamente que no la embalsamasen para que nadie más que sus más allegadas pudiesen ver su cadáver desnudo. Esperando a que terminase de ajustarle el cordón de la cintura me asomé a la ventana para ver justo a tiempo cómo mi padre salía galopando a uña de caballo. ¿Adónde iba tan apresurado? No pude más que preguntarle.

—¿Sabéis adónde se marcha su majestad?

La camarera mayor de mi madre, remetiéndome su último pelo alborozado dentro de la toca, me miró con cariño.

—Al monasterio de Santa María de Sisle, para rezar por ella en la más estricta intimidad.

Era lógico, ya que a ninguno de nuestros mayores les gustaba demostrar en público su dolor. Una dura lección que se afanaban en inculcarnos a los pequeños. Dirigiéndose a la puerta, dio paso a los palafreneros y los frailes que afuera esperaban a que terminase para levantar su cuerpo el lecho y colocarlo en el féretro. De inmediato empezó el velatorio.

Me molestó la premura, ya que de nuevo estaba la estancia repleta de gentes sin darme tiempo siquiera a besarla como hubiese deseado, pero viendo cómo manipulaban sus despojos sentí que allí ya no había otra cosa que una muñeca inerte carente de alma. Y pensé que si mi padre se marchaba sin despedirla sería porque de ella allí verdaderamente ya no quedaba nada, sino su último sayo viejo.

Doña Leonor, antes de salir, se dirigió de nuevo a mí:

—Señora, deberíais descansar. Vuestro padre antes de partir ha dispuesto todo

para los funerales y nos espera un largo viaje. —Ante mi expresión de extrañeza se explicó—: Mañana mismo partiremos hacia Granada a enterrarla junto a vuestros bisabuelos los Católicos Reyes. El príncipe Felipe presidirá en el lugar del emperador vuestro padre la comitiva, y aunque no se ha dispuesto nada para vuestra alteza, sé que vuestro hermano agradecerá vuestra compañía.

Asentí sin dudarle.

A las puertas de Fuensalida despedimos a nuestra hermana Juana que a sus tres años era demasiado inocente para estos menesteres. Aun consciente de que probablemente en un futuro apenas recordaría lo que había sido tener una madre, la envidié por ello. Y así, casi sin darnos cuenta, nos pusimos en camino.

Dirigía la comitiva nuestro fiel amigo Francisco de Borja como el caballero mayor de la emperatriz que había sido. Leonor de Castro, su mujer, apenas me soltaba de la mano.

Durante el viaje la primavera nos trajo los primeros días de calor y en los caminos donde los árboles no nos cobijaban con su sombra el lento transitar del cortejo se me hizo eterno.

Hicimos descanso y fonda en Orgaz, Yébenes, Malagón, El Viso, Baeza, Jaén y, por fin, quince días después de su muerte, divisamos Granada. Sentados a sus puertas con Felipe recordé todas aquellas historias que mi madre nos contaba. Cómo mis bisabuelos los Reyes Católicos conquistaron esa ciudad. Lo que para ellos significó tomar el último bastión de aquella Cruzada que durante siglos tuvo a nuestros antepasados en vilo y así, rememorando todas aquellas hazañas, de nuevo sentimos su emoción al imaginar a mi bisabuela Isabel recibiendo la llave de la ciudad de manos del rey Boabdil.

Ese mismo atardecer quisimos que nos llevaran a la majestuosa Alhambra. Aquel palacio moro donde mi madre recordaba con frecuencia haber pasado los meses más felices de su vida y que tanto añoraba.

Los cientos de claveles que ella había hecho plantar en sus paradisiacos jardines se encendieron al ponerse el sol. Era su despedida. Un adiós de paz y bendición a los que nacimos de aquel amor imperial.

A la mañana siguiente nos dispusimos a darle el eterno descanso que se merecía. Allí, en la capilla real recién terminada, nos detuvimos ante los sepulcros de nuestros bisabuelos Isabel y Fernando. A su lado se había dispuesto el enterramiento de mi madre.

Francisco de Borja, con solemnidad y según lo estipulado, procedió a abrir la tapa de su ataúd. Frente a él estaban fray Juan de Toledo, obispo de Burgos; Gaspar Ávalos de la Cueva, arzobispo de Granada; Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, y otros tantos nobles.

Francisco de Borja parecía cansado, pues no se había separado del féretro ni en las horas de sueño, cumpliendo el juramento que le hizo a nuestro padre de jamás dejarla a solas hasta habérsela entregado a los monjes encargados de darle cristiana

sepultura.

Desde mi posición junto a doña Leonor de Castro, tentada estuve de dar un paso adelante, pero la esposa de Francisco de Borja me sujetó. Ella, al ser más alta que yo, sí podía ver el cuerpo de mi madre.

No hizo falta más. La fría expresión de mi hermano Felipe clavada en el centro de aquella caja me hicieron suponer que de ella no debía de quedar nada más que la podredumbre de un cuerpo abandonado por su alma.

Y todas mis sospechas se hicieron evidentes cuando a Francisco de Borja, conteniendo la respiración por el hedor que de allí manaba, se vio obligado a testificar que era la emperatriz la dueña de aquel despojo.

Una lágrima rodó por su marcado pómulos y sus palabras retumbaron en la capilla clavándose para siempre en sus piedras y nuestros corazones.

—¡No puedo jurar que esta sea la emperatriz, pero sí juro que es su cadáver el que aquí pusimos! ¡Juro también no más servir a señor que se me pueda morir!

Dicen que las desgracias no vienen solas y así fue, porque desde la muerte de la emperatriz todas las noticias tenían un tizne de negrura tan oscuro como las vestiduras que portábamos.

El asedio a Castelnuovo había sido un fracaso y los tercios se habían tenido que retirar desistiendo de la eterna ilusión de ver a toda la cristiandad unida contra la herejía. Preocupantes noticias que se engrosaban con las que llegaban de Flandes. En Gante, la ciudad que vio nacer a mi padre, el pueblo, cansado de los impuestos a los que la tía María les venía sometiendo para pagar las deudas de las guerras pasadas, se había alzado en armas contra ella, quien le había escrito pidiendo socorro para amansar los denuedos.

Mi padre, encerrado en su cámara y en su tristeza, apenas reclamaba nuestra presencia. Desde el fallecimiento de la emperatriz se mostraba más irascible y reservado que nunca. Andaba el día entero buscando la soledad, cabizbajo y meditabundo, y precisamente por ello nos extrañó que aquella mañana nos llamase tan temprano.

Acudí junto a Felipe con ilusión. Allí estaba de pie frente a la mesa donde usualmente desplegaba sobre un mapa los barcos, tercios, cañones y construcciones de madera que representaban el campo de batalla en el que estuviese metido. Aquel portulano era el de Montenegro. Era su manera de acompañar a su ejército en la distancia.

Al oírnos entrar sin ni siquiera levantar la vista de aquel desastre recién acontecido, se dirigió a nosotros. El cardenal Tavera le acompañaba.

—Hijos, venid y ayudadme a guardar todo esto en este cofre.

En silencio nos pusimos manos a la obra. Felipe, con el pequeño castillo de Castelnuovo en las manos, intentó animarle:

—Podemos estar orgullosos una vez más de nuestros valerosos hombres que aun siendo tan solo tres mil no dudaron en dar su vida por el imperio enfrentándose a los cincuenta mil turcos de Barbarroja. —Suspiró, cerrando el cofre y plegando el mapa—. Este episodio cerrado queda, hijos míos. Ahora debemos seguir con otros negocios. Os he llamado para informaros de que pronto partiré hacia Flandes y de cómo han de quedar las cosas en las Españas en mi ausencia. —Felipe le miró expectante—. Vos, hijo mío, asumiréis la regencia junto a su eminencia. No hay en nadie que más confíe. Él sabrá cómo educaros y gobernará como es menester, al menos hasta que podáis asumir solo estas responsabilidades. —El cardenal Tavera bajó la cabeza aceptando el cargo. Prosiguió, fijando en mí la mirada—: Para ti, María, tengo otros destinos. Esta vez tomaré el camino más corto cruzando por Francia. Francisco y vuestra tía Leonor me han invitado a París y he decidido aceptar, pese a los peligros que ello pueda entrañar, para afianzar, de una vez por todas, la paz que ahora tenemos los dos. Para ello, entre otras cosas, he decidido proponerle vuestro matrimonio con el duque de Orleans. No podrá negarse, ya que he dispuesto daros en dote los Países Bajos, el Franco Condado y los territorios de Charlais. Así, el día que contraigáis matrimonio, tendréis vuestro propio reino por fin en paz, ya que es de suponer que el Delfín, cuando herede la corona de su padre, nunca se alzarán en armas contra su hermano.

Incapaz de contradecirle solo pensé en lo larga que nos fiaba su vuelta. Felipe a sus trece años tardaría aún mucho en cumplir la mayoría, yo a mis once aún más en poder estar capacitada para contraer matrimonio, y Juana... Para nuestra hermana pequeña no había dispuesto nada quizá porque a sus cuatro años y al cuidado de Leonor Mascareñas la veía aún demasiado pàrvula.

Comprendí entonces el dolor que mi madre debió de sentir cada vez que le despedía sin tener fecha de regreso y en cómo ella nos reconoció pocos días antes de morir que lo único que sentía era no haber compartido más vida con mi padre, pues de los trece años que había durado su matrimonio apenas llegó a pasar la mitad a su lado. Aun teniéndole presente, le empecé a echar de menos. Abrazándole, asumí mis designios sin rechistar.

El día que lo vi partir todo vestido de negro y tan solo con el collar del Toisón engalanando sus vestiduras, un nudo se me hizo en el estómago. No lo pude evitar, pero aquella sensación de desabrimiento que sentí el día que madre murió de nuevo me mordía las entrañas.

¿Y si nunca más le volvíamos a ver? ¿Cómo podía dirigirse a esa tierra tantos años enemiga con semejante tranquilidad? Según lo que había oído a mis mayores, el rey Francisco no era precisamente un dechado de virtudes. Orgullosa, de poca palabra y honor, vanidosa, déspota, mentiroso... ¿Cómo podía su majestad confiar en semejante hombre? ¿Y si aprovechando que mi padre aceptaba su invitación le tendía

una trampa en su propio reino? Y si... pasados los días nos enterábamos de que aquel que ahora fingía ser su amigo después de media vida siendo lo contrario decidía apresarle para vengar el tiempo que él y después sus hijos estuvieron presos en las Españas.

Doña Leonor de Castro intentó apaciguarme achacando mis desasosiegos al miedo que toda niña tiene a la orfandad. Algo de razón debía de tener porque desde entonces un lazo protector me unió con la pequeña Juana. Muy probablemente porque no deseaba para ella lo que yo estaba padeciendo y como su hermana mayor que era debía protegerla. Se me pasó cuando a las pocas semanas llegó un billete de nuestro padre.

En Francia le habían recibido con los brazos abiertos. Allí todo era pompa, boato, dispendio y divertimento entre cacerías, recepciones y bailes y él se dejaba agasajar con gusto. Tanto, que, según Tavera, su estancia allí se prolongaba sin razón y parecía estar olvidando la urgencia con la que su hermana María y su prima Cristina de Dinamarca le esperaban.

El cardenal se mostró satisfecho el día que por fin supimos de su llegada a Gante cinco días antes de su cumpleaños.

En menos de una semana puso en orden aquella ciudad que la tía María de Hungría no había podido apaciguar a solas. Y así, entre las celebraciones de su cuarenta cumpleaños en la misma tierra que lo vio nacer y los ejemplares castigos a los declarados en rebeldía, disfrutó de la compañía de su hermana y nuestra prima Cristina de Dinamarca.

No le debió de resultar difícil amansar los envilecidos denuedos del pueblo, dado el poder que de su séquito emanaba. Según nos contaba en sus cartas, entró en Gante escoltado por cinco mil mercenarios alemanes. Los justos y necesarios, según el emperador, para con su mera presencia intimidar a todos los rebeldes que en las calles se habían hacinado con la intención de abuchearle. Ni que decir tiene que se tragaron sus gritos.

Tres días después, acompañado por la vilipendiada tía María y sentado en el salón del trono, se dispuso a impartir justicia y ajusticiar a los cabecillas de los alzamientos. Padre comenzó despojándoles por su ignominiosa conducta de todos los privilegios, libertades y del escudo de armas que años antes él mismo les había otorgado.

Era tanto su enojo que de nada sirvió que algunos individualmente se adelantasen a pedir clemencia porque estaba dispuesto a ser tajante en los castigos ejemplares que impondría a los culpables de aquel imperdonable delito de sedición.

A los pocos días, estos mismos, viendo su voluntad inquebrantable, desde el más humilde al más poderoso, se presentaron en palacio dispuestos a rendirle pleitesía. Según las cuentas de la tía María, debían de ser unos cuatrocientos, por lo que tuvieron que levantar un estrado en el patio donde colocaron sendos tronos.

Como símbolo de arrepentimiento, los rebeldes aparecieron vestidos de luto, descalzos y descubiertos a excepción de los cincuenta acusados que únicamente iban

vestidos con camisa y con una soga en el cuello. La horda se hincó de rodillas apenas aparecieron mi padre y mi tía, y así, ante los aullidos de «¡Misericordia! ¡Misericordia!», padre fue clemente y acabó por perdonarles, siempre y cuando jurasen nunca más traicionar a la tía María, porque, de no cumplir, la villa entera desaparecería bajo sus armas.

Felipe le admiraba al oír hablar al cardenal de nuestro padre y soñaba con ser al crecer igual que él. Yo, por otro lado, sabía de estas sus andanzas por las cartas que mi tocaya, la tía María, le mandaba confidencialmente y con otro tono más manso a doña Leonor de Castro para saber de nosotros, a la par que entre líneas le hablaba del verdadero sentir del nuestro padre.

La alegría con la que había llegado de Francia se había ido esfumando con el transcurso de los días y los problemas acaecidos. Se mostraba esquivo y adusto y el recuerdo de nuestra difunta madre le asaltaba por las noches.

Y así llegó el día en que, con suma preocupación, la tía María, una vez apaciguados los ánimos en su contra, le despidió.

Padre se iba a Ratisbona a convocar una segunda dieta para intentar de nuevo una concordia entre los católicos y los luteranos, a pesar de que hacía nueve años había fracasado en el intento.

La tía María sabía que no sería fácil. Se lo advirtió, pero él, tozudo como nadie, se empeñó en intentarlo de nuevo. El desenlace resultó ser otra dolorosa frustración. ¿Cómo era posible no llegar a un entendimiento teniendo, al fin y al cabo, al mismo Dios? Aquella nueva herida en el alma le sumió en un entristecimiento que no tardó en contagiar a su ya de por sí maltrecho cuerpo en forma de otro insoportable ataque de gota, varios catarros y fiebres periódicas. Postrado en la cama, tenía tiempo para escribirnos y lo hacía con asiduidad, sobre todo a Felipe.

El frío invierno se le había metido en el cuerpo como una gélida daga que notaba pinchada hasta en los huesos, entumeciéndole e hinchándole todos los miembros. A pesar de las pocas fuerzas que tenía, su sorprendente resolución para querer seguir bregando con luteranos, franceses, turcos o la blandura de cualquier Santo Padre que no le apoyase no cejaba.

Le echábamos de menos y nos desesperábamos sobremanera al comprobar cómo, dejando un frente, inmediatamente buscaba otro en el que embarcarse. Esta vez las noticias de las victorias de Andrea Doria en el Mediterráneo y del almirante Bernardino de Mendoza en Alborán contra los argelinos, con la consecuente liberación de miles de galeotes cristianos de sus cadenas, le animaban a reanudar su particular Cruzada contra el turco tomando de una vez por todas Argel. Y así se embarcó con sus hombres después de trazar una estrategia.

Nosotros, mientras, tendríamos que seguir esperándole y rezando para que retornase vivo a nuestro lado. Ni siquiera se tomaba un tiempo de descanso. En Castilla muchos se enojaron ante esta nueva decisión de mi padre el emperador por no regresar ya, pero, para mí, aquella no era otra cosa sino una demostración más de

las dos virtudes que mejor le definían: el tesón y la constancia. Un ejemplo que todos aprendimos de él desde niños.

Y así, mientras aquello sucedía en la vida de nuestro padre que era la nuestra misma, recordé sus últimos mandatos antes de marcharse de España. Esperé pacientemente la orden que me obligaría a partir, como mi tía Leonor lo hizo en su día, hacia la corte francesa para cumplir con mi débito matrimonial, pero este nunca llegó porque, al final, el rey Francisco, veleta donde los hubiese, rechazó mi matrimonio con su hijo el duque de Orleans.

Aquel ambicioso prefería poner su bota de nuevo sobre el Milanesado a procurar una paz duradera entre el imperio y sus reinos. ¿Sería esto el inicio de otra guerra? ¿Cómo pudo agasajar de semejante modo a mi padre un día para decepcionarle tanto a los pocos meses? Estaba claro que la eterna búsqueda de la paz de mi señor padre de nuevo se estaba viendo frustrada por los caprichos de aquel vanidoso. En el fondo me alegré, pero esto es parte de lo que ha de quedar en el más estricto secreto, pues aún me veía muy joven para el casorio.

La tempestad que lo trajo de regreso al hogar



Sigue hablando María de Austria, hija de Carlos

Ocaña, diciembre de 1541

Nuestra sorpresa fue mayúscula cuando aquel emisario llegó a Valladolid para decirnos que el emperador había desembarcado en Cartagena. Un fuerte temporal le había obligado a desistir del asedio contra los argelinos en parte porque la escuadra, sorprendida por un temporal, se había disgregado perdiéndose unos barcos de los otros y la estrategia se vio frustrada.

Y así, el barco en el que él estaba puso rumbo hacia Palma de Mallorca primero, San Antonio en Ibiza después y, al ver que no avistaban más embarcaciones aliadas, desistieron de su viaje dándolo por finalizado en Cartagena. ¡Bendita tormenta que nos lo traía de vuelta como a un náufrago sin rumbo cierto!

Temí en un primer momento que aquello le hubiese afectado sobremanera dado que era la tercera vez en su vida que se había visto obligado a desistir de su santa Cruzada, pero mis temores se disiparon en cuanto le vimos llegar a Ocaña.

Como cuando madre vivía y a pesar de los achaques, había cabalgado a uña de caballo para reencontrarse con nosotros. Abrazó primero a Felipe, al que habiéndole dejado zagal, ahora se le presentaba como un joven hombre, pelusa en su faz y una voz mucho más grave que la que él pudiese recordar.

Conmigo le debió de suceder algo parecido, pues en su ausencia yo también había dejado de ser niña para convertirme en mujer. Y por último Juana por primera vez en su vida fue capaz de reverenciarle sin que nadie se lo indicase. Como nosotros, también había crecido mucho. Estaba ilusionada porque serían las primeras Navidades que celebraría junto al emperador nuestro padre siendo verdaderamente consciente de ello.

Habían pasado más de dos años desde nuestra despedida y todos, ávidos de su compañía, le demostramos, cada uno a su manera, lo que le habíamos echado de menos.

Pasada la Natividad del Señor y el nacimiento del nuevo año nos pusimos en marcha para ir a visitar a nuestra abuela el día de los Reyes Magos. Fueron unas Navidades hermosas. Los caminos castellanos cuajados de blanca nieve nos escoltaron hasta Tordesillas. Junto a ella pasamos cuatro días. Los justos para que ella, tan acostumbrada la soledad como estaba, pudiese hacerse a nuestra bulliciosa presencia. Días en los que padre aprovechó para darle nuevas noticias del resto de sus hijos. Aquellos que tan lejos estaban de nuevo. Le habló de Leonor, compadeciéndola por haberla casado con Francisco ahora que de nuevo se rompían las relaciones diplomáticas después de haberme rechazado como nuera. De María y de la fantástica gobernadora que era de los Países Bajos y por último de Fernando, al que había visto unos días en su último viaje. De Catalina apenas pudo contarle nada por estar esta en Portugal y ser la única hermana con la que no se había encontrado en su último viaje.

Ella le escuchó atenta y callada. Había envejecido y, sin embargo, por alguna extraña razón, la tersura de su piel disimulaba a la perfección los surcos de sus arrugas. Todo en ella era albor. El iris de sus ojos, el tono de su piel y el mechón que se le escapaba de la prieta toca refulgían blancura.

Fue nuestra más calma parada ya que, como siempre que seguíamos a padre, la trashumancia no tardó en imponerse. De Tordesillas a Valladolid y de allí al alcázar de Madrid. Allí paramos por un tiempo, pues padre disfrutaba en sus campos cazando junto a Felipe por las mañanas y parlamentando con nosotras al anochecer y al calor de la lumbre.

La experiencia nos había enseñado que, teniendo todo lo que pudiésemos desear, el mejor tesoro del que podíamos disfrutar era un segundo al lado de nuestro padre. Ese padre que hoy estaba y que mañana desaparecía para regresar sabía solo Dios cuándo.

Aquella tarde de lluvia, de nuevo nos puso en jaque. Con aire circunspecto, sentado frente a un reloj que previamente había desarmado sobre la mesa nos dio la noticia incapaz siquiera de mirarnos a la cara. Quizá por no ver en nuestros rostros la misma desesperación que mi madre le demostraba en cada una de sus partidas.

—El tiempo pasa y solo Dios parece darse cuenta de que estoy cansado, de que la gota me mata y de que apenas puedo ya con el peso de mi cuerpo, pero de nuevo el imperio me reclama y no puedo defraudarlo mientras mis piernas me sostengan y mi sesera acompañe.

Sabía que, si se marchaba entonces, con toda probabilidad a su regreso yo ya no estaría, pues, después de frustrarse mi matrimonio con el duque de Orleans, estaban barajando otras probabilidades. Así que solo me quedaba la satisfacción de disfrutar a

su lado el tiempo que permaneciese aún en las Españas.

—¿Cuándo? —le pregunté, después de tragar saliva.

—Lo cierto es que no lo sé —me contestó, sin levantar la vista de la maquinaria y con los anteojos sobre la punta de la nariz—. Quizá pueda prolongar un año y medio. Todo depende de cuánto tarde vuestro tío Francisco en declararnos la guerra de nuevo.

Por fin alzó la mirada del reloj al ver que me acercaba a tomar una de las curiosas piezas para examinarla. Al quitármela de entre los dedos y sentir su contacto no pude evitar tomar su mano entre las mías y besársela lentamente. Él correspondió acariciándome el anverso, algo que me estremeció, pues no era amigo de demostrar sus afectos.

—Sea lo que sea, María, quiero que sepáis que, como vos, yo también ardo en deseos de aprovechar al máximo el tiempo que nos quede juntos.

Sonreí con sarcasmo.

—Padre, en verdad debéis de estar envejeciendo porque no imagino en vuestra boca semejantes lisonjas. ¡Si suenan a palabras de amor entre amantes!

—¿Y es que no es tan puro ese amor como el de un padre por su hija mayor? —replicó, esbozando una sonrisa.

Así como estaba sentado con la pierna en alto me puse a sus espaldas para abrazarle fuertemente durante un breve instante. Su aroma me penetró hasta el alma. ¿Qué nos sucedía? Quizá estábamos tan acostumbrados a ocultar nuestros sentimientos en público que estábamos olvidando cómo demostrarlos en privado. Azarada por haberme dejado llevar por mis instintos más animales, miré a Felipe con la esperanza de que aquella escena hubiese pasado desapercibida para él. No fue así. Allí estaba con la mirada clavada en nosotros. Su frialdad a veces me estremecía. Aquel observar si no se parecía al que demostró al abrir el ataúd de nuestra madre tres años antes en Granada, se le acercaba. Padre, percatándose de ello, me separó los brazos de su cuello.

—¿Y vos, Felipe, qué pensáis de todo ello?

—No pienso, padre. Tan solo intento aprender todo lo que puedo de nuestro pasado —contestó sin dudar—, estudio el proceder de los hombres en cada momento de su historia e intento aprender de sus errores para jamás tropezar en la misma piedra. Y así, siendo práctico, os pregunto: ¿adelantareis mi mayoría de edad?

—Veo con satisfacción que sois vos el que os anticipáis a mis dictámenes con acierto —replicó mi padre, complacido—, pues es cierto que esta vez cuando marche no ha de quedar más regente que vos en las Españas. ¿Os sentís capacitado a vuestros quince años?

—No más que vuestra majestad cuando a la misma edad que yo tengo ahora vuestro abuelo Maximiliano os otorgó la mayoría de edad y os hizo regente de los Países Bajos —contestó con rapidez.

Sonrió, comprobando que Felipe se había aprendido la lección.

—Yo tenía a mi tía Margarita para asistirme. ¿Vos, aparte de en Tavera que bien os hizo de tutor en mi última ausencia, en quién confiáis? Antes de contestarme, tened en cuenta que las voluntades de muchos de los que nos rodean son cambiantes y que nunca, por muy bien que os hayan servido antes, debéis de delegar ciegamente en nadie.

—Me pedís que desconfíe.

—Nunca, porque las desconfianzas son como los celos o las envidias, que acaban volviéndose contra quien las padece. No, Felipe, simplemente os hago partícipe de mi experiencia y esta me enseñó de joven que mi voluntad por aquel entonces era más voluble que la que ahora me asiste, algo que alguno de mis consejeros de entonces aprovechó en su beneficio y eso no quiero que le pase a ninguno de mis hijos. Uno en especial me viene ahora la mente, pero prefiero no mentar su nombre, ya que, queriéndome apasionadamente ayudar, casi logró hundirme.

Felipe no pudo contenerse.

—¿Habláis de Chièvres?

Padre sonrió.

—El nombre no importa, sino la calidad de quien lo porta. Buen trabajo ha hecho Tavera hablándoos de mi vida. Las páginas de la historia de este emperador ya casi están concluidas. A partir de ahora, hijo mío, seréis vos quien empiece a alimentar con hazañas los legajos de las futuras crónicas. Y como bien sabéis, vuestro primer deber será consolidar la sucesión de la corona que un día portareis. Por eso he pensado que, capacitado como estáis, deberíais desposaros.

Agradecí no ser yo el centro de la mirada de tal propósito, aunque sabía que su idea de casarme con Orleans aún no estaba desechada completamente porque él mismo me había hecho ver que mi persona sería un verdadero tesoro a la hora de pactar esa tan soñada como imposible alianza con Francia.

Prosiguió hablando con Felipe sin andarse por las ramas.

—¿Qué os parecería desposar a María Manuela, la hija mayor de vuestros tíos, los reyes de Portugal?

Felipe se limitó a hacer un breve recuento.

—No sé por qué no me extraña vuestra elección. Supongo que para seguir con la tradición y porque el afán de conseguir algún día la unidad de toda la península ibérica bajo una misma testa coronada no cesa. —Alzó la mano para empezar a contar —: Hasta donde llega mi memoria, primero mi tatarabuelo Juan II casó con una princesa portuguesa, después la bisabuela Isabel, no conforme con casar su hija mayor con el rey Manuel y viendo frustrada su ilusión después de su muerte y la del pequeño Miguel, insistió casando al viudo con otra de sus hijas y esta resultó ser nuestra abuela María, la madre de madre; y una vez difunta esta, vos mismo quisisteis para el dos veces viudo, que de nuevo matrimoniase con nosotros mandando a la tía Leonor a Portugal. Después de todo esto, quisisteis aún más sellar la alianza entre nuestros reinos y vos mismo accedisteis a casaros con nuestra madre, aun estando

garantizada esta unión por el matrimonio de la tía Catalina con el tío Juan de Portugal. Después de cinco generaciones entrelazados, las sangres de los Avis, Trastámara y Austrias deben de haberse fundido como el plomo en nuestros cuerpos y... ¿Aún no es suficiente? Si he de cumplir con ello, lo haré con gusto porque la princesa María Manuela, aunque no la conozco al ser prima hermana por mil veces, debe ser como mi hermana.

—Os gustará, Felipe —aseguró padre con una sonrisa—, y Dios quiera que la queráis como yo quise a vuestra madre porque dicen que siendo hija de vuestros tíos Catalina y Juan se parece como una gota de agua a Isabel.

Felipe, mirando al cuadro de madre que Tiziano había pintado por encargo de nuestro padre, bajó la cabeza.

—Si eso es verdad, no necesito de cuadros que me lo demuestren, pues no dudo de su belleza.

Cerrado este punto, mi padre prosiguió, haciéndonos partícipes de todos sus desvelos antes de partir:

—Francisco nos acosa por los cuatro costados y pronto tendrá que atenerse a las consecuencias. Por eso entre otras muchas cosas he decidido partir de nuevo a ponerle en su lugar. Como de nuevo me veré obligado a tirar de las arcas del tesoro para costear los gastos que esta nueva batalla me demande y espero, Felipe, que, como vuestra madre hizo en su momento, sepáis rascar de los empobrecidos fondos de la Hacienda sin empeñaros en demasía. Parece un milagro difícil, pero dejaos aconsejar por nuestros contables y lo conseguiréis. Os dejo a Tavera para todo lo general, a Cobos para la Hacienda y a Zúñiga y al duque de Alba para la defensa de estos reinos.

Felipe, amante como siempre lo fue más de las letras que de los números, simplemente se limitó a asentir.

—¿Algo más?

Mi hermano, lejos de sentirse agobiado por tantos dictámenes, parecía ávido de ellos. Disfrutaba de la confianza que nuestro padre parecía estar depositando en él y por nada del mundo quería defraudarle.

—Ante todo, habéis de centraros en ser católico y justo. Procurad la paz, pero jamás dando tregua a la herejía. La Santa Inquisición os ayudará a mantener el orden, pero nunca olvidéis que habréis de ser vos principalmente el que administre justicia sin olvidar nunca la misericordia. Haced de la justicia y la misericordia vuestras mejores virtudes y no permitáis que la desidia en su administración las torne viciadas. Guardaos siempre de la furia, porque esta jamás trae nada bueno. Guardaos también de los locos, los aduladores, las tentaciones, las lujurias y de todo daño, porque, hijo mío, solo os tengo a vos como varón que me pueda suceder y dudo mucho que a estas alturas de la vida Dios me agracie con otro.

Nunca habíamos escuchado de su boca manar tanta sinceridad, y aunque aquellas palabras iban dirigidas a mi hermano, yo las escuché como si fuesen para ambos.

Quedamos en silencio intentando memorizar todo aquello como si de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia se tratasen al mismo tiempo que él parecía estar concentrado en qué se le podía estar olvidando. Finalmente nos despidió con una última confesión:

—Parto así, hijos míos, hacia la que será mi cuarta guerra contra Francisco y hoy os digo que, como siempre, voy temeroso, no solo por el hecho de que podría perder la vida, también porque podría perder la honra, y eso es algo que un rey jamás ha de poner en riesgo.

Incapaces de despedirle allí mismo, a principios de marzo de 1543, le acompañamos desde Madrid a Alcalá de Henares y de allí a Navarra y a las Cortes de Monzón, pues ante todo no quería marcharse sin que Aragón, Barcelona y Valencia hubiesen reconocido a Felipe como su heredero.

Embarcó en Barcelona con rumbo a Génova y la esperanza grabada en el corazón de terminar pronto la contienda y poderse reunir después con su hermana María en Bruselas.

A mediados de julio comenzó la guerra. Su santidad el papa Paulo III intentó evitar lo inevitable convocando un concilio en Trento, pero Francisco rehusó y nada pudo hacer el Santo Padre para detener esta nueva contienda en la que los reinos cristianos alzaban de nuevo sus armas unos contra otros. Las noticias eran alarmantes, pues un infiltrado en la corte parisina nos alertaba de que Francisco estaba pensando en atacar al imperio por tres flancos a la vez.

Felipe se esmeraba en llevar una estrategia sobre un plano de media Europa parecido al que padre solía desplegar en estos casos, y así fuimos colocando las pequeñas piezas de madera sobre los lugares más álgidos.

Sobre las Españas quedaban el duque de Alba defendiéndose contra las tropas del Delfín. El condestable de Castilla en la frontera de Fuenterrabía y por último el marqués del Vasto en la defensa de Milán.

Los soldados que más movíamos eran los que avanzaban junto a nuestro padre. Estos cambiaban de posición según las noticias que nos iban llegando. Encabezándolos siempre colocábamos a nuestro glorioso general de los tercios viejos, don Diego Hurtado de Mendoza. Tras él desfilaba un grueso de cuarenta y cinco mil hombres de a pie y casi siete mil de a caballo.

Viéndolos allí, sobre el plano, portando cada uno su diminuto estandarte, ya fuese italiano, español y alemán, flamenco y valón, me fue imposible no imaginar a ese conclave de hombres tan dispares en lenguas y costumbres reunidos por las noches alrededor de las hogueras de sus campamentos y luchando codo con codo por el imperio en los días que tocaba ataque.

Su primera victoria la dibujamos sobre los territorios del duque de Clèves por haberse este aliado con el rey francés anteriormente. Ni que decir tiene que lo

plancharon inclinando la balanza a nuestro favor después de que los enemigos hubiesen tomado Luxemburgo por estar este desprotegido.

Eran las piezas que más movíamos sobre ese mapa de batallas, pues tenían como objetivo ir despejando el camino de nuestro padre el emperador hasta Innsbruck. Allí mi padre pensaba reunirse con su hermano Fernando, al que hacía más de una década que no veía y aprovechando su reencuentro conocería a sus hijos. Nunca supuse entonces que de aquella entrevista saldría mi futuro marido.

Felipe mientras, y a la espera de que nuestra prima María Manuela viniese a casarse con él, se afanaba en pedir recursos para la guerra. Y fue tan grande la ofensa de los franceses y el temor que tuvieron a que invadiesen las Españas que, por primera vez en las cortes de unos reinos y otros, nadie planteó un solo impedimento a las demandas de mi hermano para socorrer al emperador nuestro padre.

Era la primera oportunidad que le daba padre para demostrar que en un futuro sería un gran rey y no le defraudaba en absoluto, porque las victorias se sucedían una tras otra y llegó el día en que a nuestro ejército imperial no le quedaba otro objetivo más glorioso que la toma de París.

Padre, cansado de confiar durante casi toda su vida en aquel rey que tantas veces había faltado a su palabra, por primera vez ardía en deseos de darle su merecido escarmiento.

La mil veces prima



Sigue hablando María de Austria, hija de Carlos

Badajoz, septiembre de 1543

Felipe, sujeto a despachos diarios, me pidió que fuese a recibir a la infanta María Manuela en su nombre. No era tan extraño ya que, aunque un poco mayor que yo, era la prima que más se acercaba en edad a la mía, y pensó que las dos nos llevaríamos bien.

El matrimonio entre ellos, tras haber otorgado las debidas dispensas del Santo Padre, ya se había celebrado hacía cuatro meses por poderes en casa de nuestro embajador Luis Sarmiento de Mendoza en Almeirim, y ahora llegaba la hora de que María Manuela, recién cumplidos los dieciséis años, por fin conociese y consumase con Felipe. Un momento del que mi padre, a pesar de la distancia, también se había preocupado mandando sus particulares dictámenes a Felipe para afrontarlo.

Lo único que él me comentó sobre ello era que padre le había aconsejado medir con mesura sus futuros contactos con María Manuela, pues su edad, con toda seguridad, le impulsaría al abuso.

No imaginé yo a mi hermano tan efusivo, pero lo cierto es que el temor existía y mi padre ya se lo había dejado claro cuando partió la última vez. Recordé sus palabras: «No bien hayáis consumado el matrimonio, que os apartéis al menor impedimento, y que dejéis de visitar a vuestra esposa desde ese momento, y cuando volváis a ella que sea por breve tiempo».

De camino hacia Badajoz disfruté regodeándome en los mil y un colores de las hojas que a punto de languidecer teñían los bosques otoñales y así, desde mi carroza, pensé de nuevo en mi madre y en cómo ella, muchos años antes, debió de sentirse la primera vez que viajó a España para casarse con mi padre. María Manuela debía de

estar padeciendo similares incertidumbres, ilusiones y sentimientos.

Sabía que atrás quedaban los preparativos de su boda en Salamanca. Pero no le hablaría a la novia de ello hasta que ella misma me lo preguntase. Agradecí durante esos días la compañía de Juan Martínez de Silíceo, obispo de Cartagena y antiguo maestro de mi hermano Felipe, que se encargaba con diligencia tanto de supervisar el lento tránsito de nuestro cortejo, como de calmar mi ansiedad cuando alguna de las acémilas se quedaba atorada en el embarrado camino obligándonos a parar tal y como ahora sucedía.

Apartando los cortinajes, salí para estirar las piernas. Atrás dejé que mi vista se perdiese en el sendero hasta el siguiente recodo. Como yo, muchos nobles, reposteros, pajes, escuderos y sirvientes aprovechaban el contratiempo para romper filas y descansar.

Para los pastores y campesinos que por allí paraban, ver el prado tan repentinamente salpicado de ricas libreas, tocados y plumas debía de ser todo un acontecimiento. Si la parada se prolongaba, los cocineros no perdían la oportunidad para encender una hoguera y calentar en los peroles las setecientas raciones que darían fuerzas a los de a pie a la hora de continuar.

Felipe se había empeñado en que María Manuela se sintiese fascinada por la fastuosidad de nuestra corte desde el mismo momento en que posase el pie en Castilla, y sin duda lo conseguiría.

A pocas leguas de Badajoz se unió a nosotros el duque de Medina Sidonia dispuesto a ofrecernos su casa y aposento en la ciudad. Venía con un sayo de terciopelo negro, un capote negro acuchillado de terciopelo y un chapeo, y sobre su pecho refulgía una medalla con un gran rubí.

Noble grande y generoso donde los hubiese, no solo no puso ningún reparo en gastar diariamente los seiscientos ducados que nuestra manutención demandaría, sino que también quiso recibimos con la misma pompa que hubiese ofrecido a mi padre.

A nuestra llegada todos sus sirvientes, incluidos ocho hombres que había traído de las Indias, vestidos todos con sus mejores libreas y sus armas bordadas en oro sobre sus pecheras, nos esperaban formados a ambos lados de la puerta principal.

Al entrar no pude evitar detenerme ante estos últimos, porque, como los más exóticos de todos, les habían ordenado portar los escudos de plata con las armas de los duques grabados en ellos.

La música comenzó a sonar según cruzamos el zaguán y no cesó durante todo el tiempo que allí paramos, excepto en las horas de sueño y en algún otro momento que así lo demandaba para dar paso a los chascarrillos, historias y bromas de los tres juglares y el enano que, con un gracejo inusitado, no cejaban en su intento por amenizarnos la espera.

Por desgracia, a mediados de octubre, llegó el emisario que nos informaba de la inminente llegada de mi prima María Manuela a Elvas. Con cierta pereza tuvimos que dar por finalizados los festejos y divertimentos para ir a recibirla en la frontera.

Cuando apareció frente al puente que cruzaba el río Caya y la vi por primera vez pensé que ciertamente, sin ser tan bella, bien podría haber sido hermana de mi madre por su parecido. Blanca de tez, ojos almendrados, rubios cabellos y una abierta sonrisa que gustaría a mi hermano Felipe.

Teníamos tantos parientes en común, que a lo largo del mes que duró el viaje a Salamanca y mientras los embajadores del rey portugués peleaban por cuestiones de protocolo con los nuestros, no nos fue difícil intimar con animadas conversaciones que más que entre dos primas desconocidas igual pudiesen haber surgido entre dos hermanas. De algo había de servir tener sangres tan parecidas.

A pocas leguas de Salamanca, paseando junto a ella por las calles de Aldea Nueva, me contaba cómo su madre, mi tía Catalina, le había aconsejado, entre otras muchas cosas, no dejarse nunca embriagar por los celos e intentar imitar en todo lo que fuese posible a nuestra madre la emperatriz para así enamorar a Felipe.

Yo, por mi parte, le hablaba de él precisamente cuando pareciome verle atisbando desde una ventana de la posada. Pensé que mi imaginación me traicionaba, pero aquella misma noche, cuando me retiraba a mi cámara, topé con él por los pasillos de aquella posada. Me chistó de inmediato.

—No digáis nada, hermana.

Sonreí.

—¡Mucho os ha debido de gustar el retrato que de ella os mandaron cuando no habéis podido esperar a verla en Salamanca!

Volvió a chistar.

—No me delatéis antes de mañana, que es cuando la quiero sorprender.

Y así desapareció entre las sombras de la noche. Aquello vino a ser un alegre recuerdo de nuestros juegos de infancia ahora que tan olvidados los teníamos estando como estábamos siempre tan sujetos a los dictámenes que nuestro padre se afanaba en mandarnos aun estando tan ausente.

Me costó no decirle nada a María Manuela, pero conseguí guardar el secreto hasta que, a la mañana siguiente, Felipe apareció ante ella de improviso. A nadie le pasó desapercibido cómo se atrajeron desde el primer momento, y así me fui retirando con discreción para dejarles su propio espacio hasta que por fin llegamos a Salamanca. Aquella ciudad universitaria por excelencia ardía en festejos y tuvo la novia que pasar bajo varios arcos triunfales de paño y plata.

El 15 de noviembre, viéndolos allí, en el altar de la catedral, frente al arzobispo de Toledo casándose, pensé en que a mí no me podría quedar demasiado para encontrarme en el mismo trance, pero... ¿con quién? El duque de Orleans, dada la guerra que ahora manteníamos, a buen seguro que no sería. Recé a Dios para que mi padre eligiese a alguien tan digno para el amor como lo fue mi madre para él o ahora lo era María Manuela para mi hermano Felipe.

La noche de bodas, como había ordenado mi señor padre, Zúñiga interrumpió ese primer yacer de los novios después de haberlos dejado holgar a gusto durante dos horas. Era el tiempo que este estimó necesario para la necesaria consumación del matrimonio. A sabiendas de que esto ocurriría, le seguí discretamente, pues la curiosidad me impulsaba a ver la cara de mi hermano en este más que incómodo trance.

Despeinado y a medio vestir, su desgana se hacía palpable. Era lógico porque nadie alcanzábamos a entender las verdaderas razones de nuestro padre para entrecortar aquel deber sacro indispensable para dar otro heredero a la corona.

Sin saber con quién más comentarlo y siendo un asunto de tanta intimidad, vino a mí a desquitarse de su mal humor.

—No lo entiendo, María. Para un deber placentero que tengo, no me dejan disfrutar de él como sería menester. ¿Es que no será para padre el hombre más feliz del mundo el día que María Manuela para otro varón? ¿No dice siempre que me he de cuidar porque soy el único que tiene? ¡Pues que me deje hacer en paz ahora que puedo solucionar este problema!

Zúñiga tenía razón, le conocía como nadie por ser su más fiel consejero y sabía que el ímpetu de sus primeras relaciones sería difícil de apaciguar. Intenté tranquilizarlo.

—Recordad que es precisamente por vuestra salud por la que vela nuestro padre. Conoce a los hombres y a las mujeres de nuestra familia y sus ímpetus en el yacer son de sobra comentados. Solo hace falta leer las crónicas de los que pasaron la noche de boda cerca de ellos y aprender a no cometer los mismos errores. Recordad al hermano de nuestra abuelas, el Príncipe de Asturias, que murió mozo según algunos, por abusar en demasía del sexo con la tía abuela Margarita. O... imaginad los ardientes encuentros de nuestra abuela Juana con nuestro abuelo Felipe que dicen que por su parte el débito acabó tornándose en una obsesión.

—No es lo mismo —objetó—. ¿O es que a padre alguien le negó este placer la noche de bodas?

—Él, cuando se desposó, tenía ya veintiséis años —repliqué, haciendo memoria—, vos tan solo habéis cumplido los dieciséis. Confiad en su experiencia porque de lo que estoy segura es que nada malo para vos quiere.

—No es por eso, María —objetó de nuevo—. ¿O es que olvidáis que antes de holgar con nuestra madre tuvo cuatro bastardas? ¿Con cuántas holgó en su mocedad si hasta a cuatro llegó a preñar? Y, que sepamos, aquello no mermó en nada su salud. Él pecaba, yo en cambio tan solo pretendo yacer con quien Dios me dio por esposa. No le excuséis, hermana, porque ¡él mejor que nadie sabe de este fuego que arde en un varón a mi edad y sin embargo me pide un nuevo sacrificio!

Pegó un golpe sobre la mesa. Me asusté. No era propio de él perder la compostura

de semejante manera y apenas me quedaban ideas en la sesera para seguir excusando a nuestro padre.

—No sé, Felipe —susurré—. ¿Habéis pensado que quizá lo haga por eso mismo? ¿Quizá porque sabe que estos ardientes deseos en demasía pueden afectaros de tal modo que incluso lleguéis a olvidar otros asuntos de Estado más importantes? Dicen que es eso lo que le ocurrió a él mismo cuando yacía con Germana y que a punto estuvo de cometer varios desatinos.

Respiró hondo, intentando recuperar la compostura.

—Quizá. Pero aun así espero que me dejen demostrar al menos que yo no soy padre. Y quizá vos, con esa dulzura que os caracteriza, consigáis que Zúñiga desoiga sus mandatos por una vez.

Su voz sonó a nuestra espalda.

—No será necesario que pongáis a la señora en tal compromiso porque acabo de escribir al emperador expresándole mi opinión al respecto.

No sabíamos hasta dónde había escuchado nuestra conversación, pero estaba claro que sabía de qué hablábamos. Felipe, después de dirigirle una agria mirada por la intromisión, le preguntó:

—Decidme, pues, qué es lo que le habéis dicho para convencerle.

Zúñiga fue explícito.

—Que sinceramente pareceme que apartándolos algún tiempo por la noche y guardándolos siempre por el día, estaréis mejor que tan alejados, pues así como andamos mostráis tal desasosiego que luego, cada vez que llegáis a vuestra mujer la princesa, lo hacéis con tanto deseo que acabará perjudicándoos más que con las medidas impuestas. Pues ser novio tantas veces en tan poco tiempo sí que podría mermar vuestra salud.

Felipe, convencido de que aquello era cierto, no quiso insistir más.

Me despedí de ellos cuando se marcharon a ver a nuestra abuela Juana. Felipe quería presentarle a su nueva esposa y yo, aunque me hubiese gustado besar sus manos de nuevo, preferí respetar este momento esperándoles junto a Juana en Valladolid.

Regresaron el día 4 de febrero del año del Señor de 1544. La expresión de Felipe era otra porque los ruegos de Zúñiga parecían haber surtido efecto, y el matrimonio de recién casados disfrutaba desde hacía un tiempo de mayor relajamiento hasta que una pequeña erupción en el muslo de Felipe les obligó a separarse por una temporada ante la posibilidad de que fuese algo contagioso. Todo quedó en un susto, y después de cinco semanas rendidos a la castidad más absoluta, no tardaron en recuperar el tiempo perdido.

Felipe, cada vez se mostraba más activo en sus despachos y no era para menos, pues estábamos ganando la guerra, a pesar de que mi hermano ya no sabía de qué

arcas rasgar para seguir financiándola.

Aparte de los frentes abiertos en el norte, el francés nos había atacado con su armada en Cantabria. El corregidor de Asturias tenía presos a cuarenta franceses, y en Luarca y Finisterre nuestros cañones habían hundido una de sus naves y tenían otros tantos presos en los calabozos a la espera de lo que designase el emperador para ellos. Don Álvaro de Bazán había sido el gran triunfador de estas batallas.

Y así, un día, recolocando las posiciones de las pequeñas fichas de madera sobre el mapa, aprovechó Felipe para plantearme algo que me incumbía en demasía a pesar de que yo misma lo daba por descartado.

—María, ya no tenemos con qué pagar a nuestros soldados ni más hombres que mandar a nuestro padre después de enviar a los cinco mil que me otorgó el consejo. Todos creen que, después de haber ganado el condado de Gueldes, el fin de la guerra es necesario. El deseo de padre ya se ha cumplido. El emperador ha recuperado su honor y Francisco, a los ojos de todo el cristianismo, está deshonorado. Lo justo es llegar ahora a la firma de una tregua duradera que traiga paz y sosiego a nuestros reinos sin saldarse con más vidas. —Me miró a los ojos—. Si lo conseguimos. Bien sabéis qué os espera.

¿La boda con Orleans? Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Me he perdido algo o estamos todos locos? Mi boda con el segundo hijo del rey francés no servirá de nada. O... decidme, ¿de qué nos sirvió la boda de la tía Leonor con su padre? De nada. Yo no seré el cabeza de turco que ha de caer para dar gusto al francés. ¿De qué sirve una paz que apenas tardará un día en romperse? No, hermano. Bien sabe Dios que estoy dispuesta a sacrificarme por el imperio, pero también sabe que lo haré siempre y cuando mi abnegación le sirva de algo.

No lo dudó.

—Pues no temáis, porque si algo es seguro es que, de acordarla, os casareis con Orleans.

—¿Y si no? Padre debería estar demasiado cansado de sus desplantes.

Felipe, cansado de mí rebatir, suspiró.

—No tengo tiempo de más conjeturas, hermana. Esto es lo que hay y así os lo he transmitido para que no os encuentre desprevenida.

Soltando uno de los diminutos castillos sobre la mesa desapareció. Era la primera vez en nuestras vidas que me mandaba haciendo palpable su posición de poder y no sería la última. Me dolió, pero sabía que tendría que acostumbrarme a ello, porque yo, como mi padre había hecho en el pasado con sus hermanas, tan solo era una ficha más a utilizar en ese ajedrez de intereses, y negarme a cumplir sería como traicionar al imperio y romper la unidad familiar. Ese poderoso vínculo que siempre había sido y sería nuestra mayor fortaleza.

A finales de septiembre llegó tan dolorosa noticia para mí, como contrariamente

apaciguadora para el resto de mi familia. De letra de mi tía Leonor supe que estaba contenta porque muy pronto fuésemos a vivir juntas y es que, estando nuestro padre a las puertas de París, por fin Francisco se había avenido a firmar la Paz de Crépy con su hermano. Mi matrimonio con el duque de Orleans se me hizo algo ineludible porque de todos era sabido que en mi dote llevaría Flandes y Milán, además de que Francisco renunciaría de una vez por todas a la Saboya, el Piamonte y Artois.

El disgusto fue tan grande que caí enferma. Felipe, sumamente preocupado por mi estado, decidió trasladar a la corte entera a un lugar más salubre para mi recuperación.

Él sabía en cierto modo que yo, como nuestra madre en tantas ocasiones, demostraba de ese modo y en silencio mi pesar. Fueron tantos los cuidados que entonces me procuró que, aunque el sosiego de mi alma no le acompañaba, mi cuerpo terminó sanando. Fueron aquellos días de enfermedad los que me abrieron los ojos, y de repente pensé en la posibilidad de formularle un dilema lo suficientemente complejo como para que se plantease sin yo decirlo la anulación de mi matrimonio con el francés. Aproveché nuestro primer paseo por el campo para transmitírselo.

—Y hablando de mi matrimonio que, ahora sana, pronto tendré que cumplir. Felipe, ¿qué pasaría si yo, como parece que se ha acordado, me caso con el duque de Orleans y después vos, Dios no lo quiera, morís sin descendencia? —Me miró confuso y ligeramente enfadado, momento que aproveché para contestarme a mí misma—: Que Francia heredaría el imperio. He pensado que quizá cambiándome a mí en este desposorio por una de nuestras primas, las hijas del tío Fernando, este peligro se podría solventar.

—No están mal vuestros intentos, María, pero me entristece ver cómo aún no habéis acatado vuestro destino del todo —replicó, tajante—. Dejad ya de elucubrar y pensad que, con el empeño que le pongo, muy pronto la princesa quedará preñada. Mucho me tendría que traicionar el destino de no ser así.

Y no anduvo desencaminado porque tres meses después María Manuela, fiel a sus expectativas, tuvo su primera falta. Con la esperanza anclada en el corazón de que algo viniese a romper mi futuro matrimonio, pasé los meses de su preñez junto a mi prima ayudándola en todo lo que fuese menester hasta que, aquel caluroso 6 de septiembre y tras dos días de trabajoso parto, nació Carlos.

El primer hijo de Felipe que no podía llamarse de otro modo que como nuestro padre. Me alegré por ellos y todos lo hubiésemos celebrado si no fuese porque a María Manuela, después de expulsarlo de sus entrañas, estas no se le cerraron.

Sangró tanto que apenas tardó unas horas en perder el conocimiento por completo, otro momento en que le subiesen las fiebres y otro más en morir desecada. De nada sirvieron los baños de agua salada que le propinaron para bajar su fiebre, de menos el haberla tapado para que sudase el mal como recomendó aquel médico

portugués en el que ella tanto confiaba porque ahora, a sus diecisiete años, allí estábamos amortajándola para enterrarla muy cerca de nuestra madre en la catedral de Granada.

Felipe, triste como nadie en la corte y como mi padre hizo cuando perdió a mi madre, se retiró al monasterio de Abrojo para rezar y penar a solas sus congojas. Mientras que yo asistía a los primeros desvaríos de aquel pequeño que con muy pocos días actuaba extrañamente mordiendo los pezones de sus amas de cría en vez de succionar de ellos.

Al regresar Felipe de su enclaustramiento a Valladolid, allí estábamos Juana y yo esperándole para consolarle. No sabía ni siquiera cómo decirle que su buen cardenal Tavera, a los pocos días de morir María Manuela, la había seguido en su viaje eterno. Fueron demasiados abandonos para asimilar en tan poco tiempo que supo llevar con dignidad.

El día que le acompañé a rezar ante la tumba del cardenal al que provisionalmente habíamos enterrado en la catedral de Valladolid a la espera de que Berruguete terminase su mausoleo en la de Toledo, un correo urgente vino a él.

Al ver las armas de la Casa Real en su lacre me preocupé. Felipe leyó rápidamente y me pareció verle sonreír. Era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo.

—Tengo una noticia que os alegrará. Ha muerto el duque de Orleans, por lo que quedáis liberada de vuestro compromiso.

De golpe y porrazo una sensación de paz me abrigó. No recordaba haberme alegrado de la muerte de nadie, pero en ese momento lo hice, a pesar de que la costumbre me llevó a santiguarme rogando a Dios que lo acogiese en su seno.

Felipe me abrazó.

—A pesar de que esto anulará todos los acuerdos de Crépy, me alegro por vos hermana. Dios quizá lo ha querido así porque en el futuro os depara algo mucho más grande. Ya se verá.

Le besé en la mejilla, agradecida, porque, a pesar de que aquello diese al traste con los deseos de mi padre, él entendía mi sentimiento.

XXII

El concilio



Habla Bárbara Blomberg, amante de Carlos

Ratisbona, 24 de febrero de 1545

Le vi por primera vez en el cortejo de entrada en Ratisbona. A mis diecinueve años mi padre había decidido llevarme esa misma noche a la cena que se celebraría en palacio para celebrar su llegada, y así presentarme a todos con la sana intención de encontrar allí a un buen marido con quien casarme dada la dote que me acompañaría.

Estaba seguro de que no sería difícil porque para él no existía una mujer más virtuosa que yo, y como tal me había educado en las artes del canto y del baile para poder algún día presentarme a todos como aquel tesoro desconocido digno de desear. Y ese día había llegado. Amor de padre, sin duda.

Allí, asomada a un balcón de nuestra casa junto a mis padres y hermanos, él me iba señalando a los nobles que de aquel cortejo más nos podían interesar. Conociendo mi carácter despistado, parecía empeñado en que memorizase sus rostros para que esa misma noche, y sin posibilidad de equivocación, supiese con quién en concreto debía desplegar mis encantos.

El emperador había llegado a Alemania victorioso porque dos de sus sueños se habían visto cumplidos al haber derrotado al turco y al francés, y ahora tan solo le quedaba su último empeño por cumplir: el de llegar a un acuerdo con los luteranos y así pacificar de una vez por todas las Alemanias. Según padre, no estaba lejos de conseguirlo, ya que el ansiado concilio que desde hacía un cuarto de siglo vino intentando, por fin se había convocado en Trento gracias al papa Paulo III.

Mi señor padre, aunque dudaba de que los teólogos de una parte y de la otra llegasen a un acuerdo, guardaba la esperanza de que así fuera y de que una vez por todas la paz regresase a nuestros territorios ya que de sobra le había quedado

demostrado al César que por las malas nada se conseguiría.

El hecho de haber excomulgado a Martín Lutero y de haber dado la orden de quemar todos sus escritos no había servido nada más que para regar el caudal de sus adeptos.

Terminado el paso del cortejo, recogimos los tapices que engalanaban nuestro balcón y fuimos a vestirnos para la cena.

Sobre la cama me había dejado su último regalo. Un sayo de seda amarilla con brocados y un tocado digno de una reina. Frente a la mesa aguardaban la peluquera junto a mil ungüentos, polvos y perfumes para hacer de mí, según mi progenitor, la mujer más bella de palacio.

A pesar de mi nerviosismo, me dejé hacer. El temor y la inseguridad que sentí viendo cercano el momento de mi presentación a tan altas dignidades, se esfumó por completo al admirar mi propio reflejo en el espejo. Realmente ni yo misma me reconocía.

Al entrar en el salón del trono todos aguardaban la llegada del emperador. Padre, con disimulo, me iba señalando los objetivos a seducir entre ese maremágnum de tocados. Las plumas, joyas y terciopelos de los nobles y burgueses como nosotros se alternaban con los del clero, bastante numerosos por cierto, ya que a los defensores de Lutero se les habían unido el gran número de teólogos españoles que el príncipe don Felipe, el hijo del emperador, había mandado desde las Españas. Estos, en corrillos separados, se señalaban los unos a los otros sin poder disimular sus ceños fruncidos, pero manteniendo la concordia como se les había ordenado.

La espera se hacía larga. Aprovechando que mis padres charlaban animadamente con unos amigos y consciente de que acercarme a solas y sin ser debidamente presentada a uno solo de los señores en los que mi padre ponía sus ilusiones o a cualquier envidiosa señora —las hermosas nunca entramos con buen pie—, preferí despistarme arrojándome a los hombres de Iglesia. Concretamente a los frailes españoles porque, ingenuamente pensé, que ellos bien podrían entretenerme con alguna exótica novedad de aquellas lejanas tierras.

Al estar un poco más cerca oí cómo se lamentaban porque un fraile llamado Francisco de Vitoria, ya enfermo, no había podido acompañarles. Bastó dar un paso más hacia ellos para que deshiciesen el corro y se me presentasen con suma humildad. No dio tiempo a más porque fray Antonio de la Cruz; fray Domingo Soto, el prior de la Universidad de Salamanca; fray Bartolomé de Miranda, de Valladolid; y fray Domingo de la Cruz, de Hita, tan habladores como hacía un segundo estaban, enmudecieron a un tiempo para centrar su mirada justo tras de mí.

Al verles inclinar la cabeza, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al tan solo suponer de quién se trataba. Pero... ¿y la música que anunciaría su entrada? No podía ser. Me di la vuelta convencida de ello cuando me lo encontré de bruces junto a su hermano el archiduque Fernando.

Bajando la mirada, no pude hacer otra cosa que reverenciarles. Al segundo y

como por arte de magia tenía a mis padres a ambos lados escoltándome. Nos presentamos ante ellos como era menester, y el tiempo corrió fugaz porque otros tantos de inmediato entre disimulados codazos y empujones nos desplazaron para ocupar nuestro lugar.

El resto de la noche mi padre lo invirtió en presentarme a media docena de señores. Procuré ser amable con todos y cada uno de ellos a pesar de que mi mente seguía clavada en otro lugar. Los ojos del César. ¿Cómo aquel anciano que me doblaba en mucho la edad, cojo por la gota, cano y ojeroso podía haberme causado tal impresión? A punto estábamos ya de retirarnos cuando el caballero mayor del emperador vino a susurrar algo en el oído de mi padre.

Le conocía, no era hombre de secretos, pero supongo que la discreción esta vez lo demandaba, y así, sin más, me pidió que tranquila siguiera a aquel hombre porque aquella noche me quedaba en la corte a dormir.

No me dio tiempo a pensarlo. Ellos, ligeramente contrariados, se dieron la vuelta para marcharse a casa. Y así, entre el ruido de nuestros pasos por el corredor y la penumbra, llegamos a una cámara. Aquel hombre abrió la puerta y cediéndome el paso la cerró tras de mí.

Frente a la chimenea estaba el emperador Carlos sentado sobre una silla y con una pierna en alto apoyada en un escabel mirando fijamente al fuego.

—Acercaos, Bárbara, y servíos vos misma.

No hacía falta ser demasiado inteligente para suponer lo que me esperaba, pero me extrañó, dada la fama que tenía el César de casto.

Tomando la copa que había junto a la jarra de vino la llené, la bebí de un trago y la volví a rellenar. No estaba asustada, ni siquiera me temblaba el pulso. A pesar de haberme embriagado ligeramente en la fiesta, deseaba perder siquiera aún más el conocimiento y la voluntad y cuanto más rápidamente mejor.

Su majestad, con expresión dolorida, recolocó el pie sobre el almohadón.

—Los dolores me matan. Un día el pie, otro las rodillas, al siguiente la espalda en su lado izquierdo. Los más difíciles son aquellos que, atenazándome las manos y la muñeca derecha, me impiden incluso escribir. Es un dolor tan recio que a veces incluso ni siquiera puedo pensar con claridad. —Resopló cansino—. Con este ataque de gota ya son once los que me han aquejado, y me temo que no será el último.

Curiosa manera de cortejar la de inspirar compasión pensé o... quizá le estuviese prejuzgando y simplemente buscaba a su edad la compañía de una mujer joven y hermosa como lo debió de ser la emperatriz. Siete años de viudedad en la soledad del mando debían de habersele hecho un infierno.

Sin pensarlo dos veces, me incliné dispuesta a quitarle la calza y masajearle el pie. Lo impidió de inmediato sujetándome ambas manos.

—Sé que vuestra intención es buena, pero absteneos, si no queréis hacerme aullar del dolor. Aborrezco que me toquen. Imaginad que una caricia se torna en la punzada de mil agujas y os acercareis a mi padecer.

—¿Y tocar?

No sé por qué salieron aquellas palabras de mi garganta, pero el hecho es que emergieron al tiempo que me bajaba el escote del corpiño para mostrarle mis turgentes senos en todo su esplendor.

No hizo falta más para despertar su brío. Yo misma me despojé del sayo ante su mirada expectante, con suma delicadeza le tendí el bastón para levantarse, como a un niño desvalido, le desnudé y le tumbé el lecho.

A la mañana siguiente su sonrisa era abierta y sincera. Tanto que apenas entraron sus ayudas de cámara lo primero que pidió es que dispusiesen un aposento en la corte para mí.

Mis padres lo aceptaron con gusto e incluso me animaron a seguir seduciendo a don Carlos porque, según ellos, nada malo podría venir de aquello. Y así fue como sin ni siquiera pretenderlo aquel día me convertí en su obsesión, en la que, según los más cercanos, había conseguido arrancarle de la melancolía en la que andaba sumido desde que la emperatriz había muerto, en su razón de existir según él en los momentos de más intimidad.

El arrebato de aquel primer encuentro se fue calmando y pronto, además de yacer a su lado, empezó a requerir mi presencia para otros menesteres. Unos días me pedía que cantase, otros que le acompañase durante las purgas y demás tratamientos de los médicos y las más, simplemente para expresarme sus preocupaciones y preguntarme mis pareceres.

Fui yo precisamente la que, aun a riesgo de enfurecerle, le hice ver que la soberbia y la obstinación de los luteranos y calvinistas no sería cosa fácil de amilantar porque lo cierto era que incluso disimulando no esperaban demasiado del concilio, como así se demostró cuando al poco tiempo los teólogos luteranos abandonaron el concilio y Felipe de Hesse junto a Juan Federico de Sajonia empezaron a afilar sus cuchillos en contra de Carlos.

De nada sirvió la muerte de Lutero, excepto para reafirmar a sus seguidores. Carlos, ante este despropósito tan difícil de deshacer, no quería iniciar una guerra de religión sino simplemente ratificarse en su autoridad tan gravemente vilipendiada.

Aquel verano del cuarenta y seis me pidió que le acompañase a la campaña del Danubio. Los días que acudía a la línea de fuego, le despedía temerosa de que no regresase, y cuando lo hacía, apenas me dejaba ayudarle a acostarse, pues nunca eran menos de ocho horas las que había aguantado supervisando desde una colina cercana el herir de la incesante artillería sobre el campo de batalla.

La mayor parte de las veces, venía derrengado, con la pierna atacada de gota envuelta en un paño y sin apenas poder tenerse erguido sobre el caballo. Lo peor era su estado de ánimo, pues, sumamente compungido, penaba por la cantidad de bajas entre las de los hombres de los tercios viejos de Nápoles y Milán, las de los valerosos hombres del duque de Alba y las de las tropas pontificias comandadas por Octavio Farnesio.

El invierno llegó y con él las victorias gracias a la ayuda del glorioso ejército de su hermano Fernando. Verlos avanzando sin temor casi enterrados en los dos pies de nieve que cubrían los valles era su máximo aliciente. Celebrábamos el triunfo de cada ciudad rendida y Carlos se mostró, como siempre lo había sido, clemente con los vencidos. En eso residía su grandeza.

Y así, en pleno fragor de la batalla, sospeché de mi preñez. Sabía que no era la primera vez que una amante del emperador lo estaba, como también sabía que normalmente llegado este punto él siempre había puesto fin a sus amores alejándolas de la corte. Y aunque guardé la esperanza de que conmigo no ocurriese, no conseguí ser la excepción. Me mantuvo a su lado el tiempo justo hasta que conseguí esconder mi estado bajo el guardainfante. Cuando este se hizo evidente, de golpe y porrazo se deshizo de mí sin ni siquiera darme la oportunidad de despedirle.

Un cocinero de su servicio al que yo conocía y encontré por casualidad en el mercado de Ratisbona pasados los meses, me aseguró que el día que yo por sorpresa fui llevada de regreso a casa de mis padres, el emperador no quiso ver a nadie encerrándose en su tienda. Y yo me pregunté, ¿por qué obraría así siendo como era el emperador? Si me quería a su lado simplemente tendría que habérselo propuesto sin más. Pero no..., aquel hombre no era igual que ninguno de los que antes hubiese conocido, era nada menos que el emperador y al imperio, como él solía decir, le debía sus sacrificios.

Padre, a pesar de odiarle en el primer momento por sus desentendimientos, al cabo de un tiempo prefirió esconder sus denuestos ante la posibilidad de que el emperador, en su suma benevolencia, pudiese recapacitar *a posteriori*.

Jeromín vino al mundo el mismo día en que su padre cumplía los cuarenta y siete años. A los pocos días un emisario imperial vino a visitarme, me pidió discreción y me comentó de la alegría del César al saber que, aunque bastardo, al fin tenía otro hijo varón. Pensamos entonces que lo reconocería, pero andaba demasiado atareado en sus guerras para ello.

Aquella primavera Juan Federico de Sajonia de nuevo se alzaba en contra del archiduque Fernando prestando su apoyo incondicional a todos los que en Bohemia le querían borrar de la faz de la tierra. Estos no dudaron en secuestrar a sus propias hijas, hacía tan poco huérfanas de madre, encerrándolas en el castillo de Praga, y Carlos se encontró en el deber de ayudarlas.

Pacientemente esperé un poco más su atención, pero Europa entera se transformaba y él no parecía tener tiempo para nuestro hijo. Los grandes reyes que habían compartido con él la responsabilidad del gobierno de este nuestro continente empezaron a morir. El primero en hacerlo fue Enrique de Inglaterra y poco después su eterno enemigo Francisco y con él la esperanza de poder terminar con esa inacabable rivalidad que siempre los había tenido a los dos en jaque.

Carlos me había hablado de las penas de su hermana Leonor, a la que había obligado a casarse con él, y no pude imaginar su dicha ahora que, por fin, después de

tantos años, podría liberarse del grillete que su propio hermano la había puesto en el cuello para empezar a vivir su propia vida quizá al lado de su hija María, aquella a la que no veía desde que muy párvula por haberse visto obligada a dejarla en Portugal.

Debía de estar más cansada y vieja que él, teniendo en cuenta que era su hermana mayor, así que probablemente la mandaría viajar de regreso a la corte castellana junto a sus hijos Felipe, María y Juana. O quizá la mandase junto a su hermana María a vivir en los Países Bajos. Quién sabía.

El tiempo que habíamos vivido juntos había convertido mi vida en la suya y a pesar de haber pasado los meses no conseguía olvidarle, ni a él ni todo lo que le pudiese atener.

Cada vez que miraba a nuestro pequeño Jeromín le recordaba a él. Mi niño, a sus dos meses de edad, aún no era capaz de celebrar la gran victoria de su padre que, junto a su tío el archiduque Fernando, el duque de Alba y el príncipe Mauricio de Sajonia, había por fin derrocado a su enemigo y primo del último, Juan Federico de Sajonia.

Y así esperé su regreso. Un regreso que nunca llegó sino en la forma de una zarpa que vino a arrancarme a nuestro hijo del regazo apenas cumplió los quince meses simplemente, y según me dijeron, porque su padre quería que se educase a partir de entonces en las Españas. ¿A qué este cambio de actitud? No lo comprendía, de hecho, a lo largo de ese tiempo, queriendo formar una familia y convencida de que el tutor que él había designado al pequeño apenas recién nacido no cambiaría; me molesté en seducirle, me casé con él e incluso bauticé a mi hijo con su nombre. Para que así, independientemente de los hijos que tuviésemos en un futuro, todos a nuestro alrededor pensasen que Jerónimo era el mayor.

De nada sirvieron mis súplicas ni las de su padre adoptivo ante el mandato del emperador, así que, al final, y con harto dolor de mi corazón tuve que entregárselo sin rechistar a Francisco Massy, un violinista de la corte que venía acompañado por su mujer, una española llamada Ana de Medina. Esta le enseñaría español, las costumbres de esas tierras y de más cosas necesarias para llegar a ser el gran hombre que Carlos esperaba que fuese al crecer a cambio de cincuenta ducados anuales.

Ya acatada la dolorosa sentencia, me molesté en conocer a la mujer que haría las veces de su madre adoptiva y ante todo me pareció una buena persona. Cedí sabiendo al menos y por Luis de Quijada, el mayordomo del emperador, que aquello solo sería el inicio de otras muchas grandezas para él. Y así partió mi niño rumbo a un lugar que yo era incapaz de situar en el centro de un mapa de las Españas llamado Leganés.

Dios sabe que le lloré, pero el amor de Jerónimo Píramo Kegel, el hombre con el que me casé, me salvó del naufragio. Carlos, en agradecimiento a los servicios prestados, le nombró comisario de la corte de la reina de Hungría y desde entonces nos trasladamos a Bruselas a vivir, y allí tuvimos otros muchos hijos que cubrieron el hueco que mi Jeromín dejó en mi alma.

Una piña fraternal



Habla María de Austria, hija de Carlos

Valladolid, 1548

Aquella mañana Felipe me llamó a su cámara. Después de mi matrimonio definitivamente frustrado con el duque de Orleans esperaba que me asignasen otro candidato. En un principio pensaron en el joven príncipe de Portugal, porque ahora que había muerto su hermana María Manuela dejando tan prematuramente viudo a mi hermano Felipe, padre creía oportuno que esta alianza se reafirmase. Tan solo existía un problema. Él, mucho más joven que yo, tan solo tenía once años, y quisiésemos o no tendríamos que esperar a que se convirtiese en un hombre por lo que al final estimaron más oportuno que este, más acorde en edad, se casase en un futuro con nuestra hermana Juana.

Felipe sostenía un billete en sus manos. Procedía de Ratisbona y su sello inconfundible era el de padre. Por la manera que tuvo de tendérmelo supe sin necesidad de comenzar a leer que de un modo u otro me atañía. Intuí que hablaría de mi futuro matrimonio. No hicieron falta más palabras entre nosotros.

—¿Con quién?

Fue directo al grano.

—Con nuestro primo, el hijo de nuestro tío Fernando. El archiduque Maximiliano, su sucesor.

No era una mala opción. Esta vez sí teníamos edades parecidas al tan solo ser un año mayor que yo. Los veintiuno no era una mala edad para desposarse. Lo único que me costaría sería, habiendo nacido en las Españas, habituarme a Alemania, pero si mi tío Fernando lo logró siendo un mozo, yo también lo conseguiría. Después de años esperando a matrimoniar ahora sí parecía inminente. La curiosidad me picaba.

—¿Cómo es, Felipe?

Se encogió de hombros.

—Un día tú me pusiste en antecedentes sobre cómo era María Manuela. A hurtadillas la conocí y comprobé que en nada me habíais engañado, hermana. Ahora supongo que debería devolveros el favor, pero, como vos, también he nacido aquí y tampoco le conozco. Tan solo os puedo decir que no ha de ser malo este primo nuestro, pues debe de estar acostumbrado a compartir con todos los hermanos que tiene. Es virtuoso y de loables costumbres. Al menos es lo que más destaca de él el tío Fernando. Pero qué va a decir un padre de su hijo mayor. De todas maneras, pensad que padre sí que lo conoce y si así lo estima amándoos como os ama, estad segura de que vela por vuestro descanso y contentamiento.

Un pensamiento turbio me vino a la mente.

—¿Y habéis pensado, hermano, qué dirán las Cortes cuando se lo comunicáis? Mirad que están cansados de lo que a sus arcas les ha costado la última guerra y temerán que, casándome con el archiduque, nuestro primo, sigamos indirectamente queriendo agotarlas para llevarnos a las Alemanias lo que de las Indias nos llega.

—Como casi todo, María, nuestro padre y sus consejeros lo han previsto. Por eso mismo no seréis vos la que os vayáis allí, sino Maximiliano el que venga a Castilla.

Me expresión de sorpresa debió de ser todo un panorama. No comprendía nada. Lo lógico hubiese sido que yo fuese allí.

—¿Y eso para qué, Felipe? Extraña cosa ha de ser que su padre le deje salir sin más siendo el heredero principal de sus reinos.

Felipe sonrió.

—Para que él, junto a vos, ejerzáis la regencia de estas Españas en mi ausencia y la de nuestro padre el emperador. Nadie mejor que vos para que, con vuestra prudencia y buen hacer, cuidéis de estos reinos, de nuestra hermana Juana y de mi hijo Carlos.

Incapaz de articular palabra, mi mandíbula inferior se descolgó haciendo de mi boca una cueva entreabierta al pasmo. Felipe, divertido, empujó con cariño mi barbilla hacia arriba.

—Como vos, María, yo también tengo que cumplir con mis obligaciones y ahora están en conocer todos los reinos que un día heredaré. Padre así lo quiere y mi partida es inminente.

Yo seguía pensando preocupada en la responsabilidad de la regencia que recaía sobre mis hombros y... ¿si no estando Felipe conmigo todos los castellanos desconfiaran de Maximiliano como en su tiempo lo hicieron de mi abuelo Felipe que aún casado con mi abuela Juana apenas nadie le quería? Felipe no tardó en sacarme de mi ensimismamiento.

—Ni siquiera sé si podré esperar a que llegue Maximiliano para desposaros antes de partir. Quizá, hermana, al principio tengáis vos sola que regentar estos reinos.

—Preferiría no tener que enfrentarme sola a semejante responsabilidad, pero si ha

de ser, que sea. Porque acaso ¿no lo hizo nuestra madre tantas veces como padre tuvo que ausentarse? Pues algo debí aprender de ella.

Felipe sonrió.

—De todos modos, como ella, contaréis con buenos consejeros que os guíen hasta la llegada de vuestro esposo.

Sin quererlo, me puse por un segundo en su pellejo.

—¿Y si resulta que Maximiliano lo hace mejor que vos? Recordad, Felipe, que su padre, nuestro tío Fernando, es el emperador del Sacro Romano Imperio solo por delegación del nuestro y que, aunque padre no haya renunciado a vuestros derechos hereditarios, ellos ya sueñan con trocar esta real gracia en vitalicia. Si al final fuese así, mi marido Maximiliano sucedería a su padre desplazándoos a vos.

Frunció el ceño.

—No creo que sea tiempo de pensar en estas cosas, pero sí os diré, para que lo tengáis claro, que aún no he renunciado a mis derechos sobre la corona del Sacro Romano Imperio. El tiempo pondrá las cosas en su lugar y quién sabe si Dios, en un futuro, quiere que seáis vos la emperatriz junto a Maximiliano, quizá hasta me alegre. Ya se irá viendo. Ahora lo importante es que nos ciñamos a la voluntad de padre. El imperio es grande y os aseguro, hermana, que si hay algo que no soy es egoísta. Por ahora, vos regentareis las Españas mientras yo viajo.

—No os defraudaré ni a vos, ni a nuestro padre —afirmé con una sonrisa—, porque, si me dieran a elegir, he de reconocer que prefiero quedarme aquí.

—Pues alegraos, hermana, porque esta vez el sacrificio por el imperio y las voluntades de todos se aúnan. Así se ha acordado en Augsburgo. Aunque debéis saber que la tía María está cansada de gobernar los Países Bajos y se piensa en vos para sucederla. Si en un futuro es así, acudiréis con la experiencia ganada de saber lo que es el gobierno de un gran reino.

Aunque ligeramente asustada ante tanta delegación de una vez, me alegré de que depositaran en mí esa confianza. Como cada vez que padre estaba a punto de dejarnos, Felipe siguió haciéndome partícipe de sus dictámenes.

—Maximiliano ya viene de camino desde Viena. En vos deposito toda mi confianza para que le enseñéis las costumbres de aquí, ya que no sé si su padre se las ha transmitido, pues dicen los más maledicentes que no ve con malos ojos a los protestantes. —Felipe, viendo mi expresión de espanto, siguió convenciéndome—: Eso no ha de amilanaros. Recordad que ya sucedió esto en un momento de debilidad con la tía María, y al final ha resultado ser una buena católica donde las haya. No os aburriréis en este quehacer. Es persona de amplia cultura, aparte de español, habla otras cinco lenguas, entre ellas el latín, y disfruta como padre con sus relojes de la orfebrería. Si todo va bien, en un futuro los dos cabalgaremos juntos, lucharemos juntos y, aunque tengamos intereses encontrados como la sucesión en el Sacro Romano Imperio, resolveremos nuestras diferencias como hermanos, al igual que lo hicieron en el pasado nuestro padre y el suyo. Aquí se separan nuestros caminos,

hermana, pero aun así nunca olvidéis que somos una familia unida y esa es nuestra principal arma para triunfar.

Le abracé.

—Os echaré de menos. Ha llegado la hora de que comencéis a viajar como padre lo ha hecho durante toda su vida. Le doy gracias a Dios de que hayamos podido gozar de una infancia y juventud juntos los tres hermanos, porque aquello no les sucedió a nuestros mayores y le pido que todos vuestros súbditos no os reciban como a un extranjero tal y como recibieron a padre, sino como al gran rey que seguro que seréis a su muerte. Madre ha de estar orgullosa de vos.

—Vos intentad que nuestro primo Maximiliano encaje rápido en estos reinos, que yo intentaré cumplir con Dios como espera —susurró, ligeramente azarado ante tanta lisonja.

Le besé.

—Muchos de nuestros mayores recuerdan con cariño aún a su padre, el infante don Fernando, de joven, así que, sabiéndole hijo de él, no será difícil convencerles de su idoneidad.

Para mi alegría, el viaje de Felipe se demoró y así pude contar con su presencia en nuestros esponsales dos días después de la llegada de Maximiliano.

Como Felipe había vaticinado no me fue difícil quererle. Quince días después, acompañamos a Felipe hasta Pisuegra, donde el cortejo le esperaba para iniciar el largo viaje.

Durante los seis meses que duró su periplo no dejó de escribirme. En sus cartas me contaba con qué alegría le habían recibido a su paso por Génova, el Milanésado, en Mantua —donde le obligaron a entrar bajo palio—, en Alemania y finalmente en Bruselas en donde al llegar se encontró a padre postrado en la cama con otro de sus ataques de gota.

Mientras mi padre y mi hermano se reencontraban, y el César presentaba a su sucesor en aquellas tierras, yo me centraba en cumplir diligentemente con mi regencia junto a Maximiliano. Tan solo una orden me costaba, y era la de cuidar al infante don Carlos, mi sobrino, con suma paciencia, y es que aquel hijo de Felipe, según crecía, más demostraba sus desvaríos.

Maximiliano era tal y como esperaba y en nada lo habían idealizado. Estuve tentada de contarle que Felipe en un principio no estaba dispuesto a dejarle la corona del Sacro Romano Imperio, pero me abstuve porque no quería que le tomase inquina a los reinos que ahora gobernábamos y porque, en realidad, albergaba la secreta esperanza de que algún día, incapaz de abarcar tanto como heredaría, consintiese en que fuésemos los siguientes emperadores.

Las noticias seguían llegando de Flandes cuando supe de mi primera falta. Juana me acompañaba expectante ante mi embarazo. Mientras en el otro punto de Europa

mi padre y la tía María ofrecían fastuosas fiestas en honor de mi hermano Felipe.

Desde nuestra austera Castilla, imaginábamos juntos a la tía Leonor, que ya viuda del rey Francisco vivía con su hermana la tía María, a mi padre y a mi suegro el tío Fernando protegiendo a Felipe, y los envidiaba. A los ojos de todos, los dos hermanos se debían de llevar bien, pero Maximiliano y yo intuíamos que, en la intimidad, el tío Fernando y mi padre debían de estar distanciándose de nuevo, pues el hecho de nuestra sucesión no llegaba a esclarecerse del todo.

Ana nació en Cigales el 1 de noviembre del año del Señor de 1549. Deseaba que Felipe conociese a su primera sobrina, pero no pudo ser hasta que regresó dos años después para cogerla en sus brazos junto a mi segundo hijo, Fernando.

Apenas llegó supimos que terminada nuestra regencia deberíamos de viajar a Viena. Con harto dolor de mi corazón me despedí de las tierras que me vieron nacer, de mis hermanos Felipe y Juana, que a sus diecisiete años por poderes se había casado con Manuel de Portugal, y cumplí con mi deber sin demasiado sacrificio, pues Maximiliano estaba deseando volver, sobre todo porque Felipe seguía sin decirnos si al fin accedería a nuestra sucesión en el Sacro Romano Imperio.

Rodolfo, mi tercer hijo de los quince que pariría, ya nació allí poco tiempo después para llenar el doloroso vacío que su hermano Fernando me había dejado al morir unos meses antes.

Apenas recuperada y deseando ver a mi padre para de una vez por todas conseguir su consentimiento para suceder a mi suegro en todos sus reinos, le pedí audiencia.

Sumido en los problemas que ahora la nueva declaración de guerra de Francia le ocupaba, no me citó y gracias a ello me libré de vivir el asedio que él mismo padeció teniendo que huir de la ciudad de Innsbruck al caer en manos de las tropas del desertor Mauricio de Sajonia y sus aliados franceses. Y es que, le gustase a no, cada vez eran más los príncipes alemanes que se ponían en su contra, algo que cesaría si hiciese pública al fin nuestra heredad.

Castilla entera, al ver al emperador en tal situación, decidió ayudarle ofreciéndose zagales que incluso no llegaban a la edad necesaria para luchar y así formar parte de su mermado ejército imperial.

Mientras que mi marido Maximiliano y mi suegro dudaban a qué bando unirse. Yo, entre la espada y la pared, no dejaba de plantearme una pregunta: ¿a quién elegir? ¿A un padre o al padre de mis hijos? Pero... ¿acaso nuestra fortaleza no residía en la unidad de la familia? ¿Pues cómo podíamos seguir enfrentados una mitad con la otra?

Por fin conseguí entrevistarme con mi padre el emperador. Lo encontré cansado y mucho más envejecido que la última vez que lo vi en Valladolid. El gélido invierno no le hacía ningún bien físicamente y sus habituales melancolías e insomnios se recrudecían.

Lo único que parecía serenarle en las tediosas horas de inmovilidad a las que la gota le tenía sometido era montando y desmontando relojes. Quizá porque así

pensaba que estaba deteniendo el tiempo. Quizá porque así también cesaba su sesera de bullir recalcitrantemente sobre los mismos problemas de siempre.

Allí recostado y con la pierna en alto se mostró alegre de verme, me agradeció nuestra labor como regentes de las Españas en su ausencia y me demostró su alegría por el hecho de haberle hecho de nuevo abuelo con la esperanza de que Rodolfo fuese más fuerte que el pequeño Fernando. Y así, una vez hablamos de las cosas más mundanas, al final me atreví a expresarle mis temores y le pedí que pusiera fin a sus diferencias con mi tío Fernando y mi marido Maximiliano.

—De acuerdo, María, le escribiré, pero recuerda que Maximiliano no ha renunciado a sus derechos por mucho que se lo he pedido en mis cartas. Le demostraré una vez más el amor que les profeso y vos podéis decirle que, como jamás he obrado en su contra, ahora tampoco lo haré.

Me armé de valor.

—No será suficiente, padre. Si de verdad queréis hacerme feliz, esta vez deberéis de ser vos conjuntamente con Felipe los que renunciéis al trono imperial para poder llegar a un acuerdo. Unidos lo seremos todo y separados perderemos mucho más de lo deseado. De otro modo, nunca conseguiremos silenciar a aquellos que con tanta maledicencia se afanan en sembrar estas cizañas que tanto nos hieren. —A pesar de su negativa, insistí—: Al menos decidme que lo pensareis. No es un secreto que los príncipes alemanes a la hora de elegir preferirán a Maximiliano que a Felipe. Demostradles vuestra grandeza al tener en cuenta su voluntad.

—No lo hagáis, María —susurró, cabizbajo—. El chantaje emocional no es algo propio de los nuestros. Tenéis que aprender a acotar perfectamente lo que son asuntos de Estado de los que tocan nuestros corazones.

Aquellas palabras quedaron grabadas a fuego en mi mente, porque era verdad que más que su raciocinio estaba de algún modo buscando su compasión, pero de sobra sabía que de misericordias no se mantenían los imperios.

Al final y después de un tiempo, lo conseguimos, y Maximiliano sucedió a su padre en todas sus gracias.

La primera mujer jesuita



Habla Juana de Austria, hija de Carlos, con su tía Catalina de Austria

Lisboa, enero de 1554

Habían pasado dos años desde que aquel 11 de enero de 1552 me despedí de mis hermanos Felipe y María después de haber contraído matrimonio por poderes con el heredero de la corona lusitana, aquel con el que en un momento dado pensaron en casar con mi hermana María pero que, al final, por tener este una edad más afín con la mía, me fue destinado.

Salí de Toro sin mirar demasiado atrás. Quizá porque me embargaba una extraña intuición sin fundamento alguno que me decía que yo no sería como mi tía Catalina, la hermana pequeña de mi padre, aquella que dejó un día Tordesillas para casarse con mi futuro suegro y no regresó jamás a Castilla.

Después de haber vivido prácticamente huérfanos toda nuestra infancia en una recogida piña fraternal, echaría de menos a Felipe y a María. A ellos y a Leonor de Mascareñas, pues ella fue como la madre de la que me vi privada a los tres años cuando la emperatriz murió al parir al que, de haber vivido, hubiese sido mi hermano pequeño.

La figura de mi padre, el emperador, al haber estado más ausente que presente en mis diecisiete años de existencia, sabía que no la añoraría.

A lo largo de todo el trayecto hacia Lisboa, como cualquier novia, elucubraba sobre cómo sería el joven Juan Manuel, primo doblemente mío por parte de padre y madre, en si a sus quince años estaría bien formado, en si estaría sano y en cómo Dios le había puesto el primero en la línea de la sucesión después morir sus siete hermanos mayores.

Desdichada vida la de mi pobre tía Catalina que, habiendo pasado toda su

infancia y juventud encerrada en Tordesillas, otro trecho de su vida lo pasó pariendo herederos para la corona de Portugal y el más cercano enterrándolos.

Ahora podía estar contenta, pues después de convertirme en su nuera, mi vientre albergaba ese ansiado heredero que reafirmaría esa sucesión que ella tanto ansiaba.

Faltaba poco más de una semana para celebrar nuestro segundo aniversario de boda y quizá unos días más para que alumbrase al sucesor de Juan Manuel cuando este cayó enfermo.

Intenté no abandonarle, quise estar a su lado en todo momento, pero los galenos me lo impidieron pues sufría de una enfermedad de pulmones grave que no lograban curar y sumamente contagiosa.

Aquel gélido enero, mi esposo, después de una noche entera en vela echando los pulmones por la boca, murió. La desesperación de mi tía Catalina por disimular y no contagiarme su tristeza no sirvió de nada.

Lo lloré noche y día sin poder contenerme. Las parteras sufrían pensando que mis profundos hipidos acabarían por arrancarme al niño de las entrañas y no anduvieron faltas de razón, pues así resultó ser.

A los dieciocho días de morir su padre nació mi hijo póstumo. Sebastián, rubicundo como nosotros, de ojos claros y más Austria que Avis, aparentaba ser un niño fuerte y sano como un roble. Los reyes de Portugal no cabían en sí de gozo y yo comencé poco a poco a recuperar la alegría de vivir cuando recibí una carta de padre.

En ella, igual que me daba el pésame por la muerte de Juan Manuel, me felicitaba por el nacimiento de Sebastián. Se alegraba sobremanera de tener otro nieto y depositaba en mí su confianza para educarlo como si de un Austria más se tratase y... seguí leyendo. La última parte de su misiva fue la que me hizo temblar, pues me pedía que de inmediato volviese a Castilla, pues para él ya nada hacía en Portugal y en cambio allí me necesitaba más que nunca.

Sin saber con quién compartir mis desvelos, corrí a los aposentos de mi suegra Catalina. Allí estaba, acunando a Sebastián, de quien casi no podía apartar la mirada desde apenas recién nacido como si así lo protegiese de cualquier mal. Al ver mi expresión, se preocupó. Incapaz de pronunciar palabra por la congoja que me embargaba, le tendí el billete. Tranquila, lo leyó y, cogiendo a Sebastián entre sus brazos, tomó asiento.

—¿Cuándo os iréis?

No entendí su frialdad.

—Supongo que partiremos lo antes posible, dado que el tiempo es bueno y los caminos en primavera ya no están tan embarrados —le respondí, confusa aún.

La tía Catalina con un gesto me pidió que tomase asiento a su lado. No se anduvo por las ramas.

—No habléis en plural, Juana, porque Sebastián no podrá ir con vos.

Tan apretado como lo tenía en su abrazo, una garra invisible me estrujó el corazón. Procuré estar tranquila.

—¿Y por qué no? Dejadme educarlo en Castilla y os lo devolveré en cuanto muera su abuelo el rey y sea de verdad necesario aquí. Recordad a mi bisabuela la Reina Católica que crio a Miguel después de morir su madre al parirlo. Ese pequeño, de haber vivido más, hubiese sido el heredero de Portugal, Castilla y Aragón y entonces nadie puso reparo en ello, ni siquiera su padre el rey de Portugal.

Suspiró.

—Seguir rememorando viejas crónicas y comprobareis cómo, desde entonces, ni un solo heredero de nuestra corona ha salido de niño de Portugal. Y más ahora que tan faltos estamos de ellos. No habéis de iros tan lejos para encontrar ejemplos. Si no recordar a María vuestra prima e hija de mi hermana Leonor, que aquí se crio sin madre y aquí seguirá siempre.

Se me saltaron las lágrimas.

—¡Cómo me podéis decir eso sabiendo lo que vuestra hermana ha sufrido por ello! ¡Llevan tantos años separadas que sabe Dios si se reconocerán el día que se vean de nuevo! ¿De verdad queréis eso para mí y para Sebastián?

La tía Catalina me agarró de la mano.

—No, Juana. Dios sabe lo que me hubiese gustado teneros a mi lado el resto de nuestras vidas, pero vuestro padre os reclama para otros menesteres y no podéis negárselo. Como nosotros, tampoco podemos arriesgarnos a que el único heredero que tenemos se eduque en otras cortes, con otras lenguas y costumbres. Así está acordado y así será. Vos seguro que tendréis más hijos, pensad en nosotros. Este niño es nuestra última posibilidad de dar vida a nuestra estirpe. No temáis, que procuraré su felicidad en todo momento.

Contuve las lágrimas, rindiéndome a la evidencia más rotunda.

—Prometedme que me escribiréis con frecuencia para contarme de sus avances, de sus gateos, primeros pasos y dientes —musité—. De las primeras comidas que engullirá, de la primera palabra que pronuncie y...

No pude seguir. Le arrebaté al niño de sus brazos y me lo llevé a mi cámara donde atranqué la puerta. Una vez sola me tumbé en el lecho a llorar junto a su pequeño cuerpo. Afuera, la tía Catalina, junto a un montón de damas, aporreaba la puerta desesperada para que le abriese. No lo hice hasta que Sebastián tuvo hambre y yo, seca como estaba desde hacía días, fui incapaz de amamantarlo.

Al encontrarme de nuevo cara a cara con Catalina solo le pedí una cosa. Que, aun necesitando los cuidados de las amas, el resto de los días que me quedaban por pasar en la corte lusitana me lo dejase solo a mí. Le costaría porque apenas pasaba dos horas sin ir a verlo desde que nació, pero sabía que no podía negármelo. Ella ya disfrutaría de mi pequeño el resto de su vida.

El día que me marché, Sebastián aún no había cumplido los cuatro meses de edad y de bien poco hubiese servido el que me lo llevase conmigo porque tan solo dos años después debería de haberlo devuelto a Portugal al fallecer su abuelo y tener que ser nombrado él mismo rey bajo la regencia de Catalina. Tan solo le volví a ver en los

retratos que de él ella me mandaba.

De camino, hice un alto de apenas dos horas para ver a mi abuela Juana y entregarle personalmente una carta que mi tía Catalina le había escrito. Me lo agradeció y poco más, pues, postrada en la cama, ya hacía tiempo que confundía las noches con los días.

Casi llegando a Valladolid topé con Felipe que había salido a mi encuentro. Sabía por qué me había llamado. Necesitaba salir de Castilla para casarse de nuevo, y, no teniendo esta vez a María y a Maximiliano para que la regentasen, había pensado en mí para tales menesteres ahora que, según él, nada me retenía en Portugal.

¿Nada? ¿Cómo podía llamar nada a un hijo recién nacido? Él, sin preguntarme siquiera por Sebastián, antes de marcharse tan solo quería darme, como nuestro padre hubiese hecho, los mil y un consejos de gobierno que necesitaba y de paso, habiéndome privado de mi hijo, dejarme al cuidado del suyo. Un zagal a todas luces tan extraño e introvertido. ¡Estaba indignada!

Allí, cabalgando a su lado, fui incapaz de alegrarme de verle. Aún estaba enfadada por haber tenido que dejar a mi pequeño detrás, pero intenté calmarme pensando en que quizá no dependía solo de él. Él, en cambio, se mostró sumamente afable.

—¿No os intriga quién será mi segunda mujer? ¿Qué os pasa, Juana, que nada parece importaros?

—¿No será con María, la hija de nuestra tía Leonor, por ventura? Es hermosa, Felipe, y sería una alegría para su madre que, como yo ahora, se vio privada de ella prácticamente desde la cuna.

Suspiró sin dar demasiada importancia a mis reproches.

—Me casaré con María Tudor, nuestra prima.

No daba crédito a lo que escuchaba. María era la reina de Inglaterra.

—¿Sabéis que la apodan la Sangrienta por cómo fue de cruenta al vengar las muertes de los católicos a manos de su padre en cuanto fue coronada?

Asintió.

—No hace más que luchar contra la herejía.

—¿Y cómo os sienta que mucho antes de que nosotros naciósemos ya se pensara en casarla con nuestro padre?

—¿Y cómo me ha de sentar? —replicó, encogiéndose de hombros.

Aún no me lo podía creer.

—Felipe, parecéis tener agua en las venas. ¿La hija de nuestra difunta tía Catalina? Pero... si aun siendo reina es... —conté con los dedos—. ¡Once años mayor que vos! ¿De verdad creéis que podrá todavía quedar preñada?

—Aún podría, y además no es lo que yo crea, sino lo que más conviene al imperio y ahora precisamos una alianza fuerte y duradera con Inglaterra dado que el

hijo de Francisco parece dispuesto a seguir los pasos de su difunto padre.

Pensé un segundo.

—Creía que con la muerte de Mauricio de Sajonia también fallecía la amenaza del francés.

Felipe ladeó la cabeza.

—Pues, hermana, siento deciros que no es así. Ellos afilan sus lanzas y, a sabiendas de que ahora nuestra familia por primera vez está separada, no perderán la oportunidad de atacar.

Le miré sorprendida.

—Veo que no lo sabéis y es triste decíroslo, pero ahora que vais a haceros cargo de este gobierno, es menester que no tenga ningún secreto con vos. —Esperé impaciente a que continuase—: El tío Fernando, su hijo Maximiliano y tristemente nuestra hermana María persisten en arrebatarme la sucesión a la corona del Sacro Romano Imperio. La ultima artimaña ha sido mandar un embajador en secreto a Inglaterra para negociar el matrimonio de la que va a ser mi mujer con el archiduque Fernando, el hermano de Maximiliano. —Solo pude abrir los ojos aún más—. No os preocupéis porque esta vez el buen criterio de mi futura esposa le ha hecho preferirme a mí en vez de a ese primo traidor que tanto daño nos hace. Después de desposarme con ella, ya veréis cómo las demandas para con el imperio cambian.

Lo dudé porque muchos eran los príncipes electos que se habían comprometido a dejar las armas a un lado si Felipe renunciaba definitivamente a la corona imperial.

—¿Y si resultase que vuestro apartamiento del Sacro Romano Imperio consiguiese al fin la pacificación de los principados alemanes? ¿También lo haríais?

Se quedó callado un momento.

—Veo, hermana, que os escribís con María. No os dejéis intoxicar por sus ideas. ¿Que si renunciaría? Quizá. No sé. Ya os contaré de mis conclusiones y sobre todo de las de padre, que es a quien nos debemos.

Repentinamente albergué la esperanza de que mi regencia fuese corta ante la posibilidad de que nuestro padre regresase a Castilla.

—¿Sabéis cuándo volverá el emperador?

—Es su más ferviente deseo hacerlo cuanto antes, pero aún no puede porque, entre otras cosas, ha de dejar resuelto el tema de la sucesión entre nuestro primo Maximiliano y yo. Lo único que sé es que hace unos días hizo testamento en Bruselas.

—¿Tan mal se encuentra que se apareja para morir?

—Como él siempre dice, no hay cosa más cierta que la muerte de un hombre ni más incierta que la hora en que esta llega. No, hermana. Es cierto que está enfermo, pero no creo que sea para tanto. Simplemente pensará que ya es tiempo de dejar escritas sus postrimeras voluntades, mandas pías, misas por su alma, encomiendas, deudas...

—¿Habéis dicho deudas? —le interrumpí—. ¿Le habéis contado la verdad de

cómo quedarán nuestras arcas después de haber pagado vuestro viaje a Inglaterra? Corre el rumor de que estamos endeudados hasta el año sesenta. Si eso es verdad, ¿con qué contaré yo para las Españas en vuestra ausencia?

Felipe sonrió.

—Os digo lo mismo que padre le dijo a la tía María cuando, agobiada por las deudas, quiso dejar el gobierno de los Países Bajos. No os angustiéis, porque no hay monarquía en Europa sin deudas.

Tras de sí apareció el cortejo entero que le acompañaría. Apoyándose en el estribo que a mí me daba, se levantó de la silla para darme un beso en la mejilla.

—No hay más que hablar, Juana. Aquí os dejo para el buen gobierno de las Españas. Si tenéis duda, llamad a Valdés en negocios que a la Inquisición toquen, a Antonio Fonseca para temas del Consejo, a Vázquez de Molina para los temas de Hacienda y al viejo Francisco de Borja para los menesteres del alma, pues desde que quedó viudo de Leonor de Castro e ingresó en la Compañía de Jesús jamás hierra en sus consejos.

Bajé la cabeza.

—Quedo, pues, bien escoltada.

—No lo dudéis.

Espoleando al caballo se unió al cortejo y desapareció en dirección contraria. Había querido esperar a mi llegada para no dejar a España sin gobierno, pero apenas salió a recibirme, él desapareció.

A las puertas de Valladolid todos aquellos consejeros que me indicó me esperaban. A su lado estaba el infante don Carlos. Conmigo todos los hijos del emperador habríamos cumplido con la difícil tarea de la regencia.

Con frecuencia me preocupaba poder defraudar a mi padre y así, aunque gozaba de los mejores consejeros, preferí escuchar siempre en primer lugar a Francisco de Borja, porque algo me decía que los jesuitas eran hombres sabios y de buenas intenciones.

Miré a Francisco de Borja con su raído hábito, aquel hombre, convencido de su vocación desde el día en que declaró ante el cadáver putrefacto de mi madre en la capilla real de Granada que nunca jamás serviría a señor que se pudiese morir, había tenido que trabajar como virrey de Cataluña, en otros negocios que mi padre le mandó y esperar a enviudar de Leonor de Castro para cumplir con su deseo y renunciar a títulos, bienes y cualquier anclaje que al interés terrenal le asiese. ¡Si incluso rechazó ser cardenal! Él prefería la humildad de un hábito pobre y discreto.

Desinteresado de cualquier banalidad, me tenían subyugada sus divinos encantos. Ante su presencia la sensación de paz era infinita y por eso un día entre bromas le dije que lo intuía santo. Mientras él, humilde donde los hubiese, se enojó conmigo por atreverme a pensar semejantes desvaríos.

Le quise mi sombra y en mi sombra se convirtió. Con razón mi madre le eligió en el pasado de igual manera, aunque yo era demasiado pequeña entonces para darme

cuenta.

Y así, en la primavera del Señor de 1555 en que me vinieron a avisar de que la reina Juana se moría, le quise llevar conmigo a Tordesillas. Él la conocía mejor que nadie. No hacía mucho que mi hermano Felipe le había mandado allí para entrevistarse con ella ante la acusación de algunos de sus sirvientes de que estaba endemoniada. Acusaciones vanas que él, después de hablar con ella, encontró infundadas.

Allí estaba tumbada como la última vez que la vi, pues sus piernas hinchadas hacía meses que ni siquiera se movían y ella tampoco ponía voluntad en forzarlas. Parecía ida y medio dormida. Dejé a Francisco que se acercase a ella antes que yo. Le ofreció confesión, pero ella se negó, así como a recibir los santos óleos.

Sin mostrar desesperación alguna, mi buen amigo vino a decírmelo. Quise quitarle importancia porque lo cierto era que mi buena abuela hacía tanto tiempo que andaba recluida que pocos pecados más que los de omisión podría tener aun queriendo.

En su mirada me pareció intuir cómo echaba en falta a mi padre, a Felipe y a mi hermana María por haber sido los últimos que nos reunimos con ella. Ya ni siquiera recordaba que ambos antes de partir habían ido a despedirla. Quizá porque intuían entonces, como así había sido, que podría ser la última vez que la viesan.

Ellos no estaban, como tampoco tantas personas a las que ella había querido en vida y con las que tan pronto se reencontraría. Con sus padres los Católicos Reyes, sus hermanos, con mi abuelo Felipe, su gran amor, incluso con mi tía Isabel que, siendo su hija, le había precedido en la muerte.

Los últimos días no quiso que nadie la tocase, lavase o diese de comer y aún llevaba las tocas arrugadas sobre la cabeza. El cuarto olía a incienso y la falta de ventilación la ahogaban. Respiraba dificultosamente. En su rostro no se apreciaba ni un atisbo de amargura.

Murió a las pocas horas. Tras amortajarla para su posterior traslado a Granada, subí a la carroza con mi buen Francisco de Borja.

Después de un par de leguas en silencio quise hablarle de mi máxima preocupación.

—¿Cómo van las cosas, Francisco? Hace ya seis meses que vengo escribiendo a Roma a vuestro fundador, e Ignacio de Loyola, aunque me contesta, no me da una respuesta clara. Quizá el escribirle con el seudónimo de Mateo Sánchez unas veces y con el de Montoya las otras le esté llevando a confusión.

Miró al cielo.

—Señora, quedamos en que no podíais escribirle con vuestro nombre por no levantar revuelos antes de tiempo. No os preocupéis porque él sabe bien de quién es la letra que lee. Pero habéis de entenderlo. La Compañía de Jesús es solo de hombres y vuestra majestad, por voluntad de Dios, no lo sois. De todas maneras, os diré que nuestro fundador ha reunido a todos para ver si al fin Mateo Sánchez podrá jurar

nuestros votos.

Sonreí.

—Si fuese así, bien sabéis que me haríais la mujer más feliz del mundo dándome la posibilidad, terminada mi regencia, de entregarme en cuerpo y alma a vuestra regla tal y como vos, después de servir al imperio y quedar viudo, hicisteis.

Aquellos ojos oscuros y hundidos en la enjuta cara que se le había quedado después de tanto ayuno se clavaron en mí.

—Aún sois joven. Vuestro padre el emperador quizá os necesite para sellar otra alianza ahora que los tiempos están revueltos. ¿Habéis pensado que en ese caso tendríais que renunciar a la Compañía de Jesús?

—Jamás me casaré de nuevo —negué rotundamente.

—No pequéis de soberbia. Si es menester, tendréis que ceder y lo sabéis. Por eso si os admiten será siempre y cuando os comprometáis a renunciar a ella en el caso de que el emperador os demande para otro desposorio.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Así que estabais al tanto de lo que se debatía y os mantuvisteis en silencio. ¿Por qué no me lo dijisteis antes? ¿Me habéis mantenido en ascuas, aun sabiendo como mi confesor que sois, que ardía en deseos de tener noticias al respecto?

Su desdentada sonrisa marcó aún más los prominentes huesos de sus mejillas.

—No os dije nada porque no debería de haber sido yo el que os lo comunicase, así que hacedme el favor de no delatarme cuando recibáis la noticia.

El impulso me llevó a abrazarle. Al fin y al cabo, estábamos sentados solos en el carruaje.

—Decidme. ¿Habéis disfrutado manteniéndome en este desasosiego? —le susurré —. No me digáis desde cuándo me guardáis el secreto porque si es mucho el tiempo os odiaré y tendréis que confesarme de nuevo.

—Tengo guardada la autorización aquí. No ha mucho que llegó, así que os podéis considerar admitida desde el mismo 3 de enero pasado.

La cogí entre mis manos alegre. ¡Estábamos a 12 de abril y había esperado más de tres meses para decírmelo! La alegría que me embargaba me indujo a no tenérselo en cuenta.

—Desde mi posición y humildemente haré por la Compañía todo lo que en mi mano esté. Intercederé por ella con mi padre y hermano para ayudaros en todos los conflictos que tengáis y contra quien ose contradeciros o perseguiros y ayudaré a fundar allí donde estiméis oportuno y por último dad por seguro que impulsaré, según mis posibilidades, la reforma para que tengamos muchos monasterios femeninos.

Sonrió.

—¡Muchas cosas queréis hacer para provenir de una sola persona! Por eso y viéndoos tan eufórica, es menester que os recuerde que vuestro ingreso aún ha de mantenerse en secreto.

—No temáis, que sabré contener mi ímpetu. Si algo nos ha caracterizado siempre

a las Austrias es que siempre hemos sabido movernos en la sombra cuando ha sido menester. Ahora rezaré para que mi hermano Felipe o el emperador vengan pronto a liberarme de este gobierno.

—Ahora, señora, recemos por el alma de vuestra desdichada abuela, que en paz descanse, a pesar de no haber querido confesarse antes.

Lo hice, y ya más sosegada, apenas llegué a Valladolid, me senté a escribir a todos sus nietos e hijos para notificárselo.

Y pensé que, a pesar de que mi abuela se hubiese retirado hacía décadas de su gobierno sin firmar un solo documento, lo cierto era que, según lo acordado con las Cortes castellanas después de la contienda comunera, siempre la habían considerado su reina junto a mi padre el emperador. Y así solo a partir de ahora, que mi padre estaba pensando en retirarse y delegar en Felipe mi hermano en todas sus funciones, era el único rey de estos reinos.

Aparejándose para morir



Hablan Leonor y María de Austria, hermanas de Carlos, con su sobrina Juana

Valladolid, octubre de 1556

La mañana que los vi llegar por fin a Valladolid, no cabía en mí de gozo. Apenas puesto mi padre al corriente de todo, esperaba que me dejaran retirarme a profesar según mis deseos. Ni siquiera me planteé la posibilidad de que lo más probable sería que, después de haber abdicado el emperador en Felipe, quizá ya no quisiera seguir gobernando.

Me extrañó que no entrara en el patio a caballo y cuando lo vi salir de la carroza, lo comprendí. Apenas se mantenía en pie. Había envejecido mil años desde la última vez que lo despedí y sentí que María y Felipe, que lo habían visto más recientemente, no me hubiesen advertido de ello en sus cartas.

Tras él bajaron sus hermanas, mis tías Leonor y María. Mis esperanzas de retiro al verle en aquellas condiciones se esfumaron de inmediato.

Le besé en la mejilla y apoyado en mí, haciendo un esfuerzo ímprobo, subió la pequeña escalinata que llevaba al salón regio. Me sentí entonces como aquella mula en la que, aparte de haberse apoyado para cubrir las necesidades de gobierno, ahora también le serviría para el sostén de su desmoronado cuerpo. Aun así, mi padre mantenía su dignidad, nobleza y empaque de siempre.

Al entrar en el salón se hizo el silencio. Todos los nobles le esperaban de regreso como al emperador que despidieron, como yo, aún no se habían hecho a la idea de que Felipe ahora era su nuevo rey. Todo sería cuestión de acostumbrarse.

Mi sobrino Carlos, a sus once años, le esperaba en un lugar preeminente. Al ser el único hijo de Felipe y no estar su padre presente, él simbolizaba a la generación

venida y como tal debía de comportarse.

Encargada como estaba de su educación, le había explicado una y mil veces cómo debería recibirlo, pero con la mirada perdida no parecía estar en donde se le solicitaba. A mi padre, aun con sus achaques, aquello no le pasó desapercibido.

Esperó pacientemente a que todos le viniesen a saludar, y solo cuando terminó aquel acto y nos retiramos a descansar quiso profundizar más en aquel niño que a todas luces parecía tan hosco, distraído e irrespetuoso.

Sentados ya a la mesa, intentó ser amable con él.

—Carlos, vuestra tía Juana sin duda ha hecho de vos casi un hombre, y me alegro. Supongo que vos, como casi todos, también me encontráis bastante desmejorado, pero así es la vida, los viejos vamos dejándoos a los jóvenes nuestro espacio con la sincera esperanza de que sepáis cubrirlo igual o mejor que nosotros. —Carlos, con el muslo de una perdiz en la mano, simplemente se limitó a levantar un poco la vista del asado para asentir y pegarle un bocado. Padre continuó—: Ya pocas cosas me quedan por hacer en la vida antes de morir, por eso me gustaría antes transmitir todo lo que atiende a mi experiencia, que os aseguro que es mucha. ¿Por dónde os gustaría que empezase? ¿De qué os gustará que hablásemos nieto y abuelo?

Con la boca llena y volcado sobre el plato como si le pesasen los hombros del cansancio, suspiró como si la pregunta le estuviese importunando. Por debajo de la mesa no pude evitar pegarle una patada y es que, mal que me pesase, hacía tiempo que solo reaccionaba a la fuerza.

Dedicándome una mirada de odio, contestó por fin a su abuelo:

—Quizá podríais hablarme de vuestras últimas hazañas bélicas.

Padre sonrió.

—Curiosa pregunta la vuestra para vuestro abuelo el emperador que siempre ha luchado por mantener la paz.

—¿Vos, que siempre habéis estado en guerra? —le contestó sarcástico.

—Desgraciadamente —asintió padre, pesaroso—, pero os diré para que lo sepáis que nunca he sido yo el que las ha provocado, sino por no tener otro remedio. Y que ya metido de hoz y coz en ellas, habréis de aprender tanto a ganar como a perder. Pero Carlos... hay otras muchas cosas pacíficas de las que antes me placería hablar con vos.

Carlos negó.

—Pero no a mí, abuelo. Decidme qué es lo que pasó exactamente en Innsbruck porque no lo acabo de entender.

Padre, recordando con tristeza la que fue una de sus últimas contiendas y para ponerle en su lugar, le fue narrando con todo lujo de detalles el asedio y las razones por las que tuvo que verse obligado a huir de las tropas enemigas, a lo que Carlos contestó enfurecido:

—¡Yo jamás me habría fugado!

Aquella falta de respeto bastó para que mi padre arrojando el cuchillo sobre el

plato me solicitase que lo sacase de su cámara de inmediato. En otros tiempos le hubiese abofeteado, pero el brío de antaño había desaparecido de su semblante y la majadería del infante don Carlos, aunque le enojó sobremanera, no logró sacarle de sus casillas.

Al volver lo encontré sentado a la mesa junto a sus hermanas en silencio y pensativo.

—Lo siento, padre. Sé que os ha decepcionado. Os prometo que a lo largo de estos años he intentado enderezar ese carácter, pero es difícil, y, según crece, más se enquistan en él este y otros defectos.

Podría haberlo aceptado, siempre y cuando no fuese el único heredero que aún tenía Felipe. Asintió apesadumbrado, y haciendo una señal a los hombres de su litera para que le recogiesen y le llevasen a reposar el almuerzo, no quiso añadir nada más. Tampoco hacía falta que lo dijese, pues todas en aquella sala sabíamos de su sentir.

Al salir no pude evitar mirar a sus hermanas. Necesitaba que mis tías, ya que él no parecía estar muy hablador, me pusiesen al tanto de todo lo vivido los últimos meses en Flandes.

La tía María, liberada ya de aquella regencia en los Países Bajos, recordando sus desvelos de antaño, debió de sentirse identificada conmigo e intentó calmar mi angustia.

—No se lo tengáis en cuenta. Simplemente es melancolía. Ahora que se ha retirado de todo, echa de menos más que nada el haber tenido más herederos, y aunque no lo diga es algo que constantemente le atormenta.

—Y más ahora que el infante don Carlos se muestra tan corto de luces —la interrumpió Leonor—. ¡Figuraos, que desde que desembarcamos no habla de otra cosa que de conocer a su bastardo Jeromín!

La tía María le dio una patada bajo la mesa para que se callase, algo casi imposible para aquella tía mía, a la que, después de haber estado casada tantos años con el rey Francisco de Francia, algo de esa disoluta corte se le debía de haber pegado.

Se hizo el silencio, pero a mí no me engañaban, el que mi padre hubiese tenido un último hijo bastardo con una joven llamada Bárbara Blomberg era un secreto a voces que el resto de sus hijos legítimos no ignorábamos.

De hecho, a Felipe le había molestado saber que padre holgaba pecaminosamente y a sus anchas con la que resultó ser la madre de este niño mientras que, al mismo tiempo, mandaba misivas a los consejeros para impedirle a él yacer con su legítima mujer por si los excesos le pudiesen dañar.

También sabíamos que aquel niño, como a la pequeña Margarita de Parma en su tiempo, le había sido arrebatado de los brazos a su madre de muy párvulo y que, después de un tiempo al cuidado de otro matrimonio, había venido a Castilla para ser tutelado por Quijada y su mujer Magdalena de Ulloa.

A la tía María, como queriendo distraerme de semejantes desmanes, no se le

ocurrió otra cosa que hacerme un reproche.

—No se lo tengáis en cuenta, está cansado y es normal, pues durante todo el viaje ha venido quejándose del escaso recibimiento que tuvimos en Laredo al llegar. Aun así y tan mal como está, pidió que le ayudásemos a arrodillarse y según posó el pie en esta tierra, la besó y dijo alzando la voz: «¡Dios os salve, oh mi querida madre! ¡Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo regreso a ti, como mi segunda madre que sois!». El cortejo no apareció hasta cuatro días después y eso a vuestro padre le dolió, pues no comprendía cómo podíais haber cometido semejante descuido y lo consideró una falta de respeto a nosotros, vuestros mayores. Parece mentira, Juana, que como regente que sois hayáis puesto tan poca ilusión en nuestro recibimiento después de tan larga ausencia.

—Os adelantasteis y bien sabéis que os mandé víveres a Medina de Pomar —traté de excusarme.

—Pues apenas los catamos. ¡Con lo que le gusta a vuestro padre el buen comer! Eso sin contar con las dificultades que tuvimos para encontrar un aposento digno — insistió.

—¡Si parecía que estuviésemos reviviendo nuestra primera llegada a estas tierras cuando desembarcamos en Tazones y nadie vino a buscarnos! —intervino la tía Leonor.

—¡De eso hace una eternidad! —me indigné—. ¡Creo que padre tan solo tenía diecisiete años y si fue así, fue porque tampoco se os esperaba allí! ¡Qué ganas tengo de dejar la regencia para dedicarme a otros menesteres donde no me echen todo en cara!

La tía María, con una crudeza inusitada, me puso en mi lugar.

—Pues siento deciros que habréis de armaros de paciencia, como yo en su momento tuve que hacer en Flandes. ¡Si supierais cómo os comprendo, mi querida Juana! Pero habéis de saber que no es ahora vuestro padre el que dispone, sino vuestro hermano Felipe y es a él a quien compete daros o quitaros la regencia de las Españas. Y por desgracia, querida sobrina, según están las cosas, aún tardará en venir, así que armaos de paciencia en vuestro gobernar porque vuestro padre no tardará mucho en partir hacia el monasterio de Yuste, ni nosotras a otros cercanos donde, como él, encontraremos la ansiada paz aparejándonos para morir.

Nadie me había hablado de aquellos planes, pero aun proviniendo de mis dos tías tan ancianas, gruesas y envejecidas o más que mi padre, parecían del todo firmes.

—Vuestro padre a partir de ahora tan solo solicitará de vos que tengáis bien dispuesto el abastecimiento de sus despensas. Hoy trucha, mañana caza y todo bien regadito de vino.

—¡Pues no es eso lo que precisamente dicen los galenos que ha de hacer para curar sus males! —me enfadé.

Las dos rieron al unísono.

—Juana, aún sois joven y no lo podéis entender, pero lo cierto es que nuestro mal

principal se llama vejez y eso no hay cura que lo sane. Vuestro padre ha decidido no privarse de nada hasta que la muerte le venga a recoger, y si queréis contentarle habéis de procurarle lo que más quiera y necesite.

—Lo que digáis, pero no seré yo la que precipite su muerte. —Estaba cansada de discutir por sandeces, así que esta vez fui yo la que intenté cambiar el rumbo de la conversación—: Habladme de otras cosas. ¿Cómo se sintió al abdicar? Se supone que un rey no deja de serlo hasta su muerte y él, sin embargo, ha decidido romper con lo estipulado. Es algo que nosotras, siendo regentes, siempre hemos deseado en momentos de flaqueza y jamás nos hemos atrevido a hacer.

La tía María, con la mirada perdida en las vistas del campo a través de la ventana, comenzó a rememorar.

—No fue fácil para él, pero lo hizo, y lejos de juzgarle, creo que demostró una valentía digna de loar. La noche anterior me confesó que, aun sintiéndose capaz de continuar por la lucidez de su mente, los achaques de su cuerpo apenas le dejaban pensar.

Era cierto que lo había encontrado sumamente envejecido, pero... los pensamientos escaparon de mi boca.

—No me contáis nada nuevo. Hace años que la gota le maltrata. ¿Por qué ahora y no antes?

La tía María sonrió.

—Si le hubieseis visto como nosotras estos últimos años, lo comprenderíais. Está cansado de luchar siempre contra los mismos. Quizá ha sido ahora porque ha visto a Felipe por fin convertido en ese hombre capaz de sucederle, porque después de su matrimonio con la reina de Inglaterra y la alianza que han firmado ve defendidos los Países Bajos frente al ataque francés, porque también siente asegurada Italia y porque finalmente ha llevado una brizna de paz a las Alemanias reconociendo a Maximiliano como el sucesor de nuestro hermano Fernando, a pesar de que esto separe el imperio. No sé... sea por lo que fuere, este es el momento que él ha elegido para retirarse de los ruidos terrenales y nosotras, como siempre hemos hecho desde niñas, hemos decidido seguirle.

Pensé que aún quedaban otros denuedos por amansar, pero me contuve, pues las dos estaban emocionadas.

—Contadme cómo fue el acto de abdicación. Es algo que me hubiese gustado vivir a vuestro lado, pero a la vista está que no pude.

Alzó la vista al cielo para seguir el vuelo de una cigüeña.

—Eran las cuatro de la tarde de aquel 25 de octubre del año del Señor de 1555. Atardecía en Bruselas y, como el sol, aquel día él también se despedía. Los que allí estábamos con él sentíamos su pesadumbre. Aquello, sin lugar a dudas, sería una de las cosas más espinosas de su vida y queríamos apoyarle en este difícil trance. Se hizo el silencio. Entró cojeando, apoyado en el hombro de Guillermo de Orange. Cansado y abatido, tomó asiento en el trono más alto que habían dispuesto. Vestido

todo entero de negro como siempre viene haciendo de un tiempo a esta parte, solo el fulgor del collar del Toisón de Oro le iluminaba. Los caballeros del Toisón fueron los primeros en ponerse en pie. Les siguieron los gobernadores de las diecisiete provincias, los nobles y el clero en pleno. Nadie había visto renunciar a un hombre de tantas grandezas y sabían que probablemente sería la única vez en sus vidas.

—Filiberto rompió el silencio —la interrumpió la tía Leonor—. Sumamente emocionado, comenzó a leer los puntos que vuestro padre había reflejado en papel. En sus primeras palabras resumió aquella intensa vida haciendo especial hincapié en el triste recuerdo de todas las guerras en las que se había visto enredado a pesar de haber sido siempre el más firme defensor de la paz. Contabilizó las nueve veces que había estado en Alemania, las seis que pasó por España, las siete que viajó a Italia, las diez que estuvo en Flandes y las dos que pasó por África. Habló de las cuatro veces que navegó por el Atlántico y de las ocho que lo hizo por el Mediterráneo. Ensalzó la defensa de su pueblo y de la fe católica, confiando en que Felipe viera terminado el inconcluso y eterno Concilio de Trento. Y, por último, recordó con la máxima humildad su último fracaso en Metz. Quizá fue entonces, tres años antes, cuando realmente empezó el emperador a plantearse su abdicación. Y después de toda la exposición, comunicó cómo se esperaba su voluntad de despedirse de las tierras que le vieron nacer para dejar en su lugar a Felipe.

—Momento este en que todas las miradas se concentraron en vuestro hermano —tomó el relevo en el relato la tía María—. Y sentimos cómo a algunos aquello les había cogido desprevenidos. No podían dar crédito a lo que estaban presenciando. ¡El César abdicando! Ante sus pasmados semblantes, me hubiese gustado levantarme y explicarles que la abdicación de un rey, aunque inusual, no era algo nuevo en la historia del hombre. Que ya existía en tiempos de los romanos y que el propio Diocleciano se había servido de ella tres siglos después de nacer Cristo. Que aquello, pese a los temores de muchos, no era más que un acto sabio de humildad y amor hacia las coronas que ostentaba el emperador, pero no pude porque el protocolo me lo impedía.

La tía Leonor cansada de divagaciones quiso abreviar forzando la voz para que pareciese más ronca y que así me hiciese idea de las últimas palabras dichas por él aquel día:

—«Ninguno de estos trabajos fue más penoso ni afligió tanto mi espíritu como el que ahora siento al dejaros». Vuestro padre pedía así perdón a todo el que se pudiese haber sentido agraviado con su intención. Y suponeros el trance cuando a los pocos meses tuvo que repetir el acto dejando la corona imperial a Fernando. Como él, nosotras dos estábamos deseando terminar para poder al fin venir a Castilla, pero el invierno no aconsejaba el viaje y aún tuvimos que esperar varios meses. Y así, los tres hermanos juntos fuimos despidiéndonos de unos, de otros y sobre todo de aquellas tierras que nos habían visto nacer y que sabíamos que no nos verían morir.

»Y así, Juana, pasamos el invierno, la primavera y el verano pensando en qué

cosas materiales serían más dignas de empacar y en cuáles, aun habiéndonos acompañado media vida, deberíamos dejar atrás para siempre. No es tarea fácil, os lo aseguro, a pesar de que a nuestra edad lo suyo es ir despojándose de todo.

»Yo prácticamente lo hice cuando al morir Francisco salí de Francia, pues ya pocas cosas me hacían más ilusión que ver a María, mi hija, aquella pequeña que, como tú, Juana, tuve que dejar en Portugal hace una eternidad, pero... a ellos en cambio les costó más.

María la miró con cierto recelo.

—¡Es curioso cómo elegimos cada uno cuando solo podemos hacerlo entre unas pocas cosas habiendo tenido tanto! Vuestro padre, como sabéis, prefirió traerse gran parte de su colección de instrumentos y partituras de la capilla imperial. Yo misma, las piezas mejores de mi pinacoteca. —Las tres sonreímos mirando el retrato ecuestre que Tiziano había pintado a mi padre en Mühlberg y que ella se había empeñado en colgar apenas recién llegadas y antes incluso de deshacer los baúles. La tía María, al verme regodeándome en la pintura, prosiguió—: Si queréis ver de nuevo el soberbio descendimiento de Roger van der Weyden también me lo he traído y lo tengo en mi propia cámara.

Asentí, esperando que esta interrupción no desviase el tema de conversación, pues a sus provecas edades saltaban con demasiada frecuencia de un tema a otro sin centrarse en uno en particular.

—Esta misma tarde me pasaré a verlo, tía María, pero ahora seguid contándome. Nos hemos quedado en vuestra partida de Flandes —insistí.

—En el momento de embarcar aquel 17 de septiembre en Flesinga —siguió recordando, un poco contrariada—, echamos de menos en el puerto a nuestro hermano Fernando, pero aun así vuestro padre estaba contento porque, aunque se había despedido ya en Gante de Felipe, este apareció de improviso en el puerto para hacerlo de nuevo.

—A mí no me extrañó en absoluto —volvió a interrumpir Leonor—, pues Felipe es inteligente y, como tal, sabe que vuestro padre se apareja para morir. Probablemente temía no volver a verlo con vida.

La tía María haciendo un gesto despectivo a tan oscuros pensamientos, continuó como si no la hubiese escuchado:

—El caso es que Felipe aún pasará un tiempo por allí, así que confía en vos, Juana, para que sigáis asumiendo diligentemente la regencia en las Españas.

»Como siempre el viaje ha sido lento, pero tenemos que dar gracias a Dios porque no hemos perdido, como en otras ocasiones, ni una sola nave de las cincuenta y seis que componían nuestra flota. Figuraos, Juana, cómo nos sentimos, así asidos los tres a la regala, cuando vimos desaparecer en el horizonte aquellas tierras que nos vieron nacer. El resto ya lo sabéis y no voy a insistir en nuestro enfado por el indigno recibimiento.

Suspiré, cansada de tanto reproche, pero condescendiente, porque ellas, como yo

ahora, habían vivido una vida intensa sacrificadas por el imperio y aunque deseando retirarme, tenía muchas cosas aún que aprender de aquellas dos entregadas mujeres.

Los últimos días que pasaron en Valladolid antes de partir simplemente les observaba. Padre no veía el momento de salir al aire libre para sentir el tibio calor del sol en su rostro. Delegaba en mí porque no deseaba que le hablasen de negocios ni los quería oír, pero era consciente de que muchos aún no se habían hecho a la idea de que lo único que de verdad deseaba ya era descansar y aparejarse para morir e intentaba no parecer desagradable con los que a él acudían. Sabía que estando en la corte de Valladolid, sería imposible pasar desapercibido y procuró no demostrar en demasía sus ansias por desaparecer. Al fin y al cabo, aquella sería su última despedida, la más importante que haría a sus súbditos antes de recluirse en aquel recóndito paraíso llamado Yuste.

Dadas sus limitaciones, en vez de en carroza, prefirió empezar el viaje sentado sobre una silla fabricada con un arcón toldado que unas veces iría montada sobre los lomos de un caballo y otras sobre los hombros de varios fornidos lacayos.

Les despedí junto a mi sobrino, el infante don Carlos, a las puertas de palacio. Preocupada porque su salud se viese quebrantada debido al frío de aquel noviembre y a que aún no estaban terminadas las obras del monasterio, le aconsejé que esperase, pero no hubo nada que hacer. Pudieron más sus ansias de retiro. Primero en Oropesa, después en Jarandilla y finalmente en Yuste.

Escoltándole iban los frailes de la orden jerónima que velarían por él hasta su postrero día: fray Francisco Tofiño, fray Juan Ortega y el prior de Yuste. Tras ellos, el resto de su cortejo.

Estaba contento porque los frailes no habían puesto impedimento alguno para que sus partituras e instrumentos sonasen en la capilla del monasterio. Aquel era el último placer al que no quiso renunciar, pues, a su modo de ver, tampoco alteraría la regla de los que allí moraban.

Mis tías María y Leonor partieron una hora después tomando otro camino diferente, muy a su pesar. Iban al palacio del duque del Infantado en Guadalajara, que tan amablemente se había ofrecido a albergarlas mientras en Talavera la Real se preparaba todo para que ellas también pudiesen seguir los pasos de mi padre sin estar demasiado alejadas de él.

XXVI

Yuste



Habla María de Hungría, hermana de Carlos

Yuste, 20 de junio de 1558

Subía por aquella escarpada cuesta en mi silla de manos pensando en cómo mi hermano había encontrado el lugar más paradisiaco a la par que perdido del mundo. En lo alto y abrigado por la sierra de Tormantos estaba el convento jerónimo con su iglesia, rodeado de tanta y tan exuberante vegetación que prácticamente lo escondía.

Comprendí entonces que en nada había exagerado en las cartas donde nos contaba cómo de camino hacia allí había cruzado la sierra de Gredos aprovechando el cortado de la garganta de la Olla, unas veces en silla de manos, otras cabalgando y las más sobre los hombros de los lugareños debido a lo abrupto del terreno.

Qué razón tuvo cuando, al llegar exhausto al castillo de Oropesa desde donde ya casi podía acariciar Yuste y donde se hospedaría hasta ver culminadas las obras del monasterio, juró ante su anfitrión, don Fernando Álvarez de Toledo, que ya no franquearía más puerto que el de la muerte.

Aún tuvo que esperar tres meses para recorrer las dos leguas que le quedaban por transitar en este su postrimero viaje, hasta llegar a su ansiado templo de paz.

Allí no había espacio para todo su cortejo y sabíamos que fue muy duro para él despedir a la mayoría de sus leales servidores. ¡Hasta ver despojarse de sus alabardas a los alabarderos le costó!

Y así, desposeído ya de casi todo, aquel mes de febrero del cincuenta y siete, subió por la misma cuesta que yo ahora recorría. Lo hacía con tan solo cincuenta personas a su servicio y algunas carretas donde llevaba sus enseres más queridos, incluyendo sus relojes, instrumentos musicales, biblioteca y parte de la pinacoteca con los cuadros que siempre tuvo a su lado.

Según la distancia se acortaba fui distinguiendo todo lo que él me había descrito. Allí estaba el palacete de dos plantas que había adosado a la iglesia. Sabía que los inviernos los pasaba en la planta alta, mientras que en verano se mudaba a la baja por ser esta mucho más fresca y salubre. Desde su habitación tenía la posibilidad de escuchar misa a través de una pequeña ventana que daba a la iglesia del monasterio. El resto del día lo pasaba recibiendo a insignes visitantes, bien en audiencia, bien de una forma más informal a la sombra de una parra en el jardín o pescando en una alberca que el mismo mandó construir. A él, sin duda, le hubiese gustado seguir cazando como en tiempos pasados, pero el dolor en el dedo gordo del pie se le hacía ya tan insoportable que hasta la sábana de la cama le hacía aullar.

En silencio, seguí al prior de los treinta y ocho monjes que allí moraban. Subí a la planta superior, recorrí el pasillo y entré en una de las estancias de la derecha a pesar de que, por el rabillo del ojo y al lado contrario, pude localizar lo que debía de ser una más que austera sala de audiencias de donde pendía *La Gloria* del maestro Tiziano.

La tristeza me embargaba y sabía que él andaría tan desolado o más que yo, pues ya no nos sentíamos tan fuertes y la muerte de nuestra hermana Leonor me había afectado mucho más que la de nuestra hermana Isabel cuando nos dejó siendo aún tan joven.

No me sorprendió encontrarme la chimenea encendida a pesar del soleado día, porque, a nuestra edad y para sorpresa de los demás, siempre teníamos frío. Un frío imposible de aplacar que a veces me hacía sentir a la muerte soplándome en la nuca.

Allí estaba de espaldas, al fondo de la cámara en un balconcillo acristalado, sentado en su silla y con la pierna alzada sobre un cabestrillo ensimismado en los campos de La Vera.

Sigilosamente me acerqué a él pensando que quizá estuviese adormecido. En efecto, tenía los ojos cerrados. Inspiré y el aroma del azahar que se filtraba por entre una ventana me embriagó. Fue entonces cuando entreabrió los párpados y al verme sonrió.

Consciente de que no podría levantarse para recibirme, me incliné a besarle en la frente. Tras de mí un lacayo me acercó una silla para tomar asiento a su lado. Hacía muchos meses que no nos habíamos visto, y sin embargo no parecía haber pasado un solo día.

—Bienvenida, hermana.

Sonreí.

—Os envidio porque habéis encontrado ese paraíso con el que tanto soñasteis.

—No me puedo quejar, pero seguro que Leonor está en otro aún mejor. — Tomándome de la mano, me miró fijamente a los ojos—. Dios la ponga en el cielo porque, verdaderamente, como todas mis mujeres habéis demostrado ser, ella también fue una santa inocente entregada a sus designios y sin más malicia que la de una paloma vieja.

—Solo una cosa la tuvo en vilo antes de morir el pasado 18 de febrero y fue la congoja de no haber podido vivir junto a su hija María —suspiré.

—Sabe Dios que yo intenté que viniese por todos los medios —se lamentó Carlos—, pero después de conseguir que se reuniesen en Badajoz madre e hija, no sé qué pudo fallar.

—Nada, Carlos, y no os preocupéis, porque Leonor murió, aunque triste, también agradecida por haberla visto en esa fugaz entrevista. La vida nos ha pedido mil y un sacrificios que no le hemos podido negar. Vos habéis padecido los vuestros, yo los míos y en uno de sus múltiples sacrificios se contabiliza el de haber dejado a su única hija en Portugal al enviudar por primera vez.

»Fue su esperanza volver a verla y gracias a vos lo conseguí. Más no pudisteis hacer, pues no fue otro el culpable de su desazón que el reconocimiento de que el correr de los tiempos manteniéndolas separadas las convirtió en desconocidas. Y así María, siendo sangre de su sangre, no vio en ella a su madre. Cuando, a los pocos días de estar con nosotras, nos comunicó que su deseo era regresar a Portugal, a Leonor tan solo le quedó el consuelo de haber engendrado a una mujer tan bella como inteligente.

Carlos me miró incrédulo.

—Y siendo infanta tan virtuosa, ¿no se mostró incómoda por su soltería ella que había soñado con casarse con Felipe y fue desplazada en esta intención por María de Inglaterra?

—Pues como había de ser, Carlos —lamenté asentir—, pero aquello ya pasó y no había lugar a más reproches, pues ella sabía que su madre lo había intentado todo a pesar de que no lo consiguiese.

Carlos suspiró.

—María, siempre que pienso en esto, no puedo evitar comparar el sufrimiento que tuvo nuestra pobre hermana con el que ahora debe de padecer en silencio mi hija Juana. Siendo ella regente aquí y su hijo Sebastián con apenas cuatro años cumplidos rey de Portugal, las probabilidades de volver a reunirse alguna vez son demasiado escasas.

No pude evitar bromear al respecto.

—Y se os olvida nuestra pobre hermana Catalina que quizá queriendo retirarse como nosotros nunca podrá por tener por delante que cumplir con esa regencia tan larga que a Juana le han denegado los portugueses.

Al mencionarla, Carlos pareció recordarla repentinamente. Aquella hermana pequeña nuestra, nacida en Castilla como Fernando, criada en Tordesillas junto a nuestra madre y casada tan joven en Portugal, apenas había compartido vivencias a nuestro lado y eso inconscientemente le hacía con frecuencia nuestra gran olvidada de los recuerdos conjuntos.

—¿Le notificasteis la muerte de Leonor?

—Lo supo por mi misiva al mismo tiempo que vos —afirmé—, pero no os

engaño si os digo que quizá echó en falta otra de vuestra propia mano.

Carlos sonrió con sarcasmo al tiempo que me mostraba su mano derecha.

—Pues que el enojo se le torne desenojo, ya que hace meses que ni siquiera soy capaz de sostener la pluma con el hartazgo dolor que me producen estos agujeros que me salen en el dedillo. Pero no es por eso por lo que está enfadada, sino porque no hace mucho que mi escribano le mandó una solicitud para que, como reina regente que es en Portugal, designe a mi nieto Carlos, el hijo de Felipe, sucesor de su primo Sebastián en el caso de morir.

Fruncí el ceño.

—¿Deseáis la muerte del hijo de vuestra hija Juana para entronizar al infante don Carlos? ¿Con el poco aprecio que le tenéis?

—No me miréis así, los dos son nietos míos, pero es un hecho que Sebastián es un niño débil y que nuestra hermana Catalina ha de prevenir su falta si, Dios no lo quiera, sucediese. ¿Os imagináis España y Portugal por fin unidos? Si no ocurre así y Sebastián se convierte en un rey fuerte, siempre se podría casar con una de las hijas de mi hija María. Vuestra tocaya.

Sonreí.

—¿Y aún tenéis fuerzas para hacer cábalas?

—Comprendedlo —suspiró—. Después de haber hecho tantas cosas buenas por el imperio, muero con una sola preocupación y es que, aunque me cueste, he de reconocer que Felipe tan solo tiene un hijo para sucederle. Dejadme al menos soñar con otras posibilidades si esta se trunca, que muy poco más puedo hacer.

Sentí traerle a una realidad más inmediata.

—Dejad de elucubrar y pensad en las guerras en las que está metido vuestro hijo Felipe. Ruy Gómez de Silva, el príncipe de Éboli y su consejero, me contó no ha mucho tiempo que Juana se demora con frecuencia a la hora de mandar dineros para costearlas, a pesar de que los barcos lleguen cargados de oro y plata de las Indias. He investigado y al parecer no es su culpa, sino que gran parte de ellos se pierden por el camino.

—¿Tú también, hermana? —resopló, enfadado—. ¿Por qué nadie parece querer recordar que eso a mí ya no me incumbe? ¡Que estoy retirado! Aun así, ya le he hecho ver a Juana mi cólera, y se están prendiendo en Sevilla a todos los ladrones que toman para sí parte de lo que a todos nos pertenece. No descuidéis que se les impondrá un castigo ejemplar para que estos desmanes no se repitan ya que, como recordareis, hace años que yo mismo y estando con el agua al cuello en Flandes, sufrí de las mismas carestías y mejor que nadie comprendo la indignación de Felipe.

Enrojeció hasta el punto de faltarle el aire. Le tendí una copa de vino para que se calmase, pues, aun sabiendo que no le sentaría bien, ya hacía tiempo que pensaba que privarnos en nuestra recta final de los pocos placeres que teníamos era verdadera crueldad. Vaciando medio vaso de un trago suspiró de nuevo.

—La verdad, María, es que no es eso lo que me preocupa ahora, sino el hecho de

que mi hijo no regrese pronto a las Españas principalmente por no tener a nadie para dejar a cargo del gobierno de los Países Bajos. Dicen que son muchos los súbditos que allí dejasteis y os echan en falta.

Me miró de reojo sin atreverse a añadir más, pero sabía lo que por su mente pasaba.

—Felipe me pide que regrese de un tiempo a esta parte. Ya intentó impedir que me fuera y ahora quiere que vuelva.

Se mostró intrigado.

—¿Qué le dijisteis?

—Que si es menester, allí me tendrá.

Con sumo cariño me acarició la mano.

—¿Os habéis mirado al espejo, hermana?

No pude más que ladear la cabeza.

—¿Por qué? ¿Acaso dudáis de mis bríos? La verdad es que yo misma dudo de ellos cuando veo estas más que deformes manos y me levanto con apenas fuerzas para caminar.

Carlos, recolocando la pierna que se le había resbalado del madero donde la apoyaba en alto, sonrió sarcásticamente.

—Dad gracias a Dios de poder aún hacerlo. Pero dejando las bromas a una parte, miradme a los ojos y decidme sinceramente... ¿De verdad os sentís con fuerzas para asumir el gobierno de los Países Bajos de nuevo?

Dudé.

—Os mentiría si os digo que no echo de menos aquellas tierras que nos vieron nacer, pero también es cierto que siento muy mermadas mis capacidades de antaño. Dadme unos días para pensarlo, que tiempo ha de ello.

—De verdad lo creéis.

No pude evitar enfadarme con él.

—¿Y por qué no he de creerlo?

Sin contestarme, arqueó las cejas. Sabía lo que quería decirme, pero calló. Algo que le agradecí, pues odiaba hablar de la cercana muerte y aquel día con recordar la de Leonor habíamos tenido suficiente.

—No sé. Lo único que no quiero es volver a Talavera donde vi morir a nuestra hermana —pensé en alto—. Tampoco a Guadalajara. Quizá a Cigales. Aquella fue la cuna donde nació vuestra nieta Ana, y no ha de ser mala, pues María, vuestra hija, me lo aconsejó en su última carta. ¿Creéis que el conde de Benavente me recibirá?

—Cómo lo podéis dudar. Sera un honor para él. Además, estaréis cerca de Valladolid para seguir enterada de qué se cuece en la corte.

—Vuestra hija Juana no me quiere merodeando. Como tampoco es mi intención. Carraspeó.

—¿De verdad seréis capaz de quedaros en Cigales necesitándoos como os necesitan en Flandes?

Las palabras se me atragantaron.

—Si no fuera yo a gobernar, ¿cabría otra alternativa?

—Quizá mi hija Margarita de Parma, a quien tan bien cuidaste de niña... —dudó Carlos.

—¿De verdad pondría a una de vuestras bastardas al cargo del gobierno?

—No por serlo es mala gobernante, y ya lo ha demostrado —replicó, esbozando una sonrisa—. Es curioso, María, cómo a veces nuestros hijos no deseados acaban demostrando ser casi tan dignos sucesores como sus legítimos hermanos. ¿Por qué será si en ellos no hay tanta sangre de reyes?

—Sabe Dios. Lo cierto es que las sangres de nuestras familias estaban tantas veces repetidas en nuestros cuerpos que es prácticamente imposible que un hijo nuestro salga malogrado.

Se quedó pensativo.

—Eso es lo que siempre hemos creído, pero últimamente y dada la escasez de herederos que dejaré me veo abocado a servirme de los que nacieron con mezcla de otras sangres. Os he hablado de Margarita, a quien tan bien conocéis, pero tengo otro hijo, muy poco mayor que mi nieto el infante don Carlos, al que me gustaría presentaros y del que probablemente no sepáis prácticamente nada.

¡Qué ingenuidad la suya! Estando como estaba en Flandes supe de sus amoríos con Bárbara y de sus consecuencias prácticamente desde el primer día que acontecieron. Preferí no reconocerlo de inmediato y dejarle sincerarse.

—Es buen zagal, sano, valiente, inteligente y vivo.

—Y tan bello como su madre —le interrumpí sin poderlo remediar. Me miró sorprendido—. He tenido la oportunidad de conocerlo de camino hacia aquí en una breve parada que hice en Caucos. Quijada y Magdalena de Ulloa parecen estar haciendo de él un hombre más que digno para la guerra, la Iglesia o quien sabe si las letras. Juan Galarza se llama su escudero, García Morales su capellán y Guillén Prieto su profesor de latín.

—¡Ya conocéis más que yo de su vida! ¿Desde cuándo lo sabíais?

—Desde que nació, Carlos. ¿O es que olvidáis que la noche que conocisteis a su madre yo también estaba en aquel baile? Una cosa es que las mujeres de tu familia callemos cuando es menester y conviene y otra muy diferente que no nos enteremos de nada.

—¿Tan evidente fue?

Le sonreí.

—A nadie le pasó desapercibido y a nadie le importó porque Bárbara, a todas luces, era vuestra última pasión. Aquella que, después de perder a Isabel, consiguió devolveros las ganas de seguir luchando.

En su blanquecina mirada refulgió un repentino viso de ilusión. Pensativo, me señaló más allá del bosque.

—Ahora es nuestro hijo el que me tiene embelesado. Quizá porque en nada, y que

quede entre nosotros, se parece al débil y contestatario infante don Carlos. Al estar a poco más de un cuarto de legua de aquí, viene a verme con frecuencia. Él se ha convertido en la alegría de mi ocaso. Quizá por eso, y por ser el único varón de entre los cinco bastardos que he tenido, he pensado en reconocerle en mi testamento.

—Y haréis bien hermano porque quién sabe si en un futuro sea el digno sucesor que, aparte de Felipe, dé lustre a nuestro linaje.

Suspiró pensativo. Temí que, como siempre hizo en el pasado al enfrentarse a problemas de difícil solución, optase por encerrarse a solas con sus divagaciones. Le besé la mano para captar esa atención que appunto estaba de disiparse.

—No, hermano. Apenas tenemos ya tiempo para compartir los dos a solas y no quisiera que lo perdiésemos ahora invirtiéndolo en melancolías. Cambiemos de tercio y contadme cómo vivís el día a día entre estos humildes muros. Mal no se os ve.

—Siempre tan optimista, María. La verdad es que no me puedo quejar, pues de todo tengo a pesar de que sean pocos los que ahora me sirven. Nada echo en falta excepto a vosotros. Para el cuidado y limpieza de mi alma, cuento con mi confesor, aparte de los frailes, y para lo propio en mi quebrantado cuerpo, con cuatro barberos, un cirujano y un boticario que, con demasiada frecuencia, me ordenan ayuno y abstinencia. Sin demasiado éxito he de decir, pues... ¿qué puede conseguir tamaño sacrificio sino ponerme de peor humor? Además, no comprenden que ya no es tiempo de defraudar a nadie. Dejando de comer, tan solo conseguirían entristecer a los cocineros, reposteros, pasteleros y salseros que día a día se afanan por contentarme.

Tomando un dulce de los que tenía sobre el reposabrazos, lo saboreé.

—Y hacéis bien, Carlos, porque este manjar no es digno de repudio.

Sonrió.

—Me lo ha mandado Juana desde Valladolid.

Al sonar un estruendo afuera se incorporó sobre el asiento para ver mejor.

—Me preguntáis sobre mi día a día. Ahí lo tenéis. Este es uno de mis divertimentos cuando a estas horas llegan el tonelero, el frutero, el cazador, el gallinero y el hortelano con todas las viandas. Me entretengo pensando en qué harán con ellas en las cocinas, de qué manera las prepararán y con qué me sorprenderán. Y sueño con esas carnes, pescados y confituras, aun sabiendo que son venenos para mi gota. —Con la boca hecha agua me tendió la copa de vino para que se la rellenase y no pude negárselo—. Les dije que buscasen otro remedio para calmar mis dolores y no se les ha ocurrido otra cosa que darme friegas con una especie de agua rosada que apesta a vinagre. Tocadme la pierna y veréis. —Al acariciarlas las sentí empapadas—. Esto es lo único que me alivia someramente.

—Pues si es solo eso lo que os aqueja podéis daros por satisfecho —bromeé.

Poniéndose de lado se rascó la trasera.

—Y no me quejo, excepto los días que las venas del ojete de mi trasero se enervan, pican, sangran y duelen como condenadas empuñadas en salirse de mi interior. Dice el galeno Giovanni Andrea Mola que deje la cerveza. Por eso ahora

calmo mi sed con vino, pero ni por esas.

De nuevo me tendió la copa vacía, y una vez más, tomando la jarra, se la llené. Empezaba a embriagarse y pensé que a mí tampoco me vendría mal un poco de aquel líquido elemento.

—Pensad en los que os sirven y poneos en su pellejo, Carlos. Ha de haber muchos que no ansían vuestra soledad.

Sus ojos brillaban animados.

—Pues que aguanten, hermana, que el sacrificio no es demasiado y que poco les queda por sufrirme. Sobre todo que aprendan a hacer de la soledad una compañera como yo he aprendido.

—¿Quién os hace compañía cuando os aburrís de vuestra compañera la soledad?

Lo pensó dos veces.

—Depende de lo que quiera. ¿Aparte de mis ayudas de litera, guardarropa, guardajoyas, cerero y lavanderos?

Le miré sorprendida, pues no eran personas con quien soliésemos compartir algazaras en la corte.

—No os asustéis, que para cosas más sesudas sigo contando con el bueno de Luis Méndez de Quijada, con mi secretario Martín Gaztelu, quien pasa a limpio mis pensamientos, y con mi fiel escribiente Martín de Soto, que sigue manteniéndome al tanto de los pormenores por los que corren mis antiguos reinos. Aunque... sé positivamente que si las noticias no son buenas, con frecuencia me las ocultan. Y cuando estos me cansan recurro a mis libros piadosos, a los comentarios de Julio César o la literatura de Olivier de Marché. —Pensó un segundo—. Otras veces me entretengo enredando en mis relojes junto a Giovanni Torriani o Juanelo Torriano que, aparte de resolver problemas matemáticos, también sabe cómo arreglar los complicados desajustes de algunas de mis mejores piezas. Y es que últimamente me gusta tenerlos en hora para así nunca olvidar que el tiempo sigue corriendo vertiginosamente hacia mi fin terrenal. ¿Habrán relojes en el cielo? —Pensativo alzó la mirada—. ¿O la eternidad no requerirá de ellos? —Los efluvios del vino le hacían encadenar un pensamiento con otro sin esperar ya mi respuesta. Frunciendo el ceño se despistó de nuevo—. ¡Duele harto! ¡Qué ganas tengo de despojarme en la llegada de mi hora de este saco de pellejos y huesos que ya en nada me acompaña! —De repente alguien más le vino a la mente—. ¿Sabéis que Van Male me ayuda a escribir mis memorias?

—Escribirlas es pecado de vanidad, y lo sabéis —repliqué, santiguándome.

Sonrió como si no le importase en absoluto.

—¡No es de esa opinión mi confesor fray Juan Regla que, como sabéis, es un teólogo sabio y bien que lo demostró en el Concilio de Trento! Así que absteneos de juzgarme, hermanita, que en eso sí que veo yo una falta. —Sonaron las campanas—. Acompañadme a misa que hoy quiero agradecer a Dios el que nos haya concedido el beneplácito de vernos. Claro que... bien pensado y llegado este tiempo, casi lo que

deberíamos es rogarle para que pronto nos podamos reunir con Leonor allá.

Llegaron sus ayudas de literas para llevarle a la ventana que conectaba con la iglesia. Oímos nuestra última misa juntos. Al terminar y cuando quise despedirme de él, estaba dormido.

Me levanté despacio y de puntillas salí de la estancia haciendo lo posible por no despertarle. Tal vez porque en el fondo sabía que no tardaría en volver a encontrármelo o quizá porque, desde aquella vez que despedimos a nuestros padres en el puerto de Middelburgo siendo muy niños, siempre había odiado las despedidas.

Epílogo

El ocaso



Habla María de Hungría, hermana de Carlos

Cigales, 18 de octubre de 1558

Nunca supe si fue por contagio de Carlos, pero aquel viaje desde Yuste a Cigales terminó por minar mi cuerpo. Como él, la última vez que lo vi, apenas tenía fuerzas para levantarme cada mañana. Tumbada en mi cama aquel mes de septiembre recibí una visita inesperada. Me vestí para recibirlo intuyendo lo peor. Era Quijada que venía a notificarme en persona el fallecimiento del emperador.

Según avanzaba su narración haciéndome partícipe de sus últimos momentos, el tono de su voz se fue tornando un lejano susurro en mis oídos.

—El postrero día de agosto comió al aire libre. Os aseguro que su majestad no parecía encontrarse mal hasta que al despertar de la siesta se quejó de un gran dolor de cabeza y mucha sed. Tanta que se nos hizo imposible saciarla. Mal durmió aquella noche y al despertar por la mañana don Enrique Mathys, al que bien conocéis, le examinó a conciencia. Aparte de unas cuantas picaduras de mosquitos y sus miembros un poco más hinchados de lo habitual, poco más pudo encontrar. Aun así, el galeno, temiéndose lo peor, quiso contrastar sus temores con el doctor Cornelio.

Ninguno de los dos consideró otro remedio mejor que el de sangrarle. Y así, los cuatro barberos que les asistían se pusieron manos a la obra sin conseguir mejoría. Llamaron entonces al boticario Pedro Guillén, que tampoco logró nada ante la impotencia de ver a su majestad cada vez más empapado en sudor y sacudido por constantes tiritonas.

A partir de entonces no hizo más que empeorar. Las tercianas se tornaron dobles y acompañadas con frecuencia de angustiosos delirios, que su confesor consiguió calmar tan solo el día que le ungió con los santos óleos de la extremaunción. A las

dos de la mañana del día de San Mateo por fin su corazón descansó. Según su último deseo y a la espera de lo que estipule el rey don Felipe, lo hemos enterrado bajo el altar mayor de la iglesia del monasterio con medio cuerpo bajo las losas donde se ofician las misas y de tal modo, que el sacerdote pose sus pies sobre su pecho y cabeza.

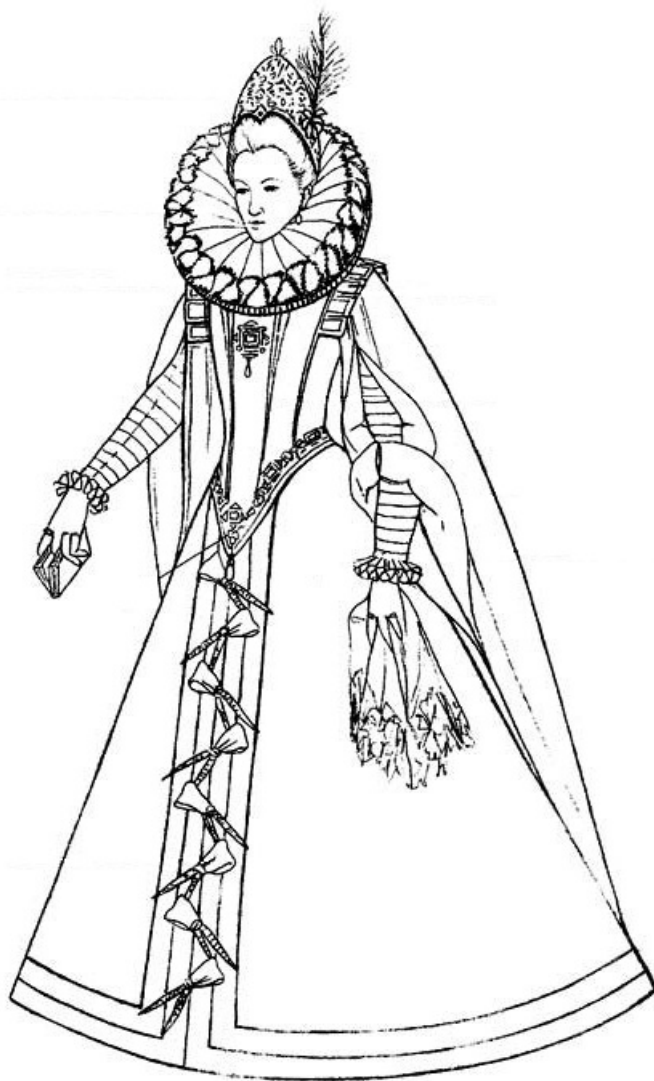
No hacía falta que siguiese. Llegado este punto le solicité a Quijada silencio.

Intenté centrar mi pesar en un recuerdo agradable. Y quise imaginarlo soñando con todos los momentos felices de su vida; corriendo por los campos de Gante junto a nosotras sus hermanas y de la mano de la tía Margarita, con el amor de Isabel que ahora después de tantos años estaría de nuevo a su lado ante la mirada atenta de nuestras hermanas Leonor e Isabel y de nuestros padres.

Las pocas ganas de vivir que me quedaban para cumplir como gobernadora de los Países Bajos, en el caso de que mi sobrino Felipe lo demandase, se disiparon por completo.

A partir de entonces, no quise ni siquiera levantarme de mi lecho hasta que un día, exactamente el mismo 21 de octubre, en el que se cumplía un mes del aniversario de la muerte de Carlos, sentí que su mano se asía a mi diestra al tiempo que la de Leonor me cogía de la izquierda y así los dos tiraron de mí a la vez. Me dejé llevar liviana.

Dramatis personae



BÁRBARA BLOMBERG

Su postrera amante

Nací en Ratisbona en el año del Señor de 1527. Allí, en la ciudad de las cien torres, crecí junto a mis padres Wolfgang Blomberg y Sibylle Lohman como la mayor de varios hermanos. Había cumplido diecinueve años cuando vi por primera vez al emperador al venir este a la dieta imperial. Posó su vista en mí al oírme cantar en una de las recepciones que allí se celebraron. Seducida por la grandeza que de él emanaba, no pude negarme a su reclamo. Según pasaba los días a su lado me fui olvidando de la diferencia de edad que nos separaba. Procuré proporcionarle aquel sosiego del que tan ávido le encontré por los graves problemas a los que se enfrentaba. Pasado el tiempo, me dijeron que fui su postrera pasión.

De nuestros amores nació Jeromín. Aquel hijo, al que apenas amamanté, me lo arrebataron para criarlo según su condición de bastardo imperial. Jerónimo Píramo Kegel, su primer tutor, quiso entonces desposarse conmigo para acallar rumores.

Por otro lado, la hermana de don Carlos, María de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, quiso agradecer nuestra discreción nombrando a mi esposo comisario en su corte de Bruselas, adonde nos mudamos de inmediato.

En 1569, cuando mi belleza ya se había marchitado, enviudé. Tenía entonces cuarenta y dos años, y fue el duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, quien, informando de ello a Felipe II, el sucesor del emperador, me consiguió una digna pensión para que de nada me faltase. Me tacharon entonces de gastadora, escandalosa y de no ser dama del debido recato. Mi propio hijo Jeromín —entonces rebautizado como Juan de Austria por el reconocimiento de su padre antes de morir y como gobernador que era de los Países Bajos por delegación de su hermano el rey— quiso alejarme de todo lo que yo había conocido hasta entonces para mandarme a las Españas, esas tierras de las que el emperador tanto me habló durante nuestras olvidadas noches de pasión.

Y así, un 3 de mayo, a mis cincuenta años cumplidos, posé el pie por primera vez en el puerto de la villa cántabra de Laredo. Mi hijo tuvo la delicadeza de mandar a recibirme a la que había sido su madre adoptiva, doña Magdalena de Ulloa, que, según me contó, fue la que presentó a Jerónimo a su padre poco antes de morir, y me alegré por ello.

Ingenua de mí, pensé que me aposentarían en algún digno palacio, pero en vez de aquello me dejaron en el convento castellano de Santa María la Real de San Cebrián de Mazote, cerca de Valladolid. Fue allí donde supe de la muerte de mi hijo, el gran general Juan de Austria, en Lepanto. Privada de toda vocación, pedí entonces a su majestad don Felipe que me dejase partir a Colindres para pasar allí mis últimos días junto a otro de mis hijos, Conrado de Píramo, su mujer y mis cuatro nietos.

Prácticamente la única alegría que ya me quedaba en la vida.

Todos juntos residimos primero en casa de Juan de Escobedo, el antiguo secretario de mi hijo que murió asesinado a manos de Antonio Pérez, y poco después en Ambrosero. Hasta que, el 18 de diciembre de 1597, sintiendo la muerte cercana, testé, me confesé y pedí que me enterrasen en la hermosa iglesia de San Sebastián Mártir del monasterio de Montehano, de Escalante.

CATALINA DE ARAGÓN. REINA DE INGLATERRA

Su tía y siempre aliada

Nací en Alcalá de Henares, en 1485. Fui la hija pequeña de Fernando II de Aragón y de Isabel I de Castilla. Viví muy de cerca el final de la Reconquista y el rosario de muertes que mi familia padeció. Mis padres perdieron a su único hijo varón, mi hermano Juan; a mi hermana Isabel, que le sucedería, y a su pequeño hijo Miguel. Por esta razón, sin quererlo, mi hermana Juana fue jurada su legítima sucesora. Pero ella, cuando tuvo que afrontar estas responsabilidades, prefirió recluirse en Tordesillas por lo que, a partir de entonces y estando yo ya casada, tuve que tratar todos los asuntos de Estado y moral de mis reinos con los embajadores de mi sobrino Carlos, al que conocí en su visita a Inglaterra cuando era un joven de veintidós años.

Y es que, al cumplir los dieciséis años, me mandaron a casar, primero en 1501 con Arturo, el primogénito de Enrique VII de Inglaterra, y después, viuda de este, con su hermano, el que a la muerte de su padre le sucedería como Enrique VIII. Y así fue como, después de pasar muchas penurias, me convertí en la reina de Inglaterra. Mi gran desgracia fue que, a pesar de tener seis hijos con Enrique, tan solo vi crecer a María.

Durante todos aquellos años, y a pesar de las desavenencias que pudieron surgir entre mi esposo y mi sobrino Carlos, nunca antepuse los intereses de mi reino a los de él, y siempre procuré que Enrique mantuviese la alianza de Inglaterra con el imperio de Carlos y contra nuestro eterno enemigo, el rey Francisco de Francia.

Perdí mi poder de persuasión cuando Enrique, gravemente obsesionado por el hecho de tener un varón, quiso separarse de mí y de la Iglesia católica amancebándose con Ana Bolena. Al parir esta otra niña, nos separaron a mí y a mi hija María de la que legítimamente era nuestra corte. A María, a quien un día tuve la ilusión de prometer con mi sobrino Carlos, la vejaron poniéndola al servicio de su hermana bastarda, la hija de la amante de mi esposo. A mí, después de varias reclusiones, me mandaron a morir al castillo de Kimbolton, donde, un 7 de enero de 1536, cerré los ojos por última después de un enorme padecimiento a causa de unos dolores de tripas. Mantuve hasta el final la vana esperanza de que Carlos y el sumo pontífice lograsen hacer recapacitar a Enrique. Pero Dios suele poner las cosas en su lugar y aunque no lo viví, hoy sé que mi hija María Tudor llegó a ser reina de Inglaterra, a reinstaurar nuestra verdadera religión y a casarse con mi sobrino nieto Felipe.

CATALINA DE AUSTRIA. REINA DE PORTUGAL

Su hermana pequeña

Fui la hija póstuma de Felipe el Hermoso, que era como llamaban algunos a mi padre, y de doña Juana de Castilla. Nací el 14 de enero de 1507 en Torquemada, provincia de Palencia. Apenas tuve uso de razón, mi madre me contó que, aunque me hubiese criado sola junto a ella en Tordesillas, tenía otros cinco hermanos. Solo Dios sabe lo que ansié conocerlos al encontrarme allí tan sola y prácticamente privada de todo tipo de algarazas infantiles, no tanto por la voluntad de mi progenitora como de los marqueses de Denia, nuestros odiosos guardianes.

A los diez años por fin conocí a mis hermanos Carlos y Leonor. Viéndome ellos en tanta precariedad, quisieron librarme de mi encierro, pero para mi desventura fue por poco tiempo, pues mi señora madre me añoraba en demasía, y después de conocer otra vida en la corte tuve que regresar a su lado durante unos años que se me hicieron eternos hasta que, cumplida mi mayoría de edad, mi hermano el emperador quiso compensarme de todas mis frustraciones desposándome con Juan III de Portugal en la ciudad de Salamanca. Apenas llegué a Lisboa, conocí a mi cuñada Isabel, la que muy pronto sería la mujer de Carlos. Me alegré, porque no podría haber en el mundo mejor candidata a emperatriz.

A partir de entonces mi corazón se sintió dividido entre mi reino por nacimiento y el que ahora me acogía, sobre todo cuando estos tenían intereses opuestos. El día que casamos a Juana, la hija pequeña de Carlos, con su primo, mi hijo Juan Manuel, el heredero al trono después de haber muerto sus cuatro hermanos mayores, pensé que todos mis conflictos internos habrían terminado, pero desgraciadamente mi hijo Juan Manuel murió antes de ver a su hijo nacer.

Sebastián vino al mundo tan póstumo como yo. En él depositaba todas mis ilusiones y con hartazgo de mi corazón, temerosa de que mis súbditos viesan a su futuro rey más español que portugués por influencia de su joven madre, me vi obligada a despedirla quedándome yo sola al cargo de mi pequeño nieto. Con frecuencia rezaba a Dios para que le diese salud y nunca me lo arrebatase. Nada extraño, ya que, como reina de Portugal, después de haber parido y enterrado a nueve hijos, este nieto mío era el único que me quedaba para perpetuar nuestra estirpe.

Mi señor, el rey de Portugal, murió el 11 de junio de 1557. Inmediatamente el pequeño Sebastián, de apenas tres años, fue jurado rey y esta su servidora y abuela tuvo que asumir su complicada regencia. Unos años después supe de la muerte de mis hermanos Leonor, María y de mi querido Carlos. En 1562, cansada de las pugnas que la regencia demandaba, se la cedí a mi cuñado, el cardenal Enrique. Hasta que, a los setenta y un años, en mi querida Lisboa, cerré para siempre mis ojos un caluroso 4 de agosto. Dios quiso privarme de un último disgusto: el de ver morir a mi nieto

Sebastián en la batalla de Alcazarquivir, apenas siete meses después de haberme despedido yo de este mundo.

Su segunda sobrina

Nací en Nyborg en noviembre de 1521 como la tercera en la sucesión de mi padre, el rey Cristián II de Dinamarca, Noruega y Suecia. Mi madre, Isabel de Austria, era hermana de mi tío el emperador Carlos V, alguien a quien no habría apenas conocido si no fuese porque, cuando cumplí los dos años, mi padre fue depuesto por sus propios súbditos en Dinamarca y Noruega para entronizar a mi tío Federico, y tuvimos que cobijarnos al amparo de nuestra tía Margarita, la gobernadora de los Países Bajos según el legado de mi tío Carlos. Pocos años después, mi padre también perdería la corona de Suecia.

Allí, en la corte de Malinas, como antes había hecho mi madre al verse privada de padres, me crié al amparo del regazo de la tía Margarita junto a mis hermanos Dorotea y Juan, después de ver morir a mi joven madre en una casa de la que apenas tengo recuerdos cerca de Gante. Fue entonces cuando mi padre también decidió dejarnos desamparados para regresar a Dinamarca con la esperanza de recuperar su reino perdido, ser encarcelado al principio en el castillo de Sonderborg y después confinado de por vida en Kalundborg hasta que murió.

En Malinas, con frecuencia me divertía jugando con mi hermana Dorotea y una hija bastarda de mi tío Carlos, que, como a nosotros, mi tía abuela había adoptado y a la que bautizó Margarita como ella.

Pocas cosas cambiaron cuando, al cumplir los nueve años, vi morir a nuestra protectora. Tomó el relevo en el Gobierno de los Países Bajos y nuestra custodia la reina viuda de Hungría, nuestra tía María, como la hermana que era de nuestra madre y del emperador, al que conocí por aquel entonces. Un gran hombre que sufrió tanto o más que nosotras la muerte de mi hermano Juan en Ratisbona cuando tan solo tenía catorce años de edad, pero que apenas demostró sensibilidad dos años después cuando decidió casarme sin miramientos con el viejo duque de Milán. Poco le importó que yo tuviese tan solo trece años y él treinta y nueve, porque así lo demandaban en aquel momento los intereses del imperio. Mis pesares, gracias Dios, duraron poco, pues Francisco de Sforza murió dejándome viuda apenas cumplidos los quince años.

De vuelta en Gante las cosas nunca volvieron a ser iguales que en el pasado. Apenas llegué, despediría a mi hermana Dorotea que se marchaba a Heiligenberg para desposarse con Federico II, el príncipe elector palatino, y a mi cuasi hermana Margarita, la bastarda de mi tío Carlos, que, viuda como yo, volvió a contraer matrimonio con el duque de Parma. Intuí entonces que yo sería la siguiente, y no me equivoqué. El 10 de julio de 1541 de nuevo me desposaba en Bruselas con el duque Francisco I de Lorena. Esta vez mi joven marido me hizo feliz, tuvimos cuatro hijos,

pero mi felicidad se vio truncada cuando, pocos días después del nacimiento de mi pequeña Dorotea, Francisco murió en un accidente de caza.

A partir de entonces y habiendo aprendido desde niña de mi tía abuela Margarita primero y de mi tía María después de todos los entresijos de la regencia, la ejercí en el ducado de Lorena como mejor supe hasta que mi hijo Carlos, de tan solo dos años, pudiese gobernar por sí mismo. Lo peor vino cuando después de resistir durante siete años el acoso de Francia sobre mi ducado defendiéndolo como mejor supe y pude, finalmente tuve que abandonarlo en manos del rey Enrique, dejando a mis hijos a su merced y huyendo sola al amparo de mi tío el emperador. Murieron por aquel entonces mi tío Carlos y casi todos los de aquella generación, y a aquel dolor se unió el de dejar a mi heredero bajo la custodia del rey francés quien, pasado el tiempo, lo casó con su propia hija Claudia. Siete meses más tarde, el 10 de julio de 1559, Enrique II de Francia murió en un glorioso torneo y por fin pude de nuevo ver a mis hijos y recrearme en la fecundidad de mi primogénito.

Cansada, decidí retirarme a vivir a la hermosa ciudad de Tortona, donde un 10 de diciembre de 1590, cumplidos los sesenta y nueve años de edad, dejé que mi alma abandonase este abatido cuerpo.

DOROTEA DE OLDENBURG O DINAMARCA. PRINCESA PALATINA

Su primera sobrina

Con una infancia parecida a la de mi hermana Cristina, la arriba escribiente, nací un año antes que ella un 10 de noviembre de 1520.

Cuando mi hermano Juan murió a los catorce años, yo, al ser la mayor, heredé todos sus derechos sucesorios a los tronos de Dinamarca, Noruega y Suecia. Según los intereses de mi tío el emperador, me casé con el príncipe elector Federico II del Palatinado a los quince años en Heidelberg. Los dos teníamos la esperanza de poder algún día recuperar los tronos que mi padre había dejado escapar a manos de sus enemigos, pero desgraciadamente no fue así. Tampoco Dios me bendijo con la descendencia deseada. Tras el fallecimiento de Federico en 1556, me retiré a vivir discretamente en el castillo de Neumarkt hasta que a los cincuenta años me reuní con él con la única petición de que me enterraran en la iglesia del Espíritu Santo en Heidelberg.

Su primera amante

Nací en Foix en el año del Señor de 1488. Mis padres fueron Juan de Foix, el conde d'Étampes y vizconde de Narbona, y María de Orleans, la hermana de Luis XII de Francia. Al cumplir los dieciocho años me desposaron con el rey Fernando II de Aragón de cincuenta y tres años. La boda se celebró en el palacio que tenían los condes de Buendía, en la villa palentina de Dueñas. Este, al quedar viudo de la reina Isabel la Católica sin descendencia masculina, desde el primer momento en que holgamos, depositó en mí toda su ilusión por engendrar ese ansiado varón. Y no era de extrañar este empeño, pues llevé como dote a Fernando los derechos dinásticos del reino de Nápoles y el título de rey de Jerusalén. Unos derechos que solo se reafirmarían en él en el caso de que tuviésemos descendencia. A cambio, Fernando se comprometía a nombrar sucesor del reino de Aragón al hijo que tuviésemos en común, algo que levantó ampollas entre muchos nobles castellanos, que no deseaban ver de nuevo separados los reinos de Castilla y Aragón. Temores que olvidaron cuando mi pobre hijo, Juan de Aragón y Foix, murió a las pocas horas de nacer. El 23 de enero de 1516 murió Fernando, según muchos, por las hierbas que los galenos le proporcionaban para que su virilidad no decayese. Me dejó entonces al cuidado de su nieto Fernando, el hijo de Juana, recluida en Tordesillas desde hacía tiempo, y unas rentas anuales de más de cincuenta mil florines, siempre y cuando no volviese a contraer matrimonio. En la última carta que escribió al sucesor de su hija Juana, el futuro emperador Carlos, le encomendó que no me abandonase nunca, pues no me quedaba en la vida sino su custodia.

Conocí a Carlos cuando, a los diecisiete años, llegó a España para hacerse cargo del gobierno que su madre, Juana de Castilla, no parecía querer. Como su abuelastra que era, a mis veintinueve años, quise de inmediato ir a recibirlo junto a su hermano Fernando, al cual tampoco conocía, con la secreta esperanza de que cuidase de mí, como su abuelo le había encomendado. Y así fue. Recurrió a mí en todas sus dudas, ilusiones y me demostró todo su amor. Tanto que ese amor de abuelastra por el nieto se tornó en una pasión que acabó por engendrar en mí a una preciosa niña, la primera de sus hijas, y a la que vine a llamar Isabel. Nuestra relación se vio entonces malparada, y el temor de sus consejeros a que nuestra historia pudiese hacerle más daño que bien me obligó a acallar a los deslenguados apartándome de su lado y desposándome primero con un noble de su séquito llamado Juan de Brandemburgo y después, al quedar de nuevo viuda de este, con Fernando de Aragón, duque de Calabria. Fue entonces cuando Carlos decidió nombrarnos virreyes de Valencia, adonde nos retiramos a vivir.

No tuve más hijos que a Isabel, a la que quise reconocer discretamente como hija

del emperador entre las líneas de mi testamento, ya que Carlos, su padre, nunca lo hizo y tampoco parecía que lo fuese a hacer a mi muerte. Dejé todos mis bienes a la Orden de los Jerónimos con la intención de que ellos, pasado el tiempo, enterrasen mis despojos en el monasterio que mi esposo se disponía a construir y al que llamaría de San Miguel de los Reyes.

Cumplidos los cuarenta y nueve años de edad, en Liria languidecí con la esperanza de que la historia no solo me recordase por haber sido la primera amante del emperador Carlos.

ISABEL DE AUSTRIA. ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA, REINA DE DINAMARCA, SUECIA Y NORUEGA

Su segunda hermana

Nací en Bruselas un 18 de julio de 1501 y recibí mi nombre en honor a mi abuela Isabel la Católica. Mis hermanos mayores Leonor y Carlos fueron el espejo en el que durante toda nuestra infancia, al amparo del regazo de la tía Margarita, quise reflejarme.

Recién cumplidos los catorce años me desposaron en Copenhague con Cristián II de Dinamarca, Suecia y Noruega. Me costó acostumbrarme a Cristián, a su lengua, a sus costumbres y, sobre todo, a tener que aguantar el descaro de su amante Dyveke y de la madre de esta.

Recé a Dios para que me ayudase en este duro trance y debió de escucharme, porque a los pocos meses de soportar las infidelidades de mi marido, su preferida murió tan oportuna como repentinamente. Fue entonces cuando empezó a fijarse en mí y yo supe retenerlo a mi lado embarazándome hasta seis veces. El mayor de mis hijos fue Juan, después nacieron Maximiliano, Felipe, Dorotea, Cristina y un pequeño que al nacer muerto no pude bautizar. De los seis, solo Juan, Dorotea y Cristina sobrevivieron.

Cristián, después de coronado, apenas tardaría cuatro años en perder sus reinos obligándonos a exiliarnos de nuevo a la corte de Malinas junto a la tía Margarita. Después de sendas rebeliones, dejó la corona de Suecia a Gustavo Vasa y Dinamarca a su tío Federico. Para cuando regresamos a Flandes, Leonor y Carlos ya se habían ido a las Españas por el fallecimiento de mi abuelo Fernando y yo me sentía sumamente debilitada por todos los disgustos pasados. Apenas tuve fuerzas para acompañar a mi esposo a Cristián a la Dieta de Núremberg. Al regresar junto a mis hijos a nuestra casa de Zwijnaerde, cerca de Gante, empeoré. Me faltaba el aire y la debilidad me devoraba a pesar de mi juventud. Los médicos no dieron con nada que me calmase. Pasado el día de Reyes de 1526, escribí a mi *bonne tante*, mi tía Margarita, para que, en el caso de mi muerte, velase por mis hijos, tal y como lo había hecho con nosotros al dejarnos nuestros padres. La historia se repetía. El 19 de enero de 1526 cerré los ojos por última vez con la pena de no haber podido despedir a mis hermanos en general y a Carlos en particular, pues de él dependería el futuro de mis hijos, sus sobrinos.

ISABEL DE PORTUGAL O DE AVIS. LA EMPERATRIZ DEL SACRO ROMANO IMPERIO

Su única esposa

Nací en Lisboa un 24 de octubre de 1503. Mis padres fueron el rey Manuel I de Portugal y su segunda mujer, María de Aragón. Como a otras de mis primas, a mí también me bautizaron Isabel en honor a mi abuela. Era entonces la segunda hija de mis padres tras mi hermano Juan. La primera vez que oí hablar de Carlos fue gracias a la tercera mujer de mi padre que, ya viudo de mi madre, había contraído nuevas nupcias con Leonor de Austria. Ella veneraba de tal manera a su hermano que, sin pretenderlo, consiguió que, sin conocerlo siquiera, me enamorase de él. No pude creer el día que mi hermano Juan, ya rey al morir mi padre y casado con mi tía Catalina, la hermana de Leonor y de Carlos, me confirmó nuestro futuro desposorio.

Y así fue como, cumplidos los veintitrés años, inicié mi viaje desde Portugal a Castilla. Allí me esperaba Carlos, el emperador del Sacro Imperio, el rey de España, el archiduque de los dominios de los Habsburgo, duque de Borgoña y poseedor de otros tantos títulos más que casi me sentía incapaz de retener en la memoria.

El día 11 de marzo de 1526 me casé en los hermosos Reales Alcázares de Sevilla y mi luna de miel la pasamos en el palacio de la Alhambra de Granada. Apenas nos vimos, creo poder asegurar que nos enamoramos, y así se lo demostramos al mundo entero engendrando siete hijos, de los cuales Felipe, María y Juana sobrevivieron.

Sabía por mis tías Leonor y Catalina que Carlos, al casarse conmigo, ya tenía varias hijas bastardas, pero no me importó, porque durante el resto de mi vida sé que me fue fiel. Fui su única mujer y así me lo demostró, a pesar de sus grandes ausencias durante las cuales quedé yo sola al cuidado de nuestros hijos y de nuestros reinos españoles.

Aquella felicidad, sin embargo, no me dio la salud que hubiese deseado y poco a poco mi cuerpo se fue deteriorando hasta que al parir a nuestro último hijo, aquel 1 de mayo de 1539, me sentí perecer en aquel palacio de Fuensalida, de Toledo. En mi última visión todos los que quise estaban a mi lado: mi querido Carlos, mis hijos Felipe, María y la pequeña Juana y mi caballero mayor, el buen Francisco de Borja. A él le pedí que custodiase mis despojos el día que muriese hasta depositarlos en mi sepulcro de la capilla real de mí adorada Granada.

Su segunda amante

Al igual que Carlos de Gante, nací en 1500 en Nurkerke. De mis progenitores Gilles Johann van der Gheynst y Johanna van der Caye pocos recuerdos albergo, aparte de los telares por donde comencé a andar y donde mi padre fabricaba hermosas alfombras y tapices, pues una epidemia de peste me los arrebató cuando apenas tenía cinco años.

El buen Carlos de Lalaing, como el gobernador que era de Audenarde, al saber de mi completa orfandad, quiso hacerse cargo de mi educación. El futuro conde de Montigni fue quien un día casualmente oyéndome cantar quiso hacer de este mi don una virtud, sin saber que sería mi voz precisamente la que más llamaría la atención de su señor aquel otoño de 1521, en el que el emperador Carlos tuvo a bien tomar aposento en su castillo con motivo del capítulo de la Orden del Toisón que allí se había convocado.

Para la ocasión vestí mis mejores galas, arranqué de mi garganta mis mejores tonos, y así, apenas terminé, recibí la invitación del recién elegido emperador para acudir a sus aposentos. ¡Cómo negárselo! A nuestros veintiún años la pasión no tardó en desatarse y fui incapaz de rechazar ninguna de sus demandas. Su experiencia como amante me dejó intuir que sin duda y, a pesar de su juventud, era un hombre experto en aquellas lides. Nuestro amor, aunque fugaz, dio sus frutos. Y cuando su recuerdo se me hacía tan lejano como aquel año de 1522 de nuestro Señor que a punto estaba de languidecer, nació allí mismo, en Audenarde, nuestra hija Margarita. Así la bauticé en honor a la *bonne tante* de Carlos, que, como la gran gobernadora de los Países Bajos que era, siempre velaba por los intereses de su sobrino, y al saber de embarazosa situación, no dudó en ofrecerse generosamente a hacerse cargo de la criatura que aún albergaban mis entrañas. Sin poderme oponer a ello y por ser lo mejor para la niña, acepté gustosa.

Margarita nació el 28 de diciembre de 1522 en el mismo castillo del conde de Lalaing. Apenas tardaron un mes en llevarse a mi niña a Malinas junto a su tía abuela y tocaya Margarita. Ella fue la que me dio su palabra de hacer lo posible para que la pequeña algún día fuese reconocida como hija natural de Carlos. Si bien es cierto que nunca recibí ni una mísera línea de él, también lo fue que siete años después tuve la inmensa alegría de saber que por fin y mediante documento firmado en Barcelona así la reconocía.

Y así viví honestamente con la pensión que me concedieron al nacer ella y casada con un noble llamado Jean van den Dyke, señor de Zandvliet y Berendrecht, caballero de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén y miembro, consejero y auditor de Brabante. Con él tuve hasta nueve hijos más, alguno de los cuales llegaron a

conocer a su hermanastra Margarita.

A los cuarenta y un años de edad me sentí languidecer, y rodeada por mi buen esposo e hijos, dejé esta tierra un 15 de diciembre sabiendo que mi hija Margarita, después de enviudar por primera vez, de nuevo estaba casada con Octavio de Farnesio y era duquesa de Parma.

Su madre

Toledo me vio nacer un 6 de noviembre de 1479. Mis padres fueron Isabel y Fernando, los Católicos Reyes, y a pesar de no ser yo la heredera de sus coronas por ser la tercera de sus hijos, así lo quiso el destino cuando mi madre murió en 1504.

Desde niña sufrí los desvelos de mi madre por intentar que fuese tan pía como ella, pero no me llamó Dios por esos caminos. Viví mi infancia junto a mis hermanos en el culmen de la Reconquista, hasta que en 1496 decidieron casarme con mi querido Felipe, el archiduque de Austria, duque de Borgoña y Brabante y conde de Flandes.

Apenas le vi aquel 20 de octubre, él y solo él se convirtió en mi razón de vivir. Junto a Felipe conocí un amor tan apasionado que dolía, y ni siquiera los seis hijos que tuvimos en común o las coronas que heredé al morir mis padres consiguieron distraerme de esta mi obsesión.

Cuando Felipe murió aquel septiembre de 1506 quise morir a su lado, pero tampoco este mi deseo me fue concedido y por mucho que esperé su resurrección acompañando su féretro por toda Castilla, esta no se produjo. Fue en esta mi desesperación cuando mi padre decidió alejarme de las murmuraciones que me tildaban de loca enclaustrándome en Tordesillas. Poco antes había parido en Torquemada a nuestra hija póstuma, que me acompañó al encierro.

Catalina se crio a mi lado, pero afuera de esos muros quedaban Leonor, Carlos, Isabel, María y Fernando. Unos en los Países Bajos al cuidado de mi cuñada Margarita, y otros, como Fernando, guardado por mi padre Fernando.

En Tordesillas supe de la muerte de mi padre, de la regencia de Cisneros en Castilla, recibí a Carlos y a Leonor después de más de una década sin verlos y cedí a Carlos todos mis derechos para que, siendo los dos reyes de Castilla y Aragón, él solo gobernase. El levantamiento comunero de 1520 quiso romper este acuerdo que con mi hijo mayor tenía, y a punto estuve de ceder, pero el miedo a la responsabilidad me hizo recapacitar y aquellos rebeldes acabaron muriendo en el intento.

A mi encierro, excepto mi hija Isabel que murió muy joven, vinieron a visitarme todos mis hijos y algunos de mis nietos, como Felipe, María y Juana, los hijos de Carlos. Los vi crecer a saltos y a veces entre intervalos tan largos que en un primer momento me parecieron desconocidos. Sufrí mucho el día que mi pequeña Catalina partió a casarse con el rey de Portugal, pero con el tiempo me acostumbré a su ausencia.

Me sentí morir aquel 12 de abril de 1555. Desde aquel febrero de 1509 en que me enclaustraron, llevaba cuarenta y seis años encerrada desde que mi padre así lo decidió. A la última que vi antes de morir fue a mi nieta Juana. Fue esta la que muy a

su pesar tuvo que soportar mi obstinado empeño por no confesarme y recibir la extremaunción. Al final y cuando ya no tenía fuerzas ni para negarme a ello, Francisco de Borja me la proporcionó. Me hubiese gustado despedirme de Carlos, pero este andaba lejos pensando en abdicar en su hijo Felipe.

JUANA DE AUSTRIA. PRINCESA DE PORTUGAL Y REGENTE

Su hija pequeña

Nací en Madrid un día de San Juan de 1535 y me bautizaron Juana en honor a mi abuela, a la que conocí en una de nuestras visitas a Tordesillas. Mi padre era el emperador y mi madre Isabel de Portugal. De mi progenitora apenas albergo recuerdos, pues murió antes de que yo cumpliese los cuatro años. A pesar de ello, me crié feliz al cuidado de Leonor de Mascareñas, una de las damas de la corte en quien mi madre depositó su confianza poco antes de morir y tan buena en su labor que al crecer nosotros también cuidaría de mi sobrino Carlos, al quedar este también huérfano apenas recién nacido.

A los diecisiete años, un 11 de enero, me casé por poderes en Toro con mi primo Juan Manuel de Portugal que, aunque más joven que yo, era el heredero de la corona lusa. A fines de noviembre de 1552 llegué a Lisboa pensando en que algún día sería la reina de aquellas tierras como en ese momento lo era mi tía Catalina, pero, por desgracia, mis ilusiones se vieron muy pronto frustradas al morir Juan Manuel de una tuberculosis el 2 de enero de 1554.

Recé junto a mis suegros los reyes para que el niño que tenía en mis entrañas fuese un varón y Sebastián nació a los dieciocho días de la muerte de su padre. Era un precioso niño, el único hijo que tuve y que desafortunadamente me vi obligada a abandonar con apenas cuatro meses en brazos de su abuela Catalina al ordenarme mi padre regresar a Castilla para asumir la regencia de sus reinos en ausencia de mi hermano Felipe.

Dios sabe lo que me hubiese gustado llevarme a Sebastián, pero no me lo permitieron al ser él el heredero de Portugal en cuanto muriese su abuelo. Y así, asumí la regencia en dos ocasiones, y salvo un breve intervalo, por casi un total de cinco años hasta que en 1559 regresó mi hermano Felipe definitivamente.

Antes había recibido a mi padre y a mis tías Leonor y María a su regreso a España para su último y definitivo retiro después de abdicar mi padre en Felipe. A partir de entonces y habiendo cumplido con todo lo que de mí esperó como mejor supe, pude al fin dedicarme a lo que más ansiaba, proteger a la orden de los jesuitas y retirarme.

Por recomendación de mi confesor Francisco de Borja, fundé el convento de las Descalzas Reales en la ciudad que me vio nacer y donde deseaba enterrarme a mi muerte y el real colegio de San Agustín en Alcalá de Henares.

Nunca más vi a mi hijo Sebastián, rey de Portugal desde que cumplió los tres años de edad, aunque supe de él en todo momento al escribirnos con frecuencia. Tampoco volví a casarme. El 7 de septiembre de 1573 vi mi última luz en el soberbio monasterio de El Escorial.

LEONOR DE AUSTRIA. REINA DE PORTUGAL Y DE FRANCIA

Su hermana mayor

Nací en Lovaina, un 15 de noviembre de 1498. Era la primogénita de Felipe I de Habsburgo, archiduque de Austria y duque de Borgoña, y de Juana, que, aunque era la tercera hija de mis abuelos, Isabel y Fernando, terminó siendo la reina de Castilla y Aragón.

Desde que nació Carlos, mi hermano, mi destino estuvo vinculado a él para lo bueno y para lo malo. Tan solo me separé de su lado cuando él así me lo impuso y a pesar de mi reticencia a ello.

De niña y al cuidado de mi *bonne tante* al habernos dejado mis padres a su cargo en los Países Bajos, tuve varias proposiciones de matrimonio. Primero con el que en un futuro sería Luis XII de Francia y, después, con el conde palatino Federico del Rin, mi tan verdadero como frustrado amor, ya que el imperio me demandaría otros enlaces más beneficiosos. Y así, poco después de partir junto a Carlos a las Españas, me vi obligada a casarme con el anciano Manuel I de Portugal, que, desposado anteriormente con mis tías Isabel y María, ahora de nuevo viudo, quería seguir manteniendo la estrechez de nuestras alianzas.

Me casé por imposición en Lisboa un 7 de marzo de 1519 y cumplí con mi deber durante los dos años que duró mi matrimonio antes de enviudar concibiendo a dos infantes. Mi pequeño Carlos, que murió a los pocos meses de nacer, y a María, aquella hermosa niña de la que apenas me dejaron disfrutar, ya que al fallecer Manuel el 13 de diciembre de 1521, cuando expresé mi deseo de volver a España junto a ella, no me la dejaron llevar. Aun así, regresé a mis veintitrés años junto a Carlos con la esperanza de que en un futuro podría recuperarla y con el firme propósito de convencerle para desposarse con Isabel, la hija mayor de mi difunto esposo y la mejor mujer, a mi modo de ver, que pudiese encontrar para convertirla en emperatriz.

Como saben, al final lo logré, pero pude disfrutar poco de su amistad ya que, al poco tiempo, Carlos decidió usarme nuevamente para sus propósitos de alianza casándome con su eterno enemigo Francisco I de Francia, el mismo al que había apresado en la batalla de Pavía en 1525 y con el que después de muchos dimes y diretes firmó el Tratado de Madrid y la Paz de la Damas. Una concordia en la que yo, una vez desposada con el francés, se suponía que serviría de cierta garantía y estabilidad. Como en la vez anterior, de nada sirvieron mis súplicas en contra de semejante propósito y, como más tarde se vio, tampoco conseguiría con mi sacrificio afianzar nada. Me casé en la abadía de Veien el 5 de agosto de 1530.

Envejecida y cansada de sus desaires, tuve que esperar a quedar viuda de nuevo en marzo de 1547 para regresar a la corte de Carlos. Entonces quise recuperar a mi hija María, pero ya era tarde y el tiempo y la distancia nos habían convertido en unas

desconocidas.

Tras la abdicación de Carlos decidí acompañarle junto a nuestra hermana María en su retiro, y así, cuando él ingresó en Yuste, nosotras lo hicimos en otro convento de Talavera la Real de Badajoz. Allí, sintiéndome ya muy débil, por fin conseguí abrazar a mi única hija que vino a verme por tan solo unos días, aunque yo seguía albergando la esperanza de que fuese para siempre. Nuestra despedida me dolió aún más que la vez que la dejé de niña en Lisboa.

Entregada a los designios que mi hermano Carlos me impuso de por vida, ya nada más me quedaba por hacer y así cerré los ojos en el 18 de febrero de 1558 para no volver a abrirlos jamás. Tan solo María, mi hermana, me acompañó en estas mis postreras horas.

MARGARITA DE AUSTRIA, «ma bonne tante». REINA GOBERNADORA DE LOS PAÍSES BAJOS

Su tía y madre adoptiva

Nací en Bruselas un 10 de enero de 1480. Eran mis padres Maximiliano de Austria y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y María de Borgoña. Tras de mí nació Felipe, mi único hermano, y los dos perdimos a nuestra madre cuando yo apenas había cumplido los dos años en una desafortunada caída de caballo. En un principio nos criaríamos bajo la tutela de nuestro padre, una situación de la que yo casi no gozaría, pues, comprometida con el Delfín, con apenas tres años, tuve que partir a Francia para educarme en la corte de Luis XI, según lo acordado en el Tratado de Arrás.

Allí moré, apartada de mi hermano Felipe, hasta los diez años cuando el Delfín decidió romper a un mismo tiempo con nuestro compromiso y con lo acordado en el Tratado de Arrás, y casarse con Ana de Bretaña. Fue entonces cuando aprendí que jamás deberíamos confiar en la palabra de un rey francés, y no me equivoqué. No me sentí despechada, quizá por ser aún muy niña o quizá por la ilusión que me hacía volver a ver de nuevo a mi hermano Felipe, al que no hacía mucho habían nombrado soberano de la Orden del Toisón de Oro. Junto a él pasé los siguientes años hasta que se acordaron nuestros matrimonios. Yo partía a Castilla para desposarme con el príncipe Juan, el primogénito de los Reyes Católicos, mientras que él se casaría con Juana, la hermana de mi futuro esposo. Un doble matrimonio que garantizaría la paz entre nuestros reinos.

Acostumbrada como estaba a la pompa de nuestra corte, la corte castellana me pareció sumamente austera, pero procuré amar a Juan desde el instante que lo vi por primera vez. Aprendí sus lenguas y costumbres sin saber aún que mi principado se vería trágicamente truncado por la desaparición de Juan. Algunos dijeron que murió de amor, otros menos delicados que por abusar de nuestros encuentros. ¿Qué mal había en ello? La tristeza que me embargó sin duda debió de ser la causante de que la hija que llevaba en mis entrañas, al morir su padre, naciese también muerta.

Con el corazón destrozado, regresé a los Países Bajos para casarme de nuevo con Filiberto II de Saboya, que murió a los tres años. Con él tampoco tuve hijos por lo que volví a la corte con Felipe. Esta vez con la firme intención de no desposarme nunca más en la vida.

Allí, Felipe y Juana, al morir la reina Isabel de Castilla, me dejaron a cargo de los cuatro hijos que tuvieron a los que acogí en mi seno como propios. En Carlos, ya muerto Felipe, me pareció ver en muchas ocasiones a mi hermano y, consciente de los defectos que tuvo, procuré guiarle para que no cayese en los mismos errores de su padre, sin olvidar nunca a sus hermanas Leonor, Isabel y María.

Viví toda mi vida velando por los pequeños y los intereses de nuestros reinos con la prudencia que Dios me quiso dar, y cuando Carlos creció y también tuvo que irse a Castilla, a excepción de unos años en que desconfió en mí por la rebeldía que padeció en su juventud, proseguí con mi labor como gobernadora y criando a la siguiente generación de Austrias. Entre otros, a los hijos de mi sobrina Isabel, que murió demasiado joven, y a una hija bastarda de Carlos, que engendró en una de sus visitas a estas tierras y que quise bautizar como a la hija que jamás tuve. Probablemente mi misión más destacable fue la firma de la Paz de las Damas con Luisa de Saboya en 1529. Después de aquello, nombré heredero de todos mis bienes y derechos a mi sobrino Carlos antes de despedirme por siempre de mi adorada corte en Malinas, el 1 de diciembre de 1530 de nuestro Señor.

MARGARITA DE PARMA. DUQUESA DE FLORENCIA, DE PARMA Y GOBERNADORA DE LOS PAÍSES BAJOS

Su segunda bastarda

Nací en Audenarde el 28 de diciembre de 1522. Fui, según mi madre adoptiva, la tía abuela Margarita, la prueba más hermosa del fugaz amor que se tuvieron mi padre el emperador y mi madre Johanna Maria van der Gheynst en su juventud. Me crie al principio con la familia Douwrin y más tarde en Malinas junto a la que a partir de entonces se convertiría en mi verdadera madre y mis primas Dorotea y Cristina, las hijas de mi tía Isabel. Cuando cumplí los cinco años, me comprometieron con Alejandro de Médici con la esperanza de que su padre, el papa Clemente VII, así se acercase más a las posiciones del mío. Él, como yo del emperador, era hijo natural del sumo pontífice, según decían, nacido de una bella esclava negra. La intención de nuestros progenitores era que, cuando tuviésemos edad para desposarnos y una vez cumplimentado el enlace, los dos encabezásemos el gobierno de Florencia. Cuando cumplí los siete años, mi padre, por petición de mi tía abuela Margarita, me reconoció como hija suya. A los ocho sentí con un hondo penar la muerte de la que hasta el momento fue mi madre adoptiva. Temí entonces por la decadencia de mi protección, pero mi tía María, la reina viuda de Hungría y sucesora de mi tía abuela Margarita en el gobierno de los Países Bajos, tomó el relevo.

A los trece años viajé a Nápoles para casarme con el recientemente nombrado duque de Florencia. Todo parecía ir bien hasta que me encontré allí a Alejandro amancebado con otra mujer. Se llamaba Tadea Malaspina, tenía dos hijos con ella y la susodicha se paseaba por nuestra casa como si fuese la verdadera señora de ella. Recé a Dios para que pusiese remedio en semejante vilipendio, y así, once meses después de mi matrimonio, un día de Reyes de 1536, Alejandro de Médici murió a manos de un primo suyo con el que andaba enemistado.

No lloré su muerte, más bien supuso para mí la liberación que necesitaba para que por fin, a mis catorce años y ya viuda, me permitieran regresar de nuevo a los Países Bajos junto a mis primas y mi tía María.

Un tiempo de felicidad efímero, pues mi padre el emperador pronto me encontró otro marido al que no pude rechazar. Se llamaba Octavio Farnesio, y así pasé de ser duquesa viuda de Florencia a convertirme en la joven duquesa de Parma. Las relaciones de mi marido con mi padre no fueron siempre pacíficas, pero en parte gracias a mi intervención al final consiguieron llegar a un buen acuerdo y la paz regresó a nuestro ducado.

Nuestro matrimonio duró cincuenta años. De todos los hijos que tuve con él, tan solo sobrevivió Alejandro Farnesio, un niño que de hombre me demostraría su gran valía combatiendo al servicio de mi hermano el rey Felipe II en la batalla de Lepanto,

en los Países Bajos y en Francia.

En 1559 y tan solo un año después de morir mi padre el emperador, por petición de mi hermano Felipe que no tenía a nadie más para recurrir, tuve que acudir a los Países Bajos para ejercer el cargo de gobernadora, tal y como antes hicieron mi tía abuela Margarita y mi tía María ya difunta. Mi hijo fue criado en la corte española junto al príncipe Carlos, su primo e hijo del rey, mi hermano. Mi otro hermano, Juan de Austria, aquel que de niño era conocido como Jeromín, vino entonces a verme. Fue una alegría recibirle cuando se casó en Bruselas con María de Portugal.

En 1567 y después de ocho años ejerciendo la diplomacia, esta no fue suficiente, y los disturbios acaecidos obligaron a mi hermano el rey a prescindir de mis servicios para nombrar a alguien más contumaz en sus determinaciones. Este resultó ser el tercer duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel. Amansados los denuedos, de nuevo Felipe pensó por un breve periodo de tiempo en volverme a colocar en la gobernación junto a mi hijo Alejandro, pero aquella idea no terminó de fraguar. Regresé entonces a Italia donde me retiré a morir un 18 de enero de 1586.

MARÍA DE AUSTRIA. EMPERATRIZ DEL SACRO IMPERIO ROMANO. REINA DE HUNGRÍA Y BOHEMIA

Su hija mayor

Nací prematuramente por la tristeza que causó en mi madre la marcha de mi padre el emperador a Alemania, en el Real Alcázar de Madrid, un 21 de junio de 1528. No conocí a mi padre hasta cumplidos casi los cinco años, pero sabía que puntualmente don Pedro González de Mendoza le tenía informado de nuestras cuitas y Leonor de Matalascañas se afanaba para que nada nos faltase.

Crecí junto a mis hermanos Felipe y Juana entre las cortes de Madrid, Toledo y Valladolid hasta que murió mi joven progenitora cuando yo tenía diez años, sin saber ella que nos dejaba en una completa orfandad, ya que mi padre, apenas la enterramos, se volvió a marchar a solventar los mil y un problemas que acontecían en otros lugares del imperio. Un imperio demasiado grande para la testa de una sola persona que al final tuvo que dividir otorgando a su hermano, mi tío Fernando, parte de él.

Fue con el primogénito de este tío mío con el que, después de haber barajado otros candidatos, tuvo a bien casarme una vez cumplidos los veinte años de edad. Mi primo se llamaba Maximiliano, no lo conocía porque se había criado con su padre en los reinos del norte, pero apenas lo vi aquel 13 de septiembre de 1548 cuando vino a Castilla a desposarme, supe que la elección de mi padre no había sido mala. Lo lógico hubiera sido que yo hubiese viajado a su lado, pero dado que ni Felipe ni padre estarían en estos reinos por aquel tiempo, consideraron que lo mejor sería dejarnos a nosotros como regentes. Aquella sería nuestra oportunidad para demostrar a mi señor padre que éramos dignos de ello.

Y así fue como, en la misma tierra que me vio nacer, parí a mis primeros hijos. La primera lo hizo en Cigales y la bautizamos Ana. A Fernando en cambio, y para nuestra desgracia, lo enterré antes de cumplir el año de edad. Rodolfo, nuestro sucesor y sus otros diez hermanos nacerían ya en nuestro siguiente destino.

Terminado nuestro cometido en las Españas, viajé por primera vez a los Países Bajos. Corría entonces el año del Señor de 1522 y no me planteé regresar a las tierras donde nací hasta aquel 12 de octubre del año 1576 en que enviudé del que había sido rey de Bohemia y Hungría y, después de algunas discusiones con mi hermano Felipe, sucesor de mi tío Fernando en la corona del Sacro Romano Imperio.

Fue una inmensa alegría para mí casar a mi hija Ana con mi hermano Felipe que, ya viudo por tercera vez, buscaba en la corte nuevas alianzas, y una gran tristeza saber de su muerte diez años más tarde al parir a su quinta hija.

En 1581 salí de Praga para regresar de nuevo a Castilla, tal y como mi padre y tías lo habían hecho en la anterior generación. Me acompañó en este tránsito mi hija Margarita que, con clara vocación, había elegido para hacer sus votos el convento de

las Descalzas Reales de Madrid, aquel que mi hermana Juana había fundado en el pasado y en el que con frecuencia se había refugiado. Allí viví la muerte de mi hermano Felipe II, la coronación de mi nieto Felipe III, el hijo de Ana, y moré hasta que Dios me llamó a su seno un frío 26 de febrero de 1603.

MARÍA DE AUSTRIA. REINA DE HUNGRÍA Y GOBERNADORA DE LOS PAÍSES BAJOS

Su hermana

Nací en el palacio de Coudenberg, muy cerca de Bruselas, el 18 de septiembre de 1505. Era la tercera hija de mis padres Felipe el Hermoso, archiduque de Austria y duque de Borgoña, y de Juana de Castilla, a los que apenas vi de niña al tener que partir ellos a tomar posesión de sus reinos. Quedé entonces al cuidado de mi *bonne tante*, Margarita de Austria, que cuidó de nosotros como una diligente madre y gobernadora de los Países Bajos que fue. De ella aprendí muchas cosas buenas sin saber que muchos años después, al morir ella, sería yo la gobernadora.

Cuando Carlos y Leonor se despidieron de mi hermana Isabel y de mí no sabía aún qué me depararía el futuro. Lo supe cuando aquel 13 de enero de 1522 me casaron a los dieciséis años en Praga con Luis II de Hungría, Bohemia y Croacia, todos ellos conflictivos territorios que me dejaron viuda al morir mi esposo a manos de las huestes turcas y húngaras en la batalla de Mohács tan solo cuatro años después de habernos desposado.

Viuda a los veintiún años y sin descendencia, regresé a Bruselas donde, ya como regente, supe que mis hermanos Carlos y Fernando, después de mucho batallar, habían recuperado los reinos perdidos por mi marido echando al conde Juan Zápolya y los herejes otomanos de ellos.

Tuve que mediar en varias ocasiones en las discusiones entre mis hermanos Carlos y Fernando al tener ellos intereses encontrados, principalmente por la sucesión en la corona del Sacro Romano Imperio. No fue fácil, pero al final la paz regresó a la familia y humildemente creo haber tenido mucho que ver en ello. Y así, durante los veinticuatro años que duró mi gobernación, intenté cumplir con todos los deseos que mi hermano Carlos demandaba con la máxima cautela, inteligencia y acierto. Un trabajo arduo que, a pesar de que a veces me hizo flaquear, nunca abandoné hasta que, cansada del peso de aquella corona, aproveché el momento en que mi hermano decidió abdicar para expresarle mi misma voluntad.

Tanto a él como a mi sobrino Felipe, su sucesor, les costó acceder a mi petición, pero finalmente lo logré y, como era mi mayor deseo, pude retirarme junto a él y a Leonor de todos los asuntos de estado para regresar a Castilla.

El resto ya es sabido. Tan unidos estábamos los tres hermanos, aunque la vida nos hubiese en ocasiones mantenido separados, que Dios quiso llevarnos a todos prácticamente juntos en aquel año del Señor de 1558. En febrero fue a Leonor, en Talavera la Real de Badajoz; en septiembre a Carlos, en el monasterio de Yuste y finalmente a esta humilde servidora, en Cigales, un otoñal mes de octubre. Mi vida sin el emperador no merecía continuar, a pesar de que Felipe me reclamase de nuevo en los Países Bajos.

Nota de la autora

Dos mujeres más hubo en la vida del emperador antes de casarse con Isabel de Portugal. Amantes tan efímeras como olvidadas si no fuese porque con ellas el emperador tuvo dos hijas naturales más.

La primera era una dama de Nassau que mencionan algunos documentos sin ni siquiera revelar su nombre. Esta fue madre de una niña llamada Juana de Austria, que murió a los ocho años de edad.

La segunda estaba casada y se llamaba Ursulina della Penna, apodada la Bella de Perugia. Fue madre de Tadea de Austria que, pasado el tiempo, se casó con Sinibaldo Copeschi di Montefalcone y de la que, aparte de la correspondencia que mantuvo con su hermano Felipe II para ser reconocida como hija del emperador, apenas quedó rastro.

Bibliografía

- ÁLVAREZ, María Teresa, *La pasión última de Carlos V. Bárbara Blomberg*, Martínez Roca, Madrid, 1999.
- , *Margarita de Parma*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2012.
- ARAM, Bethany, *La reina Juana: gobierno, piedad y dinastía*, Marcial Pons, Madrid, 2001.
- BARBERÁ PUIG, Carmen, *Juana la Loca*, Planeta, Barcelona, 1992.
- CARLOS I, REY DE ESPAÑA, *Historia del invencible emperador Carlos Quinto*.
- CARRETERO ZAMORA, Juan Manuel, *Cortes, monarquía, ciudades: las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1467-1515)*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
- Crónica de Juan Jinés de Sepúlveda*.
- Crónica de Alonso de Santa Cruz*.
- Crónica de Laurence Vital*.
- DOGUIN Y SÁNCHEZ, Miguel, «Margarita de Austria (1480-1530): regente de los Países Bajos y tutora de Carlos I de España», *Iberian (Revista Digital de Historia, Arqueología e Historia del Arte)*, 2011.
- DOUSSINAGUE, J. M., *Fernando el Católico y Germana de Foix. Un matrimonio por razón de Estado*, Espasa-Calpe, Madrid, 1944.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Juana la Loca: 1479-1555*, Diputación Provincial de Palencia-La Olmeda, Palencia, 1994.
- , *Felipe II y su tiempo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.
- , *Carlos V. Un hombre para Europa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1999.
- , *Carlos V, el César y el hombre*, Espasa-Calpe, Madrid, 2001.
- , *Doña Juana, reina de Castilla*, Marcial Pons. Ediciones Jurídicas y Sociales (Col. Fundación Rafael del Pino), Madrid, 2006.
- , *Juana la Loca, la cautiva de Tordesillas*. Espasa-Calpe, Madrid, 2006.
- FERNÁNDEZ DE HEREDIA, Juan, *Obras*, Espasa-Calpe (Col. Clásicos Castellanos, n.º 139), Madrid, 1955 (Ed. de R. Ferreres).
- HABSBURGO, Catalina, *Las Austrias*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- LYNCH, John, *Los Austrias (1516-1598)*, en *Historia de España*, vol. X, Crítica, Barcelona, 1993.

- MATEU IVARS, J., *Los virreyes de Valencia. Fuentes para su estudio*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1963.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *La idea imperial de Carlos V*, Espasa-Calpe, Madrid, 1963.
- , *La España de Carlos V*, en *Historia de España*, vol. XX, Espasa-Calpe, Madrid, 1994.
- MILÁN, Luis de, *Libro de motes de damas y caballeros en la corte valenciana de la reina doña Germana*, Valencia, 1535 (ed. facsímil Librería París-Valencia, Valencia, 1982).
- OLAIZOLA SARRIÁ, José Luis, *Juana la Loca*, Planeta, Barcelona, 1996.
- , *La vida y la época de Juana la Loca*, Planeta, Barcelona, 1998.
- PINILLA, Regina, *Valencia y doña Germana*, Generalitat Valenciana (Serie Minor, n.º 15), Valencia, 1994.
- PIQUERAS VILLALDEA, María Isabel, *Carlos V y la emperatriz Isabel*, Actas, Madrid, 2000.
- SERRADILLA MUÑOZ, José V., *Las mujeres en la vida de Carlos V*, Editorial Hiria, San Sebastián, 2001.
- SOLÉ, José María, *Los reyes infieles*, La Esfera de Los Libros, Madrid, 2005.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Los Reyes Católicos: el camino hacia Europa*, Rialp, Madrid, 1990.
- VACA DE OSMA, José Manuel, *Carlos I y Felipe II frente a frente*, Rialp, Madrid, 1998.
- VILADOT, Guillem, *Juana la Loca: una mujer marcada*, Salvat, Barcelona, 1995.
- YANKO, Aroní, *Los silencios de Juana la Loca*, RBA, Barcelona, 2004.